CARMEN CONDE

LA ESCRITORA

ESCRIBIR UN CRIMEN.
MORIR ASESINADA.
EL JUEGO HA COMENZADO.



LA ESCRITORA

Carmen Conde



1.ª edición: enero 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-600-2

Contenido

Prólogo

Ponte da Cerdeira, noviembre de 1976

El dolor era insoportable, pero eso no era lo peor.

Lo peor es que estaba completamente sola.

Se había despertado bañada en sudor, encogida sobre sí misma. Al mirar la hora en el reloj vio que aún no eran las cinco de la madrugada. Se vistió a oscuras y se puso el amplio abrigo que había utilizado desde finales de septiembre. Bajó las escaleras y, nada más abrir la puerta de entrada, una ráfaga de aire gélido la hizo tiritar de frío. Cerró la puerta y comenzó a caminar, encorvándose a cada nueva contracción. Las piernas le temblaban y casi no conseguía avanzar, cada paso era un suplicio, le suponía un esfuerzo atroz. Cuando llegó al final de la calle estaba al borde del desmayo. Lo había planeado hacía meses, pero ahora que había llegado el momento, tal vez no fuese capaz de conseguirlo.

Todos descubrirían su secreto.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y estuvo a punto de gritar pidiendo ayuda. Se contuvo.

Sigue.

Es solo parir.

No podía más. El dolor era muchísimo más intenso de lo que esperaba. Comenzaba en el vientre e irradiaba por toda la espalda, como si quisiera romperle el espinazo y partirla por la mitad.

El dolor era insoportable y ella solo tenía catorce años.

Voy a morir.

Siguió caminando, al límite de sus fuerzas. Un paso tras otro. Se detenía a cada poco, jadeando. De repente, algo se rompió en su

interior y un líquido transparente y cálido le resbaló entre las piernas. Acababa de romper aguas. Las contracciones se intensificaron y también la presión en el bajo vientre. Se detuvo y tomó aliento. Quedaban unos pocos metros.

Cuando llegó a su destino, comenzaba a lloviznar. Miró a su alrededor para comprobar que nadie la había visto acercarse hasta allí. Por suerte, la calle estaba desierta.

Empujó la corroída puerta de entrada y entró en un zaguán húmedo y maloliente. Podía moverse a oscuras sin dificultad, ya que conocía aquella construcción palmo a palmo. La había inspeccionado muchas veces hasta decidir cuál era la estancia más adecuada para sus propósitos. Sabía que en pocos días una excavadora derruiría la casa y la convertiría en un montón de escombros, bajo los cuales desaparecería su secreto.

Encogida y gimiendo, se apoyó en las paredes y llegó hasta el aseo, que ahora no era más que un cuarto lleno de basura. Allí reinaba una inquietante penumbra, ya que a través de un ventanuco se colaba la luz de una farola de la calle. Se quitó las bragas, completamente empapadas, y se sentó a horcajadas sobre el pútrido inodoro.

Apretó los puños con fuerza y empujó. Dejó escapar un alarido y se llevó las manos a la boca. Volvió a empujar otra vez. Pasaron los minutos. Notó que su vagina se dilataba más y más, y que algo duro se encajaba dentro de ella, amenazando con desgarrarla. La carne cedió, y un bulto resbaladizo cayó dentro de la taza con un chapoteo pastoso. Tomó aliento y se levantó a mirarlo. Era un niño pequeñísimo, grisáceo y sanguinolento, que abría y cerraba una boca enorme provista de encías blanquecinas, aunque no emitía ningún sonido. Seguía unido a ella por un cordón retorcido. Con manos temblorosas, cogió al niño del interior del inodoro y lo dejó en el suelo. Sacó unas tijeras del bolsillo del abrigo y cortó el cordón, dejándolo caer sobre el recién nacido. Ahora solo tenía que esconder el bebé en cualquiera de los armarios que aún quedaban en las habitaciones. No lo encontrarían jamás.

Entonces, una nueva contracción la obligó a buscar apoyo. El dolor regresaba de nuevo, tan intenso como antes.

Sabía que tenía que expulsar la placenta, pero no creía que fuese tan doloroso.

Con torpeza, se sentó sobre el inodoro. ¿Cuándo iba a acabar aquel tormento? Empujó con fuerza y su vagina se dilató otra vez. Horrorizada, comprendió que iba a parir otra criatura y su carne se desgarró aún más para dar paso al nuevo ser. El bebé, también macho, cayó dentro de la taza del váter. Era aún más pequeño que el primero

y ni siquiera movía la boca. Tal vez había nacido muerto.

Casi de inmediato notó algo húmedo que le resbalaba entre las piernas. Una masa repugnante que parecía hígado salió de su interior y sepultó bajo ella al diminuto recién nacido.

La placenta.

Ella la observó durante unos instantes, paralizada. Después intentó cogerla y sacarla de la taza, pero el contacto era repulsivo, como si pretendiese atrapar una enorme babosa con las manos. Se estremeció, víctima de las náuseas, y vomitó en un rincón. Apoyó la frente contra la pared e intentó recuperar el aliento, mientras sentía cómo la sangre le resbalaba por las piernas, un reguero continuo que provenía de sus entrañas desgarradas. No podía más. Apenas conseguía mantenerse en pie.

¿Y si se desmayaba y la encontraban al día siguiente al lado de los dos bebés muertos?

La meterían en un reformatorio lleno de niñas violentas que la humillarían y se reirían de su gordura. No podría soportarlo.

Aterrorizada, salió del lavabo a trompicones. Ni siquiera se volvió para mirar por última vez al recién nacido que se debatía en el suelo, indefenso. Solo tenía una idea en la mente: huir. Tropezó varias veces por el camino y estuvo a punto de caer. Exhausta, al borde del desvanecimiento, alcanzó el vestíbulo. Cuando estaba a punto de salir de la casa, un relámpago atravesó el cielo e iluminó débilmente la estancia. Unas pequeñas sombras furtivas cruzaron ante ella y se perdieron en el interior del edificio en ruinas.

Tras el rayo, el trueno fue ensordecedor y la lluvia arreció con fuerza. Dispuesta a abandonar el edificio a toda costa, aspiró con ansia el aire frío de la noche. Se sintió reanimada. Unos segundos más tarde ya estaba fuera de la casa y se arrastraba por la acera, paso a paso. Alejándose.

Lo había conseguido.

1

Barcelona, noviembre de 2011

Ella se apartó un mechón rubio platino del rostro con estudiada coquetería.

—¿Va a ayudarme?

La pregunta iba acompañada de un cruce de sus largas y hermosas piernas. Sam Fisher descubrió entonces, decepcionado, que aquella rubia no emulaba a Sharon Stone en Instinto Básico. *Así que, o la rubia no era lo suficientemente cochina, o no estaba lo suficientemente desesperada. En cualquiera de los dos casos, aquello implicaba un sobresfuerzo que no estaba dispuesto a realizar. A Fisher solo le interesaban las mujeres fáciles. Muy fáciles.*

Sacó un cigarrillo del arrugado paquete de tabaco que tenía sobre la mesa y se lo llevó a los labios. No le ofreció a la mujer.

—Depende.

Ella parpadeó insinuante.

—¿De qué depende? —preguntó, apartando el mechón rebelde por undécima vez.

—De lo que esté dispuesta a ofrecerme.

Lucrecia se levantó de la silla, frente al ordenador, y estiró los brazos por encima de la cabeza. Miró el reloj para comprobar que llevaba más de tres horas tecleando sin parar, cinco mil palabras en total. Dos nuevos capítulos de la última entrega: *La novia del muerto.* Los plazos de la editorial eran cada vez más cortos, conforme el éxito en ventas aumentaba y Sam Fisher se abría un hueco en el escaparate del quiosco, entre los cuatreros de Marcial Lafuente Estefanía, los cómics de Lobezno y las damiselas desvalidas de Harlequín. De una entrega trimestral había pasado a una mensual. En definitiva, triple ración de rubias tontas, malos malísimos, fiambres a mansalva y tragos de whisky barato. Lucrecia se lo había tomado muy en serio, y

después de empaparse a conciencia de Dashiell Hammett y Raymond Chandler, había creado un mundo de ficción que resultaba para los nostálgicos un leve recuerdo de lo que había sido una buena novela negra, ahora que se confundía con un tratado de despiece, con tanto sicótico sanguinario, tanto cerebro desparramado y tanta autopsia minuciosamente detallada. Desde la aparición de Sam Fisher, la cuenta corriente de Lucrecia Vázquez —que firmaba con el seudónimo de Kevin Wilson— había aumentado bastante, pero mucho menos en proporción de lo que lo había hecho la de su editor. Él siempre le recordaba que aquella bazofia podía escribirla cualquiera, y que ella tenía mucha suerte de ser esa cualquiera.

Estaba muy tensa y estresada. Apagó el ordenador y, casi de inmediato, un espasmo la recorrió de la cabeza a los pies, como si acabase de recibir una descarga eléctrica. Siempre le sucedía: cuando dejaba de estar concentrada, su cuerpo era víctima de un furioso ataque de tics. Fue a la cocina y abrió la puerta de la nevera. Cogió una lata de cerveza y la puso sobre la mesa. Su hombro derecho le lanzó el brazo hacia delante con fuerza y le costó atrapar la anilla de la lata.

—Mierda, mierda, mierda... Mierda —repitió mientras parpadeaba con furia. Estiró de la anilla con brusquedad y la espuma salió por la abertura. Se llevó la lata a la boca, pero un espasmo hizo que parte de la cerveza le corriese por la mejilla y le acabase mojando el cuello de la camiseta. Aun así no se detuvo. Bebió con fruición y luego se secó los labios con el dorso de la mano.

—Mierda, mierda... ¡Mierda!

Estaba muy enfadada. No le faltaban razones. Después de tres años dándole vida al cretino de Sam Fisher, su editor le había propuesto escribir la próxima novela de Dana Green —un seudónimo tras el que se escondía Soledad Montero—, una escritora de fama internacional, que se había hecho famosa con sus *thrillers* de hermandades y arcanos religiosos, y que ahora quería dar un giro a su carrera. «Ahora se llevan las novelas policíacas con protagonistas femeninas raras —le había dicho su editor—. Y hemos pensado que, con lo rara que eres tú, seguro que no te costará nada escribirla.» Perfecto, trabajar de negra para Dana Green era dar un salto cualitativo. Aún no había asimilado la felicidad de esa gran noticia, cuando supo que Alejandro Paz, el maldito gurú argentino de la autoestima y el crecimiento personal, con gran influencia en la editorial, no estaba de acuerdo con la elección de Lucrecia.

Maldito traidor, hijo de puta.

No podía entenderlo. Alejandro Paz había sido su protector desde el primer momento. ¿Por qué la traicionaba ahora?

«Tiene talento», dijo, cuando buscaban a alguien que revitalizase la línea negra, que se había convertido en una burda parodia de Sherlock Holmes, con un asesino tontorrón que siempre se dejaba una colilla bien repleta de babas en el lugar del crimen. «Tiene talento y tiene experiencia», aseguró Alejandro Paz. Y era cierto, sobre todo lo de la experiencia, ya que de su imaginación habían salido miles de páginas de ardiente escritura. Lucrecia se había fogueado creando decenas de novelas eróticas de argumentos clónicos y demenciales que desembocaban implacablemente en multitud de coitos entre la pareja protagonista, que incluían sexo oral, anal y vaginal en varias posturas distintas, una de ellas digna de contorsionistas experimentados, más una escena estelar con participación de mucha más gente, animales, hortalizas y objetos de diversa índole.

Cuando la llamaron al despacho de Ramón Aparicio, el editor, para proponerle crear una serie de novela negra ambientada en Estados Unidos, ella entró, intentó saludar, pero lo único que consiguió fue mascullar un leve «mierda-mierda-mierda» que se le escapó de entre los labios. Fue un espectáculo patético para todos, comenzando por la propia implicada. Solo Alejandro Paz pareció haber visto una criatura angelical, débil e indefensa. Solo Alejandro Paz parecía ver en Lucrecia una ninfa delicada, donde todos los demás veían a una mujer dura como un camaleón.

El argentino se levantó de la silla y, aunque Lucrecia Vázquez parecía a punto de convertirse en Mister Hyde, tal era la expresión de su rostro torturado por los tics, le tomó la mano entre las suyas y la besó varias veces.

—Lucrecia, no nos puedes decir que no.

La reacción fue tan inesperada que Lucrecia lo miró sorprendida e intentó balbucir una respuesta.

—Mierda… ¿A… a qué no puedo decir que no?

Cuando Ramón Aparicio le explicó qué tenían pensado, ella casi se desmayó de la alegría. Por fin podía liberarse de los tríos, del sexo anal, de las lluvias doradas, de la zoofilia y de todas esas cosas de las que todo el mundo habla con naturalidad, pero que casi nadie practica. Por fin podría pasar por delante de un quiosco sin ver aquellas portadas infames y el nombre de Shayla Deveraux en letras doradas, y no temer que alguien, algún día, llegase a descubrir que Shayla Deveraux era ella.

El apoyo de Alejandro Paz fue una bendición, él le aplanó el

camino dentro de la editorial. La aconsejó e incluso la ayudó a crear a Sam Fisher, un plagio algo vergonzoso de Sam Spade, eso sí, con todos los defectos de un hombre del siglo XXI: adicto a las prostitutas rumanas, a la ketamina, a jugar a *Splinter Cell* en la Xbox y a las hamburguesas de tofu. Sam Fisher se hizo un espacio en los quioscos desde la primera entrega, y le procuró a Lucrecia una posición mucho más destacada dentro de la editorial, a medio camino entre las estrellas rutilantes y los escritores literarios, siempre llorando su mala suerte.

Ella no tenía ansias de posteridad, así que trabajar de negra no le causaba ningún trauma.

De hecho, Lucrecia no tenía grandes expectativas en la vida, y después de haber resistido veintisiete años, solo aspiraba a conseguir otro tanto, a poder ser, en mejores condiciones. Alta y desgarbada, muy delgada, hiperactiva y con síndrome de Tourette, Lucrecia Vázquez no se consideraba una privilegiada entre los mortales, aunque tampoco era la más desgraciada, y eso que su biografía, que incluía una infancia atroz, apuntaba maneras. Si realmente ella tenía algún talento natural, era para la supervivencia. Cuando a otros la vida los habría arrollado como un tren expreso, ella había conseguido esquivar el golpe, en el último segundo, en el último suspiro. Si no tenía en la vida nada más que a sí misma, también le había tocado en suerte un ángel de la guarda, aunque fuese de oficio. Un ángel de la guarda que se presentaba siempre *in extremis*.

Aquella sensación de caminar por la cuerda floja pero sin caer nunca le proporcionaba una extraña seguridad, un optimismo visceral en su, a pesar de todo, buena estrella. Como en Google, ella siempre elegía el camino adecuado. Voy a tener suerte.

Lucrecia intentó varias veces hacerle entender a Alejandro Paz que no pretendía conseguir ningún premio ni reconocimiento. Él se mantuvo firme en su negativa.

—Tenés talento, ya lo sabés —le dijo él como disculpa—. No quiero que escribás para otros. Y, sobre todo, no quiero que escribás para Dana Green. Sería para vos un callejón sin salida.

—¿Prefieres que emborrone páginas y más páginas con las tonterías de Sam Fisher? —Lucrecia lo miró con los ojos brillantes de furia—. ¿Eso es lo que quieres para mí?

Alejandro intentaba convencerla.

—Che, creeme, la oportunidad llegará a su tiempo.

—¡Mi oportunidad ha llegado y se llama Dana Green! —replicó

Lucrecia—. ¡No quiero que te interpongas!

—Lo siento, Lucrecia. —Alejandro negó con determinación—. No cambiaré de opinión.

—No lo entiendo. ¿Por qué me haces esto?

—Yo me preocupo por vos, Lucrecia.

—¡No decidas por mí! ¡Ya soy mayorcita!

—Lo siento, Lucrecia. Algún día me lo agradecerás.

Ella lo señaló con un dedo.

—¿No será que quieres dar un giro a tu carrera? —lo acusó—. Últimamente revoloteas alrededor de Dana como un buitre. ¿Acaso me quieres quitar el puesto?

Alejandro tragó saliva.

—Es cierto que, tal vez, esteee... sea yo quien le escriba la nueva novela a Dana. Tengo una idea muy linda.

Lucrecia se sacudió con fuerza, como si le hubiese dado un calambrazo. Sus brazos se agitaron con fuerza y acabó aplaudiendo, un gesto esperpénticamente opuesto a lo que pretendía.

—Eres un maldito cabrón, Alejandro —sentenció—. ¡Cabrón, cabrón...! ¡Y yo que creía que eras buena persona! ¡Me has apuñalado por la espalda, espalda, espalda...!

Él la miró, apretó los labios y negó lentamente.

—¡Además, eres un hortera y un cursi relamido! —Lucrecia abrió los brazos en aspa—. ¿Cómo puedes decir que tienes una idea muy linda? ¡Estamos hablando de novela negra, de asesinatos crueles y espeluznantes! ¡Espeluznantes! ¡Espeluznantes! ¡Espeluznantes!

2

El timbre del teléfono sonó insidioso desde el despacho. Lucrecia regresó corriendo de la cocina para descubrir que la llamada era de su editor.

—Hola, Ramón.

—Perdona, Lucrecia, ya sé que es un poco tarde.

Ella miró el reloj. Las once de la noche.

—Tranquilo.

—Verás, es que he tenido una tarde muy movida y no he podido llamarte hasta ahora.

Lucrecia se estremeció. ¿Qué más le podía suceder?

—Por favor, Ramón, no me tengas en ascuas. ¿Qué pasa?

—Alejandro Paz ha insistido en que publiques con tu nombre. Se acabó Kevin Wilson.

Lucrecia tragó saliva.

—No te entiendo, repítemelo.

Ramón lanzó un suspiro.

—Tu protector quiere que te lances al ruedo con una primera novela promocionada a bombo y platillo. Cree que es el momento ideal.

—Oh...

—¿Has hablado con él? —preguntó Ramón—. ¿Ya lo sabías?

—No, no lo sabía... Lo cierto es que he hablado con Alejandro, mejor dicho, me he enfadado... Oh, Dios, le he dicho unas cosas terribles... ¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Y por qué te has enfadado, si puede saberse? —le preguntó Ramón impaciente—. ¡A veces tengo la sensación de que soy el último mono!

—Lo siento, lo siento... —murmuró Lucrecia—. Verás..., yo no sabía nada de lo que me dices, te lo prometo. Me enfadé con Alejandro porque no me dejaba escribir la novela de Dana.

—Es cierto, no quiere —aseguró Ramón, convencido—. Y lo peor

no es eso.

—¡Lo peor es que quiere escribirla él!

—Sí.

—¡Es un despropósito!

—Total y absoluto. Alejandro es un buen escritor de autoayuda, empalagoso y pesado como ninguno. En fin, una joya de la espiritualidad. —Ramón dejó escapar un bufido—. Pero escribiendo novela negra sería más aburrido que una misa del gallo en latín.

—¿Qué vas a hacer?

—No le diré nada. Tú escribirás la novela y él no se enterará... hasta que sea demasiado tarde.

—¿Y Dana? Creo que ya han hablado del tema. Me temo que Alejandro le ha propuesto alguna cosa.

Ramón dejó escapar una carcajada.

—Han hecho mucho más, que lo sepas. Él tenía alguna idea, pero Dana no le ha hecho caso, y le ha ofrecido una propuesta paralela, que es mala de narices, por cierto. Me la he mirado por encima y trata de un asesino en serie que mata a sus víctimas clavándoles un estilete en cada ojo y removiendo en la dirección de las agujas del reloj según si...

Lucrecia lo interrumpió con una andanada de insultos que duró casi un minuto. Al cabo de ese tiempo, se tranquilizó.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que le vais a dejar escribir algo que no se publicará?

—¿Quién te ha dicho que no se publicará?

—Pero...

—¡Y tanto que se publicará! ¡Como tantas y tantas mierdas que se publican!

—¿Con el seudónimo de Dana Green?

—Ah, no, eso no. Ni hablar.

—¿Y qué le dirás?

—Lo convenceré para que utilice un seudónimo, y que no descubra su verdadera identidad hasta que el libro salga a la venta y sepamos las primeras opiniones... Sé que lo convenceré. Le podría recitar mil ejemplos de escritores que utilizaron diferentes seudónimos dependiendo de la temática de sus novelas.

Lucrecia asintió, convencida. Ella misma había pasado de ser Shayla Deveraux a Kevin Wilson sin más problemas.

—Qué mundo este.

—¿Por qué lo dices?

—Es todo un fraude.

—¿Qué quieres? Es el mundo que nos da de comer. Así que si

Alejandro consigue concluir su novela, la publicaremos con un seudónimo bien raro, que suene a escandinavo. Un seudónimo impronunciable y repleto de ø, æ, ä, y ö. Luego, en la contracubierta nos inventaremos varias reseñas extraídas de tres o cuatro prestigiosos y conocidísimos diarios, como por ejemplo *The Bananas Republic*, *The Sri Lanka Independent* o *The Sebastopol Publishers*. Diremos que el autor es un tejedor de intrigas sensacional, que es la nueva voz de la novela negra, o que es un narrador superlativo. Y por si no fuese suficiente, adornaremos el libro con una faja verde chillón que diga que ha vendido un millón de ejemplares en Bután y que ha sido traducido a ochenta y siete idiomas, incluyendo el kikuyu y el arameo clásico... Antes de que nadie se dé cuenta de que es un pedazo truño, ya habremos vendido los cinco mil ejemplares de la primera edición, lo suficiente para recuperar gastos y para que a Alejandro se le caiga la cara de vergüenza cuando comiencen a lloverle las críticas en los blogs literarios, que las habrá. Tú puedes comprar a un par de periodistas y conseguir que te hagan una buena reseña en su diario, pero no a cinco mil lectores. Y los lectores no son idiotas, por mucho que a nosotros nos gustaría que lo fueran.

—Por suerte.

Ramón dejó escapar una carcajada.

—Muy mal, Lucrecia, muy mal. Un poco de corporativismo, por favor.

—Siempre digo lo que pienso, ya me conoces.

—Bueno, bueno... te perdono. Y tú perdóname a mí.

—Entiendo que tu trabajo es vender libros.

—Sí, es mi trabajo —sentenció Ramón entre risas—. Además, no deberías sentir ninguna pena por Alejandro Paz, ya que con sus rollos de sensibilidad interpersonal y altruismo se está haciendo de oro. Y qué narices, esas memeces las borda.

—De acuerdo, no siento ninguna pena —aceptó Lucrecia divertida —. Escribiré la novela de Dana Green y no tendré remordimientos.

—Perfecto —concluyó Ramón—. Y por favor, Lucrecia, esfuérzate. Tienes que entender que el nombre de Dana Green implica miles de ejemplares y beneficios para todos.

—Lo entiendo.

—Estamos en crisis. No hemos conseguido ni un solo superventas durante el último año.

—Lo sé.

—Haz la novela de Dana y luego publicarás lo que quieras. Como si te da la gana escribir un *remake* del *Ulises* de Joyce.

—¿Me dejarías?

—¿Por qué no?

—Porque para eso debería drogarme.

—Ah, no. Entonces, no.

—Y otra cosa...

—¿Qué?

—Para promocionarme no quiero hacer entrevistas en televisión. En cuanto vieran la pinta de tía rara que tengo, se volverían locos para contratarme como tertuliana en cualquier programa basura —prosiguió Lucrecia en tono mordaz—. Francamente, no pretendo convertirme en el nuevo monstruo del panorama televisivo.

—¿No te gustaría? Ganarías una pasta.

—Me respeto a mí misma. Por ahora.

—¿Prefieres una entrevista en *Babelia*? ¿Una «Contra» en *La Vanguardia*?

—Mucho mejor.

—Entonces, ¿puedo confiar en ti?

—Por supuesto.

—Estupendo —dijo, y cambió de tema—. Ahora te ruego que dejes de soñar con tu encumbramiento literario y céntrate en lo que más nos preocupa: el próximo libro de Dana Green.

—¿Quieres que vaya pensando alguna trama ambientada en Suecia? —le propuso Lucrecia—. Algo como: «Aquella mañana reinaban unos agradables quince grados bajo cero cuando el asesino paranoico...»

—No sería mala idea, no. —Ramón sofocó la risa—. Pero tienes que hablar con Soledad. Me he pasado toda la tarde peleando con ella para que me dejase la sinopsis.

—¿De qué va?

—Prefiero que ella misma te la explique. La verdad es que me ha parecido un poco... espeluznante. A ella también debió de parecérselo, porque ni siquiera me la dio en mano. Pensé que no me la enseñaría, y cuando volví al despacho para hablar con Alejandro, me la había dejado encima de mi mesa.

—¿Es peor que la del asesino destornillador de ojos? —preguntó Lucrecia morbosa.

—Va en otra línea...

—¡Explícate, Ramón!

—No puedo. Dana me mataría.

—¿Tiene miedo de que le robe la idea y escriba con ella el novelón del siglo?

—No podrías, ha registrado la sinopsis. Se ha vuelto muy desconfiada.

—El ladrón piensa que todos son de su condición —sentenció Lucrecia.

Ramón lanzó un bufido tan fuerte por teléfono que Lucrecia se lo apartó de la oreja.

—¡Lucrecia Vázquez, mucho cuidado con lo que insinúas!

Ella dejó escapar una carcajada nerviosa.

—De acuerdo, Ramón, pero oye una cosa... Ya sabes que entre Dana y yo no hay *feeling*. ¿Es necesario que nos veamos? La entrevista puede ser desastrosa.

—Dana no está para muchos remilgos. Sabe que tú eres una buena escritora, y ella hace años que no escribe ni una sola línea que valga la pena.

—Yo diría que hace años que no escribe ni una sola línea.

—Lucrecia, no insistas...

—Vale, me callo. Iré a hablar con ella y seré respetuosa.

—Y no le dirás nada a Alejandro.

—No le diré nada. Dime cómo hemos quedado.

—Tienes que ir a Santa Creu del Montseny.

—¡Coño, coño, coño!

—Lucrecia...

—Perdón, se me ha escapado.

—Dana se ha instalado durante unos días en mi casa de Santa Creu, con la excusa de que necesita paz y tranquilidad. Si quieres verla, tendrás que ir allí.

—¡Menuda enchufada!

—Menos guasa, nena. Yo no le dejo mi casa a nadie, pero ya sabes cómo es Dana... —Ramón lanzó un suspiro—. En fin, mañana te espera a las diez.

—Allí estaré.

—Es tu oportunidad, Lucrecia, no la desaproveches.

—No lo haré.

3

Lucrecia se levantó a las seis de la mañana, después de dar vueltas y más vueltas en la cama sin conseguir dormir. A las siete ya estaba al volante de su Audi A3, un caprichito que se había concedido gracias a Sam Fisher.

Cruzó Barcelona por la Ronda de Dalt —colapsada como siempre— y tomó la autopista del Mediterráneo dirección Girona.

Salió en Sant Celoni y se dirigió a Santa Creu, en la falda norte del Montseny. Aquella noche había llovido, así que aspiró con ansia el aire frío que se colaba por la ventanilla del coche. Era un día de noviembre gélido y desapacible.

A ella le gustaba.

Durante la ascensión pudo ver durante unos instantes el pico del Turó de l’Home, oculto tras una niebla espesa que se movía rauda y que la obligaba a conducir con las ventanillas bajadas, aunque la temperatura no llegaba a los cinco grados. La calefacción, al máximo, convertía el vapor en gotas de agua que resbalaban por los cristales trazando regueros sinuosos. Lucrecia disfrutó de la conducción a pesar del tiempo, y admiró el hermoso bosque mediterráneo que se iba tornando más espeso y abundante conforme ascendía.

Tras Campins se detuvo en un restaurante a pie de carretera y desayunó opíparamente. *Una llesca de pa amb tomàquet i bull negre* y un café, al que la *mestressa* le recomendó añadir unas gotas de ratafía que un sobrino suyo le había bajado de Esterri d’Àneu y que *ressuscitava un mort*. Al salir, Lucrecia se sentó en el asiento del coche y se dejó llevar por una batería de tics, que había controlado mientras estuvo en el restaurante. Siempre lo hacía, para evitar a los otros un espectáculo que resultaba muy violento, sobre todo por las palabras malsonantes. Parpadeó, se contorsionó a gusto y lanzó una andanada de juramentos que hubiesen hecho sonrojar a un obrero de la construcción. Reconfortada, arrancó el motor y miró a través del espejo retrovisor, que le devolvió una mirada azul y satisfecha.

Unos minutos más tarde, giró a su izquierda, para tomar un camino que le conduciría a Santa Creu del Montseny. A ambos lados de la carretera comarcal se extendían enormes prados salpicados de masías. Era un hermoso lugar, ideal para los que deseaban huir de las tensiones de la ciudad, disfrutar de la naturaleza y buscar inspiración en sus rincones.

Lástima que no pudiese disfrutar de aquel entorno idílico. Al fin y al cabo, ella era la escritora. No obstante, no debía lamentarse. Ramón Aparicio le había prometido que, una vez que hubiese escrito la novela de Soledad, le dejaría publicar lo que quisiese. Y aquello, en el difícil mundo editorial en el que imperaban las brutales reglas de un mercado en crisis y doblegado a la búsqueda del best seller de supermercado, ya era mucho.

¿De qué trataría la sinopsis de Dana Green? Ramón no había querido desvelárselo. Se había limitado a asegurarle que era una trama espeluznante, según sus propias palabras.

Lucrecia meneó la cabeza con entusiasmo.

Maldito editor, cómo sabía mover los hilos. Nadie mejor que él para crear un superventas. Porque una trama espeluznante, cuanto más espeluznante mejor, era, sin lugar a dudas, garantía de éxito.

Un kilómetro antes de llegar al pueblo, Lucrecia tomó un desvío que la conduciría a una urbanización. Poco después, llegó a la casa de Ramón Aparicio. Enseguida vio el coche de Dana Green, un desvencijado Mercedes Benz. Aparcó y sonrió complacida; su Audi era nuevecito.

Sam Fisher gozaba de buena salud, mucho más buena que las trasnochadas hermandades de Dana Green.

Aún no había descendido del coche cuando creyó ver una sombra que se escurría huidiza por las escaleras que conducían al primer piso.

¿Qué era?

Todos los pensamientos agradables se esfumaron de repente.

La sonrisa de satisfacción se le heló en el rostro y Lucrecia sintió una sensación desagradable que le presionó el pecho.

Peligro.

Era una angustia conocida desde la niñez y que la había alertado en las muchas situaciones terribles que había tenido que afrontar.

Lucrecia poseía un sexto sentido que la protegía y la alertaba. En aquel preciso instante, aquel mecanismo instintivo se puso en marcha. Bajó del coche y caminó lentamente hasta la verja de entrada, que estaba abierta. Desde allí pudo ver que la puerta de acceso a la casa

estaba entornada, y las persianas completamente bajadas. La sombra que había visto se detuvo frente a ella y la miró. Era una enorme rata gris, grande como un conejo, que movía nerviosa los bigotes manchados de rojo. Lucrecia miró la rata con una mezcla de repugnancia y extrañeza.

No le asustaban las ratas. Había convivido con ellas, casi compartido alimento. Le habían mordido varias veces, pero nunca habían sido sus principales enemigas. Las ratas formaban parte del paisaje de miseria y degradación en que habían consistido los primeros años de su vida. No le asustaban las ratas, pero aquella era especialmente repulsiva, demasiado grande para ser normal, como una criatura transgénica, un asqueroso vampiro sin alas. Además, tenía el hocico ensangrentado.

«Es una rata de ciudad —pensó Lucrecia—. Una de esas que habitan las alcantarillas y se alimentan de porquería. Es una rata de ciudad y estamos en la montaña. ¿Qué hace aquí?»

Lucrecia apartó la mirada e intentó tranquilizarse, sin conseguirlo. El corazón le martilleaba con furia y le latían las sienes. Comenzó a ascender las escaleras con lentitud, comprobando que estaban manchadas de sangre. Pequeñas huellas pardas las recorrían de arriba abajo. Conforme se acercaba a la entrada oía un rumor sordo de trasiego de patas, de lucha encarnizada. Al llegar hasta el rellano aspiró el olor dulzón y penetrante de la sangre. Intentó ver a través de la puerta entornada, pero la oscuridad era absoluta.

—¿Soledad? —preguntó con voz temblorosa.

Le respondió un repiqueteo nervioso de pequeñas patas.

Lucrecia palpó la pared intentando encontrar el interruptor de la luz. Lo accionó. Veinte o veinticinco ratas, todas grises, todas enormes, todas ensangrentadas, se detuvieron y alzaron sobre sus patas traseras. La observaron durante un segundo, quizá dos. Los bigotes nerviosos, los ojillos sobresaltados. Estaban apiñadas sobre un bulto informe, teñido de rojo, una enorme montaña de carne. Al cabo de ese tiempo, volvieron ansiosas a su festín.

Lucrecia dio un paso atrás y estiró la mano para apoyarse en la barandilla, pero estaba demasiado lejos.

Cayó rodando por las escaleras, inconsciente.

4

—Melinda te ha traicionado.

Sam Fisher lo miró con los ojos entornados y al final se encogió de hombros.

—¿Cómo lo sabes?

—La vi con Johnny Morelli.

—Eso no quiere decir nada.

—Johnny la besaba y a Melinda no parecía desagradarle.

El detective encendió un cigarrillo y aspiró con fuerza. Luego, liberó el humo lentamente, en volutas.

—Sabía que me traicionaría —concluyó—. Lo sabía desde el principio.

—¿Por qué?

—Porque tiene los ojos verdes.

El tradicional sonido de un teléfono de baquelita retumbó desde la sala. Gerard dejó el libro sobre el sofá y se levantó de un salto al reconocer la melodía de su móvil. Aquella llamada en su día libre, después de quince días de trabajo, solo podía indicar una cosa.

Más trabajo.

Por lo visto, en aquellos tiempos de crisis y desempleo, los únicos que seguían trabajando a destajo eran los delincuentes. Sin mirar el número en la pantallita del móvil, contestó, esperando escuchar la voz de su superior, el inspector jefe Vilalta.

—Sí.

—¿Sargento Castillo?

Gerard asintió sorprendido. No conocía la voz.

—¿Con quién hablo, por favor?

—Soy el comisario Solans.

Gerard tragó saliva.

El comisario Solans era el jefe de la Comisaría General de Investigación Criminal de los Mossos d’Esquadra. O sea, el Gran Jefe.

—Señor comisario…

—Verá, Castillo, supongo que le sorprenderá mi llamada. —El tono de voz era firme e imperativo—. Así que iré al grano.

—Sí, señor.

—Ha aparecido un cadáver en Santa Creu del Montseny…

Gerard hizo un gesto de desconcierto. Santa Creu del Montseny era el lugar más tranquilo del mundo.

—… y creemos que se trata de una mujer.

Gerard comprendió dos cosas. La primera, que el cuerpo debía de estar en muy mal estado. Y la segunda, que el caso estaba a punto de escapársele de las manos.

—Santa Creu del Montseny pertenece a nuestra área, señor —le recordó.

—Sí, ya lo sé. No obstante, la posible identidad de la víctima ha hecho que considerase la posibilidad de traspasar la investigación a la División Central.

—Pero, señor…

—No, escúcheme, Castillo. —El comisario era un hombre poco acostumbrado a las interrupciones—. A la vista del cadáver, y con muy buen criterio, el inspector jefe Vilalta ha decidido informarme previamente. Y después también me ha asegurado que su Unidad de Investigación es de altísimo nivel…

«¿Altísimo nivel? —pensó Gerard divertido—. Joder, y yo sin saberlo.»

—… y que ponga a su disposición todos los recursos para resolver el caso. Para empezar, no les he enviado a un forense de guardia, sino que ha ido el doctor Jaime Aguilar.

Gerard hizo un gesto admirativo. Acababa de escuchar el nombre del mejor médico forense con que contaba la Policía Científica.

—Gracias, señor. —Gerard decidió ponerse estupendo—. Es una gran suerte contar con un profesional del prestigio del doctor Aguilar.

—¿Y usted, qué? —le interrumpió el comisario—. No quiero ofenderle, pero, sinceramente, me parece un poco arriesgado dejar el caso en manos de una unidad tan pequeña como la suya…

Gerard Castillo sonrió. A él le atraía el reto, no la posibilidad de un ascenso, como al inspector Vilalta, que soñaba con ser intendente en la Central.

—El inspector Vilalta tiene razón, señor comisario. Nuestra Unidad de Investigación Criminal es de altísimo nivel.

«Toma órdago.»

—Bien, espero resultados.

—Sí, señor.

—Y quiero estar informado en todo momento.

—Sí, señor.

—Y como haya filtraciones a la prensa, los degradaré a todos.

Gerard tragó saliva.

—¿Filtraciones a la prensa, señor?

—Lo que oye, sargento. Me temo que se van a enfrentar con un cadáver muy mediático...

Mierda.

¿Un cadáver muy mediático?

Aquello lo cambiaba todo. Lo último que Gerard deseaba en este mundo era llevar a los paparazzis pegados a sus talones.

Pero ¿quién coño había palmado en Santa Creu? ¿La reina del corazón corazón? ¿La princesa del pueblo? ¿La gran dama de la prensa rosa? ¡Joder! ¡Como si Santa Creu del Montseny fuese Chueca!

Por suerte, el comisario no tardó en sacarlo de dudas.

—Existen muchas posibilidades de que la víctima sea una escritora de best sellers, una tal Dana Green. ¿Le suena?

—Ah —exclamó Castillo aliviado. Si él tuviese que definir a un personaje como muy mediático, jamás hubiese elegido a un escritor. Y eso que algunos lo pretendían. Dana Green era bastante conocida, aunque últimamente había desaparecido del panorama literario, seguramente intentando reorientar su carrera, ahora que los crímenes religiosos y las hermandades de chiflados habían pasado de moda. Además, él prefería las novelas policíacas de toda la vida, con sus tipos duros como Sam Fisher, el más duro de todos.

—Sí, señor comisario. Sé quién es Dana Green.

—Bien, no puedo asegurarle que el cadáver encontrado sea el suyo, pero hay muchas posibilidades... Así que la prensa, en cuanto se entere, se les echará encima. Y que esté muerta no es lo peor. Lo peor es cómo ha muerto.

—¿Cómo ha muerto, señor? —preguntó Gerard, imaginándose la respuesta. Crucificada, eviscerada, decapitada... o cualquiera de las muertes sangrientas con que Dana Green había deleitado a sus lectores durante los últimos diez años.

—Devorada por ratas.

—¿Cómo?

—Lo que oye, Castillo. Se la han comido.

Aún estaba Gerard asimilando aquella información tan jugosa, cuando sonó de nuevo su teléfono móvil. Ahora miró la pantallita para descubrir al cabo Serra.

—Sargento…

—Sí.

—Perdone, sargento, pero he sido yo.

—¿Qué? ¿El qué?

—Yo he sido el que le ha dicho a Vilalta que no era necesario que viniese ningún *pixapins merdós.*

—¡Serra!

—Lo siento, jefe. Y perdón por lo de meapinos mierdoso, pero es que a los de Barcelona no los soporto. Se creen los amos del mundo.

—Serra, que yo también soy un *pixapins…*

—Usted es diferente, jefe. Ni siquiera parece de Can Fanga.

Gerard sonrió. El cabo Serra era un chico de poco más de veinticinco años, de Llerona, incapaz de distinguir las churras de las merinas, como todos sus compañeros de comisaría. Nada más llegar a su nueva destinación, él se presentó como Gerard Castillo, de Barcelona, y como todos vieron que hablaba un catalán muy chapucero, lo creyeron a pies juntillas. El único que conocía su auténtica identidad era su superior, el inspector Vilalta. Pero Vilalta no iba a soltar prenda, por la cuenta que le traía.

Y es que en el DNI de Gerard Castillo, en realidad decía Gerardo de Arteaga Castillo, nacido en Madrid. Su catalán era el resultado de un cursillo intensivo para aprobar el nivel mínimo exigido y no del insufrible acento *xava* que tanto odiaban fuera de Barcelona.

—¿Qué es lo que le has dicho a Vilalta?

—Que usted es el mejor. Y que no hace falta que nos traigan a nadie de la División Central.

—Has metido la pata, Serra —le recriminó Gerard sin convicción —. ¿Te has enterado de quién es la muerta?

—Sí, sargento. ¿No le parece interesante?

—Interesante será ser rebajado a patrullero como no descubramos quién mató a la escritora. ¿Has pensado en eso, Serra?

El cabo tardó unos segundos en responder.

—Lo siento, sargento. Soy un bocazas.

—Tranquilo, hombre. Al fin y al cabo, si llevamos este caso dejaremos de perseguir ladrones de cobre. Saldremos ganando.

—¡Lo sabía, sargento! —exclamó el cabo—. ¡Sabía que no querría dejarlo escapar!

Gerard hizo un gesto condescendiente. Su subalterno era un pardillo; cándido, asustadizo y no muy inteligente, así que no disponía de grandes cualidades para la investigación, más allá de un papá ambicioso y muy bien situado en el organigrama. El retoño había ascendido a cabo con solo veinticinco años y sin méritos especiales,

gracias a su apellido. Todo eso lo sabía Gerard Castillo por el inspector Vilalta, y a pesar de que esa información podía predisponerlo contra él, lo cierto es que Pau Serra también tenía sus cualidades positivas. Era fiel como el mejor amigo del hombre y estaba dispuesto a partirse el alma por obedecer una orden. Pau Serra era un buen chaval, que había tenido la mala suerte de crecer a la sombra de un padre tirano y autoritario que lo había anulado por completo. Algo que Gerard Castillo había conocido muy bien. Tanto, que para conseguir librarse de ese yugo, había renunciado a su primer apellido, como si con ese gesto casi infantil también pudiese renunciar a la mitad de sus genes.

—¿Vienes de camino? —le preguntó Gerard.

—Sí, señor. Lo siento, pero tengo el Subaru en el mecánico. Vengo con un coche patrulla.

—Joder. Así no llegaremos nunca. Tendremos que respetar los límites de velocidad.

Aún no había acabado de hablar, cuando Gerard escuchó una sirena lejana.

—¡Mierda, Serra! ¡Quita la sirena! —bramó, furioso—. Y espérame en la esquina. ¿Qué quieres? ¿Que se entere todo el pueblo de que soy policía?

5

—Las nenas se vuelven locas cuando saben que soy *mosso* —murmuró el cabo Serra cuando enfilaban la carretera comarcal que les conduciría a Santa Creu—. Así que es lo primero que les digo. Y ellas no hacen más que pedirme que me ponga el uniforme.

Gerard lanzó un bufido.

—A ver, Serra, no compares. Tú tienes veinticinco años y yo treinta y siete. Tienes que saber que a mí ya no me interesan las nenas, y que a las mujeres hechas y derechas no les impresiona un uniforme.

Pau Serra se mantuvo unos instantes en silencio, como si meditase intensamente la respuesta.

—De acuerdo, sargento… —concedió el cabo—. He dicho una tontería.

—Bien.

—Además, no era eso lo que yo intentaba… En fin. —Serra se revolvió nervioso en el asiento mientras miraba de reojo los tejanos sin marca y la camisa de leñador que llevaba Gerard—. ¡Perdone, pero tengo que decírselo!

—¿El qué?

El cabo se aclaró la garganta.

—Creo que tendría que hacerse notar más.

Gerard dejó escapar una carcajada. Justamente, todo lo contrario de lo que pretendía.

—¿Eso crees, Serra?

—Estoy convencido, sargento. Usted es un tío bien plantado, con autoridad, que hace de coña su trabajo… —prosiguió el cabo, embalado—. Podría ascender y ocupar un puesto de mayor responsabilidad.

«Y tú conmigo», pensó Gerard, aunque se limitó a hacer un comentario jocoso.

—Serra, ¿me estás tirando los tejos? —le preguntó.

—¡No, en serio! —negó el cabo azorado—. No entiendo por qué quiere pasar siempre desapercibido. Así no llegará más alto. ¡Mire el sargento Requesens!

Gerard tragó saliva.

—Requesens es un gilipollas y un trepa. Sería capaz de vender a su madre si con ello sacase algún provecho.

—De acuerdo, jefe. —Serra asintió con vigor—. Pero Requesens figura en todas las quinielas como el sucesor de Vilalta. Y yo creo que usted está mucho mejor preparado y es mucho mejor investigador...

—No me interesa —le interrumpió Gerard, y señaló con un dedo varios coches patrulla aparcados a un lado del camino. Tras ellos ondeaba la cinta balizadora de la policía, que envolvía la zona de investigación e incluía dos coches aparcados ante la finca: un destartalado Mercedes y un Audi blanco—. Y déjate de quinielas. Hemos llegado.

Nada más bajarse del coche, Gerard saludó a dos *mossos* de uniforme que custodiaban la entrada a la finca. Tras ellos descubrió a varios miembros de la brigada científica, embutidos en sus inquietantes monos de papel blanco que parecían sacados de una película de ciencia ficción de serie B. Él aún no lo sabía, pero los hombres de blanco estaban enfrascados en la dificultosa tarea de dar caza a las pocas ratas que, atiborradas de carne humana, remoloneaban por los alrededores de la finca.

—¿De dónde han salido esos bichos? —le preguntó Gerard a uno de los agentes al ver la enorme rata gris que había atrapado uno de los policías—. Son ratas de ciudad.

—Sargento... es un misterio.

—¡No son ratas, son pirañas! —replicó el otro agente, que tenía la cara blanca como la nieve—. ¡Ahí dentro he visto la cosa más asquerosa de mi vida!

—No es un bonito espectáculo, no —admitió su compañero, más experimentado.

—El cadáver, ¿lo encontrasteis vosotros?

—Sí, sargento. Nos llamó la vecina de al lado para decirnos que había visto una joven tendida al pie de la escalera y ratas corriendo por todos lados. Cuando llegamos, la chica ya había recuperado el conocimiento, y fue ella misma la que nos explicó que había un cadáver dentro de la casa. Entramos y descubrimos el pastel... Ella nos dijo que la muerta era la escritora Dana Green, pero ¡a saber! ¡Estaba irreconocible!

—¿Le habéis tomado declaración a la vecina?

—Sí, aunque no aportó gran cosa. No oyó nada ni vio nada durante la noche. Un poco antes de las diez de la mañana vio a la chica y nos llamó.

—¿Y la chica? ¿Dónde está?

—Se la llevaron al Hospital General, en Barcelona.

—¿Por qué? ¿Tenía lesiones?

—No, qué va. Lo que tenía era los tornillos flojos. Al principio, cuando la encontramos, parecía la mar de tranquila, pero de repente empezó a decir palabrotas y a sacudirse como si estuviese poseída... ¡Dios, qué tía más tarada! ¡La metimos como pudimos dentro de la ambulancia y seguía llamándonos hijos de puta y pegando golpes en los cristales! ¡Qué loca!

—¿Tenéis su nombre?

Uno de los *mossos* consultó una libreta.

—Lucrecia Vázquez Iglesias, vecina de Barcelona, de...

—Luego me lo acabáis de explicar —dijo Gerard, al ver a dos hombres de gris que se acercaban con una litera y una funda negra de plástico—. Supongo que está dentro el doctor Aguilar.

—Sí, señor.

Gerard hizo un gesto al cabo Serra para que lo siguiese, y después de identificarse ante la Policía Científica y de ponerse unos peúcos, ambos subieron las escaleras de entrada al chalet. Los peldaños estaban llenos de flechas numeradas y testigos métricos que señalaban las huellas sangrientas que habían dejado las ratas en su macabro trasiego. Al llegar hasta el rellano de entrada, a Gerard le llegó el penetrante e inconfundible olor de la muerte. Apretó las mandíbulas y después de una leve indecisión, entró. Nada más cruzar el umbral de la puerta, vio a Jaime Aguilar junto con un fotógrafo, ambos inclinados sobre el cadáver. La inspectora Valls, responsable de la brigada científica, observaba la escena desde un par de metros más atrás. Al ver entrar a Gerard, hizo un leve gesto de desdén y decidió abandonar la sala, como si le pareciese que no había suficiente espacio para todos.

—Sargento Castillo, de la Unidad de Investigación de Castellers —se presentó Gerard, mirando a Teresa Valls de reojo, que pasó a su lado y no se molestó en saludarle.

El doctor Aguilar asintió con la cabeza, y después de hacerle un leve gesto para que diese un rodeo tras la mesa, prosiguió con su trabajo. Gerard Castillo se acercó lentamente, seguido del cabo Serra, que no había abierto la boca desde que se había bajado del coche. El forense acababa de tomar la medición de temperatura del cuerpo, y la

anotó en su cuaderno. Gerard se detuvo a un par de metros e inspiró, impresionado. Había visto muchos muertos en su vida, más de cincuenta, pero nunca acabaría de acostumbrarse.

—¿Qué le parece, sargento? —preguntó el doctor Aguilar.

La voz tardó una fracción de segundo en brotar de la garganta del policía.

—Es... espeluznante —atinó a decir.

El forense asintió.

—He visto de todo en mi vida, pero creo que esto lo supera —confesó el forense, con el aplomo de quien se sabe una autoridad en el tema.

En el suelo había un cadáver humano irreconocible. Del rostro ya no quedaba prácticamente nada; las ratas habían devorado los globos oculares, la nariz, las mejillas y los labios. La boca era un enorme boquete sin lengua. Del cuerpo se habían comido las partes más blandas: los pechos, el abdomen y la cara interna de los muslos.

—Estaba completamente desnuda —murmuró Gerard.

—Sí, no llevaba puestos ni los zapatos.

—Supongo que para facilitarle el trabajo a las ratas.

El forense asintió pesaroso.

—¿Puede determinar la hora aproximada de la muerte? —preguntó Gerard.

—No muy bien —se excusó el doctor—. Normalmente tomo la temperatura del hígado, pero como las ratas se lo han comido...

En aquel momento, el cabo Serra hizo un ruido gutural y se alejó con una mano en la boca. No consiguió llegar hasta la puerta. Vomitó en la entrada, ante la mirada de desprecio de los miembros de la brigada científica.

—Joder, Serra —le recriminó Gerard—. ¿No ves que contaminas el escenario?

El pobre cabo intentó esbozar una disculpa, pero se inclinó hacia delante, víctima de una nueva arcada, y acabó de vomitar el resto del desayuno. Trastabillando, bajó las escaleras y salió de la finca, seguido de una algarada de comentarios mordaces.

Médico y policía se miraron durante unos instantes.

—Los chicos no tienen piedad con los novatos —murmuró el forense.

—Es lo que toca —dijo Gerard—. Si quiere trabajar en esto, tendrá que curtirse. No le vamos a hacer *photoshop* al cadáver para que esté bonito.

—Pues con este se curte, seguro.

—Desde luego —replicó Gerard impaciente—. Y ahora dígame a

qué hora piensa que pudo morir la víctima.

—Entre las cinco y las seis de la madrugada.

Gerard asintió con la cabeza y señaló la mesa del comedor, sobre la que quedaban los restos de una cena apenas comenzada: una pizza y una lata de Coca-Cola.

—Si la víctima comenzó a cenar y murió entre las cinco y las seis de la madrugada, debo suponer que pasaron muchas horas entre la aparición del asesino y la muerte...

—Fue una noche muy larga.

—Muy larga, sí —repuso Gerard distraídamente.

—Bueno, sargento —dijo el doctor Aguilar—. Por lo que a mí respecta ya no me queda nada que hacer aquí, más que esperar a que llegue el juez y autorice el levantamiento del cadáver. Me lo llevaré al Hospital General y haré la autopsia... de lo que queda.

—¿Al Hospital General? —preguntó Gerard recordando un comentario.

—Sí. Si quiere, llámeme mañana por la mañana, a ver si ya puedo decirle algo.

—Iré a verle —respondió Gerard—. Han llevado a una testigo a su hospital, así que será un viaje bien aprovechado.

—Una última cosa, sargento... —apuntó Jaime Aguilar—. Hay un detalle que me hace pensar en la extrema maldad del asesino.

—¿Más allá de la forma tan horrible de matar a su víctima?

—Sí —repuso el médico—. Y aunque imagino que no es plato de gusto, le ruego que observe el cadáver.

Gerard asintió lentamente y obedeció. Durante todo aquel tiempo lo había evitado. Su mirada pasó por el rostro, ahora convertido en una masa sanguinolenta en la que destacaban los enormes socavones de los globos oculares, la ausencia de la nariz y la boca abierta en una especie de grotesca mueca.

Gerard negó con la cabeza. El médico forense se había mantenido en silencio.

—¿No ve nada extraño? —le preguntó, al fin.

—No sé.

—Fíjese en la postura del cuerpo —murmuró—. Es anormal.

Gerard comprendió de inmediato. El cadáver tenía las piernas y los brazos completamente extendidos.

—No se protegía. ¿Es eso?

—Extraño, ¿no? —añadió el médico—. ¿Qué haría usted si empezasen a comerle las ratas?

—Intentaría defenderme.

—Exacto. Y si no pudiese, por instinto se colocaría en posición

fetal, protegiéndose el rostro.

—La víctima no lo hizo —repuso Gerard—. Tal vez fue devorada después de muerta. Eso lo explicaría.

—Quizá —concedió el doctor—. Pero no lo creo. Cuando un asesino se toma tantas molestias, es para disfrutar del espectáculo.

—Sí, es posible —concedió Gerard—. Aunque, tal vez ella murió de un paro cardíaco al imaginar la espantosa muerte que le esperaba.

—Si hubiese sufrido un infarto, se hubiese llevado las manos al pecho para protegerse del dolor. La posición sería de defensa, igualmente.

Gerard asintió. Estaba convencido de que el forense estaba en lo cierto.

—Espero, doctor, que pueda encontrar la respuesta a este misterio.

—Tengo una hipótesis —repuso Jaime Aguilar—, pero me esperaré a la autopsia para confirmarla. Y otra cosa quiero decirle... sobre Teresa Valls. Un consejo de amigo, si me lo permite.

—Venga ese consejo.

—No negaré que Teresa es un poco brusca. —El doctor sonrió para sí mismo—. Pero es la mejor en lo suyo. Así que aunque ella quiera librarse de usted porque odia a los investigadores, le recomiendo que la siga por toda la casa y no se pierda ninguna de sus observaciones. Lo agradecerá después.

En aquel momento, uno de los *mossos* de uniforme atravesó la entrada, y desde allí se dirigió a Jaime Aguilar.

—Doctor, acaba de llegar la jueza.

—¿Quién es? —preguntó el forense.

—Su señoría, Margarita Ripoll.

Jaime Aguilar lanzó un suspiro de alivio.

—Estamos de suerte —repuso—. Margarita tiene buen estómago.

En cuanto la jueza ordenó el levantamiento del cadáver, se lo llevaron los empleados de la funeraria. Casi de inmediato, la inspectora Valls, que se había dedicado a inspeccionar los alrededores de la finca, regresó de nuevo al interior de la vivienda, mientras uno de sus agentes la iba informando del avance de las investigaciones.

—... Lo siento, pero no creo que dispongamos de ninguna huella útil. Hemos utilizado potenciador de pisadas a destajo desde la entrada hasta el interior de la casa, pero las malditas ratas lo han ensuciado todo.

La inspectora asintió con pesar.

—Ya lo veo, ya. En fin, saquen lo que puedan y luego examinen

todas las estancias de la casa, a ver si hay más suerte. Sobre todo presten mucha atención a las ventanas.

—Sí, inspectora.

El agente se alejó, acompañado de dos *mossos*, y la inspectora Valls lanzó una mirada a su alrededor. Fue entonces cuando descubrió a Gerard Castillo. Arrugó el ceño e hizo un gesto brusco con la mano derecha, como quien quiere espantar una mosca.

—Si no le importa... hum... —Ella lo miró con impaciencia.

—Sargento Castillo.

—Si no le importa, sargento Castillo, ¿podría... salir?

La inspectora Valls era una mujer pequeña y huesuda, de unos cuarenta y cinco años. No iba embutida en el estiloso mono de papel, aunque sí que portaba todos sus accesorios. Vestía un pulcro y masculino traje chaqueta de color marrón y llevaba mocasines bajo los peúcos. Su aspecto físico no le importaba en absoluto, aunque eso no la convertía en una mujer fea, que no lo era. Y si su aspecto físico no le importaba, tampoco le importaba ser desagradable y brusca.

—No pretendo ser pesado, inspectora, pero quiero quedarme —insistió Gerard—. Tiene que entender que todo lo que pueda observar por mí mismo será muy valioso para la investigación.

—He dicho que no.

Gerard meneó la cabeza. Estaba visto que la vía diplomática era inútil con aquella mujer.

—Este caso es mío, y si tengo que informarme con unas cuantas fotografías y con lo poco que le dé la gana de explicarme en su informe, voy listo. ¿Entiende?

La inspectora se encogió de hombros.

—Ese es su problema.

—También es el suyo —replicó Gerard—. De nada sirve que usted haga muy bien su trabajo si no me deja hacer el mío.

La inspectora se volvió hacia Gerard y lo miró con furia. No obstante, su rostro se relajó de inmediato y esbozó una sonrisa maliciosa. La cara pálida del cabo Serra acababa de asomar por el hueco de la puerta. Ella había sido la primera en verlo.

—¿Qué, flor de pitiminí? —le preguntó con voz dulce—. ¿Te encuentras mejor?

El pobre muchacho miró a Gerard pidiendo ayuda, pero este se limitó a negar con la cabeza.

—Cabo Serra, dígame.

—Sargento, acaba de llegar el dueño de la casa.

—¿El dueño de la casa? —preguntó Gerard sorprendido—. ¿Es que no era de la víctima?

—No, señor.

—¿Y cómo se ha enterado el propietario?

—La testigo lo ha llamado por teléfono.

—¿La testigo? ¿La chica que se llevaron en ambulancia? ¿La que se había vuelto loca?

—Sí, señor. Pero no se había vuelto loca. Al parecer, es que ella es así.

—Ahora mismo salgo.

—Qué lástima, sargento —repuso Teresa Valls con una sonrisa mordaz en los labios—. Con lo a gusto que estábamos discutiendo...

—Qué lastima, sí. —Gerard se encogió de hombros y salió de la casa.

6

Ramón Aparicio esperaba fuera del cordón policial, acompañado de los dos *mossos* que custodiaban la entrada a la finca. Observaba sobrecogido el ir y venir de la Policía Científica. Su refugio en Santa Creu, un reducto de paz y tranquilidad, allí donde podía alejarse de la ciudad y de su ritmo vertiginoso, se había convertido en la casa del horror. Nadie se extrañaría de encontrar un cadáver en cualquier callejón oscuro del extrarradio de Barcelona, pero allí, en Santa Creu, entre árboles y naturaleza, los coches patrulla con sus luces destellantes convertían el paisaje en un espectáculo tan surrealista como inquietante.

—Soy el sargento Castillo, de la Unidad de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra —recitó Gerard—. ¿Y usted?

—Ramón... Aparicio González.

—¿Esta casa es suya?

—Sí.

—¿Puede explicarme la presencia de... hum... Dana Green en su casa? Por cierto, supongo que Dana Green es un seudónimo.

—Se llamaba Soledad Montero Molinero —aclaró Ramón con cara de pena—. Lo cierto es que su nombre, además de cacofónico, no resultaba el más adecuado para atraer a los lectores de superventas, así que lo cambiamos por otro más internacional...

Gerard asintió comprensivo. La respuesta era esclarecedora.

—Es usted su editor, por lo que intuyo.

—Sí.

—Perdone que insista. ¿Era normal que ella estuviese en su casa?

Algo en el tono de Gerard irritó a Ramón.

—¡No éramos amantes! ¡Estoy casado y tengo tres hijos!

—No se ponga nervioso, señor Aparicio. A mí me da lo mismo si eran amantes como si no lo eran, pero tengo que saberlo.

—Lo siento... es que estoy un poco nervioso.

—Yo le entiendo, pero comprenda que tengo que hacer mi trabajo.

—Sí, sí, pregunte…

—¿Tenía usted un trato personal con ella? ¿Eran amigos? Uno no le deja su casa a cualquiera.

—¿Amigos? —El editor se encogió de hombros—. No consideraría a Soledad mi amiga. Yo… me limitaba a atender sus necesidades, por así decirlo. Ella había venido muchas veces, decía que el Montseny la inspiraba.

—Tengo que entender que se sentía obligado a dejarle su casa.

Ramón hizo una mueca de resignación que Gerard aceptó con un gesto comprensivo.

—Sí, así es.

—Veo que no le tenía mucho aprecio.

—No, no se lo tenía —confesó el editor—. Ya sé que parece feo, ahora que ha muerto, pero Soledad era caprichosa y egocéntrica. Nos llevaba a todos de cabeza. Y a mí, al que más.

—Entiendo… —dijo Gerard—. ¿Desde cuándo estaba Soledad Montero alojada en su casa?

—Desde ayer por la noche. Tuvimos una reunión en la editorial que duró hasta las nueve, más o menos. Si le suma un par de horas, no creo que llegase a Santa Creu antes de las once.

—¿Quién más sabía que estaba aquí?

—Lucrecia Vázquez, por supuesto. Y a Alejandro también se lo dije…

—¿Quién es ese?

—Alejandro Paz, nuestra estrella de la autoayuda —respondió Ramón Aparicio con presteza—. ¿No ha leído ningún libro suyo?

Gerard negó con vigor, y preguntó a su vez.

—¿Por qué se lo explicó? ¿Él se lo preguntó?

Ramón Aparicio lo miró extrañado, pero acabó contestando.

—Después de la reunión con Dana estuve un rato charlando con él. Le expliqué que ella me había pedido las llaves de mi casa y despotriqué un poco… Alejandro y yo tenemos confianza.

Gerard asintió comprensivo.

—¿Alguien más sabía que ella venía?

—Sí, claro —respondió el editor—. El amiguito de turno que la acompañó.

—¿A quién se refiere? —preguntó Gerard—. Dígame nombres, por favor.

—No puedo decírselos, porque los desconozco. Es más, no creo ni que Dana los supiera. Eran tipos anónimos que iban y venían.

—¿De su casa de Santa Creu?

—Pues sí. —Ramón asintió con vigor—. Soledad utilizaba mi casa

como nidito de amor.

—¿Y no le molestaba?

—¡Mucho!

—¿Y no podía decirle que no?

Ramón Aparicio hizo un gesto de desdén.

—Ya lo sé, parezco un pelagatos, pero es que Dana me tenía cogido por los huevos… Con perdón.

Gerard meneó la cabeza, inquieto. Amantes anónimos que iban y venían, sin nombre y sin rostro… El asunto se complicaba por momentos, y él ni siquiera podía asegurar que el cadáver fuese de Soledad Montero.

—Hay algo que debo decirle —puntualizó por prurito profesional—. Y es que aunque todos los indicios señalan que el cadáver es el de Soledad Montero, se tendrá que confirmar en la autopsia.

—¿Por qué? —preguntó Ramón Aparicio, que lo miró sobresaltado—. Lucrecia la ha reconocido. Me dijo que era ella.

—¿Lucrecia no le ha explicado en qué estado se halla el cadáver?

Ramón Aparicio lo miró sobresaltado.

—Perdón… ella solo me dijo que Soledad había aparecido muerta —balbució—. Estaba muy nerviosa y no quise agobiarla con preguntas. ¿Qué pasa?

—Bueno, digamos que el cadáver estaba… en mal estado.

—¿Qué me dice? —preguntó Ramón Aparicio—. ¿Es que no ha sido una muerte natural? ¿Un infarto o algo de eso? Es lo primero que pensé. Como usted mismo habrá visto, Soledad era obesa…

Gerard decidió ocultarle la verdad. Si la tal Lucrecia no había entrado en detalles, no iba a ser él quien lo hiciera.

—No puedo decirle gran cosa, señor Aparicio. Tendremos que esperar a los resultados de la autopsia. Yo, mientras tanto, me limito a recoger el máximo de información posible. Por eso necesito que me ayude. Por lo que me dice, supongo que Soledad Montero no estaba casada.

—No, que yo sepa.

—¿Separada? ¿Divorciada?

—Ni idea.

—¿Tenía hijos?

—No lo sé, pero no lo creo. Nunca habló de ninguno.

Gerard lo miró con fijeza, esperando una respuesta más extensa.

—Sí, ya sé que es extraño, pero Soledad era muy celosa de su intimidad —se disculpó Ramón Aparicio—. Durante los diez años en que fui su editor no me explicó nada de su vida privada. Lo poco que sé lo he descubierto de manera indirecta…

Gerard asintió divertido. Qué bonito eufemismo lo de la manera indirecta.

—¿A quién podemos avisar de su muerte? —le preguntó al editor —. ¿Padres? ¿Hermanos?

Ramón Aparicio se encogió de hombros.

—Ya le he dicho que no tengo ni idea.

—Perdone que insista, pero ¿está seguro de que ella vino acompañada?

—No puedo jurarlo, si es eso lo que me pide.

—¿Y no es posible que viniese a escribir? Veo que no contempla esa posibilidad. Y tratándose de una escritora...

Ramón negó lentamente.

—Me había dejado la sinopsis de su novela sobre la mesa, antes de irse. E iba a entrevistarse con Lucrecia para que le hiciera el trabajo sucio —respondió Ramón con desprecio—. Escribir, ¿qué? ¿Una receta de cocina?

—Veo que, literariamente hablando, tampoco le tenía un gran respeto.

—No nos equivoquemos, sargento. Esto es un negocio, y así lo entendió Dana. Ella quería publicar una novela al año, así que me exigió que le buscase colaboradores discretos y con calidad que le hiciesen el trabajo. Yo la ayudé, por supuesto. Su nombre reportaba muy buenos dividendos a la editorial. Ella escribía una sinopsis, y luego la registraba. Es más, creo que las ideas ni siquiera eran suyas. Me temo que provenían de los múltiples foros literarios que se pueden encontrar en internet. Sé que estaba registrada en muchos de ellos.

—Así que Dana Green se dedicaba a robar ideas.

—No sea cruel, sargento. No puedo asegurarlo a ciencia cierta.

—Pero lo sospecha.

—A ver, sargento, yo soy gato viejo. Un día, Dana estaba más mustia que una pasa, y al día siguiente ya tenía un resumen de treinta páginas que se había apresurado a registrar. Qué quiere que le diga... —reconoció Ramón—. En fin, no se puede ni imaginar la de tontos que vuelcan sus escritos en internet sin registrar, y algunos de ellos son buenos, no se crea que todo es porquería. De hecho, no es el primer caso de un escritor que publica su obra en internet y luego un editor con más tiempo y más olfato que yo se interesa por ella...

—Resumiendo: Dana Green robaba las ideas y luego utilizaba un negro para que le escribiera la novela —concluyó Gerard, implacable como una apisonadora—. Eso podría crearle más de un enemigo...

Ramón Aparicio lo miró malicioso.

—No lo diga así, sargento, que suena muy feo. Digamos que Dana

se inspiraba en textos ajenos y luego buscaba la ayuda de colaboradores para desarrollar sus ideas. Trabajo en equipo. ¿Qué quiere? Hasta Alejandro Dumas lo hacía.

—Dana Green era una farsante.

—Entiéndalo, sargento. Yo no le tenía ningún afecto, pero me siento obligado a defenderla. Piense que entre las presentaciones, las entrevistas y los congresos, Dana Green tenía un programa más apretado que Lady Gaga, y cumplía a rajatabla con él. En ese sentido era toda una profesional.

—Yo pensé que los escritores se dedicaban a escribir.

—Eso era antes, cuando no existía el ordenador. Ahora cualquier imbécil se baja cuatro informaciones de Google y teclea trescientas páginas que vende a peso y que compiten en las estanterías de los supermercados al lado de *Muérdeme, vampiro* y de *Fóllame, vizconde.* Por poner un ejemplo.

—Veo que no es muy optimista.

Ramón Aparicio se encogió de hombros.

—No sé si me creerá, pero el mundo editorial cada día se parece más a la televisión. Antes se decía que eran mundos antagónicos, que la televisión era un medio de masas, de consumo pasivo y superficial y que la literatura era de consumo activo y con aspiración a trascendencia. Bla, bla, bla. Hoy en día, si la televisión está sometida al *share*, nosotros también lo estamos a la maldita lista Nielsen, así que tampoco podemos ofrecer calidad si queremos salir en la lista de los libros más vendidos. ¡Mírelo usted mismo! Salvo gloriosas excepciones, el pastel se lo reparten entre cuatro, y los cuatro hablan de lo mismo. Cuando iba de *thrillers* religiosos, todos se dedicaron a sacarle novias e hijos secretos a Jesucristo, o a los apóstoles, o a construir catedrales entre violación y violación, que mire que es morboso el personal. Ahora parece que triunfan los psicópatas, y se trata de inventar crímenes espeluznantes, cuanto más espeluznantes mejor. Que si desollado con un cortaúñas suizo, que si asfixiado con sus propias cuerdas vocales… ¡Qué asco! Es lamentable, pero hay que seguir estas estúpidas modas si se pretende sobrevivir. Y eso sin contar con que el pirateo en internet nos va a quitar el pan de la boca a más de uno…

Gerard asintió con vigor. No esperaba una explicación tan extensa, pero si tenía que investigar el crimen de una escritora, bueno era saber en qué jungla tendría que moverse. Además, estaba haciendo tiempo para que la irritable inspectora de la brigada científica acabase su trabajo. Quería entrar en la casa con el editor y sabía que Teresa Valls montaría en cólera si los veía pulular por sus dominios.

—Los negros que colaboraban con Dana Green —preguntó—, ¿eran todos de la editorial?

—Hasta ahora sí, aunque sé que últimamente Soledad se movía por su cuenta. Estaba descontenta de los colaboradores que yo le ofrecía; se quejaba de que eran demasiado literarios y de que en sus asesinatos no corría suficiente sangre.

—Qué simpática.

—No la juzgue, ella solo quería vender libros, y el despiece es lo que se lleva.

Gerard asintió con vigor. No iba a discutir con un entendido. Además, con la muerte de Soledad Montero la mitad de los miembros del gremio de los negros literarios iría a engrosar las listas del paro. Una tragedia en tiempos de crisis.

—Le pediré que me haga una lista de los negros que conozca.

—Sí, por supuesto. De hecho, la muchacha que me avisó, Lucrecia Vázquez... yo la propuse como su próxima ayudante.

Ramón Aparicio obviaba la palabra negro como si de un sacrilegio se tratase.

—¿Por eso venía a ver a Soledad Montero?

—Sí, ayer les concerté una entrevista aquí, en mi casa. Sería una primera toma de contacto y cambio de impresiones. Insistí bastante porque Lucrecia, a pesar de su juventud, tiene muchísima experiencia y un gran talento natural. Además, es muy versátil, se atreve con todo. Si usted supiera... —Ramón Aparicio dudó durante unos instantes—. No obstante, tengo el oscuro presentimiento de que Soledad iba a traicionarme.

—¿A qué se refiere?

—Sé que había recibido ofertas de otras editoriales, y que estas le habían ofrecido los servicios de sus colaboradores, eso sin contar que Soledad le había hecho una propuesta paralela a Alejandro Paz, nuestra estrella de la autoayuda, ya que él deseaba reconducir su carrera hacia...

Gerard lanzó un bufido. Empezaba a cansarse.

—Vamos a dejar esto por ahora, señor Aparicio, y dígame qué hizo ayer por la noche, después de la entrevista que tuvo con Soledad Montero.

El editor lo miró extrañado.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Respóndame, por favor.

—Hablé con Alejandro, ya se lo he dicho.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las diez.

—¿Está seguro?

—Sí, porque miré el reloj y pensé que era muy tarde para llamar a Lucrecia desde la editorial. —Ramón chasqueó la lengua—. Verá, mi mujer no entiende que no puedo trabajar de nueve a cinco. No soy un maldito funcionario. Yo tengo que estar siempre disponible, a cualquier hora...

Gerard asintió comprensivo. Los editores no eran los únicos que no gozaban de horarios de trabajo compatibles con la vida familiar.

—Así que se fue a casa y llamó a Lucrecia Vázquez.

—Sí.

—¿Qué hora era?

—Las once, más o menos. La pobre Lucrecia vive sola y puedo llamarla cuando quiera, que nunca se enfada. Además, iba a darle buenas noticias...

—¿Fue entonces cuando la citó con Soledad Montero aquí, en Santa Creu?

—Sí. —Ramón lo miró asqueado—. ¡Pero bueno, sargento! ¿Por qué me hace tantas preguntas?

—¿No se lo imagina?

—¿El qué?

—Me sorprende.

—¿Qué le sorprende?

—Que después de largarme ese discurso sobre psicópatas y crímenes espeluznantes, no se haya dado cuenta.

—¿De qué? —Ramón Aparicio lo miraba atónito—. ¿De qué tengo que darme cuenta?

—De que Soledad Montero ha sido asesinada —concluyó.

7

—Odio Barcelona.

El cabo Serra se hundió en el asiento mientras los coches adelantaban por derecha e izquierda.

Gerard lo miró de reojo y dejó escapar una carcajada. Le resultaba paradójico tener que ser él, nacido en el centro de Madrid, el que se viese en la absurda tesitura de defender la capital catalana.

—Entonces también odias Madrid o Valencia o Bilbao.

—No, solo odio Barcelona.

—No lo entiendo.

—A Madrid no pienso ir en la vida, y si voy, será de turista. Pero aquí tengo que venir cada dos por tres... —Pau Serra golpeó con un dedo la luna delantera—. ¿Los ha visto? ¿Por qué se cambian todos de carril? ¿Se han vuelto locos?

Gerard rio de veras. El rostro de Pau Serra, normalmente sonrosado y lleno de salud, estaba lívido. Y eso que iba él al volante, como siempre que se desplazaban a la ciudad. Miró por el espejo retrovisor y cambió varias veces de carril para situarse a la izquierda y girar en Comte d'Urgell. Se dirigían al Hospital General.

—En Barcelona se conduce de puta madre —aseguró—. Es una de las ciudades donde más se respeta el código de circulación.

—Eso lo dice usted porque es de aquí —replicó el cabo—. Su opinión no me vale.

Gerard asintió con la cabeza, divertido. Por más contradictorio que pudiera parecer, el cabo Serra tenía razón. Ciertamente, la sensación de selva urbana, y el plus de estrés con que debía atravesar aquella vía principal, Aragó, no era distinta a la que había sentido circulando por Recoletos o Alcalá.

Pau Serra se hundió aún más en su asiento, malhumorado y silencioso, y aquello permitió a Gerard hacer un repaso mental de los últimos acontecimientos del día anterior, desde que entrara por segunda vez en la casa, ahora en compañía de su dueño, Ramón

Aparicio.

La proverbial verborrea del editor desapareció en cuanto supo que Dana Green había muerto asesinada. Y su rostro se tornó lívido al subir por las escaleras, y eso que los siniestros indicadores de pruebas ya habían desaparecido. El suelo se había convertido en una argamasa de pisadas de rata, de policías, de sangre y barro. Ya dentro del piso, Ramón Aparicio se quedó paralizado al ver la horrible mancha de sangre sobre el suelo del comedor, una mancha que, además, dibujaba con precisión el perfil de la víctima. Aquella visión eclipsó su capacidad para apreciar ningún otro detalle.

—¿Cómo... murió? —susurró Ramón Aparicio.

Gerard lo miró de reojo y decidió no dar detalles. El editor estaba tan blanco que se arriesgaba a que se desmayase allí mismo y echase a perder un primer reconocimiento de la casa. Así que se limitó a responder de manera imprecisa:

—Lo siento, pero habrá que esperar al resultado de la autopsia.

—Ya, pero... fue... una muerte... muy violenta.

—Un poco, sí.

Ramón Aparicio tardó unos instantes en asimilar aquella información. Al final, meneó la cabeza desconsolado.

—Tenía que habérmelo imaginado —musitó—. Un chiquito joven y apuesto le tiró el anzuelo y ella picó, vaya que picó... Luego resultó que era un pirado que había leído sus novelas y estaba obsesionado con ella. Está claro, se trata de un crimen ritual. Dios mío, Dios mío... un crimen ritual en mi casa, lo que me faltaba...

Gerard hizo un gesto de disgusto.

—Le ruego, señor Aparicio, que se limite a acompañarme y deje las especulaciones para los investigadores. ¿Le parece?

El editor asintió obediente y lo siguió a través del comedor. Allí seguía Teresa Valls, aunque no les dedicó más que una rápida mirada de soslayo. La inspectora estaba concentrada intentando atrapar con sus pinzas algún hallazgo que estaba en el suelo, en un rincón de la sala. Gerard instó a Ramón Aparicio para que lo siguiese con rapidez. Cuanto menos contacto tuviera con la irascible inspectora, mejor. Un recorrido somero por las estancias permitió al editor confirmar que todo estaba en orden. Ramón Aparicio respiró tranquilo al comprobar que el asesino no se había llevado nada importante, ni siquiera unas litografías y óleos que pendían de las paredes del salón y que él mismo describió como un Abelló, un Pruna, un Pellicer y un falso Mir.

En una de las habitaciones había una maleta vacía. Era de Soledad Montero. Su contenido había sido dispuesto en orden sobre la cama. Aparte de la ropa había una cartera, dentro de la cual se halló el DNI,

una tarjeta de crédito y trescientos euros. También un tronado móvil Nokia, sin batería y sin más prestaciones que la primigenia: llamar por teléfono. Para más inri, el cargador no aparecía por ningún lado. De ello cabía deducir que la escritora no era aficionada a hackear informes secretos de Wikileaks, ni a entrar en su perfil de Facebook cada dos por tres. No obstante, el protocolo era ineludible: Gerard necesitaría obtener del operador de telefonía móvil el número PIN y el histórico de llamadas, algo que seguramente le costaría conseguir y no serviría para nada.

Sobre la cama había también dos juegos de llaves, uno de ellos con un llavero de Mercedes-Benz y que correspondía al no menos tronado automóvil aparcado en la calle. Un par de miembros de la Científica lo estaba revisando.

Evidentemente, Soledad Montero no era amiga de las últimas tecnologías y, además, había conocido tiempos mejores. En el otro juego destacaba una llave de seguridad, y era sin lugar a dudas de un domicilio particular. Ramón Aparicio se prestó a dar la dirección en Barcelona del piso de la escritora. En definitiva, más autorizaciones de la jueza.

La ropa de la víctima no apareció por ningún lado. La única explicación plausible era que el asesino la había hecho desaparecer. Y eso hablaba de una mente fría, metódica y muy cuidadosa. No obstante, esa misma ausencia de restos proporcionaba información muy importante: ninguna de las ventanas había sido forzada; por lo tanto, el asesino había entrado por la puerta principal. Abrir una puerta blindada con doble cerradura Mottura no era fácil. Hacía falta algo más que una ganzúa profesional o una llave falsa.

Así que, o el asesino era un discípulo de Houdini, o Soledad Montero le abrió la puerta.

Y si le abrió la puerta, quiere decir que le conocía.

8

Al llegar al Hospital General, Gerard y Pau decidieron ir a visitar primero a la testigo, Lucrecia Vázquez. En recepción les dieron el número de planta y habitación. Al llegar allí, abrieron la puerta y se encontraron con un cuarto vacío. La testigo había volado. Salieron al pasillo dispuestos a preguntar por ella, cuando Gerard vio a una joven acodada en el mostrador de la planta, esperando. Una enfermera salió de un cuartillo y le extendió un informe. Gerard la observó durante unos instantes y descubrió que la muchacha se estremecía sin motivo aparente, sacudiendo la cabeza y los hombros de manera ostensible.

Ella es así.

Gerard le hizo un gesto a Pau Serra para que no lo siguiera y se acercó con suavidad a la muchacha.

—¿Lucrecia Vázquez? —le preguntó.

Ella le lanzó una mirada especulativa y asintió con brusquedad.

—Sí... sí... sí... ¡Sí!

Gerard la observó, azorado. Lucrecia Vázquez no era una mujer guapa. Quizá, los más compasivos podrían decir que poseía una belleza picasiana, que era casi peor que ser fea. Además, era alta, más de un metro setenta, flaca y con unas piernas desproporcionadamente largas. Pero eso no era lo peor, lo peor eran los terribles tics que la obligaban a contorsionarse como una marioneta desmadejada.

—Sam... Fisher —murmuró ella mientras agitaba la cabeza con vigor.

—¿Perdón?

—Que... es usted policía, digo.

Gerard lo había oído perfectamente. Aquella muchacha que parecía que en cualquier momento fuera a romperse el cuello le había llamado Sam Fisher. Tragó saliva e intentó reconducir la situación.

—Soy el sargento Castillo, de la Unidad de Investigación Criminal de los Mossos d’Esquadra —recitó, y señaló a Pau Serra, que los miraba estupefacto a unos cinco metros de distancia—. Él es mi

subalterno, el cabo Serra.

Lucrecia miró a Pau Serra, y al ver su expresión de estupor, lanzó un gruñido desdeñoso.

—¿Qué quieren?

—Hablar contigo.

Lucrecia se encogió de hombros.

—Bueno.

Gerard se dirigió a la enfermera jefe, que los observaba curiosa.

—Vamos a ocupar unos minutos la habitación, enfermera, si no le molesta.

Antes de que ella tuviese tiempo de abrir la boca, Gerard ya le había enseñado la placa. La enfermera asintió con vigor y les invitó a que ocupasen la misma habitación que Lucrecia acababa de abandonar. Gerard esperó a que la joven estuviese dentro del cuarto y se acercó al cabo Serra con el rostro crispado.

—Deja de mirarla de esa manera, imbécil, que no es ningún monstruo.

Pau Serra hizo un gesto de disculpa.

—Joder, sargento —murmuró—. Si es que parece la niña del exorcista. Me da que en cualquier momento va a empezar a echar espumarajos verdes por la boca.

—Pues entonces es mejor que te quedes aquí —gruñó Gerard—. No sea que te desmayes del susto.

Y se dirigió a la habitación con paso rápido. Por desgracia, en el mismo momento en que iba a entrar en el cuarto, divisó a Teresa Valls acercándose por el pasillo. Lo que le faltaba. Ella lo vio también y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Sargento, qué sorpresa...

Gerard se detuvo frente a la puerta de la habitación y le hizo un gesto de disculpa a Lucrecia Vázquez, que se había sentado en una butaca con los brazos cruzados, seguramente para limitar sus espasmódicos movimientos.

—Buenos días —le dijo a Teresa Valls.

—¿Qué le trae por aquí, sargento Castillo?

—Vengo a hablar con una testigo. —Gerard hizo un gesto impaciente señalando el interior del cuarto—. Si no le importa, no quiero hacerla esperar...

Teresa Valls hizo caso omiso de la brusca despedida de Gerard y asomó la cabeza por la puerta.

—¿Es la testigo de Santa Creu, la que se llevaron en la ambulancia?

—Sí.

—Ah… —Teresa Valls examinó a Lucrecia Vázquez con la misma frialdad con que observaría una huella dactilar—. Ahora entiendo lo que habían dicho de ella… ¿Lo ve? Tiene el síndrome de Gilles de la Tourette en grado incapacitante —anunció.

Lucrecia parpadeó furiosa. Aquel examen era humillante, y aunque lo había sufrido incontables veces a lo largo de su vida, no se había resignado a aceptarlo.

—¡Incapacitante, no! A mí no me incapacita, señora, así que si no puede resistirlo, ¡aire!

Tras aquellas palabras, Lucrecia se pasó unos segundos agitando las manos. La inspectora sonrió.

—Menudo carácter —repuso, malévola, dirigiéndose a Gerard como si Lucrecia no existiera—. Así que no la incapacita, dice. ¿Y de qué trabajará esta pobre muchacha, si se puede saber? ¿De estatua en las Ramblas? —Teresa Valls se rio de su propia ocurrencia—. ¡No lo creo!

Lucrecia lanzó un potente bufido y se levantó de un salto. La inspectora dio un paso atrás al ver que la joven se le acercaba desafiante. Sacó un pañuelo de papel y lo extendió, como si fuera a sonarse.

—¡Puta, puta, puta! —graznó Lucrecia fuera de sí. Se detuvo a menos de un palmo de Teresa Valls y le escupió a la cara—. ¡Puta, puta, más que puta!

De repente, Lucrecia se detuvo. Sonrió con candidez y miró a Teresa Valls, que había soportado el chaparrón con estoicismo. Al fin y al cabo, lo había provocado ella.

—Perdón —musitó Lucrecia con voz melosa—. Ha sido un tic. ¿Sabe?

—Un tic, ya.

—Sí, señora. —Lucrecia asintió con vigor—. Le llaman coprolalia. El palabro proviene del griego y tiene algo que ver con la tendencia patológica a proferir obscenidades. Traducido al cristiano se refiere a decir palabrotas de las gordas como, por ejemplo, puta. Puta, puta, puta… Prostituta.

Teresa Valls asintió con vigor.

—Ya sé lo que es la coprolalia.

—Es incontrolable, ¿sabe? —Lucrecia la miró con fiereza—. Una siente ganas de decir «puta» y no se puede aguantar. ¡Puta! ¡Puta! ¡Puta!

—Ya lo he entendido —dijo la inspectora.

—Por cierto, ¿quiere saber de qué trabajo?

—No, no, es igual —negó Teresa Valls mientras se dirigía a la

salida—. Yo ya me iba...

Sin ni siquiera decir adiós, la inspectora abandonó el cuarto. En cuanto hubo recorrido unos pocos metros, su boca se extendió en una sonrisa maliciosa. Sacó una bolsita de plástico de un bolsillo e introdujo el pañuelo de papel.

Dentro de la habitación, Lucrecia estaba aún bajo los efectos de la rabia. Se encogió de hombros muchas veces y después se sentó con brusquedad en la butaca.

—¡Maldita, maldita, maldita! —exclamó, indignada—. ¡Se ha reído de mí!

Gerard tardó un instante en responder, y finalmente cedió. Lucrecia tenía razón, así que no quiso sermonearla. Cerró la puerta de la habitación, acercó una butaca y se sentó frente a ella.

—Estoy acostumbrada a que me traten como a un mono de feria —añadió Lucrecia—, pero que esté acostumbrada no quiere decir que lo sea.

Gerard sintió una oleada de simpatía por aquella joven. Era evidente que no era fácil estar en la piel de Lucrecia Vázquez.

—Yo te he tratado con respeto.

Lucrecia asintió.

—Sí.

—Y ahora te ruego que te tranquilices y que contestes lo mejor que puedas a mis preguntas.

—Lo haré... ¡Oh! —Lucrecia alzó la mirada sobresaltada y la fijó en alguien que acababa de abrir la puerta del cuarto—. ¡Alejandro!

Gerard observó molesto que ella se levantaba de su asiento y se fundía en un abrazo con un hombre de unos treinta y tantos años que acababa de entrar. El desconocido tenía un dulce acento argentino con el que consoló a la joven.

—Lucrecia, Lucrecia... cómo lo siento por vos... —musitó él besándole el cabello—. Cómo lamento que pasés por este mal trago, cómo siento en mi corazón un dolor infinito y...

Gerard esperó impaciente unos segundos de cortesía antes de levantarse de su butaca. Aquel argentino seguía envolviendo a Lucrecia Vázquez con su abrazo y su palabrería pegajosa, algo que le irritaba sobremanera. Nunca había entendido por qué aquel estilo dulzón encandilaba a las mujeres.

—Perdone que interrumpa —repuso con actitud autoritaria—, pero le rogaría que se identificase.

Lucrecia se liberó del abrazo del argentino con expresión de alivio

y le hizo un gesto conciliador con la mano.

—Es *mosso* —le explicó—. Investiga la muerte de Dana.

—Ah… —Alejandro tardó unos segundos en reaccionar—. Bien… esteee… me llamo Alejandro Paz, soy escritor y he publicado con la Editorial Universo varios libros de crecimiento personal, orientación humanista y *coaching* integral.

Gerard asintió con vigor. Ya se lo imaginaba. Ramón Aparicio le había hablado de él, y el tiparraco que tenía delante encajaba a la perfección con el retrato robot de un soplapollas.

—Bien, señor Paz —concedió—. Si no le importa, le ruego que salga al pasillo y espere a que yo acabe de hablar con ella. Y no se aleje, por favor. Después hablaré con usted.

—¿Hablar? —repitió Alejandro como si no entendiese el significado de aquella palabra—. ¿Está interrogando a Lucrecia?

—No te alteres, Alejandro —le consoló ella con suavidad—. Es normal que lo haga.

—¡No, no lo es! —Alejandro Paz abrió los ojos como platos y meneó la cabeza—. ¡No hablés, no digás, no confesés!

Lucrecia lo miró atónita.

—Alejandro, ¿qué te pasa?

Él tomó una mano de Lucrecia entre las suyas y la estrujó con ansia. Siempre que el argentino se ponía nervioso sacaba su acento más genuino.

—No digás nada si no es en presencia de un abogado, Lucrecia —murmuró con voz trémula—. Yo te buscaré el mejor.

—Alejandro, ¿qué insinúas? ¡Yo no necesito un abogado!

—He hablado con Ramón, Lucrecia. Él me lo ha contado todo.

—¿Qué te ha contado?

—Soledad… Un crimen ritual.

—Alejandro, me estás poniendo nerviosa. —Lucrecia lanzó una mirada fugaz a Gerard, que la observaba con suma atención—. ¿Qué es lo que te ha dicho Ramón?

—¡Calla! —El argentino señaló a Gerard con un dedo tembloroso—. ¿No ves que todo lo que digás podrá utilizarlo contra vos?

9

—Los escritores son gilipollas.

Gerard avanzó con rapidez por el pasillo mientras mascullaba este improperio y otros mucho peores, todos relacionados con la inestabilidad anímica y bajo coeficiente intelectual del gremio en cuestión, seguido a una prudente distancia del cabo Serra. El muchacho lo había visto salir de la habitación hecho una furia e iba tras él en silencio y manso como un corderito.

No era para menos. Lo que en principio prometía ser una conversación más o menos sosegada con Lucrecia Vázquez, se había convertido en una escena de vodevil, con la muchacha al borde de un ataque de nervios y aquel insoportable cantamañanas intentando consolarla por algo que él mismo había provocado. No, no había pensado en Lucrecia Vázquez como la principal sospechosa y, además, ni siquiera había podido hablar con ella. La muchacha acabó cediendo a las pretensiones del argentino, y se tendrían que ver las caras de nuevo, pero ahora con la intermediación de un abogado. En definitiva, si ella tenía algo que aportar, alguna opinión personal acerca de Soledad Montero, se la guardaría para sí misma.

Gerard recorrió las dependencias de Anatomía Patológica y se detuvo frente a la puerta de acceso a la sala de autopsias. Se volvió con brusquedad y se dirigió al cabo con el mismo tono con que un amo se dirigiría a su perro.

—Quédate aquí.

El cabo Serra negó con lentitud.

—Sargento, quiero acompañarle —repuso—. Yo... ayer no sé qué me pasó, pero no quiero que piense que soy un cagueta.

Gerard lo miró de arriba abajo. El cabo Serra estaba más blanco que la cera, pero había que valorar su entusiasmo y pundonor.

—¿Has visto muchas autopsias, Serra?

El cabo asintió con vigor.

—Mu... chas.

—Estupendo —admitió Gerard, consciente de que la experiencia de Serra se limitaba a las series televisivas—. Sígueme.

Entraron en el vestuario adyacente a la sala de autopsias, y allí se pusieron la equipación necesaria para entrar en un quirófano: gorro, mascarilla y bata. Después de lavarse las manos, Gerard se volvió hacia el cabo y le preguntó por última vez:

—¿Quieres entrar?

—Sí, señor.

Gerard asintió con satisfacción y empujó las puertas. La sala de autopsias era un espacio bastante amplio, de unos cuarenta metros cuadrados, de un blanco inmaculado. Unas potentes luces enfocaban sin piedad las desnudas paredes y el suelo embaldosado y reflejaban las superficies de acero inoxidable y las vitrinas de cristal que cubrían dos de las paredes. En medio de la habitación se alzaba una mesa metálica provista del instrumental necesario: bisturís, cuchillos, tijeras, pinzas de varios tamaños, martillos, un escoplo y una sierra circular. La cirugía estaba ya muy avanzada, ya que el doctor Jaime Aguilar estaba a punto de extraerle el encéfalo a la víctima, el último paso de la necropsia. Con un bisturí hizo un corte preciso en la piel de la frente y la dividió en dos mitades. Dio un fuerte tirón y retiró la parte delantera sobre lo que quedaba del rostro, dejando la parte frontal superior del cráneo al descubierto. Luego tiró de la parte de atrás, hasta la nuca, como si pelase una naranja. Gerard se detuvo en la entrada, asqueado de ver por segunda vez en aquel día a la inspectora Teresa Valls, que charlaba amistosamente con el doctor mientras este cogía la sierra eléctrica de la mesa adyacente dispuesto a seccionar el cráneo de la víctima. Ella alzó la vista y sonrió.

—Caramba, sargento, ¿ya ha hablado con la testigo?

Gerard suspiró ruidosamente.

—Inspectora, no quisiera ser descortés, pero estoy un poco cansado de encontrármela cada dos por tres...

Teresa Valls le hizo un gesto expresivo, señalando tras él. Pau Serra tenía las pupilas dilatadas y el rostro descompuesto. Antes de que él pudiese evitarlo, el cabo se desmayó sobre el suelo de la sala de autopsias.

—Qué harto estoy —masculló.

La inspectora se acercó, e inclinándose sobre el cabo, le tomó el pulso. Pau Serra abrió los ojos, pero no vio nada y lanzó un gemido agónico.

—Lo siento...

Teresa Valls lo ayudó a levantarse.

—¿Puedo... salir... sargento? —balbució el cabo, que aún tenía las

pupilas dilatadas.

—¿Me deja que lo acompañe? —preguntó Teresa Valls—. Así usted puede hablar tranquilamente con el doctor —sonrió, mimosa—. No se preocupe, que cuidaré a su muchacho como si fuera su mamá.

—Gracias —se limitó a responder Gerard.

Una vez que el pobre cabo y la inspectora abandonaron la sala, Gerard se acercó a la camilla para ver finalizar la autopsia. No obstante, el doctor Aguilar lo conminó con un gesto a alejarse. Encendió la sierra eléctrica, que produjo un estridente chirrido en el silencio de la estancia, y con ella describió un círculo sobre el hemisferio craneal, que al ceder salpicó una mezcla de cartílago, sangre y hueso. Cuando concluyó, el doctor despegó la sección circular del cráneo y después de unos cortes con el bisturí, sacó el encéfalo de su interior. Lo pesó y después de atravesarlo con un hilo, lo introdujo en un bote lleno de formol.

Entonces se volvió y animó a Gerard a acercarse.

—No tengo gran cosa de la pobre —repuso—. Por suerte, las costillas han protegido el corazón y los pulmones, pero de la masa abdominal no he podido recuperar nada. Ni hígado, ni riñones, ni estómago, ni intestinos. Las ratas se han dado un festín. Y aun así, puedo asegurarle que mis sospechas se han cumplido, por desgracia.

Gerard lo miró interrogante.

A modo de respuesta, el doctor Aguilar señaló el diafragma. El corte en forma de Y había dejado las costillas al descubierto, y después de seccionarlas para extraer el corazón y los pulmones, lo único que quedaba era el tejido muscular que separaba la cavidad torácica de la abdominal.

—Observe —prosiguió el doctor—. El diafragma es el músculo respiratorio más importante, y cuando se contrae, la cavidad torácica se expande y el aire entra en los pulmones a través de la tráquea para...

—Doctor... —le recriminó Gerard—. Yo no soy forense.

—¿Lo ve? Está totalmente relajado —repuso, tocando los tejidos.

—¿Y?

—Le dije que la posición de las extremidades me sorprendía, ¿recuerda?

Gerard asintió impaciente.

—Explíqueme, doctor.

—El asesino le inyectó un paralizante muscular a la víctima, por eso no pudo defenderse. Las ratas lo tuvieron fácil, pero no fueron las asesinas.

—¿De qué murió, entonces?

—El paralizante interviene sobre todos los músculos, relajándolos. Por eso la víctima tenía las piernas y los brazos extendidos. Además, acaba actuando sobre los músculos respiratorios, bloqueando el diafragma y produciendo una lenta y espantosa agonía.

—Murió de asfixia.

—Exacto. Y por si su tormento fuese poco, las ratas empezaron a devorarla viva, mientras ella no podía ni moverse.

—¿Está seguro de que estaba viva?

Jaime Aguilar asintió lentamente y le mostró unas heridas superficiales y violáceas en las piernas, cerca de los tobillos.

—La tumefacción así me lo indica. Mire... Son mordiscos aislados y poco profundos, cuando la víctima aún se mantenía en pie e intentaba defenderse. Luego, le sobrevino la parálisis total y cayó desplomada.

Gerard observó los pequeños cardenales que envolvían las pantorrillas, como una macabra corona de espinas. Aquellas heridas se habían infligido en un cuerpo vivo.

—Los muertos no sangran —susurró.

Durante unos instantes, los dos hombres se mantuvieron en silencio.

—¿Cuánto duró la agonía?

—No lo sé. Un cuarto de hora, quizá más. Cuando tenga los resultados de la analítica podré confirmar qué paralizante se utilizó y la dosis.

—Tremendo.

—Desde luego —asintió Jaime Aguilar—. No sé qué tipo de persona era esta Soledad Montero, pero desde luego nadie se merece este final.

Gerard lo miró sorprendido.

—¿Está seguro de que es la escritora? —preguntó.

—Teresa ha venido a llevarse algunas muestras y me lo ha confirmado.

Gerard apretó los dientes y maldijo a la inspectora de la brigada científica por no decírselo a él directamente, el responsable de la investigación. No obstante, intentó controlar la rabia ante el forense.

—¿Cómo han podido verificarlo tan pronto? —preguntó—. Las pruebas de ADN tardan unos días.

—Muy sencillo —respondió el forense mientras le levantaba la mano derecha a la víctima y le enseñaba las yemas de los dedos—. Por suerte, las ratas no los encontraron muy jugosos y Teresa consiguió una huella parcial, pero suficiente.

—Genial —masculló Gerard sintiéndose un imbécil.

—Además, Teresa me ha comentado que en el registro de la casa

hizo algún hallazgo muy interesante. Sepa, sargento, que si lo dice ella, estoy seguro de que será de gran valor.

Gerard lo miró con un brillo de rabia en los ojos.

—Como veo que usted está en muy buena sintonía con Teresa Valls, voy a ser amable y no voy a decir lo que pienso de la inspectora. Solo déjeme apuntar que no comparto su devoción.

Jaime Aguilar sonrió enigmático.

—Tenga confianza, sargento —repuso—. Y ahora prosigamos con el estudio del cadáver, porque he hallado más cosas que no sé si tienen algo que ver con su muerte, pero que me han sorprendido.

—Dígame.

—La víctima había estado embarazada.

Gerard se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y eso qué importancia tiene...? —comenzó a decir, aunque antes de acabar la frase, recordó que Ramón Aparicio, el editor, le había asegurado que Soledad Montero no tenía hijos.

—Estoy hablando de un embarazo llevado a término, para que me entienda, no de un aborto —aclaró el forense como si le hubiera leído el pensamiento—. Y puedo asegurarle que a lo largo de mi vida he visto las auténticas chapuzas a que se han sometido muchas mujeres para abortar, pero este no es el caso, no. Soledad Montero no interrumpió el embarazo, aunque he encontrado indicios de que el parto fue muy traumático. Lo he podido deducir por las brutales huellas que dejaron en su cuerpo y que perduraron hasta la muerte.

—¿Cuáles son esas huellas?

—He descubierto un desgarro del perineo muy mal cicatrizado, lo que me induce a pensar que dio a luz sin ayuda médica. Estamos hablando de una mujer de unos cincuenta años, así que, como mucho, me remonto a unos treinta años atrás, treinta y cinco a lo sumo. Bien, sargento, desde los años sesenta lo habitual es tener los hijos en el hospital, lo que pone al alcance de la parturienta todos los medios. Desde entonces, las pocas mujeres que aún deciden tener a su hijo en casa lo hacen acompañadas de una comadrona. Tanto si la mujer tiene a su hijo en casa como en el hospital, la episiotomía es una práctica habitual. Y antes de que me lo pregunte, le diré que la episiotomía consiste en realizar un corte en el perineo cuando se teme que pueda desgarrarse durante el parto. Es un tajo limpio hecho con el bisturí y que se sutura, normalmente, con unos cuatro o cinco puntos.

—No se le practicó.

—Exacto. Y aunque hay cierta polémica respecto a su aplicación sistemática, es evidente que Soledad Montero la necesitaba, visto el destrozo. Sufrió un desgarro casi total del perineo, que alcanzó al

esfínter anal, y después no fue suturado. El desgarro fue muy profundo y le provocó una endometritis. Para que me entienda, la endometritis es una inflamación sistemática del endometrio, producida por una infección: clamidia, gonococos y demás. Todos estos gérmenes le causaron lesiones tumorales que, tratadas a tiempo, hubiesen podido ser curadas. Pero no fue así, y derivaron en abscesos que le provocaron infertilidad. Por eso supongo que ha sido casi lo único que he podido recuperar de la cavidad abdominal. Las ratas no son tontas. El útero estaba lleno de tumores y no lo encontraron nada apetitoso.

—O sea, que tuvo un hijo sin ayuda de nadie, y después tampoco quiso ir al médico para curarse la infección.

—Eso creo. —El doctor Aguilar asintió con pesar—. Y me llamará mal pensado, sargento, pero si una mujer soporta una dolorosísima infección posparto y no va al médico es porque quiere ocultar que ha estado embarazada.

Durante unos segundos, los dos hombres se miraron a los ojos, sin hablar. Fue Gerard quien rompió el silencio.

—Sé lo que quiere decirme, doctor —sentenció—. Soledad Montero parió sola y se deshizo del niño nada más nacer.

—Mucho me temo.

Gerard dejó escapar un suspiro.

—Es terrible, aunque no creo que eso tenga nada que ver con su muerte.

—Yo tampoco. —Jaime Aguilar se encogió de hombros—. Pero mi trabajo consiste en informarle de todo lo que descubro.

—Una última cosa. Como no me ha hecho mención, supongo que no, pero ¿fue agredida sexualmente?

El forense se encogió de hombros.

—Imposible saberlo.

Gerard aceptó aquella respuesta. A la vista de lo poco que había quedado del cuerpo, era evidente que no había manera de descubrirlo.

—Muchas gracias, doctor —concluyó—. Es usted un gran profesional. Cómo me gustaría que todos se le parecieran.

Jaime Aguilar sonrió misterioso, pero no respondió.

10

Después de recuperar a su subalterno, que lo esperaba sentado en una sala de espera y reconfortado gracias a una manzanilla y a los mimos de la inspectora Valls, Gerard decidió abandonar el centro sanitario. No había conseguido la declaración de Lucrecia Vázquez, y eso le irritaba. No obstante, sabía que era inútil intentar hablar con la muchacha después de lo nerviosa que la había puesto aquel mequetrefe argentino. Lo intentaría al día siguiente.

Como las desgracias nunca vienen solas, nada más cruzar el vestíbulo del Hospital General, Gerard supo que aquel caso acababa de complicarse de manera exponencial. Y lo que era peor: la complicación provenía del mismo tipejo que, con sus consejos histéricos, le había impedido interrogar a la testigo principal del caso.

En la misma entrada del hospital, como si de una *première* de cine se tratase, una nube de periodistas rodeaba a Alejandro Paz que, a pesar de sus ojos enrojecidos, se desvivía por contestar a todas las preguntas. Era evidente que su aflicción por la muerte de Dana Green era puro teatro. Se hallaba muy cómodo siendo el centro de atención, y, seguramente, había sido él quien había alertado a los medios de la muerte de la escritora. En cuanto Alejandro Paz lo vio, alzó la mano y lo señaló: «es el *mosso* que lleva la investigación».

De repente, como un batallón de fusilamiento, quince o veinte grabadoras, cámaras y teléfonos móviles se volvieron hacia él. Antes de que Gerard tuviese tiempo de reaccionar, los periodistas de sucesos lo ametrallaron con sus preguntas:

«¿Dana Green ha sido brutalmente asesinada? ¿Tienen ya alguna pista de los posibles asesinos? ¿Ha sido un crimen ritual?»

Gerard se limitó a lanzar una encendida mirada de odio a Alejandro Paz, que se encogió de hombros a modo de disculpa. El único consuelo que podía sentir era que Lucrecia Vázquez, su principal testigo, no se había apuntado a aquel circo. Sintió una irritación creciente al notar cómo le golpeaban en los hombros con las

cámaras, mientras no dejaban de atosigarle con sus preguntas:

«¿Le arrancaron el corazón? ¿Le sacaron las tripas? ¿Le seccionaron las orejas? ¿Le sacaron el tubo digestivo por la boca? ¿Se comieron su hígado?»

Gerard se estremeció de rabia con la última pregunta y estuvo a punto de propinarle un empujón a uno de los periodistas que se interponía en su camino. Fue entonces cuando escuchó la vocecita del cabo Serra a sus espaldas:

—Sí, Dana Green ha sido asesinada. Estamos siguiendo varias líneas de investigación, pero no podemos avanzarles más detalles. Lo siento, disculpen.

Los periodistas dispararon otra andanada de preguntas, pero Pau Serra se mantuvo firme en su escueta declaración.

—Lo siento, disculpen. Tenemos mucho trabajo. Disculpen.

Al fin alcanzaron el coche. Cuando estaban dentro, Gerard les lanzó una mirada incendiaria a los periodistas, que seguían golpeando las ventanillas con sus grabadoras:

«¿Le amputaron las manos? ¿Le sacaron los ojos? ¿Le cortaron la lengua? ¿La violaron antes de matarla? ¿Es eso? ¡Conteste! ¡Conteste! ¡Este es un país democrático y tenemos derecho a la información! ¡Es un derecho fundamental, recogido en la Constitución, artículo...!»

—A ella no lo sé, pero al maldito Alejandro Paz ojalá lo pillen dos guerreros masáis en un callejón oscuro y le conviertan el culo en un túnel del metro —graznó Gerard a través de la ventanilla cerrada mientras conseguía sacar el coche del aparcamiento.

—No se piense, sargento —dijo Pau Serra señalando a Alejandro Paz, que los miraba con la cabeza ladeada—. Igual le gustaría.

Gerard le lanzó una mirada fulminante. Para su sorpresa, descubrió un rostro feliz y comprendió el porqué. El cabo había encontrado su talón de Aquiles. Por fin lo superaba en algo.

—Óyeme, Serra. Mañana por la mañana quiero un informe completo del tío este, su vida y milagros. Si se fumó un canuto cuando tenía catorce años, si se la pelaba en los lavabos de instituto, si le robaba dinero a su madre. ¡Todo! ¡Quiero empapelarlo!

—Sí, sargento —respondió Pau Serra mansamente, mientras los periodistas seguían golpeando los cristales del coche.

—Y también quiero un informe completo de Lucrecia Vázquez y de Ramón Aparicio, ¿entendido?

Pau Serra asintió con lentitud. No se atrevió a quejarse.

Gerard arrancó el motor del coche, sorteó a los paparazzis y se incorporó a la circulación. Al llegar al cruce se detuvo ante un semáforo en rojo, y vio a través del espejo retrovisor que los

reporteros le lanzaban una salva de insultos por su poca colaboración. Sonrió con sorna y levantó el dedo corazón en un gesto obsceno. El semáforo se puso en verde, y los perdió de vista. Minutos después atravesó la ciudad por la avenida Meridiana y a la altura del Nus de la Trinitat, tomó la autopista de peaje, la AP-7.

Media hora después, y pasado Cardedeu, en el Vallès Oriental, una niebla espesa cubrió la autopista, y obligó a Gerard a bajar un poco las ventanillas y a moderar la velocidad. Era un mes de noviembre frío y lluvioso, poco habitual en Barcelona, de suave clima mediterráneo. Paradójicamente, conforme el tiempo empeoraba, él notó que su ánimo mejoraba, como si sintiera que los elementos se conjuraban a su favor. Los días desapacibles justificaban su talante taciturno y melancólico; el tiempo le daba la razón. Había pocas razones para sonreír y, por suerte, el tiempo no era una de ellas.

Gerard miró de reojo a su ayudante, que parecía aplastado por el peso del trabajo que él mismo le había encargado. Supo que había sido injusto con el pobre muchacho, ya que Pau Serra le había hecho un favor.

Al tomar la salida de Sant Celoni, decidió mostrarle su gratitud, aunque fuera como siempre con su particular sentido del humor.

—No sé si matarte o darte las gracias, Serra.

El cabo lo miró sobresaltado, y tardó unos segundos en entender. Luego sonrió humildemente. Empezaba a conocer a Gerard Castillo.

—Estaba a punto de liarse a tortas con los periodistas, sargento —se disculpó—. Yo solo quise evitarlo.

Gerard hizo un gesto de desdén.

—No los soporto.

—Forman parte de nuestro trabajo, y ya sabe lo que dice Vilalta —murmuró Pau Serra—. Es mejor darles un poco de carnaza para que se vayan entreteniendo.

Aquel muchacho era un alumno aplicado, y ese mérito no se le podía negar.

—Tengo que reconocer que entre los dos formamos un buen equipo —concluyó Gerard en tono sarcástico—. Yo me ocupo de la carroña y tú de los buitres.

Pau Serra asintió con vigor. Además de aplicado, era entusiasta. Siempre veía la parte positiva.

—Me alegro de serle útil, sargento —remató alegremente.

11

—Será la obra póstuma de Dana Green.

Lucrecia se retorció en su asiento como si hubiese recibido un calambrazo.

—¿Póstuma? —repitió, agitando los brazos—. ¡Querrás decir que la escribió *post mortem*!

—Lucrecia tiene razón —murmuró Alejandro Paz—. Es inmoral.

Ramón Aparicio miró a ambos y sonrió beatífico.

—A ver, chicos, no me seáis tan delicados. No será la primera ni la última novela que escribe un muerto —argumentó—. Diremos que la tenía casi concluida y listos.

—¡Eso es mentira! —graznó Lucrecia.

El editor meneó la cabeza negativamente.

—Te recuerdo, Lucrecia, que te habías comprometido a escribir la novela de Dana Green y permitir que la firmase ella. ¿Acaso te parece mucho más ilícito lo que te propongo?

La joven tardó unos instantes en contestar.

—Te aprovechas del nombre de una difunta, Ramón. ¿No habrá otra manera de hacer negocio?

El editor le mantuvo la mirada.

—Óyeme, Lucrecia. Si no lo hacemos nosotros, lo harán otros. Ya estoy viendo la reseña en la cubierta: «Dana Green ha sido asesinada por escribir esta novela.» ¿No te das cuenta de que tenemos un best seller entre las manos?

—¿Por qué dices que Dana ha sido asesinada por culpa de la novela? —preguntó Lucrecia sobrecogida—. No tenemos ni idea de por qué ha muerto.

—No, pero queda divino.

—Es indecente —intervino Alejandro—. Estamos mancillando la memoria de Soledad.

Ramón Aparicio dejó escapar una carcajada.

—Por favor, Alejandro, no seas cursi. ¿Qué es eso de la memoria?

—Soledad no puede defenderse —respondió el argentino.

Ramón Aparicio lanzó un bufido de desdén.

—¿Y desde cuándo te importa a ti que Soledad no pueda defenderse? —replicó el editor, furioso—. Además de cursi eres un hipócrita, Alejandro. Tú sabes tan bien como yo de qué pasta estaba hecha Soledad.

—¡Ramón, no hables mal de un muerto!

—¿Qué pasa? ¿Da mala suerte?

—¡Es intolerable!

—¡Y tú eres irritante!

Lucrecia empezó a aplaudir con frenesí.

—¿Se puede saber de qué coño estáis hablando? ¡Coño, coño, coño! —preguntó a gritos.

Ramón miró de reojo a Alejandro y después de dudar unos instantes, contestó.

—Soledad se acostaba con chiquitos jóvenes. Participaba en chats, foros y blogs literarios y le echaba el lazo a todos los pardillos que podía, hasta que uno caía en sus redes. Les prometía que utilizaría sus influencias para que llegasen a publicar, y cuando les había sacado el jugo, los dejaba tirados. Ah, y eso después de robarles todas las ideas.

—No tienes vergüenza, Ramón —replicó Alejandro—. Qué fácil es hablar de un muerto.

—Venga, hombre, confiesa. Reconoce que Soledad también te tanteó a ti. ¿Te acostaste con ella?

—¡Sos un boludo, che! ¡Mirá que tenés quilombos! —Alejandro alzó un puño amenazador mientras Lucrecia asistía a la escena sin dar crédito a lo que estaba escuchando—. Vos, ¿qué querés?

Ramón y Alejandro se mantuvieron la mirada desafiante, hasta que Lucrecia se levantó de un salto y negó repetidamente con la cabeza.

—¡Basta, basta, basta! —gritó, enfurecida—. ¿Te has vuelto loco, Ramón?

El editor se levantó a su vez, y tomándola con suavidad de un brazo la invitó a sentarse de nuevo.

—Perdona, Lucrecia, pero todo lo que digo es verdad. Y no he querido explicárselo a los *mossos* para no mancillar la memoria de Soledad, como dice Alejandro tan finamente, aunque ellos mismos lo descubrirán en cuanto lean su correo. Soledad recibió más de una amenaza de muerte de algún escritor despechado. ¿Sabes que me las enseñó? «Mira, mira, Ramón, qué pasiones despierto», decía tan orgullosa. En fin, acostarse con Soledad ya era todo un reto, pero hacerlo porque crees que te va a ayudar a publicar y no solo no te ayuda, sino que te roba tus ideas, es como para tener ganas de

retorcerle el pescuezo. Así que no me extraña que alguno de esos pobres desgraciados la matase. No quiero decir que lo mereciera, pero…

—¡No sabes lo que dices! —Lucrecia se volvió a levantar de un salto—. ¡Soledad tuvo una muerte horrible!

Ramón y Alejandro la miraron expectantes.

—¿Cómo murió? —se anticipó a preguntar el editor—. No nos lo has explicado.

Lucrecia se dejó caer en la silla y escondió el rostro entre las manos.

—Yo me desmayé… —musitó—. Había mucha sangre. Casi no recuerdo nada.

—¿Estaba entera? —preguntó Ramón—. He escuchado de todo en la televisión. Ya sé que no hay que creer ni una décima parte de lo que dicen, pero…

—¿Qué dicen?

—Que Soledad Montero fue violada por dos negros africanos muy bien dotados, y que luego la cortaron a pedacitos.

Lucrecia desorbitó los ojos. Si no fuera por el espantoso recuerdo grabado en su memoria, se hubiese reído con ganas. Pero la imagen del cuerpo roído por las ratas paralizaba cualquier posibilidad de distensión. No había dormido nada por la noche, y los tics se habían acentuado de tal manera que le causaban un gran sufrimiento. No solo eso, la imagen obsesiva del cadáver no se alejaba ni un instante de su mente y la llevaba a un estado de estrés límite, casi al borde del colapso. Lucrecia respiró profundamente, intentando controlarse. Si no lo conseguía, sabía que la medicarían, y eso la convertiría en un vegetal, como tantas otras veces.

—¡Basta, basta, basta! —gritó con voz desgarrada—. ¡No puedo más, no puedo, no puedo…!

Lucrecia comenzó a golpearse la cabeza con las palmas de las manos, como si el cerebro estuviese a punto de estallarle. Alejandro se levantó de su silla y la abrazó con fuerza, intentando contenerla.

—Lucrecia, mi princesa linda —le rogó, implorante—. No te dejés…

Ella rompió a llorar y consiguió controlar poco a poco sus movimientos compulsivos.

El argentino se dirigió a Ramón, que miraba la escena sobrecogido.

—Dejá de romper las pelotas —le ordenó—. ¿No ves que está conmocionada?

El editor vio la inmensa preocupación en los ojos de Alejandro y dejó escapar un suspiro.

—Lo siento —se disculpó—. Yo no quería...

Durante unos minutos, Alejandro mantuvo a Lucrecia aprisionada entre sus brazos, impidiéndole cualquier movimiento. Ella lloró largamente, hasta tranquilizarse.

—Ya está, Alejandro —musitó, revolviéndose con suavidad—. Ya estoy bien.

El argentino la liberó de su abrazo y la miró con ternura. Ella le devolvió una tenue sonrisa.

—Perdonad por el espectáculo —murmuró—. Yo... a veces... no puedo controlarme.

—Todos estamos muy nerviosos, Lucrecia —se apresuró a contestar Ramón—. Yo también lo estoy, aunque consiga disimularlo.

—Ya, el problema es que yo no puedo.

—No pasa nada. —El editor negó con vigor—. Además, me siento culpable de lo que ha sucedido.

—Sos un inconsciente —le acusó el argentino.

El editor lo miró apenado e hizo un gesto de disculpa.

—Lo sé, lo sé. Perdóname, Lucrecia. Y tú también, Alejandro, por mis insinuaciones. Yo... sé que no te has acostado con Soledad.

El momento de tensión había pasado. Lucrecia respiraba sosegadamente y casi no se movía, aparte de un suave giro de cabeza.

—Voy a hacer una cosa, chicos —dijo el editor—. Iré a buscar la sinopsis de Dana y os la miráis tranquilamente. Es más, si tú no quieres, Lucrecia, no tienes por qué hacerte cargo de ella. Entiendo que después de lo que ha pasado, debe de ser muy duro para ti.

—Prefiero no hacerlo —murmuró ella con un hilo de voz—. A cada línea que escribiese me vendría la imagen de Dana. Y ese recuerdo me está volviendo loca.

—Yo me ocuparé —replicó Alejandro—. Aunque no tengo el talento de Lucrecia, lo haré lo mejor que pueda. Sé que la propuesta que me hizo Soledad era espantosa. Lo único que quería era librarse de mí.

Ramón le lanzó una mirada compasiva, y después de aceptar con un leve gesto de cabeza, salió de su despacho.

—¿No estás enfadado conmigo, Alejandro? —le preguntó Lucrecia cuando estuvieron solos.

Él negó.

—Nunca me enfadaré con vos.

—Yo te engañé y te insulté —prosiguió ella angustiada—. Te dije unas cosas horribles, y estaba dispuesta a escribir la novela de Dana

Green a tus espaldas.

—No importa, sé que Ramón te presionó a hacerlo.

—Yo acepté de buen grado.

—No importa, princesa. —Él le acarició una mejilla—. Vos sos mi princesa y nada de lo que hagás me molestará.

—Muchas gracias, Alejandro. Yo no sé...

Él le tomó el rostro entre las manos y la miró con dulzura.

—Tu felicidad es muy importante para mí, Lucrecia. Sé que has sufrido mucho, muchísimo. Lo sé.

Ella parpadeó abrumada por la intensidad de su mirada y la rotundidad de sus palabras. Era cierto que Lucrecia había sufrido muchísimo en su vida, pero jamás se lo había explicado a nadie. Ya resultaba bastante patética con sus aparatosos tics, como para sumar a su triste biografía una infancia de horror. Pero Alejandro parecía ver dentro de ella y adivinar todo lo que había padecido, todas las humillaciones y maltratos, las palizas y castigos. Al entrar en la editorial, nadie le preguntó por su pasado más allá de su currículum, y ella nada explicó.

¿Cómo podía el argentino saber cuán desgraciada había sido su infancia?

Pues si de algo estaba segura Lucrecia, es de que Alejandro lo sabía.

Desde el primer instante, él se desvivió por mostrarle todo su apoyo y comprensión, por protegerla. Y no había nada sexual en aquel amor incondicional que le brindaba. Él no la deseaba como mujer. Lucrecia imaginaba —jamás habían hablado de ello— que si Alejandro no la deseaba no era porque fuese fea. Aunque hubiera sido hermosa, Alejandro no la hubiese deseado.

Ni a ella, ni a ninguna otra mujer.

Ramón Aparicio regresó al despacho.

—Léetelo, sin compromiso —dijo, alargándole un dosier a Lucrecia.

Ella negó con la cabeza. Como persona, leer el manuscrito de una muerta, además en espantosas circunstancias, le repugnaba. No obstante, sintió una punzada morbosa de curiosidad. Como escritora, aquel material se le antojaba de inestimable valor. Un sexto sentido, quizá la desviación propia del escritor, la llevaba a querer fisgar en las vidas y en los textos de otros.

—Hazlo para complacerme, venga —insistió el editor—. Sé que hubieses escrito una buena novela con este material.

La joven dejó escapar un suspiro y aceptó el dosier que Ramón le ofrecía. No fue capaz de fingir desinterés, sus ojos brillaban de emoción. Nada más comenzar la lectura, sintió que el horror la paralizaba. Tragó saliva, inmóvil, y no se detuvo hasta el final, sabiendo que recordaría todas y cada una de las palabras leídas como si las hubiese escrito ella misma.

> Nos encontramos en una gran ciudad, podría ser Barcelona. Un mendigo rebusca entre las basuras de un callejón y descubre un cadáver. Es una visión horrible. Se trata de una mujer por la forma y por los jirones de ropa que restan desperdigados a su alrededor, aunque resulta completamente irreconocible. Las ratas están devorando los últimos restos de carne que han quedado adheridos a su esqueleto.[...]
>
> En esa misma ciudad aparece un segundo cadáver. Ahora se trata de un hombre, también devorado por las ratas. Sus huesos todavía están calientes, pero totalmente mondos. Incluso hay esqueletos de ratas a su alrededor, tal es la voracidad de las bestias, que se devoran a sí mismas y a todo lo que se les pone por delante.
>
> La policía desconoce la identidad de los dos cadáveres, y tampoco si hay relación entre ellos. Tal vez sean indigentes.
>
> Alguien denuncia la desaparición de un matrimonio de ancianos. Cuando la policía entra en su vivienda, una casa aislada en las afueras, se encuentra un espectáculo dantesco. En el sótano hay un criadero de ratas. Cientos de enormes ratas metidas en jaulas. Están famélicas y se comen entre ellas. Al registrar toda la casa, aparecen los cadáveres del hombre y la mujer, o mejor dicho, lo que queda de ellos. Llevan semanas muertos, los esqueletos están muy resecos.
>
> En la investigación se descubre que muchos años atrás habían adoptado a un niño deforme. En el orfanato les explicaron que su madre lo había abandonado nada más nacer y había sido atacado por ratas. Al niño le faltaba un ojo, los labios y parte de la lengua. Su rostro era monstruoso, y también había sufrido amputaciones en brazos y piernas. El pobre infeliz había vivido recluido en una habitación dentro del orfanato hasta que lo adoptaron; era tan monstruoso que los otros niños no lo soportaban, y lo hubiesen matado a golpes. Tras la adopción, no se supo nada más de él. No asistió a la escuela, y nadie se preocupó de saber en qué condiciones vivía con sus padres adoptivos.
>
> Nadie lo había visto nunca más, ya que los padres vivían

aislados en su casa de campo. [...]

Desde entonces habían pasado veinticinco años. Si el niño había sobrevivido, ahora ya era un hombre de unos treinta y cinco años...

12

Gerard cruzó el pasillo interior, largo y lleno de puertas azules. Venía de saludar a los analistas, y los ojos cansados de sus compañeros le demostraron que llevaban muchas horas buscando información. Pau Serra les había apretado las clavijas, pero él era el único responsable. No vio reproche en sus miradas; todos a una deseaban participar en aquel caso que les venía grande. Todo lo que humanamente se podía saber de Lucrecia Vázquez, Alejandro Paz, Ramón Aparicio y, por supuesto, de Soledad Montero, estaba en su mesa de trabajo.

El sargento les agradeció el esfuerzo y se dirigió a su despacho. Empujó la última de las puertas, que ostentaba un rótulo impreso en papel reciclado: UNIDAD DE INVESTIGACIÓN. Nada más traspasar el umbral los ojos de los cuatro agentes a su cargo lo miraron por encima de las pantallas del ordenador. Había habido un nuevo reparto de tareas en el *briefing* de la mañana, y ahora todo el mundo tenía mucha más faena que hacer. Por eso, y después de un casi imperceptible saludo, volvieron a sus trabajos. Todos menos la agente Mònica Martí, que le dedicó una seductora sonrisa. Gerard descubrió que su pelo era más rubio que nunca, y que la sobria camisa azul del uniforme se ceñía a su pecho como una segunda piel, como si ella se la hubiese entallado a propósito. No obstante, ni que Mònica Martí fuese la única mujer que quedase en el mundo, él se hubiese interesado por ella, a pesar de los desvelos de la mujer por captar su atención. Había más de una razón. La primera, y la más contundente: Mònica Martí era la amante del inspector Vilalta —y según las malas lenguas, de muchos otros—, algo que ya la convertía en intocable. La segunda, y mucho más sensible, tenía que ver con la experiencia que, en lo relativo a mujeres muy hermosas y traicioneras, había tenido Gerard Castillo. No en vano había estado casado durante siete años con una de ellas, la más hermosa y también la más traicionera de todas.

Gerard no le devolvió la mirada a Mònica, y cruzó la sala en silencio. Al fondo había una nueva puerta, cuyo letrero rezaba: JEFE DE

LA UNIDAD DE INVESTIGACIÓN. Gerard la empujó; era su despacho. Dentro estaba el cabo Serra, intentando ordenar unas pilas de documentos que cubrían casi por completo la mesa.

—Buenos días.

Pau Serra esbozó una sonrisa mortecina. Llevaba encerrado doce horas en la comisaría, así que tanto le daba si llovía o si lucía el sol.

—He hecho el trabajo, sargento.

Gerard lo miró condescendiente. Mil veces le había pedido que en la intimidad del despacho le apease el tratamiento, pero no lo había conseguido. Se sentó a su lado.

—Venga, Serra. Cuéntame.

El cabo se frotó las manos con satisfacción. Aunque rendido por el cansancio, se sentía orgulloso de los resultados obtenidos.

—¿Empiezo por la chica?

Gerard asintió.

—Lucrecia Vázquez Iglesias, nacida en Monforte de Lemos el veinticuatro de diciembre de mil novecientos ochenta y tres. Tiene, por lo tanto, veintisiete años. Hija de Evarista Vázquez Iglesias y de padre desconocido.

—Madre soltera.

—Y puta, para más señas.

Gerard alzó una ceja, sorprendido.

—¿Puedo abandonar el tono oficial, sargento? —preguntó Serra en tono de disculpa.

—Ya lo has hecho —replicó Gerard dejando escapar una carcajada.

—Sé que no me lo tendrá en cuenta.

—Arreando, Serra, que no tenemos toda la mañana.

—Evarista, la madre, además de prostituta era una buena cristiana. Resulta que se hacía la ruta jacobea e iba dejando a la hija en todos los centros de acogida que encontraba al paso. Lucrecia Vázquez ha estado interna, como mínimo, en Santiago de Compostela, León, Burgos y Pamplona.

—Vaya, lo que yo llamaría una infancia viajera.

—Y feliz.

—Feliz de cojones.

—Y por si no fuera poco, en tres ocasiones estuvo con padres de acogida, pero la devolvieron. No la querían.

—¿Y la madre? ¿Qué pasó con ella?

—Murió. Un chulo la mató de una paliza.

—Bonito final. ¿Algún familiar más?

—No, nadie. La pobre está sola en el mundo. Por cierto, no tan pobre… Lucrecia Vázquez tiene un coco privilegiado. Se sacó los

estudios secundarios casi sin asistir a clase y se licenció en Filología Hispánica por la UNED con muy buenas notas. Todo eso mientras trabajaba para la Editorial Universo, en la que está en nómina desde hace seis años.

—Curioso.

—¿El qué?

—Que no hiciera la carrera de la madre.

—Sargento, no me malinterprete, pero ningún cliente se atrevería a echarle un polvo. Además de fea, está medio chiflada.

—Con semejante pasado, lo meritorio es que no esté chiflada y media.

Serra aceptó con humildad la reprimenda y esperó a que lo animase a seguir. Gerard extendió una mano y le cogió el dosier.

—Ya me lo leeré con tranquilidad —le dijo—. Venga, vamos al siguiente.

—¿Cuál quiere?

—El marica.

Serra lo miró sorprendido. Todo el respeto que Gerard Castillo mostraba por Lucrecia Vázquez se había desvanecido.

—Alejandro Paz Maldonado —recitó Pau Serra—. Nacido el quince de noviembre de mil novecientos setenta y seis en Mar del Plata. No tenemos el nombre de los padres. Tendríamos que ponernos en contacto con la embajada para conseguir más información.

—Por ahora es suficiente. ¿Cuándo vino a España?

—Hace diez años. Se casó con una española y consiguió el permiso de residencia.

—Matrimonio de conveniencia.

—Seguramente, pero sus papeles están en regla.

—¿Cómo se llama la mujer?

Serra buscó la información en el documento.

—Andrea Pérez Luján. Por cierto, están divorciados.

—No me extraña. ¿La Luján vive en Barcelona?

—No, en… Santa Cruz de Tenerife.

—Bueno, pues hoy no voy a ir a verla. ¿Qué más sabes del cantamañanas este?

—Que en cuanto llegó a Barcelona fue contratado por la Editorial Universo. Podría investigar qué publicó en Argentina.

—Por ahora no me interesa —decidió Gerard—. Venga, dime lo que sepas del editor.

Pau Serra lo miró ofendido. Su sargento pretendía resumir doce horas de trabajo en treinta segundos, algo totalmente irritante. No obstante, Gerard hizo un gesto de impaciencia, obligándolo a

responder.

—Ramón Aparicio González, natural de Barcelona. Nacido el treinta de mayo de mil novecientos sesenta. Está casado y tiene tres hijos. Lleva diez años al frente del departamento editorial, y es el responsable del *boom* mediático de Dana Green, seudónimo de Soledad Montero Molinero. Licenciado en Márketing y Dirección de Empresas.

—¿Alguna relación entre ellos?

—No, a simple vista.

Gerard dejó escapar un suspiro.

—Venga, y ahora el *boom* mediático.

—Soledad Montero Molinero, nacida en Barcelona el tres de febrero de mil novecientos sesenta y dos. Soltera y sin hijos. Tuvo varios trabajos antes de ser escritora: auxiliar administrativa, cajera en un supermercado, comercial de una empresa de cosméticos...

—¿Estudios?

—E.G.B. Es el equivalente a Primaria, más o menos.

—¿Nada más?

—No.

—Es curioso que una mujer sin estudios, y después de realizar trabajos para los que no se requiere gran formación, y que no tienen nada que ver con el mundo editorial, se acabe convirtiendo en una escritora famosa.

Pau Serra se encogió de hombros.

—No sé, tendría suerte.

—Confío poco en la suerte —sentenció Gerard—. ¿Familiares directos?

—Una hermana que vive en un pueblecito de Lugo. —Serra consultó el informe—. Ah, sí. Ponte da Cerdeira.

—¿Está avisada?

—Sí, pero ha puesto muchos reparos en venir. Ha dicho que está enferma, y que no vendrá antes de tres o cuatro días... Supongo que la relación entre las hermanas era muy mala, por no decir inexistente.

—¿Soledad Montero ha hecho testamento?

—No lo sé.

—Investígalo. Si no ha hecho testamento, la hermana es la heredera. Y si es así, se curará enseguida, ya lo verás.

Antes de que Serra pudiese contestar, alguien dio unos suaves golpecitos en la puerta. Era la agente Martí, que, haciendo un leve gesto de disculpa, entró en el despacho.

—Perdone, sargento. El inspector Vilalta me ha pedido que acudan a su despacho en cuanto puedan —musitó—. Ha venido un cabo de la

Científica y trae información.

—¿De la Central?

Mònica Martí asintió con coquetería. Gerard se levantó y dejó el papel que tenía en la mano sobre la mesa. Con un gesto de desgana conminó al cabo Serra a acompañarlo.

—Venga, vamos a ver qué mierda de informe nos ha preparado la arpía esa.

Pau Serra dejó escapar una carcajada de complicidad. No, él tampoco pertenecía al club de fans de Teresa Valls.

Nada más traspasar la puerta, Gerard lo reconoció. Era el hombre de confianza de la inspectora Valls.

—Anteayer no nos presentamos. —Él le extendió la mano con decisión—. Soy el cabo Jordi Prats.

—Sargento Gerard Castillo, y mi ayudante, el cabo Pau Serra.

Jordi Prats también lo saludó.

—Para comenzar, quiero expresar todo el apoyo de mi inspectora a que os ocupéis vosotros del caso —informó—. Y no hace falta que diga que todo el apoyo de mi inspectora no es poca broma.

Gerard alzó una ceja, sorprendido.

—¿Y ese amor repentino?

—Teresa Valls es muy suya, pero también es justa. Ella considera que si el cadáver apareció en vuestra área territorial, el caso es vuestro. Y, por tanto, el mérito al resolverlo. Si nosotros, los de la Central, procesamos el escenario, fue porque vuestros recursos son menores. Así lo dispuso el comisario Solans.

Gerard hizo un gesto de desdén.

—Lo de que nuestros recursos son menores es un piadoso eufemismo que te honra, pero vayamos al grano. ¿Qué pasa con la investigación? ¿Ya nos la quieren quitar?

—Lo que quieren es que se resuelva en tiempo récord. La prensa nos pisa los talones, y estamos hartos de sus continuas críticas al cuerpo de los Mossos.

—¡Han pasado solo dos días!

—Lo siento, ya sabéis cómo presionan los medios.

—Genial, ahora resulta que es la prensa la que decide lo que es prioritario y lo que no lo es.

—No es solo eso —apuntó el cabo—. El caso de Soledad Montero puede despertar alarma social. Pensad que, seguramente, se trata del crimen de un psicópata.

—¿Eso creéis los de la bata blanca?

Jordi Prats se tocó el pecho con la mano.

—Yo hablo por mí mismo, ojo. La jefa no ha dicho ni mu.

—¿Y por qué lo piensas?

—Las circunstancias del crimen.

—¿Crees que es obra de un chiflado?

—Sí.

—Los chiflados están de moda, por lo visto.

—Siempre lo han estado —apuntó Jordi Prats en tono didáctico—. Según los americanos, uno de cada mil individuos es un psicópata peligroso que en cualquier momento se puede poner a matar.

—Ya sé cómo hacen los americanos esas investigaciones —intervino Vilalta muy serio—. Le llaman estudios de mercado. Van casa por casa preguntando a la gente si se ven asesinando con saña a su suegra o cometiendo una matanza el Día de Acción de Gracias. Uno de cada mil responde que sí, que por supuesto.

—Sí, pero antes quieren saber cuál es su marca preferida de papel higiénico, y después también les preguntan si se acostarían con Scarlett Johansson —apuntó Gerard.

—Claro, claro, aunque en este caso… —concluyó Vilalta con una carcajada—. ¡Es uno de cada mil el que dice que no!

Jordi Prats encajó el sarcasmo con deportividad.

—¡Mensaje recibido! —exclamó—. ¡No me matéis!

—Seguro que tienes razón, Jordi —reconoció Gerard—. Solo que no nos fiamos mucho de las estadísticas, somos así de brutos. Pero la idea es buena.

—¿También lo pensáis?

Gerard se encogió de hombros. Tenía demasiada experiencia como para emitir un juicio alegremente.

—Si se trata de un psicópata lo tenemos complicado —repuso—, porque un chiflado de estos puede resultar completamente normal hasta que pasa una cosa que desencadena su anomalía. Puede ser respetuoso, amable y educado… La última persona en que uno podría sospechar. Un amigo, un compañero de trabajo, el vecino de arriba…

—Yo también creo que puedes tener razón, Jordi —apuntó Vilalta—. Además, este tipo de asesinos, en la gran mayoría de los casos, tuvieron una infancia en la que sufrieron maltratos físicos y psicológicos y de adultos sienten una necesidad patológica de venganza.

—Estamos de acuerdo —asintió Jordi Prats.

—Sí, pero ¿ratas? —preguntó Gerard—. ¿Por qué nuestro asesino utiliza ratas?

—No ha sido una elección aleatoria, de eso estoy seguro.

Gerard asintió con entusiasmo.

—Estoy contigo —reconoció—. Y es por eso que he buscado en los archivos, intentando documentarme sobre el tema.

—¿De verdad? —preguntó Pau Serra descolocado.

—Sí, chaval —confirmó Gerard con vigor—. No me he pasado todo el tiempo rascándome las pelotas.

—Ah.

—¿Y sabéis qué he encontrado?

Todos lo miraron expectantes.

—Nada —sentenció Gerard—. Sacar ojos, tripas, cortar miembros, eviscerar, serrar, pinchar... De todo. La mente humana es un auténtico vertedero. Pero nada, nada de ratas.

—Es un caso muy complicado.

—Sí, y lo que es peor: carnaza para los medios. Los periodistas se van a poner las botas.

El inspector Vilalta negó con vigor.

—Noticia de última hora —reveló con una sonrisilla maliciosa—. La jueza instructora ha decretado el secreto del sumario, así que los periodistas se van a dar con un canto en los dientes.

—Bien por la jueza —murmuró Gerard dejando escapar un suspiro.

—Por cierto. —El inspector lo señaló con un dedo—. A ver si pules un poco tu estilo, Gerard. Ayer te vi en un reportaje de Tele 5 y parecías estar a punto de cometer una masacre.

—Es que tenía acidez de estómago —repuso Gerard, y señaló a Pau Serra—. Pero, y el chico, ¿qué? ¡Me ha salido mediático!

El cabo se sonrojó.

—Sí, porque lo que eres tú... No he conocido a nadie con más alergia a las cámaras —dijo Vilalta, y se volvió hacia Jordi Prats—. ¡Venga, no perdamos más el tiempo! ¿Qué nos traes, Jordi?

El cabo hizo un gesto de beatífica resignación y dejó un dosier sobre la mesa.

—Empiezo por el acta de inspección ocular practicada por el cabo de la Científica, aquí presente —repuso, utilizando un tono oficial.

—Resume, Prats —le apremió Gerard—. ¿Qué hay de nuevo?

El cabo negó con la cabeza e hizo un expresivo gesto con las manos.

—Es la recopilación de las pruebas halladas *in situ*, si estuviste allí sabrás que poco se pudo sacar en limpio del escenario.

Gerard cogió el informe y tras una lectura rápida, le pasó el acta a Pau Serra, que se afanó a leerlo con tal interés que parecía dispuesto a aprenderlo de memoria.

—No pone nada que yo no sepa —repuso Gerard algo impaciente

—. El escenario estaba lleno de cagadas, de pelos de rata y de restos orgánicos. Más de diez kilos de mierda que vais a tener que procesar inútilmente. ¿Algo más?

—Lo siento, pero el informe lofoscópico no aportará nada a la investigación. Solo hemos encontrado huellas dactilares de Soledad Montero, tanto en el comedor como en el dormitorio donde estaba la maleta.

—¿Y en la puerta de entrada?

—Estaba completamente limpia.

—Mierda, no estamos buscando a un principiante —repuso Vilalta.

—No, pero no hay mal que por bien no venga —apuntó Gerard—. Eso quiere decir que el asesino entró por la puerta. Y si no estaba forzada, también quiere decir que ella se la abrió.

—Tenemos que buscar en su círculo de amistades.

—Lo jodido es que ese círculo puede ser muy amplio —dijo Gerard —. Si su editor no me engañó, la escritora tenía la costumbre de invitar a amiguitos a pasar la noche.

Durante unos instantes, todos se imaginaron la escena. Soledad Montero abría la puerta a su supuesto amante, en realidad un asesino sádico y meticuloso que la mató torturándola con la frialdad de un psicópata.

—Tenemos los resultados de la analítica —dijo Jordi, rompiendo el silencio.

—Estupendo.

Gerard tomó el informe que Jordi Prats le extendía y lo leyó en voz alta. Aun para un profano, era evidente que si Soledad Montero no hubiera muerto asesinada, hubiese muerto de todas formas. Tenía los valores de glucosa, colesterol y bilirrubina muy por encima de lo recomendable.

—Comía sin control y, además, bebía mucho.

Tras la analítica, Gerard cogió un informe de Toxicología y lo miró sorprendido.

—¿Ya lo tenéis? —preguntó.

Jordi Prats asintió orgulloso.

—Máxima urgencia —explicó—. Casi tan rápido como los americanos en sus películas.

—Estoy impresionado —murmuró Gerard mientras leía las primeras líneas con rapidez, hasta centrarse en el grueso del informe, que leyó en voz alta—: «Se ha detectado una cantidad apreciable de suxametonio en la sangre. El suxametonio inhibe la transmisión neuromuscular despolarizando las placas motoras terminales en el músculo esquelético...» —Se detuvo y levantó la mirada—. ¡Cojonudo!

—exclamó, sarcástico—. ¡Y más claro que el agua!

Jordi Prats negó con la cabeza.

—Sigue leyendo, por favor —le dijo—. Sé que la inspectora ha añadido un informe complementario.

Gerard obedeció a regañadientes.

> El suxametonio es el principio básico de un fármaco comercializado como Mioflex. El Mioflex se emplea en la anestesia para relajar la musculatura respiratoria. El procedimiento es el siguiente: se le inyecta al paciente un barbitúrico para dormirlo y a continuación el Mioflex, que es un paralizante muscular. En cuanto el paciente deja de respirar, se le coloca el tubo endocraneal y se le conecta a una máquina para evitar la parada respiratoria en el transcurso de la operación. [...]
>
> Si se emplea el Mioflex por sí solo, sin barbitúrico previo, induce a una parálisis inmediata. El sujeto mantiene toda su conciencia intacta hasta que muere por asfixia, sin poder mover un solo músculo. Puede tardar unos cinco minutos. [...]
>
> Es relativamente fácil y barato conseguir Mioflex, ya que no está sometido a procedimientos burocráticos de control. No obstante, existe un precedente de su uso delictivo. Hace cuatro años una perrera de Puerto Real fue denunciada por utilizar Mioflex para exterminar a decenas de perros, que sufrieron una horrible agonía de varios minutos hasta morir.

Aquella explicación los dejó mudos durante unos instantes. Aunque fuesen policías experimentados, nunca podrían acostumbrarse a la maldad humana. Tras ese tiempo, Gerard retomó la palabra.

—Joder, qué cabrón.

—O cabrona —apuntó Jordi Prats con suavidad.

Gerard asintió.

—Es cierto. Una mujer también pudo hacerlo. Solo tuvo que inyectarle el Mioflex y esperar a que hiciese sus efectos. Las ratas hicieron el resto.

—Para acabar —concluyó Prats—, solo puedo deciros que aunque procesamos el coche de la víctima, es difícil sacar algo en limpio de lo que hallamos. Parece ser que Dana Green se dedicaba a comer mientras conducía y, además, no acostumbraba limpiar el coche con frecuencia.

—No creo que halléis nada interesante —repuso Gerard, pesimista —. El asesino no viajó con ella.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Las ratas. ¿Cómo las transportó hasta allí?

—¿Y si no actuó solo? ¿Y si eran dos? Uno la acompañó en el coche, y fue el cómplice el que trajo las ratas. Recuerda que no aparecieron huellas en la puerta y no estaba forzada.

—Fuese uno o fueran dos, Soledad llegó sola a la casa. Sobre la mesa del comedor no había más que una pizza y una lata de Coca-Cola. ¿Ella cenó sola y no invitó a su comensal? Extraño.

—Tienes razón, Castillo —aceptó Jordi Prats—. Yo creo que...

El inspector Vilalta lo interrumpió con un carraspeo impaciente.

—Jordi, deja de hacer de investigador y a lo tuyo —dijo—. ¿Tienes algo más?

El cabo tardó unos segundos en responder.

—Es posible, aunque...

El inspector puso los ojos en blanco.

—Cómo os gusta que os vayan detrás —rezongó—. Mira que sois jodidos.

—No te enfades, Vilalta —repuso el cabo—. Sé que mi inspectora ha encontrado unas muestras muy interesantes en el comedor, y tiene a medio equipo trabajando en ello. Lo que pasa es que yo no sé si debo... Ella quiere asegurarse...

—¿Muestras muy interesantes? —intervino Gerard—. ¿Y por qué no aparecen en el puñetero informe preliminar?

—Están fuera del perímetro, lejos de las zonas relevantes. No quisiéramos meter la pata.

—¿Dónde lo encontrasteis?

—En una esquina del comedor, al lado de la chimenea.

—¡Todo el comedor es una zona relevante!

—No exactamente. Determinamos un radio de acción, desde la entrada hasta la mesa del comedor. Piensa que aquella sala tiene más de cuarenta metros cuadrados. Y no solo eso, tampoco he aportado el informe de las demás estancias de la casa —dijo Prats—. Tenemos que ir paso a paso.

Gerard meneó la cabeza, pero no protestó. De repente, un flash cruzó su mente. Recordó a la inspectora recogiendo muestras en una esquina del comedor cuando él entró con Ramón Aparicio. Sabía que el trabajo de la Policía Científica tenía que ser extremadamente meticuloso si quería ser decisivo, así que no podía enfadarse porque se tomasen en serio su trabajo.

—¿Y en qué consisten esas muestras maravillosas?

—Son unos pelos.

Vilalta y Gerard se intercambiaron una mirada de perplejidad, y al final el sargento dejó escapar una carcajada.

—¿Y qué piensa tu inspectora? ¿Que son del asesino? El comedor estaba hecho un asco, con todas aquellas ratas yendo y viniendo... ¡Seguro que son pelos de rata!

Jordi Prats negó con vigor.

—No somos tan tontos, Castillo. Es cierto que la zona donde se halló el cadáver estaba llena de pelos, huellas y cagadas, y es imposible descubrir nada entre tanta porquería. Pero antes te dije que era una zona fuera del radio de acción de las ratas. —Jordi Prats tomó aire—. Y ya sabemos que son pelos humanos.

—¿Y qué? Podrían ser de cualquier miembro de la familia Aparicio.

—El suelo estaba inmaculado en el resto de la casa. Apenas encontramos unos pocos residuos y eso que peinamos todas las estancias a fondo. Joder, ganas me dan de pedirle al editor el nombre de la chica que le limpia. —Jordi Prats sonrió humilde ante la mueca de desdén del inspector, harto de sus circunloquios—. Además, no eran cabellos, sino pestañas y cejas. Y en un radio de menos de un metro.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que el asesino se hizo las cejas mientras esperaba a que las ratas se comiesen a la escritora? —bromeó Gerard.

Jordi Prats dejó escapar una carcajada.

—Podría ser. Pero también podría ser que se tratara de una persona que pierde pelos con bastante facilidad.

Gerard arrugó el ceño.

—¿Te refieres a un enfermo de cáncer? ¿Alguien que está recibiendo un tratamiento de quimioterapia?

—Esa sería una explicación plausible —repuso Jordi Prats—, pero hay más. No solo la quimioterapia provoca la caída del cabello; el abuso de ciertos medicamentos también puede causarla. Entre ellos, algunos antidepresivos como la imipramina. Y aunque es una enfermedad bastante extraña, también se podría tratar de tricotilomanía, un trastorno de la conducta en el que la persona se arranca el pelo compulsivamente... Sea lo que sea, el análisis hablará. Y no solo eso, las pestañas y las cejas tenían raíz, ¿sabéis lo que quiere decir eso?

—Perfil genético.

—OK. Así que la jefa ha enviado las muestras a Toxicología, y también ha tomado muestras de ADN para cotejarlo con el de la víctima. Si no es de Soledad Montero, seguiremos por donde nos digáis.

—Si el resultado de toxicología indica consumo de fármacos,

estamos como al principio. Hay miles de personas que se ponen moradas de medicamentos que se compran por internet. Es casi imposible descubrirlas.

—Ya, pero no en el entorno de la víctima.

Gerard negó con la cabeza.

—No voy a pedir muestras de ADN a todo Cristo. La jueza me mandaría a la mierda.

—Podemos empezar por el ADN de Lucrecia Vázquez. Ese lo tenemos. ¿Qué te parece? —apuntó Jordi Prats.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —preguntó Gerard extrañado.

—No sé, la inspectora Valls trajo su saliva en un pañuelo. Vete tú a saber, igual le pegó un morreo. Teresa Valls es capaz de lo que sea para conseguir información.

Gerard se pasó las manos por el rostro. Era el imbécil más grande del mundo. Había sucedido delante de sus narices y no se había dado ni cuenta. «Menudo carácter —le dijo—. ¿Y de qué trabajará esta pobre muchacha, si se puede saber? ¿De estatua en las Ramblas?» Lucrecia Vázquez actuó en consecuencia y Teresa Valls obtuvo su muestra. Y todo sin que él sospechase absolutamente nada. Después de unos instantes en los que su autoestima buceó por las miserias abisales, reaccionó con humildad.

—Sí, por favor. Buscad coincidencias de ADN. Y te ruego que le digas a tu inspectora que me ha dado una buena lección. Ella sabrá de qué hablo.

Jordi Prats asintió. Su rostro reflejaba una cierta inquietud, que se disipó al tomar una decisión.

—Os voy a confesar una última cosa, sé que no debería...

—¿Alguna muestrita más que se os ha pasado por alto? —preguntó Vilalta sarcástico.

—No, no. Es una cuestión de intereses, que tiene que ver con este muchacho —dijo Jordi Prats, y señaló a Pau Serra.

El cabo se puso rojo como la grana.

—¿Qué... pasa?

—¿Tú eres hijo del intendente Nicolau Serra?

El muchacho asintió avergonzado.

—Sí, lo soy.

—¿Sabes que tu padre os quiere quitar el caso?

Pau Serra se fregó las manos, nervioso.

—Lo sé.

Jordi Prats asintió con vigor.

—Tranquilo, hombre —le consoló—. Tu padre no pasa por delante de Teresa Valls, y eso que él es de rango superior —explicó—. ¡Joder,

buena es mi jefa!

En cuanto se fue el cabo de la Científica, el inspector Vilalta le dio unas palmaditas en el hombro a Pau Serra.

—No te agobies.

El cabo meneó la cabeza casi al borde del llanto.

—Mi padre me presiona para que pida el traslado a la Central. Me ha dicho que estoy en una comisaría de mala muerte y que aquí lo único que hacemos es correr detrás de los chorizos que nos roban el cable del teléfono.

Vilalta sonrió con desgana.

—Poca broma, chaval —replicó el inspector en tono jocoso—. Que el cobre vale un pastón.

—Ya lo sé, inspector —musitó el cabo—. Además, yo no quiero ir a la Central. No me lo merezco, y no quiero que mi padre me siga manipulando... Yo quiero aprender mi oficio y escalar puestos por mi propio mérito.

—Muy bien, muy bien, Serra —aplaudió el inspector con entusiasmo—. Si todos fuesen como tú, el país iría mejor.

—Pero yo lamento mucho que mi padre nos perjudique...

—No tiene nada que ver contigo, Serra —confesó Vilalta—. Jordi Prats nos ha querido vender la moto, pero yo sé muy bien de qué va el tema.

—¿Qué pasa? —preguntó Gerard impaciente. Él nunca había sido capaz de soportar la parte política de su trabajo, ni antes ni ahora.

—Estamos en medio de una guerra y nos van a utilizar como artillería —confesó Vilalta—. En realidad, nosotros no tendríamos que llevar este caso, pero ya que nos lo han asignado, intentaremos resolverlo con los medios de que disponemos o, a lo sumo, no hacer mucho el ridículo.

—¿Estás hablando de una guerra de jefazos en la Central? —preguntó Gerard.

—Sí —dijo Vilalta—. Joder, Castillo, y yo que pensé que no te enterabas de nada.

—Es de dominio público. Hay dos bandos, y uno de ellos lo capitanea el padre del mozo este, el intendente Serra.

—Exacto.

—¿Y el comisario Solans qué papel juega?

—El comisario Solans tomó una decisión salomónica: ni los unos ni los otros. Que investiguen los desgraciados que encontraron el cadáver. Y aquí estamos nosotros, que, por no tener, no tenemos ni

laboratorio.

—Bueno, pero tenemos a la inspectora Valls de nuestra parte —bromeó Gerard.

—Sí, claro. Mientras le convenga.

—Además, siempre le puedes pasar el caso a Requesens.

Vilalta lo miró con los ojos entornados. El sargento Requesens, además de trepa, tenía fama de llevarse a todas las *mosses* menores de treinta años a la cama, Mònica Martí incluida, que además de casada con un cabo de la comisaría de Sant Celoni, era la amante del inspector Vilalta.

—A Requesens lo voy a poner a cavar zanjas —gruñó Vilalta—. Y a ti a su lado como me sigas jodiendo.

Pau Serra había escuchado la conversación con la misma actitud que un árbitro de silla en un partido de tenis. Titubeante, decidió depurar responsabilidades.

—¿Así que yo no soy culpable de nada?

—No, hijo, no eres más que un daño colateral, como nosotros —negó Vilalta con energía, e hizo un gesto de impaciencia—. Y ahora que ya sabemos que no valemos una mierda, ¿podemos comenzar con la reconstrucción?

Gerard agitó en el aire el informe preliminar de la Policía Científica.

—Tenemos la causa de la muerte; asfixia por paralizante muscular. Como sabemos que la puerta no fue forzada, podemos suponer que la persona que la asesinó pertenecía a su círculo de conocidos. Ella le abrió la puerta.

—Bien, alguien de su entorno quería verla muerta —replicó Vilalta impaciente—. Así que nada de asesinos anónimos, nos hallamos ante una posible venganza, un ajuste de cuentas. Empecemos con las declaraciones testimoniales.

Gerard hizo una mueca de frustración.

—¿Qué pasa, Castillo?

—Lo siento, Vilalta, pero aún no tengo la declaración de la testigo principal.

El inspector lo miró desconcertado.

—¿Te refieres a Lucrecia Vázquez?

—Me temo que tendré que pedir una orden judicial. Se ha negado a declarar.

—Joder, Castillo, ¿y a qué esperas?

Antes de que Gerard consiguiese esbozar alguna ridícula excusa, se oyeron unos golpecitos en la puerta. El aire se llenó de espesas feromonas cuando la cabecita rubia de Mònica Martí asomó por el

hueco de la puerta.

—Inspector, disculpe… —musitó melosa, y se volvió hacia Gerard —. Sargento, tiene una visita.

—¿Una visita? —preguntó con brusquedad—. ¿Quién viene a verme?

—Una chica.

—¿Una chica?

—Miss Universo no es —contestó Mònica sonriendo maliciosa—. Y mira que es fea, la pobre. Pero eso… no es lo peor.

13

Cuando la vio sentada, con una carpeta apretada contra el pecho, vulnerable y totalmente fuera de lugar, le dieron ganas de abrazarla. Estaba muy nerviosa y era consciente de que todos los *mossos* la miraban perplejos mientras ella agitaba la cabeza con furia.

—¿Cómo estás, Lucrecia?

Aquel era un saludo demasiado amigable entre dos personas que no se conocen de nada; más aún cuando uno es policía y se hallan dentro de la comisaría, un espacio que convida poco a la cordialidad. No obstante, ella pareció apreciarlo.

—Voy tirando... ¡ando, ando, ando...!

—¿Quieres pasar a mi despacho? —le preguntó Gerard con un gesto amable.

—Sí, por favor, ¡joder! ¡joder! ¡JODEEER!

Lucrecia hizo un gesto de disculpa.

—Lo siento, tengo Gilles de la Tourette —explicó.

—Tranquila, ya se ve... —dijo Gerard abriendo la puerta del despacho y fusilando con la mirada a los agentes que se escondían tras los monitores del ordenador y a duras penas controlaban las risas.

Ya dentro del despacho, el sargento le ofreció una silla y Lucrecia se sentó, lanzando un aparatoso bufido.

—Tranquilízate.

—No puedo. ¿Resulto muy incómoda?

—A mí, no, pero tienes que entender...

—¡A la mierda! —Lucrecia agitó la cabeza negativamente, sin dejar de apretar la carpeta contra su pecho—. ¡Mierda, mierda...!

—¿No puedes tomar nada para controlarte un poco?

—Sí, claro. Pero eso igualaría mi actividad neuronal con la de una bellota —replicó mordaz—. Y no me gano el sueldo como gogó en Magaluf. —Ahora tomó aire—. No porque no pueda, ojo.

Gerard sonrió. Resultaba gratificante comprobar con qué valentía y sentido del humor se tomaba la vida aquella muchacha que no lo tenía

nada fácil.

—Espero que hayas venido a que te tome declaración.

—Sí, y a traerle algo —dijo, y señaló la carpeta que apretaba contra el pecho—. Pero primero, pregúnteme lo que quiera. Yo... ¡no tengo nada que ocultar!

—Muy bien. —Gerard conectó su móvil y lo dejó con suavidad sobre la mesa—. Por cierto, ¿cómo me has localizado?

Lucrecia le lanzó una miradita culpable.

—Busqué por... ahí. Confieso que también me he dedicado a husmear en algunos foros y me ha sorprendido el poco compañerismo que hay entre los distintos cuerpos policiales. ¡Se ponen verdes los unos a los otros!

Gerard apretó las mandíbulas. Aquella muchacha acababa de dar en el blanco, aunque no estaba dispuesto a dejarse llevar por una conversación que no le conducía a ningún lado. Así que puso su tono más oficial.

—No te voy a tomar declaración bajo juramento y tu testimonio será meramente informativo. ¿De acuerdo? Nada de lo que digas se hará público ni será utilizado en tu contra, así que no necesitas un abogado, por mucho que te lo pidiese tu amigo el argentino.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

—Además, no puedo obligarte a contestar, pero quiero que sepas que tu declaración contribuirá activamente a que la persona o personas responsables del asesinato de Soledad Montero Molinero sean detenidas.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Tengo tus datos, pero prefiero que me los des tú.

—De acuerdo —dijo, e inspiró profundamente—: Me llamo Lucrecia Vázquez Iglesias, nací en Monforte de Lemos el veinticuatro de diciembre de mil novecientos ochenta y tres. Tengo veintisiete años. Soy hija de Evarista Vázquez Iglesias. No tengo padre y mi madre murió hace años. He estado en muchas casas de acogida hasta la mayoría de edad. Llegué a Barcelona con dieciocho años y desempeñé varios trabajos antes de conseguir empleo en la Editorial Universo.

—¿Cómo lo lograste?

—Envié un relato corto y me ofrecí a trabajar de negra literaria. Les gustó mi manera de escribir y me contrataron enseguida. Yo estaba estudiando y necesitaba dinero.

—¿Filología Hispánica?

—Sí, por la UNED.

—¿Has acabado la licenciatura?

—Sí.
—Te felicito.
—No todo puede ser malo.
—Ya, pero no es lo habitual.
—¿El qué?
—Estudiar una carrera con un pasado tan... complicado.
—Sí, lo habitual hubiera sido ejercer de prostituta, como mi madre —replicó Lucrecia con brutalidad—. Pero sufro unos tics muy aparatosos desde niña. ¿Usted ha visto alguna puta con Gilles de la Tourette?
Gerard meneó la cabeza a modo de respuesta.
—Además, en un grado muy alto. No es incapacitante, pero casi, como dijo la CSI esa que me robó las babas.
—¿Perdona?
—Teresa Valls, inspectora de la Policía Científica de la División Central. Ahora está procesando mi ADN y busca coincidencias entre las muestras encontradas. ¿A que sí?
Gerard la miró asombrado. Era evidente que tras aquel rostro torturado por los tics bullía un cerebro muy bien amueblado. No obstante, ella no estaba allí para hacer preguntas, sino para responderlas.
—Lucrecia, no te hagas la lista.
—Lo siento.
—¿Desde cuándo trabajas en la Editorial Universo?
—Desde hace seis años.
—¿Fue entonces cuando conociste a Soledad Montero?
—Sí. Ella era la megaestrella de la editorial, en pleno *boom* de *El código Da Vinci.* ¿Comprende? Dan Brown, Dana Green.
Gerard dejó escapar una carcajada. Desde luego, la analogía era pueril.
—¿Cómo era tu relación con ella?
—Inexistente. —Lucrecia se encogió de hombros—. Ella me despreciaba.
—¿Por qué?
—Mi situación en la editorial, mi aspecto... Yo qué sé.
—Pero ibas a escribir su próxima novela.
—Cierto, pero eso no fue decisión suya, sino de Ramón Aparicio, el editor. Él confiaba en mi talento.
—Cuando fuiste a Santa Creu, ¿ibas a entrevistarte con Soledad?
—Sí, claro.
—¿Quién concertó la cita?
—Ramón. Me llamó el día anterior por la noche para decírmelo.

—¿A qué hora?
—No sé, era bastante tarde. Las once o así. Lo sé porque Ramón se disculpó, aunque yo estaba trabajando, como siempre.
—¿En qué?
Lucrecia lanzó un suspiro.
—En mi última entrega... Estaba preocupada porque sabía que Ramón quería ofrecerme ese trabajo, pero aún no estaba decidido. Sé que habló con Soledad, y después me llamó.
—También habló con Alejandro Paz.
—Ah.
Gerard la miró con fijeza, pero ella no dijo nada más.
—Así que recibiste la llamada y por la mañana fuiste a verla.
—Sí.
—¿Tienes algún testigo que certifique que no saliste de casa por la noche?
—Vivo sola, sargento. Me metí en la cama e intenté dormir.
Gerard afirmó con la cabeza.
—De acuerdo. ¿A qué hora saliste de casa?
—Eran las siete de la mañana.
—Muy pronto, ¿no?
—No podía dormir.
—¿Alguien te vio por el camino?
—Alrededor de las ocho y media paré a desayunar en un restaurante cerca de Santa Creu. No recuerdo el nombre, pero estaba al pie de la carretera, a poco más de dos kilómetros. La *mestressa* se acordará de mí. Le caí bien y me ofreció ratafía de Esterri d'Àneu.
Gerard asintió con vigor. Seguro que la *mestressa* se acordaría de ella.
—¿Qué hiciste después?
—Cogí el coche hasta la casa de Ramón. Faltaba un cuarto de hora para las diez. Aparqué y enseguida me di cuenta de que pasaba algo raro.
—¿Por qué?
—La puerta estaba abierta. Después vi las ratas y me asusté mucho. No eran ratas de campo. —Lucrecia se pasó la mano por la frente.
—Lo siento, pero debo pedirte que sigas.
—Sí, sí... —Lucrecia lanzó un profundo suspiro—. Me bajé del coche y abrí la verja. Vi que las escaleras estaban manchadas de sangre... y también vi una rata enorme. No recuerdo muy bien lo que pasó después. Sé que subí las escaleras y al llegar al rellano de entrada noté un olor penetrante y el ruido de las ratas. Lanzaban unos chillidos agudos, como si se peleasen entre ellas.

—¿Entraste?

—Estaba oscuro. Busqué el interruptor y encendí la luz. Entonces vi un bulto ensangrentado, tirado en el suelo y rodeado de ratas. Tardé unos segundos en comprender qué era, porque estaba totalmente irreconocible. Creo que intenté salir corriendo, pero me desmayé allí mismo. Cuando recuperé el conocimiento, ya habían llegado ustedes. Y lo demás, ya lo sabe. Tuve un ataque de nervios y me metieron en una ambulancia. Sé que di un espectáculo horrible, y que todos pensaron que me había vuelto loca. Yo intenté controlarme, pero no pude… no pude… ¡No pude! ¡No pude! ¡No pude! ¿Usted la vio? ¡No era más que un trozo de carne deforme, con todas las ratas encima de ella, arrancándole pedazos… —Lucrecia se contorsionó como una marioneta enloquecida—. ¡Ratas, ratas, ratas! ¡Encima, encima, encima! ¡Ratas, ratas, ratas! ¡Mierda puta! ¡Puta, puta, puta! ¡PUTA! ¡PUTA! ¡PUTA!

14

Durante unos minutos, Gerard estuvo en un tris de llamar una ambulancia y enviar a Lucrecia a un hospital para que le inyectasen una dosis de morfina. Sin embargo, cuando ya creía que interrogarla era una especie de maldición bíblica, ella comenzó a tranquilizarse. Dejó de sacudirse y dejó de insultar. Miró a Gerard y aplaudió con entusiasmo.

—Ya está.

Él le devolvió una mirada incrédula.

—¿Sí?

Ella asintió con vigor.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Gerard, receloso.

—Sí.

Gerard se encogió de hombros.

—Bueno, pues sigamos. ¿Cómo definirías a Soledad Montero?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Mi opinión importa? —preguntó, secándose el sudor de la frente.

—Ya te he dicho que nada de lo que digas se utilizará en tu contra.

—Ya. Lo que pasa es que tampoco quiero que se utilice en contra de otros.

—Contesta, por favor —le ordenó.

—Soledad era egocéntrica y déspota, pero sobre todo con el pobre Ramón. Lo tenía esclavizado, lo manejaba como a una marioneta. —Ella se encogió de hombros—. ¡Yo nunca lo entendí!

—Era la estrella de la editorial, tú misma lo has dicho.

—Ya, sería eso… —Lucrecia meneó la cabeza pensativa—. Eso… eso… eso.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—No, no, no. —La muchacha negó rotundamente—. No.

—Hay algo que me sorprende de la biografía de Soledad Montero, y quiero que me des tu opinión profesional.

Lucrecia lo miró intrigada.

—¿Qué es?

—Soledad Montero solo tiene estudios primarios.

—¿Y?

—Yo creo que para escribir un libro, por muy «bestsellero» que sea, es preciso tener un mínimo de preparación. Los conocimientos de ortografía y gramática que posee una persona con tan pocos estudios no da más que para escribir, justo, justo, la carta a los Reyes Magos.

Lucrecia meneó la cabeza con vigor.

—¡Hay gente que no sabe hacer la o con un canuto y ha escrito auténticos bodrios que se venden como churros! —exclamó.

—O se los han escrito otros… —apuntó Gerard—. Para eso estáis vosotros, los negros literarios. ¿No?

—Sí, claro.

—¿Crees que Soledad Montero tenía alguna razón para, digamos, presionar a Ramón Aparicio? —le preguntó Gerard—. Tu editor es un hombre con una sólida formación y no creo que se animase voluntariamente a encumbrar a una mujer que hubiese encajado mejor como concursante de *Supervivientes* que como invitada en *Página Dos*.

Lucrecia se sonrojó hasta las raíces de los cabellos.

—Yo… no sé… No sé… No sé…

Gerard hizo un gesto con las manos, dando aquel tema por zanjado. El rostro de Lucrecia respondía por sí mismo.

—¿Y Alejandro Paz?

Ahora Lucrecia dejó escapar una amplia sonrisa que irritó internamente al sargento.

—Oh, es un cielo.

—¿Puedes ser algo más explícita?

—Él es como un padre para mí.

—Perdona, pero no tiene edad para ser tu padre —repuso Gerard sarcástico—. Como mucho, tu hermano mayor.

Lucrecia hizo caso omiso y siguió recitando las bondades del argentino.

—Me abrió las puertas de la editorial, me ayudó a conseguir mejores trabajos, y ahora me ha propuesto para que escriba una novela con mi nombre. ¿Se imagina lo que eso significa para mí?

—Qué bonito —respondió Gerard en tono mordaz—. ¿Y sabes por qué lo hace?

—Porque me tiene afecto. ¿Tan raro es?

Gerard dudó un instante antes de proseguir. Le apetecía ser cruel.

—No, no es raro, pero no creo que te descubra nada si te digo que

el afecto entre un hombre y una mujer se traduce, normalmente…

—¡Mentira! —Lucrecia se levantó de un salto y se golpeó el pecho con furia mientras la carpeta caía al suelo—. ¡Míreme! ¡Soy muy fea! ¿Cree que Alejandro Paz me ayuda porque se quiere acostar conmigo?

—Alejandro Paz no te quiere echar un polvo porque es gay. ¿Me equivoco?

Lucrecia se sentó y tardó unos segundos en responder.

—Su… pongo.

—Así que tiene alguna razón que no es de tipo sexual —murmuró Gerard—. Lamento ser tan crudo contigo, Lucrecia, pero no creo en los afectos desinteresados.

—Yo tampoco —confesó ella—. No se piense que soy una ilusa.

—Imagino que con un pasado como el tuyo hay poco espacio para los cuentos de hadas.

—Muy poco —concedió Lucrecia—. Y aun así, no veo qué provecho saca Alejandro Paz conmigo. No le reporto ningún beneficio, por mucho que usted quiera ver más allá.

Gerard asintió.

—Tienes razón, seguro. No obstante, debo decirte que, con su comportamiento en el hospital, lo que me transmitió Alejandro Paz es que te consideraba culpable de algo…

Lucrecia tragó saliva.

—Sí, es verdad. Igual pensó que, con los nervios, yo me incriminaría…

—Esa explicación dice poco a favor de tu querido argentino. No te conozco apenas, pero no te veo dada a decir tonterías.

Lucrecia lo miró de través, pero no contestó. Él volvió a la carga.

—¿Confías en él tanto como me dices? —insistió—. ¿O es que estás intentando ocultar algo?

Ella parpadeó confusa.

—Yo no intento ocultar nada…, nada…, nada…

Tal vez Lucrecia Vázquez no supiera mentir, pero cabía la posibilidad de que fuese una actriz imponente. Con su comportamiento torpe y desmadejado estaba culpando a Alejandro Paz, de la misma forma que él la había culpado a ella.

¿Eran un par de cándidos aquellos dos, o se trataba de alguna estrategia?

Malditos escritores…

Gerard hizo un gesto con las manos, dándole a entender que ya no quería hablar más de aquel tema. Señaló con un dedo la carpeta que reposaba en el suelo.

—¿Quieres enseñarme lo que traes ahí dentro?

—¿No va a preguntarme nada más de Ramón ni de Alejandro?

—No, es suficiente.

Lucrecia lanzó un suspiro de alivio y recogió la carpeta.

—Verá, es complicado… —musitó—. Tal vez no sea más que una terrible casualidad, pero yo no creo en las casualidades.

Gerard asintió.

—Yo tampoco.

—Le explico… —Lucrecia se agitó nerviosa en la silla—. Yo tenía que escribirle la novela a Dana y por eso iba a reunirme con ella.

—Eso ya lo sé.

—No tenía ni idea de qué iba a tratar la novela. Sabía que tendría mucha casquería porque a Dana le encanta, pero Ramón no quiso enseñarme la sinopsis.

—Así que no tienes ni idea de qué va la novela.

—Ahora sí. Esta mañana, Ramón nos ha reunido en su despacho a Alejandro y a mí, y nos ha propuesto escribirla. Dice que no le importa que Dana haya muerto —explicó Lucrecia, avergonzada—. Yo dije que no quería escribir la novela de una muerta. Además, tengo la imagen del cuerpo de Dana Green grabado en la memoria y no me deja vivir…

Gerard la miró a los ojos.

—Quizá deberías ir a un médico.

Lucrecia tragó saliva.

—Ni hablar, ya le he dicho que no quiero que me mediquen.

—A veces es necesario.

—No, no. Se me pasará con el tiempo… —Lucrecia dudó unos segundos antes de proseguir—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, pero no sé si podré responder.

—¿Cómo murió Dana? Quiero, decir… ¿estaba viva cuando las ratas se la comieron?

—No —mintió Gerard—. Ya estaba muerta.

—¿Y de qué murió?

—Eso… todavía no está claro.

—Ramón nos ha dicho esta mañana que Dana había recibido amenazas de muerte —confesó Lucrecia abruptamente—. Me siento una chivata explicándolo, pero creo que debo.

Gerard asintió con vigor.

—Sí, debes.

—Verá… —Lucrecia tomó aire—. Cuando Ramón me propuso que escribiese la novela de Dana, me opuse, y Alejandro también. Nos parecía inmoral utilizar el nombre de una muerta para vender una novela. Para convencernos, Ramón dijo que no tuviésemos tantos

escrúpulos con Dana porque se merecía lo que le había pasado... Yo me puse muy nerviosa y le grité que nadie se merecía aquella muerte, y los dos me preguntaron cómo había muerto y fue horrible... Recordé la imagen de Dana, o lo que quedaba de ella... Aquel montón de carne con las ratas encima, devorándola, arrancándole pedazos que iban esparciendo por el suelo del piso, todo lleno de sangre... ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Era espantoso! ¡Espantoso, espantoso, espantoso!

Gerard hizo un gesto de impaciencia.

—Lucrecia, por favor, no empieces de nuevo.

—¡Vale! —Ella hizo un expresivo gesto con las manos, como si ordenase sus ideas—. Ramón nos confesó que Dana participaba en foros literarios y engatusaba a chicos que querían publicar para acostarse con ellos y, además, robarles sus ideas. Y que alguno le había enviado amenazas de muerte por e-mail.

Gerard asintió. Aquello coincidía con lo que el editor ya le había explicado, obviando, eso sí, el tema de las amenazas. Claro que, cuando lo hablaron, Ramón Aparicio aún no sabía que Soledad Montero había muerto asesinada.

O fingía no saberlo.

—Ramón nos confesó que Dana le había enseñado alguno de esos e-mails.

—¿Ella le pidió ayuda? ¿Estaba muy asustada?

—¡No, qué va! Ramón dice que Soledad se burlaba y hacía bromas.

—Pues a mí no me parece muy divertido que alguien me envíe amenazas de muerte.

—Ni a mí —dijo Lucrecia—. Además, ahora que lo pienso, quizás uno de esos tipos ha cumplido lo que prometió.

—Es una posibilidad —dijo Gerard con poco entusiasmo—. Bien, y ahora, por favor, enséñame qué traes ahí.

—Es el argumento de la última novela de Dana Green.

Gerard levantó una ceja, intrigado.

—¿Y eso qué tiene que ver con el caso?

—Mucho, ya lo verá —dijo Lucrecia—. Pero antes de enseñárselo, quiero que sepa que he mentido a Ramón Aparicio para traerlo. Le dije que me pensaría por última vez si quería escribir esta novela, y eso es falso. ¡No pienso hacerlo!

—Me parece muy bien.

—No entiende, lo que intento decirle es que tendré que llevármela de nuevo si no quiero tener que dar explicaciones... engorrosas.

—Muy bien, haré fotocopias y me quedaré el original, si no te importa. Tu editor no se dará ni cuenta.

Lucrecia se encogió de hombros, resignada.

—Sí, claro.

—Y ahora, por favor…

Ella abrió la carpeta y le extendió la sinopsis. Durante el tiempo que tardó Gerard en leerla, reinó un silencio denso, únicamente roto por las respiraciones de ambos. Al cabo de unos minutos, él levantó la mirada e intentó controlar el nerviosismo que sentía.

—Entiendo tu preocupación —reconoció—. Has hecho muy bien en traérmela.

Ella sonrió débilmente.

—No creo en las coincidencias —murmuró—. ¿Entiende? Dana Green iba a escribir una novela en la que las víctimas mueren devoradas por las ratas.

Gerard asintió con lentitud intentando ordenar las ideas que se agolpaban en su mente. Informaciones inconexas que ahora adquirían sentido. Secretos en la vida de Soledad Montero que, quizá sí, tenían una relación directa con su asesinato. Su mente recordó casi taquigráficamente la conversación que había tenido con el médico forense, aquel descubrimiento que, en apariencia, nada tenía que ver con su muerte.

La autopsia demostraba que Soledad Montero había estado embarazada y que dio a luz. ¿Qué paso con el niño… o la niña?

Quizá lo abandonó, creyéndolo muerto, pero tal vez no muriese.

Pudo ser atacado por ratas, convertido en un horrible monstruo deforme. Tal vez fue salvado *in extremis* por un alma caritativa, recluido en un orfanato y adoptado años después por un matrimonio que lo sacó del centro para encerrarlo en una casa aislada, sometido de nuevo a un confinamiento del que nadie había sabido nada durante muchos años…

¿Qué podía haber de cierto en aquella historia terrible?

¿Qué ser humano podría soportar semejante vida sin caer en la locura?

Gerard tomó aliento y miró a Lucrecia, que agitaba su cabeza con vigor, absorta en sus propios pensamientos.

Tuvo una idea repentina que se le antojó terrible.

Aquella muchacha… Tal vez estaba fingiendo una inquietud que no sentía. Quizás era una actriz formidable, amparada bajo aquel trastorno brutal que la convertía en una criatura patética y vulnerable, digna de compasión. Lucrecia Vázquez tenía razones más que suficientes para estar enfadada con el mundo, para haber enloquecido, incluso. No todo era tan sencillo, ni mucho menos. ¿Quizás ella era la asesina…? Aquella historia disparatada de niños y hospicios… Niños deformes recluidos en siniestras casas en mitad del campo, tal vez

sometidos a torturas infernales… Desde luego, una historia digna de Lovecraft o de Allan Poe, pergeñada por una mente enferma…

¿Y si, en realidad, Lucrecia había descubierto que Soledad Montero estuvo embarazada? ¿Y si, en realidad, sí que tenían una buena relación? «Soledad Montero me despreciaba», había dicho. ¿Cómo demostrarlo? Un día compartieron un par de cervezas, nadie lo supo después. La escritora consagrada le abrió su corazón a la pobre negra literaria… A partir de aquella confesión, Lucrecia ideó una historia que incluía detalles de su propia y desgraciada infancia y se la envió por e-mail a Soledad, consciente de que la escritora estaba falta de ideas y la utilizaría para escribir su próxima novela.

Amantes despechados que enviaban amenazas de muerte por e-mail. Aquella idea sí que era disparatada. Ramón Aparicio había visto aquellos mensajes, pero cualquiera podría haberlos enviado. Seguramente, todos en la editorial estaban al tanto de las andanzas de Soledad Montero.

Lucrecia Vázquez también.

Aquella teoría era descabellada, pero posible. Únicamente chirriaba un detalle mínimo, aunque trascendental. ¿Cómo aceptó Soledad Montero firmar una historia que era casi autobiográfica? Hablaba de un niño abandonado al nacer… ¿Qué especie de monstruo sin corazón era, capaz de utilizar su pasado más siniestro?

—Tengo que confesarle una cosa… —dijo Lucrecia.

—Di.

—Antes de venir, hablé con Alejandro Paz. Sentía remordimientos porque mentí para quedarme la sinopsis. Dije que tal vez me interesase y que quería pensármelo —admitió.

—¿Qué le has dicho?

—Que iba a enseñársela a la policía.

—Mal hecho.

—¿No lo entiende? Si el asesino es la persona que le envió el dosier a Dana, puede volver a matar a quien decida escribir la novela.

—No hay problema, tú no vas a hacerlo.

—¡Pero Alejandro sí! Él se había ofrecido a escribir la próxima novela de Dana, aunque yo tenga prioridad. Es una oportunidad que no podemos dejar escapar, tiene que entenderlo… El último libro de Dana Green, un bombazo editorial. ¿Comprende el gancho que tendría para los lectores?

—Así que le has explicado que a Soledad Montero se la comieron las ratas.

—Tuve que hacerlo.

—No me gusta. A tu amigo le encantan las cámaras.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —exclamó Lucrecia, nerviosa—. ¡Pero tenía que protegerle!

Gerard asintió con gravedad.

—Tienes razón —sentenció—. Nadie debe escribir esa novela.

15

Era un típico edificio del Eixample de Barcelona construido a principios del siglo pasado: fachada clásica con amplios ventanales y techos muy altos. Estaba en la calle Ausiàs Marc, muy cerca de la Plaça Urquinaona. Gerard y Pau entraron en el oscuro vestíbulo y saludaron a un portero que surgió de entre las sombras.

—¿Adónde van, señores?

Gerard le enseñó la placa.

—Entiendo, al piso de la escritora —contestó el hombre—. ¿Quieren que les acompañe?

Los dos policías negaron al unísono y subieron por las escaleras hasta el segundo piso. Una chapa de bronce anunciaba el nombre de su única inquilina: Soledad Montero Molinero.

Gerard sacó la llave y la introdujo en la cerradura. La giró y abrió la puerta. De inmediato, le invadió un intenso tufo a rancio. Buscó a tientas el interruptor y lo accionó. Miró al cabo Serra e hizo un gesto con la cabeza. Adelante. Una vez dentro del recibidor, cerró la puerta tras de sí y ambos lanzaron un vistazo a su alrededor.

—Joder, qué tía más hortera —murmuró el cabo.

Siempre resulta inquietante registrar un domicilio, y más aún cuando se trata de la vivienda de un muerto, pero a cada uno lo suyo: el vestíbulo era espantoso, un ejemplo palmario de mal gusto. Un recibidor de supuesto estilo rococó presidía la estancia, tapizado en cuero blanco y estampados florales. Sobre él pendía un espejo de recargado marco dorado. En la repisa del recibidor se apilaban media docena de arlequines de porcelana y brillantes monos de seda. Además, el mueble estaba escoltado por dos enormes y pretenciosos jarrones de cuyo interior afloraban unas enormes plumas de pavo real transgénico. Dos sillas tapizadas en blanco y con motivos dorados completaban la decoración.

—No hemos venido aquí a hablar de interiorismo —repuso Gerard sarcástico, alargándole unos guantes de látex—. Venga, póntelos.

—Ya, pero ¿qué buscamos?

—Cualquier cosa que aporte información personal. Fotos, cartas, escritos... Soledad Montero abandonó esta casa y se fue a Santa Creu para no volver nunca más. Tenemos que seguir sus pasos y reconstruir sus últimas horas. A ver si tenemos suerte...

Mientras lo decía, Gerard abrió una puerta doble y encendió la luz del comedor. Si el estilo del recibidor le había parecido chabacano, aquella estancia no le iba a la zaga. Los muebles eran también de un recargado estilo dieciochesco, aunque eso no era lo peor. Innumerables *souvenirs* se amontonaban en las repisas: el acueducto de Segovia, la Dama de Elche, la catedral de Burgos...

Más allá se apilaba una colección de barquitos de madera con el nombre de la población escrita en el casco: Gandía, Torrelodones, Denia, Calella de Palafrugell...

Nada parecía escapar a la furia turística de Soledad Montero.

Gerard y Pau Serra observaron en silencio todos aquellos motivos decorativos, cruzándose una mirada de tanto en tanto.

—Hay algo que me extraña —dijo el sargento—. Algo que no veo por ningún lado.

Pau Serra lo miró durante unos segundos y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Ya lo sé, falta un botafumeiro.

Gerard dejó escapar una carcajada. A veces, el cabo resultaba divertido aunque no lo pretendiera.

—No es eso, Serra —le dijo—. ¿No ves que no hay ninguna foto?

El cabo miró a su alrededor.

—Tiene razón, jefe.

Gerard abrió la puerta de la cocina y una pestilencia a bar de extrarradio le golpeó en las fosas nasales. El olor a rancio estaba multiplicado por mil, seguramente gracias a una freidora rebosante de aceite con textura de chapapote que reposaba sobre el grasiento mármol de la cocina. Impulsados por el morbo, Gerard y Pau abrieron las puertas de las alacenas para descubrir un horror tras otro. Apiladas en desorden, había bolsas de magdalenas con piquitos de chocolate, rollitos de crema rellenos de crema y patatas fritas sabor barbacoa, mezcladas con latas de berberechos, fabada asturiana y aceitunas rellenas; una auténtica bacanal de colesterol y triglicéridos.

Después de confirmar que la cocina era un vertedero digno de cualquier programa de callejeros, prosiguieron el registro de la casa.

El dormitorio, aunque no tan maloliente, seguía en la línea *kitsch* del comedor. Felizmente, allí encontraron las primeras y únicas imágenes de Soledad Montero. La escritora había elaborado una

especie de *collage* con todas las presentaciones de sus novelas. En total había ocho, y en todas ellas aparecía al lado de Ramón Aparicio, su perpetuo ángel guardián. Tras ellos podía verse una lámina que anunciaba el best seller del momento. Cada título era más ingenioso que el anterior, una especie de vuelta de tuerca: *El séptimo evangelio merovingio, El misterio del sexto arcano, La hermandad de los iluminados, El secreto de los templarios ancestrales, El enigma del arcángel y del décimo código nibelungo…*

Aparte de aquellas instantáneas, pequeñas y de mala calidad, no había más fotos. Ni amigos, ni familiares, ni amantes. Si aquella mujer tenía vida privada, no quiso exponerla a la cámara.

—No era muy amiga de salir en las fotos —murmuró Gerard.

—No me extraña —repuso Pau Serra—. Está sentada y ya se ve que era gorda como una vaca. Con ese cuerpo de…

Gerard lo miró con desdén.

—A veces eres gilipollas, Serra.

—Perdone, sargento —se disculpó el cabo, avergonzado—. Soy muy simple.

Tras una de las puertas apareció el cuarto de baño. No olía del todo mal, comparado con el resto de la casa. Sobresalía, además, un detalle de calidad: los rollos de papel higiénico de recambio colgaban de la pared dentro de una funda de ganchillo adornada con lazos de seda rosa. La risa del cabo retumbó en el pequeño cuarto, y al descorrer la cortina de la bañera, él mismo descubrió unos vellos púbicos sobre la porcelana blanca.

—Eh, pelitos de chocho —gorjeó, con lágrimas en los ojos.

—Qué perspicaz, Serra —repuso Gerard sonriente—. Venga, recógelos.

El cabo hizo una mueca de repugnancia.

—Y he visto que dentro de la taza del váter hay alguna cosilla más. Recógelo también. Nunca se sabe.

El cabo miró dentro del inodoro y le lanzó una mirada implorante, pero el sargento ya salía de la estancia. Enfurruñado, sacó una bolsita de plástico y se dispuso a obedecer.

Gerard entró en la última estancia de la casa, que era el despacho y lugar de trabajo de la escritora. Una gran librería presidía la habitación. Los lomos de color rosa y letras en dorado ya lo pusieron en aviso respecto al género de las obras que ocupaban casi la totalidad de las baldas: *Ámame hasta el éxtasis, Un granuja entre mis brazos, Deseo lujurioso y carnal, Ansias de sentirte muy dentro de mí, Quiéreme hasta la muerte y más allá, Estrújame entre tus fuertes brazos, El seductor seducido…*

Gerard sacó algún libro de la estantería y observó la cubierta. Sonrió. El género masculino estaba muy bien representado: qué espaldas, qué melenas, qué muslos. Ni una neurona de más.

Ni de menos.

Destacaba en la estantería una enciclopedia de Historia del Cine, en edición de lujo. Gerard arrugó el ceño, sorprendido. La colección desentonaba con los fornidos *highlanders*, los hercúleos vikingos, los musculosos vampiros y los fibrosos vizcondes, todos ellos socios de algún DiR y adictos al clembuterol.

Pero eso no era lo más sorprendente; si Soledad Montero era escritora de best sellers de hermandades, no se había molestado en leer ninguno. Ni siquiera *El código Da Vinci.*

¿Era posible?

Sobre la mesa del despacho había un monitor de ordenador bastante antiguo. Gerard descubrió el PC bajo la mesa y lo encendió. Al configurarse, apareció el logo de Windows XP. En aquel momento entró el cabo Serra en el cuarto.

—Jefe, si no tenemos la contraseña de acceso… —repuso.

—No tiene —preguntó Gerard sin volverse.

—Qué extraño.

—¿Extraño? —repitió el sargento—. Soledad Montero vivía sola. ¿Para qué querría contraseña? ¿Para protegerse de ella misma?

El cabo asintió humildemente y se acercó. En la página de inicio del ordenador solo había unos pocos iconos de acceso directo en el menú: Microsoft Word 2003, Internet Explorer y poco más.

—A esta mujer no le iba la informática —sentenció.

Gerard comprobó que el último programa que se había ejecutado en aquel ordenador era el navegador web, así que clicó sobre Interner Explorer. De inmediato se abrió la página de entrada de Google. Gerard tecleó Hotmail en el buscador y accedió a la página de inicio del correo electrónico de MSN.

soledadmontero1962@hotmail.com

Había sido un tiro a ciegas muy afortunado.

—Y ahora, ¿qué? No puede ser que tengamos tanta suerte —murmuró Pau.

—¿Por qué no?

Al clicar sobre la dirección de correo, se abrió una ventana bajo el nombre: la contraseña. Gerard dejó escapar una exclamación de triunfo: la pestaña de recordar la contraseña estaba activada. Gerard la presionó y aparecieron cinco puntitos.

Iniciar sesión.

—Pero, ¡qué coño! —señaló Pau admirado—. ¡Bandeja de entrada! ¡Estamos dentro!

Gerard asintió, y entró en una cuenta de correo de cuatro páginas, en total ciento cincuenta y cinco mensajes recibidos a lo largo de dos años, lo mismo que un cibernauta recibiría en dos días. Mensajes de la editorial, de una conocida tienda de muebles, empresas de telefonía móvil, de Windows Live...

En principio, completamente anodino. El último e-mail recibido y abierto tenía más de diez días, y no tenía ningún mensaje en la bandeja de entrada.

—No es que tuviese mucho movimiento —repuso Pau Serra algo desilusionado.

—No, aunque eso no es lo que más me preocupa, sino lo fácil que ha sido acceder a su cuenta —apuntó Gerard—. No se molestó en buscar una contraseña difícil de descubrir.

—Eso nos ha facilitado el trabajo.

—Ya, lo que pasa es que tan fácil como lo hemos tenido nosotros, lo han tenido otros —murmuró Gerard pensativo—. Y eso ya no me gusta tanto.

—Sea lo que sea, seguro que aquí dentro hay mucha información que nos puede ser de utilidad —insistió el cabo.

Gerard meneó la cabeza. Todo parecía demasiado fácil, y aquello no le gustaba. Estaba convencido de que aparecerían los famosos mensajes amenazadores de que había hablado Ramón Aparicio y también correos con textos robados en foros de internet. Allí estaría todo, bien expuesto al público. Amenazas convincentes que conducirían a la policía a buscar a un amante despechado.

—Me alegro de que seas tan positivo —le dijo—. Así que te dejo este trabajo para ti. Abre las carpetas e imprime todos los correos que te parezcan interesantes. Lo demás lo grabas en un *pendrive*. Después haz lo mismo con los e-mails que se han enviado desde su cuenta, los mensajes no deseados, borradores y eliminados. Documentos de Office, todo. Cuando acabes, haces lo mismo con el Messenger, invitaciones, amigos, fotos...

—Pero... tardaré varias horas.

—Venga, Serra, que te he visto muy entusiasmado —le animó Gerard.

Resignado, Pau Serra se sentó frente al ordenador, y después de comprobar que la bandeja de papel de la impresora estaba llena, comenzó a realizar la tarea que Gerard le había encomendado. Él hizo un gesto de aprobación y se fue al dormitorio. Nada más entrar, miró

a su alrededor y decidió comenzar por el armario. Abrió las puertas y arrugó la nariz. Un olor a sudor y a rancio le ofendió al instante. Hizo un gesto de repugnancia y, tras unos segundos de vacilación, sacó un cajón de la guía y, dejándolo sobre la cama, observó su contenido. Mientras revolvía la ropa interior de la víctima, ocupaba su mente con un repaso de los últimos acontecimientos. En algo tenía razón Pau Serra: estaba seguro de que encontrarían información en el ordenador. El problema consistiría en interpretarla correctamente, en no dejarse engañar por las apariencias... Por ejemplo, no tenía ninguna constancia de que Soledad Montero tuviese relaciones con jovencitos. Gerard levantó unas bragas y las miró al trasluz; una sospechosa mancha parduzca había resistido al lavado. ¿Qué jovencito soportaría tener relaciones sexuales con la portadora de esas bragas? Además, lo único que tenía para asegurarlo era la declaración de Ramón Aparicio, y él había reconocido que no le tenía ningún afecto. ¿Y si era la excusa del editor para justificar sus propias aventuras? No con Soledad Montero, por supuesto. Pero ¿y si la escritora sabía algo del editor que lo comprometía? Gerard recordó la cara de Lucrecia cuando le preguntó si creía que Soledad chantajeaba a Ramón Aparicio.

Metió las bragas en el cajón y abrió el siguiente. La inspección no resultó mucho más satisfactoria. Un barullo de calcetines y medias malolientes ocupaban su interior. Lo sacó y lo dejó sobre la cama. Repugnante. Cuando iba a devolverlo de nuevo a su sitio, vio un sobre en el fondo del cajón. Al abrirlo, descubrió en su interior varias fotos hechas con una Polaroid. Antes de que consiguiera examinarlas, lo sobresaltó Pau Serra entrando como un ciclón en el dormitorio.

—¡He encontrado las amenazas de muerte! —exclamó, mostrándole varios correos impresos.

Gerard dejó las fotografías sobre la cama y leyó el contenido de los e-mails. Habían sido enviados por un tal Ángel y estaban en la carpeta de correos eliminados.

Los textos eran muy escuetos, aunque enormemente elocuentes.

La hora de la justicia se acerca.
Por la vida que quisiste arrebatar, se te arrebatará la tuya.
El horror que causaste a otros, se te causará a ti.

—Vaya, qué poético —murmuró Gerard—. Este tío es, como mínimo, discípulo de Jorge Bucay.

Nada más decirlo, pensó en Alejandro Paz. Una conexión inmediata e inconsciente propia de un cerebro acostumbrado a sospechar de todos. ¿Por qué no? Aquel cretino seguro que tenía sus

razones para odiar a Soledad Montero.

—¡Es el asesino! —exclamó Pau Serra, impermeable al sarcasmo—. ¡Lo hemos pillado!

—Sí, claro —dijo Gerard sin inmutarse—. Y seguro que cuando lo rastreen los técnicos se encontrarán con que el e-mail ha sido enviado desde un ordenador con acceso público. Un cibercafé, por ejemplo.

—¿Por qué está tan seguro? —preguntó Pau Serra—. ¿Y si lo ha enviado desde su ordenador personal? Igual no sabe que...

—Óyeme, Serra —le interrumpió Gerard—. El que mató a Soledad Montero no es ningún pardillo, así que no te emociones. Creo que estamos ante un asesino muy cuidadoso. ¿Tú crees que enviar amenazas desde tu ordenador es muy inteligente? Todo el mundo sabe que se puede rastrear una dirección IP.

—Ya, pero ¿quién lo enviaría si no fuese el asesino?

—No lo sé, Serra. —Gerard negó con la cabeza—. Tú sigue con tu trabajo y no des nada por supuesto. Por cierto, ¿ya has revisado el Messenger?

—No lo utilizaba, y no tiene ningún amigo agregado, ni fotos, ni eventos, ni nada.

—Curioso en una mujer que, según nuestro amigo el editor, se pasaba el día pegada al ordenador, husmeando foros y chateando, ¿no? —repuso Gerard—. Por cierto, ¿está registrada en Facebook o Twitter?

—Nada de nada. No pertenece a ninguna red social.

Gerard lanzó un bufido.

—Bueno, sigue buscando amenazas, pero no te entusiasmes si encuentras alguna más. Ordena bien todo el material.

Pau Serra asintió con la cabeza, pero permaneció inmóvil.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gerard, impaciente.

—Hay una cosa... —repuso el cabo—. He descubierto algunos correos con textos, todos eliminados. Los encontré en un archivo temporal. Por desgracia, los más antiguos no tengo manera de recuperarlos. De esos textos, ninguno es el de las ratas.

Gerard hizo un gesto, conminándolo a proseguir.

—Comencé a buscar desde los correos más antiguos, y me extrañó no encontrarlo —dijo—. Así que busqué en el Word, a ver si resulta que no se lo había enviado nadie y lo había escrito ella.

—¿Y qué?

—No aparece por ningún lado.

—¿Has buscado en la papelera de reciclaje?

—Tampoco está —respondió el cabo—. La única posibilidad es que lo hubiese eliminado también de la papelera. Sé que los técnicos

pueden rescatar todo lo que estuvo en el disco duro con un programa de recuperación digital.

—Llámalos —le ordenó Gerard—. Y de paso, pídeles que rastreen la dirección IP del Ángel ese. A ver si vas a tener razón.

Pau Serra asintió con entusiasmo y lo miró con los ojillos brillantes de emoción. Ya no era un inútil que se mareaba al ver un cadáver. Era un detective sagaz y astuto. En aquel momento era Poirot, era Holmes, era el padre Brown.

—Quizá diga una tontería, sargento —dijo—. Pero a la vista de lo poco que la víctima utilizaba el ordenador, tendríamos que contemplar la posibilidad de que hubiera recibido el texto por correo ordinario.

Gerard sofocó un comentario sarcástico. Al fin y al cabo, él no era nadie para cortarle las alas a la mariposilla investigadora.

—No es mala idea, Serra.

—E incluso, que lo hubiese recibido en mano, lo cual nos complica aún más la tarea.

—Cierto —respondió Gerard, pensativo. Su subalterno no iba tan mal encaminado. De improviso, se golpeó las palmas de las manos, sobresaltando al cabo—. ¡Mierda!

—¿Qué pasa, jefe?

—Que soy un imbécil —respondió, rotundo—. ¿Quieres que te diga lo que pienso? Estoy casi seguro de que Dana Green nunca recibió ese texto, y de ser así, jamás hubiese aceptado firmar una novela con ese argumento. Es más, he descubierto la manera más sencilla de demostrarlo.

—¿Cuál?

—Soledad Montero era muy desconfiada, y tomaba sus precauciones antes de ofrecerle una sinopsis al negro literario de turno.

Serra lo miró de hito en hito. Aún no entendía. Gerard lo miró condescendiente.

—¿Sabes qué es el Registro de la Propiedad Intelectual?

16

Pau Serra abandonó el cuarto, y Gerard tardó varios minutos en concentrarse de nuevo en su tarea. Comenzaba a formarse una idea en su mente, y, en ella, el posible asesino no era un amante desconocido, sino alguien muy cercano a Soledad Montero, alguien que conocía su pasado, y que deseaba vengarse de ella. Su mirada se posó en las fotografías que había dejado sobre la cama y, sentándose, decidió analizarlas con atención. En la primera de ellas podía verse a un grupo de adolescentes sonriendo a la cámara y levantando los vasos llenos de bebida. Era una instantánea de pésima calidad, y casi no podían apreciarse los rostros de los que aparecían en ella. Se trataba, eso sí, de un típico guateque de los años setenta: pantalones de pata de elefante, camisas ajustadas de estampados psicodélicos y enormes cuellos.

Gerard analizó las fotos, una por una, intentando hallar algo de interés en ellas. En principio se trataba de la misma horda de adolescentes que evolucionaban ante la cámara, aunque ya no posaban, únicamente se dedicaban a vaciar el contenido de sus vasos. El reportero debía de ser el abstemio del grupo, que, aburrido, no encontraba otra forma de matar el tiempo. No obstante, algo llamó la atención de Gerard.

En una de las últimas fotos la reconoció.

Soledad Montero ya era obesa de adolescente. Gerard giró el papel y leyó la fecha impresa en el dorso: 12-2-1976. Calculó mentalmente su edad, y consideró que allí tendría unos trece o catorce años. Luego volvió a observar la foto y descubrió unas manos sobre sus pechos, entre el estampado de flores de la ajustada blusa. Alguno de aquellos niñatos estaba detrás de ella, completamente oculto, y le estaba metiendo mano. Soledad no parecía molesta en absoluto, claro que la estúpida sonrisa con que posaba denotaba que el alcohol estaba causando sus efectos. En la siguiente foto, Gerard dejó escapar una exclamación.

El propietario de las manos sonreía a la cámara, haciendo un gesto victorioso.

A pesar de que el paso de los años había convertido aquella melena leonina en una calva reluciente, aunque la camisa ceñida a un torso enjuto se había convertido en una camisa que pretendía ocultar una panza considerable, era posible reconocer en aquel adolescente a Ramón Aparicio.

Se conocían.

¿Podían tener algo que ver aquellas fotos con la relación de sumisión que mantenía el editor con Soledad Montero? No. Al fin y al cabo, lo único que demostraba la foto era que ambos habían compartido una tarde de fiesta, como mucho, un manoseo torpe y etílico.

¿O algo más que un manoseo?

Por desgracia, no había más fotos. Gerard las repasó una por una, pero no descubrió nada más. Aquellas instantáneas poco o nada podrían servirle a la hora de inculpar al editor. ¿O sí? Demostraban que había mentido. Sin embargo, que en su juventud se hubiese pegado el lote con Soledad Montero no era un delito. Pero Ramón Aparicio lo había ocultado. Y el que tiene algo que ocultar...

En aquel momento, Gerard se dio cuenta de que había un pequeño sobre adherido al fondo del armario, en el espacio que había dejado el cajón. Lo despegó con cuidado y lo observó. Era evidente que tenía muchos años, el papel había envejecido y estaba muy amarillento. Lo abrió.

Dentro había un trozo de papel cuadriculado. Alguien había escrito un par de líneas con bolígrafo y el paso del tiempo había vuelto de color parduzco la tinta negra. El trazo era infantil, aunque el contenido de la nota no lo era tanto.

> Zorra, te juro que te mataré si no abortas. Te cortaré el cuello, maldita hija de puta.

La nota no estaba firmada. No era necesario.

Gerard guardó el papel dentro del sobre. Tendría que llevar aquel escrito a los especialistas en grafología y pedir a la jueza que le autorizase a hacer a Ramón Aparicio una prueba pericial de escritura. No sabía cuánto podía cambiar el trazo después de treinta años, pero para eso estaban los peritos.

Estaba convencido de que aquella letra era de Ramón Aparicio.

No obstante, algo no encajaba en aquella historia.

Soledad Montero se había quedado embarazada, y Ramón Aparicio

la amenazó para que abortase. ¿Aquella nota era razón suficiente para que ella pudiese hacerle chantaje treinta años después?

Gerard intentó imaginar cómo habían sucedido los hechos.

Soledad abandonó sus estudios y se escondió en algún lugar donde pudiera esconder su embarazo. Estaba muy gorda, así que pudo disimular su estado con facilidad. Tal vez, incluso, pudo ocultarlo a su propia familia. Parecía difícil de creer, pero no imposible. Gerard recordó un caso reciente en Barcelona en el que una joven de veintidós años dio a luz gemelos y los dejó morir nada más nacer. Los familiares de la joven dijeron a la policía que no sabían que estaba embarazada. En realidad, nadie en el vecindario lo sabía. Si aquella joven había ocultado un embarazo de gemelos, Soledad Montero lo había tenido mucho más fácil, ya que era obesa.

Después del parto, Soledad Montero no regresó a la escuela, y Ramón Aparicio no volvió a verla.

Años después se reencontraron. Quizá fue ella la que descubrió el nombre de Ramón Aparicio en alguna nota de prensa. Él era editor en la Editorial Universo, y ella no era más que una empleada sin titulación, una mujer sola y amargada que desempeñaba trabajos temporales en los que cobraba sueldos de miseria. Una mujer cuya vida fue truncada por un embarazo no deseado. Ella no era la única culpable, y estaba dispuesta a sacar tajada de la situación tan privilegiada de Ramón Aparicio. Apareció de nuevo en su vida y consiguió que la presentase como una escritora de éxito. El editor le proporcionó negros de confianza para que le escribieran novelas que ella se limitó a firmar, hasta que sus libros se convirtieron en superventas. Ramón Aparicio era un lince del mundo editorial, así que no le resultó complicado.

Era evidente que, con los pocos estudios con que contaba Soledad Montero, no podía haber desarrollado el talento suficiente para escribir una novela, ni que fuese un retorcido *thriller* de hermandades. El editor hizo todo el trabajo, ella no tuvo más que firmar el contrato.

¿Cómo lo había conseguido?

¿Soledad Montero le enseñó las fotos? ¿Y qué? ¿La nota? Era una amenaza rotunda, pero formulada por un adolescente.

Soledad Montero debía de tener algo más. Algo con lo que destruir su vida actual. Las amenazas escritas en una ridícula nota por un niño de catorce o quince años, tan asustado o más que ella, no eran suficientes para llevar a un hombre adulto a cometer un asesinato. Y además en su propia casa, y de aquella forma tan brutal.

Disparatado.

Quizá no tan disparatado. Tal vez no actuó solo. En aquel mundo

de editores y escritores de novela negra, siempre pergeñando crímenes horribles, bien pudieron convertirse en locos asesinos dispuestos a llevar a cabo sus planes, dispuestos a demostrar que el crimen perfecto existe.

Gerard meneó la cabeza y prosiguió la inspección. El que empezaba a enloquecer era él.

Durante más de una hora estuvo enfrascado en un registro meticuloso, sin saber qué buscaba, pero confiado en descubrir más hallazgos. Lo único que encontró fue más ropa arrugada y maloliente. Tras constatar que no quedaba ni un solo cajón ni estantería que no hubiese examinado minuciosamente, dio por concluido el registro del dormitorio. Cansado, fue a ver a Serra, que estaba imprimiendo todos los correos y los clasificaba sobre la mesa.

—No encuentro nada más, jefe.

—No te desanimes.

Gerard no le explicó nada de sus descubrimientos, lo haría más adelante. Estaba impaciente por proseguir la búsqueda, por encontrar alguna prueba más de la relación entre Ramón Aparicio y Soledad Montero. Comenzó la inspección del comedor. Abrió armarios y cajones, y nada de lo que vio le pareció significativo. El desorden era aún mayor que en el dormitorio, la sensación de caos y de suciedad, sobrecogedora. Tazas de café desportilladas, vasos de diversas formas, copas de licor con restos, todo abigarrado en las estanterías. El mueble bar estaba repleto de botellas de Veterano, Bacardí y Anís del Mono: Soledad Montero no era amiga de los licores espirituales; nada por debajo de los cuarenta grados.

Cuando no esperaba encontrar en los estantes más que porquerías, Gerard descubrió medio centenar de cintas de vídeo, colocadas en orden. Las miró sorprendido, y constató que, bajo la televisión, había un aparato de vídeo VHS, una auténtica reliquia de más de veinte años. Ni Home Cinema, ni reproductor de DVD compatible con DivX y Blu-ray.

Soledad Montero era una mujer anclada en el pasado.

Gerard leyó las carátulas de las cintas y comprendió que Dana Green era una romántica empedernida, aficionada a las historias de amores infelices y de finales tristes: *Lo que el viento se llevó, Jezabel, Cumbres borrascosas, Jane Eyre, Casablanca, Esplendor en la hierba...*

La colección era magnífica, y mostraba a una Soledad Montero sensible y amante del cine. Además, encajaba con la enciclopedia de Historia del Cine que había encontrado en la biblioteca. Entre los títulos no descubrió ninguna de las empalagosas e inverosímiles historias de amor que habían llenado las salas en los últimos lustros.

Ni *Pretty Woman*, ni *Ghost*, ni *Cuando Harry encontró a Sally*. Soledad Montero era una mujer romántica pero sabia, y no estaba dispuesta a conformarse con sucedáneos. Y es que comparar a Ingrid Bergman con Meg Ryan o a Humphrey Bogart con Billy Crystal era como comparar el chocolate belga con la Nutella.

Cualquier tiempo pasado fue mejor.

Mucho mejor.

Gerard vació la estantería y dejó las cintas de VHS sobre la mesa del comedor. Entonces descubrió unas cajas pequeñas, del tamaño de las antiguas cintas de casete. Eran películas de videocasete de 8 mm.

¿Grabaciones caseras de vídeo?

Interesante.

Para completar el hallazgo, Gerard descubrió una carcasa adaptadora de 8mm a VHS. La abrió y colocó en su interior la pequeña cinta. Encendió la televisión y se sentó en una silla, expectante. Después de varios intentos acertó con el canal de vídeo y pulsó *Play*. Los cabezales del aparato comenzaron a girar, perezosos, con un chirrido irritante. Gerard se enfrentó entonces a una visión que le sorprendió. Esperaba descubrir imágenes de la catedral de León, de la Giralda de Sevilla o de la Torre de Hércules. En definitiva, de cualquier lugar adonde Soledad Montero fue a aprovisionarse de *souvenirs*.

Nada de eso.

En la imagen, tomada desde una cierta altura, quizás un par de metros, podía verse una habitación, y en mitad de ella, una cama. Se trataba de una imagen fija, conseguida desde lo alto de un armario. Gerard reconoció el dormitorio de Soledad Montero, aunque el mobiliario era distinto del actual. No había nadie en el cuarto, pero se podían oír unas voces lejanas. Gerard hizo avanzar la cinta, con la esperanza de descubrir alguna imagen.

Decepcionado, comprobó que seguía sin aparecer nadie en la pantalla.

Tal vez Soledad Montero era una chiflada que quería registrar psicofonías y voces del más allá. Acaso pensaba grabar espectros, fantasmas y ánimas pululando por el cuarto.

Pasó la cinta casi hasta el final y presionó *Play*. En cuanto vio la imagen en la pantalla, dio un salto en la silla.

Nada de psicofonías. Ni voces del más allá. Ni zombis.

La visión no era terrorífica, pero resultaba francamente impactante y obscena. Gerard presionó *Stop*. No estaba dispuesto a sufrir el espectáculo él solo.

—¡Serra!

El cabo asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿Sargento?

—Ven a ver esto. Prepárate.

Pau Serra avanzó con paso lento, temiendo lo peor. De nuevo se enfrentaría a una escena gore, de nuevo acabaría vomitando el desayuno.

Iba mal encaminado.

Gerard accionó *Play* y sonrió malicioso. Ante ellos, Ramón Aparicio y Soledad Montero se enfrascaban en un coito apoteósico. La grabación era muy mala, pero el entusiasmo de los protagonistas, sobre todo de la mujer, era encomiable.

—¡La virgen! —exclamó Serra, divertido—. ¡Cómo folla la tía! ¡Lo va a matar!

Gerard dejó que el muchacho se divirtiese durante unos minutos y después detuvo la grabación. Sacó la cinta y colocó una nueva, ante la mirada morbosa del muchacho, que se lo estaba pasando en grande. Una cinta tras otra, Gerard y Pau Serra visionaron todas las grabaciones para constatar que compartían idéntico escenario y protagonistas. En todas ellas, después de unos minutos de espera, Ramón y Soledad aparecían frente al objetivo y se lanzaban a una sesión de sexo contundente. Ella parecía estar al borde del éxtasis, era una actriz espléndida que lo daba todo de sí misma. Por su lado, Ramón Aparicio tampoco lo hacía nada mal, con el valor añadido de que su actuación no era fingida.

Gerard detuvo la imagen y paró el aparato de vídeo, dejando al cabo con una mueca lúbrica en los labios.

—¿No vamos a ver más?

—Yo creo que es suficiente.

—La tía, qué manera de gritar —murmuró Serra dejando escapar un silbido—. Joder, sería una estrella del porno. ¿Sabe, sargento, que hay gente a la que le van estas historias?

—No lo dudo —respondió Gerard mientras sacaba el teléfono móvil de su bolsillo—. Pero Soledad Montero no tenía intención de convertirse en estrella del porno, como tú dices. Lo único que quería era chantajear a Ramón Aparicio.

—¿Y cómo consiguió liarlo? —preguntó Serra—. Él no es que esté muy delgado, pero al lado de ella es un figurín.

—No sé cómo lo lio, pero es evidente que lo hizo —sentenció—. Y eso le costó la vida.

Antes de que Serra consiguiese articular palabra, Gerard le hizo un gesto con el dedo para que se mantuviese en silencio. Tras un par de tonos, el inspector Vilalta contestaba a su llamada.

—¿Vilalta? Sí, soy el sargento Castillo.

—¡Ni que me hubieses olido, Castillo! —exclamó el inspector—. ¡Ahora mismo iba a llamarte!

Gerard hizo caso omiso a su comentario. Seguro que el inspector jefe iba a pedirle un informe exhaustivo del caso, algo que él no tenía tiempo de hacer.

—Vilalta, es muy importante —dijo—. Quiero una orden de detención contra Ramón Aparicio. Tengo razones más que suficientes para sospechar que es el asesino de Soledad Montero.

—¿Una orden de detención? ¡Imposible!

—Vilalta, ya te explicaré. Tengo pruebas determinantes, te lo aseguro.

—Llegas tarde, Castillo —replicó el inspector—. Eso es lo que quería decirte.

—¿Por qué llego tarde? ¿Ha huido?

—No. Ha muerto.

17

El cadáver lo había descubierto Lucrecia Vázquez.

Otra vez.

Por suerte, no se lo habían comido las ratas. De hecho, su aspecto apacible, sin signos de violencia, apuntaba a muerte natural.

Eso era todo lo que Gerard sabía antes de llegar a las inmediaciones de la Editorial Universo. Dejó el coche atravesado en la calzada, por detrás de la cinta balizadora. Dentro de la zona acordonada brillaban las luces de emergencia de media docena de vehículos policiales. Fue entonces cuando supo que el caso acababa de escapársele de las manos. Se identificó ante dos *mossos* que custodiaban uno de los dos lados de la calle, y conforme se acercaba a la entrada del edificio, vio a dos hombres, aunque solo conoció a uno de ellos: el intendente Serra. Se volvió, miró a su subalterno que lo seguía, y le dio una palmadita en el hombro.

—No pasa nada, chaval —le animó—. Estaba cantado que nos iban a apartar de la investigación, y más ahora que ha muerto Ramón Aparicio. Felicítate, viviremos mucho más tranquilos.

—Cabrón —masculló Pau Serra al ver a su padre.

Gerard sintió una oleada de simpatía. Comprendía aquel sentimiento de rabia e impotencia mucho más de lo que el cabo podía imaginar.

Mientras se acercaban, el intendente Serra cuchicheó algo a su acompañante, un hombre bajito, de unos sesenta años. Este asintió con vigor, y cuando Gerard Castillo llegó hasta ellos, le dedicó una sonrisa franca y le saludó, extendiéndole la mano.

—Sargento Castillo, soy el comisario Solans.

Mientras le estrechaba la mano, Gerard miró de reojo una cámara de seguridad que estaba a su izquierda.

—Me temo que me han relevado del caso —dijo.

—No exactamente, sargento.

Gerard alzó una ceja, sorprendido.

—El intendente Serra me ha convencido de la necesidad de trasladar la investigación a la Central. En eso estará de acuerdo.

Gerard miró por primera vez al intendente y le dedicó una torva sonrisa.

—Intendente.

—Sargento.

—Mi subalterno, el cabo Serra —dijo Gerard, señalando al muchacho, inmóvil como una estatua.

El comisario le dedicó un breve saludo. El intendente ni siquiera miró a su hijo.

—A partir de ahora habrá dos grupos de investigación —prosiguió el comisario—. El suyo se seguirá ocupando de Soledad Montero, y el otro grupo de Ramón Aparicio. El inspector Manzano será el responsable y se encargará de enlazar los dos equipos. Es evidente que las dos muertes están relacionadas.

Gerard apretó los dientes. Ponerse a las órdenes de un inspector de la Central era lo último que deseaba en este mundo, pero no podía negarse. Entendía que la decisión del comisario Solans era coherente.

—Castillo, el caso lo requiere —insistió el comisario al ver la cara de disgusto del sargento—. Yo no quiero relevarle del caso porque tanto su inspector jefe Vilalta como la inspectora Valls me han asegurado que usted es un excelente investigador y yo necesito a los mejores.

Gerard asintió con exagerada vehemencia.

—Nos encontramos ante un enorme reto y tenemos que juntar todas nuestras fuerzas para resolver el caso con éxito —prosiguió el comisario Solans—. Y las claves del éxito serán: organización, disciplina, comunicación y más comunicación. ¿Comprende, Castillo?

Gerard ahogó un bostezo y volvió a asentir.

—Además, este caso va a adquirir un seguimiento mediático excepcional, así que necesito solucionarlo cuanto antes —concluyó el comisario.

—No creo que deban ser los medios los que nos marquen los tiempos, comisario.

—Me temo que el sargento no está en muy buenas relaciones con la prensa —murmuró el intendente en tono malicioso.

—No, no lo estoy —replicó Gerard—. No me gustan los micrófonos ni los flashes, aunque entiendo que haya gente que se gane así el pan. Sin embargo, a los que no soporto de ninguna manera es a los cantamañanas que se exhiben ante las cámaras como estrellas de cine. Creo que somos policías, no presentadores de televisión.

El intendente abrió la boca para protestar, pero el comisario le

detuvo con un gesto de la mano.

—Castillo, tiene que entender que los impedimentos hacia los periodistas no hacen más que dificultar nuestra labor. Si no les atendemos, nos critican, nos presionan, y nos ponen a la opinión pública en contra. Además, es una cuestión fácil de solucionar: se escoge a un portavoz policial con un poco de labia y de presencia y se da una rueda de prensa de vez en cuando. Es cuestión de cuidar un poco nuestra imagen.

Gerard asintió con vigor.

—Me ha convencido —dijo—. Es más; propongo al intendente Serra de portavoz policial.

El comisario Solans suspiró profundamente.

—Sargento, haga usted su trabajo, que yo me ocuparé del mío.

—Pues ya que lo dice, comisario —replicó Gerard—, me gustaría hacer una inspección ocular del edificio.

—No vaya por libre, Castillo —intervino el intendente—. Lo primero que tiene que hacer es ponerse en contacto con el inspector Manzano. Le recuerdo que ahora está bajo sus órdenes. Todo lo que vea, lo que descubra o lo que averigüe es inútil si no informa de manera adecuada e inmediata a su superior. Me remito a las sabias palabras del comisario Solans: comunicación y disciplina. Mucha disciplina.

—Comunicación y disciplina... —repitió Gerard como un mantra. Al cabo de unos segundos, como si despertase de un sueño, hizo un leve gesto de cabeza a modo de despedida y se alejó, con Pau Serra pegado a sus talones.

—Jefe... —musitó el cabo poniéndose a su lado—. ¿Qué va a hacer?

—Voy a matar a la inspectora Valls por cínica —masculló Gerard —. Y después a Vilalta por hacerme la cama. Luego te dejaré huérfano. ¿Te explico por qué?

—No, no hace falta.

Gerard y Pau subieron las escaleras que conducían al primer piso. Nada más llegar a la planta superior vieron un largo pasillo lleno de despachos. Dentro de algunos pululaban los hombres de blanco tomando instantáneas. En las puertas de todos los despachos lucía una placa brillante con un pomposo cargo grabado: Director de Márketing, Directora de Prensa, Directora de Producción, Asistente de Dirección, Coordinador editorial... Gerard sonrió malicioso al recordar las viñetas del humorista Pablo de *La Codorniz*: pelota primero, pelota segundo,

pelota tercero... No, seguramente todos aquellos directivos ocupaban puestos de gran responsabilidad y él era un zafio ignorante y un malpensado.

En el despacho del fondo se podía ver a Teresa Valls, apoyada en el quicio de la puerta y charlando con alguien que se encontraba en su interior. Gerard se detuvo en mitad del pasillo y se dirigió a su subalterno.

—Quiero que busques a Jordi Prats y que te explique todo lo que pueda. Y luego inspecciona por tu cuenta.

—¿No puedo entrar a ver el cadáver, sargento? Tengo que irme acostumbrando, y este me parece que tiene buena pinta.

—No.

El cabo hizo un gesto de desconsuelo.

—Serra, ya te llevaré al depósito para que te diviertas —dijo Gerard—. Ahora necesito que hagas tu trabajo y que te muevas rápido. Y no te identifiques si no es absolutamente necesario. En cuanto Manzano descubra que nos paseamos por aquí, nos echará a patadas, ¿entendido?

El cabo asintió con vigor y los ojitos brillantes. Su misión era de vital importancia.

—Seré discreto, señor.

—Venga, Sherlock, muévete.

El cabo Serra volvió sobre sus pasos y desapareció dentro del primer despacho. Gerard recorrió los últimos metros de pasillo y se enfrentó a la inspectora. Ella le saludó con un gesto de disculpa.

—¿Cómo es el Manzano ese? —preguntó Gerard a modo de saludo.

—Un hijo de su madre.

—Pues muchas gracias, inspectora. ¿Qué pasa? ¿Me la tiene jugada?

—No quiero que le releven, sargento.

—No tengo ningún interés en seguir con el caso, y mucho menos de estar a las órdenes de un inspector de la Central.

—Lo sé, pero sepa que tiene todo mi apoyo.

—¿Y para qué me servirá?

Antes de que Teresa Valls pudiese contestar, una voz masculina surgió del interior de la estancia.

—Sargento Castillo, deje de discutir. El muerto le espera.

Gerard se sorprendió al reconocer la voz de Jaime Aguilar y comprendió que el médico lo había escuchado y le recriminaba su actitud. Tenía razón. De nada le serviría descargar su rabia contra Teresa Valls, ya que ella había actuado, en apariencia, de buena fe. Si él tenía dificultades para obedecer y para trabajar en equipo, era su

problema.

—Perdone, inspectora, he sido muy brusco.

Ella se encogió de hombros, quitándole importancia. Teresa Valls estaba más que curtida en brusquedades.

—No haga esperar al doctor Aguilar —le dijo.

Nada más entrar, Gerard vio al forense inclinado sobre el cuerpo inerte de Ramón Aparicio. Se le encogió el estómago al ver al editor muerto. No hay manera de acostumbrarse a la visión de un cadáver, y menos cuando se trata de alguien que se ha conocido en vida. Además, a pesar de que Vilalta le había dicho que no mostraba signos de violencia, su aspecto distaba mucho de ser apacible. Que no le hubieran abierto la cabeza con un hacha o saltado los sesos a tiros no implicaba que su muerte hubiese sido natural. El editor yacía grotescamente apoyado en una butaca frente a la mesa, tenía los brazos rígidos y también las piernas, y se había deslizado en el asiento hasta que sus pies habían tropezado con las patas de la mesa. La postura era extraña, casi inverosímil, aunque la expresión de su rostro lo era aún más. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada perdida; la boca abierta y la lengua asomando entre los labios. Esa expresión le confería una patética apariencia de idiotez profunda. Gerard recordó al editor y se estremeció. Ramón Aparicio había sido un hombre locuaz y expresivo, de mirada inteligente y mente ágil, y ahora parecía un burdo espantapájaros sin alma.

Sobreponiéndose a la visión del cadáver, Gerard centró su atención en los objetos que había sobre su mesa. Muy poca cosa: ningún documento, solo el monitor del ordenador, una foto familiar y una agenda. Gerard consultó la página correspondiente a aquel día y comprobó que la primera anotación era una entrevista con Lucrecia Vázquez a las nueve de la mañana, lo que encajaba con el hecho de que hubiese sido ella la que lo descubrió.

—¿A qué hora murió?

—Entre las cinco y las seis de la madrugada.

Gerard hizo un gesto de desconcierto.

—¿Está seguro?

—Completamente —ratificó Jaime Aguilar—. El *rigor mortis* y la temperatura del hígado me indican que lleva alrededor de nueve horas muerto.

—Vaya horitas de venir a trabajar —murmuró Gerard, pensativo.

—¿Qué cree que hacía aquí? —le preguntó Teresa Valls.

—Citarse con su asesino —respondió Gerard—. Que, a su vez, es el asesino de Soledad Montero.

El forense y la inspectora lo miraron expectantes.

—No sé, lo estoy diciendo por decir. En realidad, no tengo ni idea.

—Es todo muy extraño —repuso Jaime Aguilar—. Sé que no me incumbe, pero reconozco que me interesa.

Gerard se encogió de hombros. Tenía la desagradable sensación de que los hechos iban más rápido que sus propios pensamientos. Apenas había podido encajar algunas piezas de su rompecabezas, nuevos acontecimientos se sucedían, sumando más muertes, más escenarios, más hallazgos... Demasiados frentes abiertos.

—Ramón Aparicio tenía mucho que ocultar, eso es lo único que sé —concluyó Gerard con pesadumbre. A continuación prosiguió, señalando al muerto—: No veo signos de violencia, pero es evidente que no ha fallecido de muerte natural, tal y como me dijeron por teléfono.

El médico levantó la vista y lo miró por encima de sus gafas de presbicia.

—De natural, nada. —El forense lo conminó con un gesto a acercarse—. Mire.

Jaime Aguilar le estaba mostrando un pequeño puntito en el cuello. Un pinchazo.

—¿Le inyectaron paralizante muscular?

—Seguramente.

—Por eso está tan rígido —murmuró Gerard—. Supongo que no tendría una bonita muerte.

—Fue larga y angustiosa. Quince o veinte minutos de sufrimiento para morir de asfixia.

—Imagino que la jeringa no ha aparecido por ningún lado.

—La hemos buscado en todo el edificio y no la encontramos —intervino Teresa Valls—. El asesino se la llevó. O la asesina.

Gerard la miró con fijeza. Sabía que la inspectora no daba puntada sin hilo.

—¿Sospecha de Lucrecia Vázquez? —preguntó.

—Mi trabajo no es sospechar de nadie, sargento —dijo Teresa Valls, encogiéndose de hombros—. Aunque también le informo de que me temo que el inspector Manzano, que es un lince, sí que sospecha de Lucrecia Vázquez.

—Puede sospechar de quien quiera, pero hay una cámara de seguridad en la entrada —le dijo—. Primero tendrá que ver esa grabación.

—Ya tenemos la cinta, sargento —repuso Teresa Valls—. El problema es que eso tendrá que explicárselo al cazurro de Manzano. A él le han dado la orden de que encuentre rápido a un sospechoso, y él lo va a encontrar rapidísimo. Que sea culpable o inocente es lo de

menos.

—Supongo que no me está hablando en serio, inspectora.

Teresa Valls asintió con pesar.

—Me temo que sí —dijo—. He visto detener a muchos inocentes y luego dejarlos libres sin cargos. Así se hace callar a la prensa. Mirad, mirad, cómo estamos trabajando…

—Pero ¿Lucrecia Vázquez? ¿Por qué?

—Porque es una pobre desgraciada que no tiene nadie que la defienda. Manzano la retendrá setenta y dos horas en comisaría y dirá a los medios que ya tienen un sospechoso. Luego, si no consigue pruebas contra ella, la soltará. Aunque, con los métodos que utiliza Manzano, es posible que ella confiese que mató a Kennedy.

—Si es así, inspectora, me alegro de que no me hayan relevado del caso. Puedo ser un auténtico perro de presa si me lo propongo.

—Lo sé, sargento.

Gerard alzó la mirada y se dirigió al forense.

—¿Me informará de los resultados de la autopsia, doctor? Se lo pregunto porque ahora ya no estoy al cargo de la investigación.

Jaime Aguilar asintió mientras se sacaba los guantes de látex. Había concluido su trabajo.

—Cuente con ello, sargento.

—Bien, ahora iré a ver al famoso inspector Manzano. Quiero saber qué ha hecho con Lucrecia Vázquez.

—Antes de que se vaya —le dijo Teresa—. Sepa que ya tenemos los informes de toxicología y de genética de las muestras encontradas en Santa Creu. Se los haré llegar.

—Jordi Prats me habló de unas misteriosas pestañas —apuntó Gerard en un tono algo mordaz.

—Sí.

—¿Me puede adelantar los resultados?

Teresa Valls sonrió misteriosa. Era evidente que tenía un as en la manga.

—El informe de toxicología determina una cantidad de imipramina muy superior a la recomendable —dijo.

Gerard alzó una ceja, decepcionado.

—¿El tipo al que se le caen las pestañas toma antidepresivos?

—Sí.

—Menudo descubrimiento —dijo Gerard lanzando un bufido—. Todo el mundo está deprimido, y los adictos a los medicamentos se cuentan por millares. Es el peor resultado posible. Si hubiesen detectado restos de quimioterapia, eso sí que resultaría determinante.

—Es cierto, sargento, por ahí no hemos avanzado nada —repuso

Teresa Valls con voz suave—. Pero el informe de genética ha descubierto algo muy relevante.

—¿De qué se trata?

—El perfil genético obtenido de las pestañas indica que se trata de un varón.

—Vaya, eso excluye a la mitad de la humanidad —ironizó Gerard —. Más o menos.

—Y, por ende, a Lucrecia Vázquez.

—No, no la excluye, inspectora. La inculparía, en todo caso, si las pestañas fuesen suyas, ya que ella afirmó que no estuvo dentro de la casa. No obstante, eso tampoco sirve para determinar su inocencia.

Teresa Valls asintió con vigor.

—Tiene razón, sargento, pero si le digo, además, que ese perfil coincide en un número muy alto de marcadores genéticos con el de la víctima, Soledad Montero, ¿qué le parece?

Gerard la miró boquiabierto. Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Me está diciendo que esas pestañas pertenecen a un hijo de Soledad Montero?

—Sí.

Gerard tragó saliva. Se pasó la mano por los cabellos y suspiró profundamente.

—Así que es verdad —murmuró—. Ese hijo existe.

Durante unos instantes, todos permanecieron en silencio. Un silencio espeso, tenso, presidido por el cuerpo inerte de Ramón Aparicio. Fue Gerard quien lo rompió de nuevo, al decidir que tenía que confiar en Jaime Aguilar y Teresa Valls. Los necesitaba si quería proseguir la investigación por su cuenta, tal y como deseaba hacer.

—Hay algo que debo decirles, pero les ruego discreción absoluta.

—Puede confiar en nosotros, sargento —dijo Jaime Aguilar.

Gerard tardó unos segundos en ordenar sus ideas.

—Doctor, usted me dijo que Soledad Montero había estado embarazada y que dio a luz. En aquel momento pensamos que el niño había muerto, pero esas pruebas genéticas nos demuestran que no fue así.

—Cierto.

—Tengo razones para pensar que ese niño, aunque sobrevivió al parto, sufrió horribles mutilaciones.

—¿A qué se refiere?

—Fue devorado por ratas. Quizá perdió un ojo, la nariz y los labios. También fue mordido en brazos y piernas.

—¿Cómo es posible que sepa esos detalles? —preguntó Teresa Valls sobrecogida.

—En la editorial apareció un escrito cuya procedencia desconocemos y que explicaba la historia de un niño abandonado al nacer. Después de ser brutalmente atacado por ratas, fue salvado *in extremis* y encerrado en un orfanato. Años después fue adoptado por un matrimonio que lo mantuvo recluido durante años. —Gerard tomó aliento—. No voy a extenderme, pero parece la historia de ese hijo que Soledad Montero tuvo y abandonó.

—¿Quién ha escrito esa historia?

—En teoría, Soledad Montero, pero parece que ella no escribía sus novelas, sino que se las encargaba a negros literarios. Así que desconocemos su procedencia, aunque es muy posible que se la enviase su propio asesino, en una especie de macabro anuncio de sus intenciones.

—¿Y ella no sospechó?

Gerard recordó los mensajes de correo electrónico que Dana Green había borrado de su ordenador. Los mensajes de Ángel.

—Dana Green había recibido algunas amenazas por e-mail, pero no se las tomó en serio.

—¿Amenazas de muerte?

—Sí.

—Así que su asesinato no es la obra de un psicópata desconocido —concluyó sombría Teresa Valls—. Se trata de la venganza de un hijo trastornado y enloquecido por el odio.

—Hay algo que no me cuadra, sargento —repuso Jaime Aguilar—. Si la historia es como usted la explica, estamos hablando de alguien deforme, casi sin rostro, que no pasaría inadvertido. No podría pasearse por ahí tan campante sin llamar la atención.

—No se paseaba por ahí —contestó Gerard—. Con toda seguridad tenía un cómplice. Estoy convencido de que no pudo actuar solo. Aquella noche, en Santa Creu, Soledad Montero le abrió la puerta a alguien que conocía.

—¿Lucrecia Vázquez?

Gerard se encogió de hombros.

—Lucrecia no ganaba nada con la muerte de Soledad Montero. Iba a escribirle su próxima novela y eso representaba un salto muy importante en su carrera como escritora. Aunque tuviese razones para desear su muerte, no habría elegido este momento para asesinarla.

—Eso es cierto.

—No digo que no pudiese ser ella, pero podría ser cualquiera. Al parecer, Soledad Montero acostumbraba llevarse amantes a Santa Creu. Amantes que conocía por internet.

—Pero ¿aquella casa no es de Ramón Aparicio? —preguntó Jaime

Aguilar, extrañado.

—Sí.

—¿Y él consentía que ella la utilizase como nidito de amor?

Gerard asintió con la cabeza.

—Curioso, ¿no?

Teresa Valls y Jaime Aguilar se volvieron y miraron a Ramón Aparicio como si esperasen que el muerto respondiera.

—¿Por qué lo haría?

—Creo que Soledad Montero le hacía chantaje. Y también creo que él fue cómplice de su muerte, aunque dudo que supiese de qué forma iba a ser asesinada.

—¿Cómplice? ¿Por qué?

—Estoy seguro de que Ramón Aparicio tenía razones para querer que Soledad Montero desapareciese.

—¿Qué razones podía tener? Ella era la estrella de la editorial, su mayor fuente de ingresos. Si Lucrecia no tenía razones para desear su muerte, él mucho menos.

—Ella era la estrella de la editorial, sí, aunque no escribió ni un solo libro. Ramón Aparicio convirtió a Soledad Montero en una escritora famosa, pero podría haberlo hecho con cualquier otra persona.

—¿Y por qué lo hizo?

—Ella tenía poder sobre él.

—¿Qué poder?

—Ramón Aparicio era el padre de ese hijo que Soledad Montero tuvo y abandonó.

Teresa Valls y Jaime Aguilar se miraron, estupefactos.

—¿Está seguro? —preguntó ella al cabo de unos segundos.

—Por eso la necesito, inspectora, para que lo demuestre. Coteje el ADN de las pestañas con el de Ramón Aparicio. Estoy convencido de que hallará compatibilidad.

—Lo haré.

Durante unos instantes, todos permanecieron en silencio.

—Y aún más —concluyó Gerard—. Sé que ese hijo que tuvo Soledad Montero con Ramón Aparicio tiene alrededor de treinta y cinco años.

—Un hombre de treinta y cinco años, con el rostro deforme, tal vez tullido —apuntó Jaime Aguilar—. ¿Cómo ha podido vivir oculto tanto tiempo? Increíble. De pronto reaparece, dispuesto a llevar a cabo una terrible venganza. ¿Cómo ha conseguido llegar hasta Soledad Montero y asesinarla de esa forma tan bestial? ¿Cómo ha podido entrar aquí, en la editorial, y asesinar a Ramón Aparicio? ¡Nadie lo ha visto! ¡Es

inexplicable, sargento!

—Alguien lo ayudó. Alguien «dio la cara» por él.

—Esa persona que dio la cara por el asesino, que lo ayudó a matar a Soledad Montero y a Ramón Aparicio, ¿por qué lo haría? —preguntó Teresa Valls, impresionada.

—Si yo tuviera la respuesta a esa pregunta, inspectora —concluyó Gerard—, sabría quién es.

18

Gerard estaba convencido de que Jaime Aguilar tenía razón cuando le exponía sus dudas acerca de la identidad del supuesto hijo de la escritora, y de su capacidad de moverse sin ser visto, de esfumarse. Era evidente que tenía un cómplice, necesitaba que alguien le ayudase, y ese alguien trabajaba en la editorial.

¿Podía ser Lucrecia Vázquez?

Al llegar a la segunda planta escuchó un murmullo de voces. Se acercó a una puerta entreabierta y descubrió la sala de actos. Allí dentro estaban reunidos todos los empleados de la Editorial Universo, aguardando su turno para ser interrogados. A pesar de lo pretencioso del nombre de la editorial, allí no había más de quince personas, aunque tratándose de tomar declaraciones una por una, resultaba una labor ingente. Gerard se felicitó a sí mismo al estar liberado de aquel trabajo tan ingrato. Se detuvo en la entrada y lanzó un vistazo general. En pocos segundos clasificó a los allí reunidos en directivos y empleados. Estaban separados por una línea imaginaria que los dividía en dos grupos. Los empleados ganaban por mayoría absoluta, y Gerard frunció el ceño al recordar los más de diez despachos con sus correspondientes placas doradas en la puerta. ¿Dónde se habían metido los directivos? La respuesta le vino a la mente casi de inmediato y le hizo sonreír irónicamente: Lucrecia había descubierto el cadáver a las nueve de la mañana, y allí solo estaban los trabajadores que se hallaban dentro del edificio a esa hora. Los directivos y coordinadores no tenían por costumbre presentarse en el puesto de trabajo tan temprano. Así que allí no había más que cuatro jefecillos cumplidores que, en un corrillo cerrado, cuchicheaban entre ellos. Seguramente vaticinaban el negro futuro que se les avecinaba.

No era para menos.

Aunque no había trascendido a los medios cómo había muerto Soledad Montero, los periodistas especulaban con un final atroz. Pero también era cierto que el asesinato de Dana Green había sido un

revulsivo en la venta de sus *thrillers* religiosos, tan pasados de moda. Dos días después de su muerte, se habían agotado las existencias de sus libros en Carrefour, unos libros que llevaban años pudriéndose en el almacén y habían salido varias veces en oferta promocional de 5,95 euros, y ni así se habían vendido. Ahora, la Editorial Universo preparaba una reedición de todas sus obras en edición de lujo. Para completar el ofertón, iba a incluir un kit con un mapa de la Tierra Santa en tiempos de Jesucristo, una cruz de Ankh y una reproducción del código de Hammurabi.

Así que, por más brutal que hubiera sido, la muerte de Dana Green había resultado muy rentable.

Además, todos en la editorial sabían que la escritora era un invento de Ramón Aparicio, y que Soledad Montero no había escrito ni una sola línea de sus exitosos *thrillers* de hermandades. Por lo tanto, de la misma forma que el editor había llevado a la fama a Dana Green, podía hacerlo con cualquier otro.

Pero Ramón Aparicio sí que era insustituible, y su muerte dejaba descabezada la editorial, ya que nadie se veía capaz de ocupar su puesto. Ninguno de los directivos tenía el talento necesario ni el sentido de la oportunidad de Ramón Aparicio. La muerte había encontrado al editor trabajando en el lanzamiento de una nueva estrella literaria: Lucrecia Vázquez, a la que iba a vender como la Åsa Larsson española.

Como las desgracias nunca vienen solas, no solo se habían quedado sin editor, sino también sin la estrella. La muchacha era la principal sospechosa del doble asesinato, y aunque nadie hubiese dado un céntimo por la inocencia de la Lucrecia Vázquez, todos conocían su trabajo como escritora, y admitían que era magnífico. Se expresaba con sencillez, sin el envaramiento típico de los noveles, y no sentía la menor necesidad de adornar sus textos con florituras literarias. Además, tenía un sentido excepcional del ritmo y era una trabajadora incansable.

Negro futuro para la negra literaria. Y negro futuro para la editorial.

Gerard entró en la sala y descubrió a dos agentes que vigilaban a los allí reunidos con el mismo entusiasmo con que dos maestros vigilarían un patio de escuela. No le vieron. Se acercó a los directivos y escuchó algunos retazos de su conversación.

«No hay derecho… Ese inspector Manzano es un animal… No había necesidad de tratarla así… Cualquiera se da cuenta enseguida de que Lucrecia no está bien de la cabeza…»

Gerard se plantó ante ellos, sobresaltándolos. Todos lo miraron

asustados.

—Usted... ¿también es policía? —balbució uno.

—Sí.

—¿Nos ha escuchado?

—Sí.

—Nosotros..., en realidad... No queríamos...

—¿Qué le ha pasado a Lucrecia Vázquez? —preguntó Gerard con suavidad.

—Ella... insultó al inspector... Mal hecho, sí —tartamudeó el hombre—. Pero tiene que entender... que la pobre...

Gerard asintió, mientras le daba una suave palmadita en el hombro.

—Tranquilo, hombre. Yo soy policía, pero de los que rellenan papeles —repuso—. Dígame, ¿qué pasó?

—Lucrecia insultó al inspector y... y él la arrastró fuera de la sala... No sabemos nada más.

—¿Les pareció que el inspector se comportaba con, digamos... brutalidad?

Los directivos se miraron entre ellos, y como si respondiesen a una señal invisible, asintieron al unísono. En aquel momento, los agentes que vigilaban al grupo de trabajadores de la editorial se dieron cuenta de la presencia de Gerard.

—¡Oiga! —Los dos *mossos* se acercaron con rapidez—. ¿Quién es usted? ¿Quién le ha dado permiso?

Gerard se alejó del grupo de directivos, sacó su placa y se la enseñó a los agentes.

—Sargento Castillo, de la Unidad de Investigación Criminal —respondió.

Uno de los *mossos* miró la placa con detenimiento, como si pretendiera descubrir que era falsa.

—Perdone, sargento... ¿De qué unidad?

—De la comisaría de Les Corts —mintió Gerard con aplomo.

Los dos agentes asintieron con vigor. La información parecía veraz.

—Perdone, sargento, pero no teníamos noticia...

—Ya lo sé, es una decisión de última hora del comisario Solans —explicó Gerard—, para ayudar en la investigación. Y díganme, ¿su superior es el inspector Manzano?

—Sí, señor.

—Muy bien, ¿dónde puedo encontrarlo?

—No lo sé, señor. Salió de la sala con una testigo, y no hemos vuelto a verlo. Nuestra obligación es custodiar a los empleados y no permitir que se vayan hasta que se les tome declaración.

—Esa testigo… —Gerard carraspeó—. Los empleados me han dicho que el inspector se la ha llevado un poco… bruscamente.

Los dos agentes se miraron entre ellos.

—La testigo estaba fuera de sí, sargento —respondió uno—. Para decirlo de una manera amable.

Gerard asintió comprensivo.

—¿Se puso violenta?

Ahora los dos agentes rompieron a reír.

—¿Violenta? ¡Eso es poco! ¡Loca perdida! ¡Daba miedo y todo! ¡Si la hubiese visto, una chavala más fea que Picio y que empezó a llamarnos hijos de puta y a revolverse como si estuviese poseída por el demonio! ¡Seguro que iba drogada!

—Seguro que sí —afirmó Gerard—. Hoy en día todo el mundo se droga. ¿Y dónde está ahora?

—El inspector la apartó del grupo, no sabemos más.

—Bien, iré a ponerme a las órdenes del inspector —concluyó Gerard—. Gracias, agentes.

Los dos *mossos* asintieron con vigor y volvieron a su cometido, mientras Gerard abandonaba la estancia por una puerta lateral. Ya en el pasillo, vio que en aquella planta no había presencia alguna de Policía Científica. Pegó la oreja a la primera puerta y escuchó una voz entrecortada: alguien estaba prestando declaración. Cruzó el pasillo con sigilo y se dirigió a la siguiente estancia. Procedió de idéntica forma, y escuchó un murmullo repetitivo. Una voz femenina repetía una palabra como si fuese un mantra.

Mierda… mierda… mierda…

Gerard abrió la puerta con sigilo, tanto, que Lucrecia tardó unos segundos en darse cuenta de su presencia. Estaba sentada en una butaca y agitaba la cabeza con furia.

—Lucrecia…

Ella levantó la mirada, sus ojos estaban cubiertos de lágrimas que resbalaban por su rostro y ya habían mojado el cuello de su camiseta.

—¡Lárguese! —gritó.

Fue entonces cuando Gerard se dio cuenta de que Lucrecia estaba esposada al reposabrazos de la butaca. No obstante, no fue eso lo que le enfureció. No. Que estuviese esposada podría considerarse una medida cautelar en el caso de que Lucrecia hubiera provocado una situación de descontrol. Pero algo le demostraba que la violencia ejercida contra la muchacha había sido desmesurada. Tal vez la habían golpeado, con toda seguridad había sido víctima de un trato humillante. Primero se lo indicó el olor acre e inconfundible, después el cerco húmedo que manchaba los pantalones de la muchacha a la

altura del pubis.

—¿Qué te han hecho, Lucrecia?

—¡Lárguese! ¡Lárguese! ¡Lárguese! —repitió ella.

—Por favor…

Gerard no se acercó. Se limitó a esperar. Ella estiró de las esposas y agitó la cabeza con violencia. Estaba fuera de sí.

—¿No ve que me he meado? ¡Meado! ¡Meado!

—No me iré de aquí hasta que no me digas qué te han hecho.

Lucrecia respiró con violencia, como si le faltase el aire. Se limitó a negar con la cabeza.

—Te lo ruego, Lucrecia —insistió Gerard.

Ella respiró con dificultad e intentó hablar. No pudo. Tardó unos segundos en controlarse. Después de ese tiempo su voz brotó temblorosa, aunque nítida.

—Yo no maté a Soledad Montero y no he matado a Ramón.

Gerard meneó la cabeza lentamente.

—No te estoy acusando, Lucrecia, solo quiero saber qué ha pasado.

—¡No los maté y no estoy loca! ¡No estoy loca! ¡No estoy loca!

—Lo sé, Lucrecia —repuso Gerard consciente de que ella no podía reaccionar—. Intenta tranquilizarte, te prometo que en pocos minutos estarás fuera de aquí. ¿Me crees?

Ella negó lentamente. Ya no le escuchaba.

—Es una pesadilla… una pesadilla…

—Lo siento —murmuró Gerard desde la puerta—. Siento que pases por esto.

Gerard cruzó el pasillo y abrió la puerta del cuarto que se estaba utilizando de interrogatorio. Se plantó frente a los dos agentes que le tomaban declaración a uno de los empleados. Antes de que pudiesen reaccionar, les mostró la placa.

—Busco al inspector Manzano.

Quizá fue el tono, tal vez la mirada. Uno de los agentes respondió de inmediato.

—Ha bajado a hablar con el comisario.

Gerard giró sobre sus talones y salió del cuarto sin decir nada más. Bajó las escaleras sintiendo un latido sordo en las sienes. Recordó las palabras de Teresa Valls:

«Al inspector Manzano le da igual si es culpable o inocente, lo único que le interesa es que es una pobre desgraciada que no tiene a nadie que la defienda.»

Al llegar a la planta baja, Gerard apretó las mandíbulas y el latido

en las sienes se tornó ensordecedor.

Recorrió el vestíbulo para descubrir en la entrada del edificio al comisario Solans acompañado de Teresa Valls y de un hombre desconocido.

—¿Inspector Manzano?

El hombre se volvió y lo miró con extrañeza. Era alto, no tanto como él, pero de constitución muy robusta. Un hombre capaz de inmovilizar a una muchacha sin ninguna dificultad, de doblegarla sin necesidad de golpearla, y mucho menos de humillarla. La violencia ejercida sobre Lucrecia había sido innecesaria, gratuita, y lo que era aún más repugnante: había sido vejatoria. Aquí, como allá, siempre habría algún hijo de puta que disfrutaba maltratando a los demás, que despreciaba la dignidad ajena y que no dudaba en pisotear al débil.

—¿Qué le ha hecho a la testigo? ¿Le ha pegado? ¿La ha amenazado?

El inspector Manzano enarcó una ceja y en su boca se dibujó una sonrisa irónica. Gerard leyó en su mirada maliciosa como en un libro abierto.

Iba a negarlo.

—¿Quién es usted y de qué coño habla? —le preguntó con una mueca de asco en su boca.

—Estoy hablando de Lucrecia Vázquez, la muchacha que ha dejado esposada en un cuarto del tercer piso.

El inspector Manzano hizo un gesto exagerado como si intentase recordar.

—Lucrecia Vázquez... Lucrecia Vázquez... Ah, sí, la chiflada... ¿Qué cuento le ha explicado esa maldita loca?

—Hijo de puta... —masculló Gerard.

—¡No! —gritó Teresa Valls.

Demasiado tarde. Gerard estrelló su puño contra la mandíbula del inspector Manzano, y aunque este podía resultar un peligroso contrincante dada su envergadura, no debía de estar acostumbrado a pelear con hombres, solo a golpear muchachas, ya que no ofreció ninguna resistencia. Cayó como un fardo contra la pared, y Gerard le asestó un segundo golpe, el definitivo. Manzano abrió la boca y se deslizaron por su barbilla dos dientes cubiertos de sangre espesa. Intentó farfullar alguna palabra, pero no lo consiguió. Tras unos segundos, resbaló con la espalda apoyada en la pared hasta caer sentado en el suelo.

—¡Sargento! —gritó el comisario—. ¿Se ha vuelto loco?

Gerard negó lentamente y dio un paso atrás. Metió la mano dentro de la camisa y sacó la H&K. Solans lo miró aterrorizado.

—Tranquilo, comisario —murmuró Gerard—. No voy a matar a nadie.

Luego, con parsimonia, sacó la placa de identificación y se la dio, junto con la pistola. Miró a Teresa Valls, y la señaló con un dedo.

—Le pido un favor, inspectora. Ocúpese de Lucrecia Vázquez.

Y sin esperar respuesta, salió del edificio.

19

Un aluvión de periodistas aguardaba impaciente la salida de Alejandro Paz de los estudios de televisión. Había sido entrevistado en un programa matutino de máxima audiencia, supuestamente para hablar de su libro *El auténtico crecimiento personal sin conflictos emocionales*. Sin embargo, aunque el libro reposaba sobre una mesa camilla frente a la presentadora, ella ni se lo había mirado, y todas las preguntas que le estaba haciendo tenían que ver con el asesinato de Dana Green. Durante el transcurso del programa, que se emitía en directo, se filtró la noticia de la muerte de Ramón Aparicio. La presentadora recibió la información mientras intentaba tirarle de la lengua al argentino, que para su disgusto estaba contestando con monosílabos al auténtico interrogatorio policial, convirtiendo la entrevista en un fiasco.

Después de relamerse de gusto ante el momento de gloria que se le avecinaba, anunció que tras unos breves minutos de publicidad iba a dar una noticia bomba relacionada con la Editorial Universo. Tras el corte publicitario, la presentadora, que no le había dicho ni mu a Alejandro Paz para así captar mejor su rostro descompuesto, fingió un estado de conmoción nerviosa —producida, en realidad, por el treinta y cinco por ciento de *share* que soñaba con obtener o incluso el minuto de oro, ya que en aquella semana no había Copa ni Liga ni Champions—, rompió a llorar y anunció el asesinato de Ramón Aparicio.

Alejandro Paz se encontró de frente con una cámara en primer plano que lo enfocó sin piedad y que pudo captar con todo lujo de detalles el horror en su rostro. El argentino abrió la boca, intentó articular alguna palabra, y se desplomó en el suelo, lloriqueando y lanzando gritos inarticulados. Un médico —desfibrilador en mano— surgió de entre el público dispuesto a salvar al escritor de una muerte segura. Felizmente, no fue necesario. En cuanto Alejandro Paz vio el desfibrilador, se levantó de un salto y se negó a ser atendido por el

médico. Durante aquel tiempo fue incapaz de articular palabra alguna, y eso que la presentadora le acercó varias veces el micrófono a la boca, intentando recoger sus primeras impresiones. Como el argentino no daba ningún juego, a pesar del acoso al que estaba siendo sometido, dio paso a la reportera que se había trasladado al lugar de los hechos, mostrando el cordón policial y una parafernalia de coches patrulla y luces destellantes.

Cuando Alejandro Paz recobró la serenidad salió del plató sin responder a ninguna de las preguntas con que la intrépida presentadora de televisión y sus colaboradores lo estaban atosigando. Negó con la cabeza una y otra vez, y ni siquiera contestó cuando le preguntaron si él tenía algo que ver con aquellos asesinatos, y en qué le beneficiaba la muerte de Ramón Aparicio. Con los periodistas que lo esperaban a la entrada de los estudios de televisión fue igualmente parco en palabras; pidió perdón a todos, aseguró que estaba destrozado por la muerte del editor, y rogó comprensión a los periodistas. Estos, impacientes, le exigieron titulares. Alejandro Paz detuvo un taxi y se subió casi a la carrera, sin hacer ninguna declaración. Los reporteros, frustrados, lo vieron partir, sin haber obtenido el ansiado titular.

Unos minutos más tarde, y antes de llegar a su domicilio, Alejandro Paz llamó a Lucrecia Vázquez. Imaginaba que ella no contestaría al teléfono, como así fue. Le dejó un mensaje en el buzón de voz.

—Lo siento, princesa. Yo sé que sos inocente, pero hoy no puedo hacer nada por vos. Pase lo que pase, que sepás que se sabrá la verdad, toda la verdad.

20

Con primor de artesano, Gerard pasó la bayeta por la superficie del disco de vinilo. A continuación, lo colocó en el plato giradiscos y la aguja de zafiro cayó sobre el surco. Después de unos segundos de incertidumbre, comenzó a desgranar los primeros acordes de *Epitaph* de King Crimson, la canción más triste del mundo.

Se sentó en el sofá y tomó un trago de Chivas mientras su mirada se perdía entre los recovecos de un mueble atestado de elepés, clasificados por el nombre de los cantantes y grupos musicales.

Además de King Crimson, en su discoteca habitaban los mejores representantes del blues y el rock sinfónico. Nombres legendarios: Electric Light Orchestra, Genesis, The Alan Parsons Project, Fleetwood Mac, Supertramp, Mike Oldfield, Pink Floyd... En tiempos del Skype, del Shazam y del iTunes Store, escuchar a cualquiera de aquellas leyendas en vinilo era como regresar durante unos instantes a un mundo perdido.

Habían pasado dos días desde la muerte de Ramón Aparicio. Durante esos dos días, Gerard no se arrepintió ni una sola vez de lo que había hecho. Era un estúpido, y los estúpidos hacían estupideces, eso era todo. Además, el mundo podía seguir rodando sin él.

En un momento de lucidez llamó al Hospital General, imaginando que Teresa Valls habría llevado allí a Lucrecia. Su suposición resultó correcta. Por suerte, la joven había sido dada de alta el mismo día en que ingresó. Buena noticia. Sabía que no era suficiente, que aun desprovisto de placa y pistola, él seguía siendo un policía, pero no estaba en condiciones de ofrecerle a la muchacha nada más. Solo podía revolcarse en su propio lodo, un lodo absorbente que lo engullía y lo transportaba a un pasado de malos malísimos y héroes sin fisuras.

¿Quién conoce a King Crimson?

Gerard sonrió mientras apuraba el whisky. Álvaro lo fastidió

durante años con las larguísimas canciones de aquel grupo musical que mezclaba rock progresivo, hard rock, jazz fusión y heavy metal. Con King Crimson uno podía volverse casi loco escuchando *21st Century Schizoid Man* mientras miraba la espantosa carátula del álbum *In the Court of the Crimson King,* recuperar la cordura con *I Talk to the Wind* y acabar rendido a los pies de Peter Sinfield al concluir la cara A del disco con *Epitaph*, una canción sublime aunque tristísima.

Cinco años menor que Álvaro, el pequeño Gerardo adoraba a su hermano melenudo, porreta y gamberro, un auténtico héroe que aguantó estoicamente todas las palizas que le pegó el padre, facha y militante de un partido de ultraderecha. Álvaro era bueno para los estudios, pero los curas no podían con él, así que fue enviado durante un año a un internado inglés y regresó convertido en un muchacho repeinado y decidido a obedecer. Y, sobre todo, a no tener que volver al colegio-reformatorio inglés. Nada que ver con la imagen que Harry Potter ha creado de los internados ingleses; en realidad, Hogwarts es un Chiquipark comparado con la cruda realidad.

Qué castigos. Qué hostias. Qué humillaciones.

De vuelta a casa, Álvaro dejó de escuchar a King Crimson, de fumar porros y de servir de ejemplo de su hermano pequeño, Gerardo, que era bastante mediocre en los estudios, y no despertaba en el padre de familia más que un desprecio visceral por un vástago sin talento. Por suerte, el primogénito —ya enderezado— estudió Derecho en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, una Facultad de Derecho Canónigo basada en la tradición académica jesuita. Tras la licenciatura cursó un máster de Derecho de Empresa, se casó por la Iglesia católica, apostólica y romana con una muchacha muy fea pero de familia muy rica, le puso los cuernos dos años después, e ingresó en el partido de ultraderecha ya convertido en un político de futuro prometedor.

Todo fue más o menos bien hasta que Álvaro de Arteaga Castillo decidió incluir en su extensa lista de amantes a la esposa de Gerardo de Arteaga Castillo —su hermano pequeño—, que no era rica ni fea, sino pobre y muy guapa, y que al poco de casarse con Gerard se había dado cuenta de que se había casado con el hermano «malo», un miserable policía nacional sin ambiciones políticas, y mucho menos de ultraderecha.

Quizá fue durante aquella comida navideña cuando Alvarito comparó a su mujer —de derechas pero con estúpidas ideas democráticas que incluían el rechazo hacia la figura del Caudillo— con su cuñada, sin ideas políticas, pero con un par de tetazas que no la dejaban ni respirar a la pobre. Aunque todo comenzó como una

aventurilla cualquiera, Alvarito fue consciente de que con la tetuda quedaba mucho mejor en las fotos, y a pesar de que se había casado por la Iglesia, llamó a consultas a sus asesores, que fueron tolerantes con el cambio de hembra. La primera mujer era una birria, un callo malayo que, por no tener, ni siquiera tenía empuje patriótico. La segunda, en cambio, era un bombón descerebrado pero muy vistoso, una adquisición tan valiosa como una finca en la sierra o un catamarán.

Álvaro de Arteaga Castillo pidió el divorcio de su mujer e incluso la anulación del Tribunal de la Rota, que consiguió. Por su parte, el patriarca aceptó que su hijo primogénito —que ya era el ánima del partido y futuro candidato a las elecciones—, rehiciese su vida con la cuñada. Al fin y al cabo, él también se hubiese separado de su mujer de buen grado, pero eran otros tiempos. Para cuando Álvaro de Arteaga Castillo se casó por segunda vez, su hermano Gerardo ya había desaparecido del mapa.

El sonido del teléfono lo arrancó bruscamente de sus tristes evocaciones, un mortificante pasatiempo al que Gerard se abandonaba con demasiada frecuencia, y que le impedía —a pesar de que no le faltaban candidatas— hacer aquello que técnicamente se conocía como rehacer su vida. Gerard reconoció el número de Vilalta, y estuvo tentado de no contestar. Sin embargo, el sentido de la responsabilidad, esa absurda compañera que no lo dejaba ni en los peores momentos, le obligó a descolgar el teléfono.

—Castillo —se limitó a decir.

El inspector jefe tampoco se anduvo con rodeos.

—Ven ahora mismo a comisaría. Tengo sobre la mesa la pistola y la placa de un imbécil. Creo que te pertenecen.

Gerard meneó la cabeza, confuso.

—Vilalta, no entiendo...

Al otro lado del teléfono escuchó una sonora carcajada.

—Sí, Castillo, lo que oyes. Resulta que los de Asuntos Internos están muy ocupados persiguiendo corruptos y prevaricadores y me han dicho que no tienen tiempo para ocuparse de los imbéciles, como es tu caso. Así que ven a trabajar, que no estás suspendido de empleo y sueldo, so capullo.

—Vilalta, yo...

—Sí, pedazo de animal, ya sé que le saltaste dos dientes al inspector Manzano, pero mira... parece que le diste gusto a más de uno. Además, el Manzano ese está de baja y no quiere interponer

ninguna demanda… por ahora. —Vilalta se detuvo a tomar aliento—. ¡Coño! ¿Quieres venir ya?

21

Si Gerard hubiese sabido el numerito que le esperaba a su entrada en comisaría, tal vez se lo hubiese pensado dos veces. Sus compañeros le hicieron pasillo como si hubiera ganado el Balón de Oro, y hasta el despacho de Vilalta tuvo que soportar palmaditas en el hombro, guiños cómplices, bravos, hurras y un «tío bueno, queremos un hijo tuyo» de un par de agentes barbudos y con pinta de seguratas. Gerard Castillo abrió la puerta del despacho del inspector jefe en olor de multitudes, y lanzó una mirada asesina a su superior, que rompió a reír nada más verlo.

—¡Vilalta! —le increpó—. ¿Me tenías preparada esta entradita?

El inspector jefe miró a Pau Serra, que se levantó de un salto e hizo un saludo marcial. Gerard se acercó y le pegó un capón que obligó al cabo a inclinarse hacia delante. A riesgo de recibir un segundo correctivo, Serra exclamó en tono castrense:

—¡A sus órdenes, sargento!

Gerard le pegó un leve empujón.

—Menos cachondeo, Serra, que te llevo al Anatómico Forense a pasar la mañana.

Pau Serra juntó las manos en señal de súplica. Por lo visto, estaba juguetón.

—Venga, dejaos de mariconadas, que hay mucho trabajo —les espetó Vilalta, impaciente—. Tenemos información muy jugosa que nos envía nuestra infiltrada en las líneas enemigas.

—¿Teresa Valls? —preguntó Gerard.

—Sí, pero no te ilusiones con la inspectora, Castillo. No está disponible.

Gerard lo miró desdeñoso, pero Vilalta se limitó a levantarse y mostrar un DVD.

—Basta de perder el tiempo —les ordenó—. Vamos a la sala de audiovisuales. Jordi Prats me ha dicho que vale la pena.

Gerard arrugó el ceño.

—¿Qué es?

—La grabación de la cámara de seguridad de la Editorial Universo.

Los tres hombres salieron del despacho y se dirigieron a una sala que estaba en la planta baja. Nada más entrar, Vilalta colocó el DVD en un aparato reproductor que proyectó la imagen en una pantalla de alta definición. En el ángulo inferior derecho se podía leer el día y la hora:

23.11.2011
04.10

La imagen de la cámara abarcaba todo el vestíbulo de la Editorial Universo, desde la puerta hasta el ascensor. A los pocos segundos del comienzo de la proyección pudieron ver a Ramón Aparicio que cruzaba el vestíbulo con rapidez.

Cinco minutos después, alguien llamó al interfono. Aunque pudo escucharse débilmente el sonido del portero automático al abrir, el desconocido empujó la puerta unos centímetros, sin acceder al vestíbulo. Cuando entró, finalmente, llevaba la cabeza oculta bajo un pasamontañas. Al pasar frente a la cámara de seguridad, la miró durante unos instantes con fijeza, mostrando un solo ojo al descubierto, mientras el otro lo llevaba tapado con un parche. También llevaba guantes. Y cojeaba de forma ostensible.

—Es irreconocible… —murmuró Vilalta—. ¿Cómo es posible que Ramón Aparicio dejase entrar a un tipo con esta pinta? Tienen circuito cerrado de televisión en la entrada, así que pudo verlo.

—Se ha puesto el pasamontañas después de que Ramón Aparicio le abriese la puerta.

—¿Y por qué va tan tapado? —preguntó Pau Serra.

—Para que no lo reconozcamos, eso está claro —apuntó Vilalta.

—Ya —insistió Serra—. Pero ¿por qué se tapa un ojo?

—Quiere aparentar que es quien no es —contestó Gerard, enigmático.

—¡Hostia puta! —gritó Pau Serra—. ¡Si está más claro que el agua!

—¿Qué cojones está más claro que el agua? —exclamó Vilalta furioso—. ¿Por qué no entiendo nada?

—El asesino lleva guantes para no dejar huellas —explicó Gerard —. Además, quiere que pensemos que es un tipo tuerto al que le falta también un buen trozo de cara.. Y por si no fuese suficiente, camina peor que el Cojo Manteca.

—¿Y por qué? —Vilalta lo miró con estupor—. ¿Quieres explicarte?

—Es una historia un poco complicada…

—¡Empieza a cantar ahora mismo o te envío a patrullar al Sahara! —graznó el inspector—. ¿De qué coño estás hablando?

Gerard meneó la cabeza apesadumbrado.

—Lo siento, Vilalta, sé que tienes razón, pero no tengo tiempo para dedicarme a escribir informes. Los acontecimientos se suceden con tal rapidez que no hay tiempo que perder.

—¡Habla antes de que me cabree!

Gerard comenzó a explicar todo lo que había descubierto.

—Apareció una sinopsis del próximo manuscrito de Dana Green que…

—¿Sinopsis? ¿Manuscrito? ¡Joder, Castillo! ¡No entiendo nada!

Gerard lanzó un suspiro. Ya hablaba como los puñeteros escritores.

—Soledad Montero dejó escrito el argumento de su próxima novela.

—¿Y qué?

—Era una novela negra, y en ella aparecían varios cadáveres de personas que habían sido devoradas por ratas —comenzó Gerard—. No creo que sea una casualidad.

El inspector lanzó un silbido. Era evidente que a él tampoco se lo parecía, así que animó a Gerard a proseguir con su relato. Pau Serra levantó una carpeta, pidiendo la palabra.

—Lo tengo aquí, sargento, por si quiere ser más preciso…

Gerard sonrió divertido.

—Serra, yo creo que llegarás a inspector antes que yo —le dijo, mientras alargaba la mano y recogía el documento—. ¿Quieres que lo lea, Vilalta?

—¡No! —exclamó el inspector, asqueado—. ¿No puedes hacerme un puto resumen?

—De acuerdo, jefe, no te sulfures… —Gerard le lanzó una ojeada rápida al dosier y obedeció.

Tras su exposición, el inspector jefe tardó unos segundos en hablar.

—¿Cómo acaba esta bonita historia? —preguntó, sobrecogido—. ¿Lo atrapa la poli?

—No tiene final —respondió Gerard. Y aclaró—: Mejor dicho, no está escrito.

Durante unos instantes todos permanecieron en silencio. Fue Vilalta quien lo rompió.

—¿Qué pretendes decirme, Castillo? ¿Que el tipo del pasamontañas es el monstruo de las ratas?

—No. Pero quiere hacerse pasar por él.

—¿Y cómo conseguiste ese texto? Supongo que no te lo enviaría el

propio asesino por correo.

Gerard tardó unos segundos en contestar. Sabía que la respuesta provocaría en Vilalta otra réplica burlona.

—Me lo trajo Lucrecia Vázquez a comisaría.

—Vaya, qué casualidad.

Gerard asintió con vigor.

—Sí, Vilalta —confesó—. Yo también pensé que esa historia se la podía haber inventado ella.

—¿Y entonces? —Vilalta se encogió de hombros—. ¿Por qué le das credibilidad? No tenemos ninguna prueba de que ese hombre exista, aparte del escrito que te hizo llegar una de las principales sospechosas. Y, francamente, Lucrecia Vázquez no tiene pinta de estar muy cuerda.

—Ese hombre existe —sentenció Gerard—, y además, estoy seguro de que es hijo de Soledad Montero.

—Soledad Montero no tenía hijos.

—Sí, tuvo uno.

—¿Cómo puedes asegurarlo?

—Por la autopsia. El doctor Aguilar me explicó que en el cuerpo de Soledad Montero habían quedado señales de un parto muy complicado, que se complicó posteriormente aún más y que acabó provocándole esterilidad. Esto nos lleva a deducir que dio a luz sin ayuda y sufrió una grave infección. A pesar de ello no recibió atención médica, lo cual indica que ocultó su embarazo y posterior parto para no tener que confesar que se había deshecho de su niño al nacer —concluyó Gerard.

—¿No murió? —preguntó el inspector.

—No.

—Acepto que Soledad Montero tuvo un hijo —insistió Vilalta—. Pero ¿cómo puedes asegurar que está vivo?

—No solo puedo asegurar que vive, sino que estuvo en el escenario del crimen. Teresa Valls nos dio los resultados de ADN de unas pestañas halladas allí, y había un número muy elevado de coincidencias genéticas con Soledad Montero. Tantas como para suponer un parentesco en primer grado.

—¡Un hijo!

—Exacto. Un hijo que se medica con dosis altísimas de antidepresivos, posiblemente porque no soporta su aspecto deforme.

Vilalta se encogió de hombros.

—Aun aceptando que tu teoría sea plausible, dime: ¿por qué mató a Ramón Aparicio?

—Por la misma razón. Por venganza.

—¿Qué tenía contra el editor?

—Era su padre.

Vilalta lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué me estás diciendo?

—Al hacer el registro en la casa de Soledad Montero, encontramos varias pruebas que demuestran que tuvo relaciones sexuales con Ramón Aparicio y que se quedó embarazada. —Gerard miró a Serra—. Y también que él la amenazó para que abortase, cosa que no hizo.

Pau Serra sonrió beatífico y asintió con vigor, ratificando las palabras del sargento, aunque él no tenía en la cabeza las fotos y el anónimo, sino las lúbricas grabaciones caseras.

Vilalta meneó la cabeza.

—Francamente, Castillo. Tengo la sensación de que me estás explicando una película de indios.

—Ya, pero es la pura realidad.

—Entonces... —Vilalta tomó aire—. ¿Me estás diciendo que el tipo ese del pasamontañas es el hijo de Soledad Montero y Ramón Aparicio?

Gerard vaciló unos instantes.

—Soledad Montero y Ramón Aparicio tuvieron un hijo, y ella lo abandonó al nacer. A partir de aquí todo son especulaciones, lo reconozco —concedió—. ¿Quién se esconde detrás del pasamontañas? Puede ser ese hijo, pero también puede ser cualquiera que haya conocido la historia y quiera aprovecharse de ella para sus propios fines. Alguien deseoso de verlos muertos, y que ayudó al hijo a cumplir su venganza, utilizándolo en su propio provecho. Lo cierto es que debajo de ese pasamontañas podría esconderse cualquiera, hombre o mujer. Solo puedo asegurar lo que veo: que es una persona de complexión atlética y de una altura aproximada de un metro setenta o metro setenta y cinco. Ni siquiera puedo fiarme de la cojera, podría ser fingida.

—Es cierto, la altura y la complexión. No tenemos nada más.

—Como ves, no excluyo a Lucrecia Vázquez de la lista de sospechosos. Ella es alta y muy delgada. Además, estoy seguro de que el asesino era una persona a la que conocían Soledad Montero y Ramón Aparicio.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Soledad Montero le abrió la puerta a altas horas de la noche, y Ramón Aparicio se citó a las cuatro de la madrugada con esa misma persona. Nadie haría ninguna de esas dos cosas con un desconocido.

—Pero Ramón Aparicio ya tenía una entrevista con Lucrecia a las nueve de la mañana —repuso Pau Serra con suavidad—. Además, ella tenía una relación fluida con el editor. ¿Qué necesidad tenía de

quedar a las cuatro de la madrugada para hablar con él?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Gerard mirándolo con interés.

—Si Ramón Aparicio se citó a aquellas horas fue porque no quería que lo viesen con aquella persona.

Gerard meneó la cabeza, inquieto.

—Si no quería que lo viesen, ¿por qué se citaron en la editorial? Ramón Aparicio sabía que tenían una cámara de seguridad en el vestíbulo.

Pau Serra abrió la boca para contestar, pero su respuesta quedó en el aire. Era cierto, no tenía ningún sentido.

Durante unos instantes, los tres hombres intentaron encontrar una explicación plausible, sin conseguirlo. Fue el cabo quien rompió el silencio.

—Ya sé que no viene a cuento, pero tengo una información adicional.

Gerard lo miró, expectante.

—Hice lo que me mandó y fui al Registro de la Propiedad Intelectual —explicó—. Me costó un poco que me enseñasen el último escrito que había registrado Soledad Montero, pero al final me lo dejaron. Era un resumen de unas treinta páginas que trataba de un asesino en serie que mata a sus víctimas con un destornillador. La historia es asquerosa, pero no salen ratas por ningún lado.

—Alto. —Vilalta levantó las manos—. A ver si lo entiendo, chicos. ¿De dónde ha salido la historia de las ratas? ¿No me habíais dicho que era la próxima novela de Soledad Montero?

Gerard y Pau Serra se miraron a los ojos.

—No sabemos quién escribió esa historia, pero no fue Soledad Montero. Fue alguien que nos quería poner sobre la pista de lo que iba a suceder —dijo Serra.

—Alguien que tenía acceso al despacho de Ramón Aparicio, y que dejó el documento sobre la mesa, haciendo creer al editor que había sido ella misma quien lo había dejado allí —continuó Gerard.

—Lo cual nos devuelve de nuevo a Lucrecia Vázquez.

—Nos devuelve a cualquiera que trabaje en la editorial. E incluso al propio Ramón Aparicio —replicó Gerard.

—¡El asesino! —exclamó Pau Serra, señalando la pantalla.

En aquel momento, en la imagen apareció de nuevo el individuo del pasamontañas. Salió cojeando del ascensor y cruzó el vestíbulo. Al pasar frente a la cámara, la miró de nuevo con fijeza, como si pretendiese que su imagen quedase perfectamente grabada.

04.55.

—Ya ha matado a Ramón Aparicio —murmuró Serra.

—Podría ser cualquiera —insistió Vilalta—. Es irreconocible.

De repente, una idea fugaz cruzó la mente de Gerard.

—Mierda —gruñó—. ¿Cómo he podido ser tan tonto?

—¿Qué pasa, sargento? —preguntó Serra preocupado.

—¡Me he olvidado del cantamañanas argentino!

—¿Quién es ese? —preguntó Vilalta.

—Un imbécil de la editorial —respondió Gerard más para sí mismo que para el inspector—. Además, es también muy delgado y mide un metro setenta o poco más. ¿Cómo hemos podido olvidarnos de él?

—No sé, sargento —repuso Serra—. Aquella mañana lo entrevistaban en un programa de televisión, y cuando la presentadora le dijo que Ramón Aparicio había aparecido muerto, casi le dio un infarto.

—Quiero ver esa grabación. ¿De qué canal es?

—Tele 5.

—Búscamela, Serra. Y quiero que te pongas en contacto con las autoridades argentinas y me busques toda la información que puedas del tipo este.

—¿Por qué sospecha de él, jefe?

—Alejandro Paz también quería escribir la próxima novela de Soledad. Ahora recuerdo que Lucrecia me dijo que el editor los reunió a ambos en el despacho y les mostró la sinopsis.

—¿Y? —preguntó Vilalta, que casi no seguía el hilo de la conversación.

—Pudo ser él quien la dejó sobre la mesa del editor. Es más, podrían ser los dos cómplices, y utilizaron a la pobre Lucrecia de cabeza de turco.

Vilalta lanzó un bufido.

—Joder, Castillo. Cada vez hay más cómplices pero ningún asesino. ¿Os estáis volviendo locos?

Gerard negó con la cabeza.

—Lo sé —aceptó—. Es un galimatías sin solución. Pero estoy convencido de que vamos por buen camino.

—Yo no le veo ningún sentido —insistió Vilalta—. Es todo demasiado… novelesco.

Gerard dejó escapar una risa amarga.

—Nos movemos entre escritores, inspector.

—Sí, pero este es el mundo real, no una novela negra.

—Las circunstancias de estos asesinatos apuntan a alguien desequilibrado pero muy inteligente, que además de llevar a cabo los crímenes se está divirtiendo con nosotros. Estoy convencido de que todas y cada una de las pistas que tenemos las ha dejado ahí a

propósito. Las pestañas con el ADN, el resumen del manuscrito y esta grabación que acabamos de ver… ¿Adónde pretende conducirnos? Es como si quisiera convertirnos en testigos de su venganza. Primero la escritora, y ahora el editor. ¿Han acabado los asesinatos? Si se trataba de la venganza de un hijo dispuesto a matar a su madre y a su padre, podemos suponer que sí. Pero mucho me temo…

Vilalta lo miró durante unos segundos antes de responder.

—… que le ha cogido el gusto a matar.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta. Aunque era la curvilínea Mònica Martí con sus maneras insinuantes, todos la miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres, Mònica? —le preguntó el inspector.

—Perdón, inspector, pero es que ha llegado un fax de la Central. Es del laboratorio de Científica —contestó ella, melosa—. Y creo que les interesa…

—¿De qué se trata?

—Son los resultados de la autopsia de Ramón Aparicio.

Gerard estiró el brazo y le cogió el informe. Lo leyó con rapidez, confirmando lo que ya imaginaba.

—Mioflex —informó—. Paralizante muscular.

Los tres hombres se miraron y asintieron con gravedad. Gerard se levantó de su asiento, impaciente.

—Vilalta, ya haré el informe cuando vuelva. Voy a bajar a Barcelona, a hacerle una visita de cortesía a Alejandro Paz.

—Castillo, no te pases —le ordenó Vilalta—. No tenemos ni una sola prueba en su contra.

—Tienes razón —concluyó Gerard—. Y eso es lo que me escama.

22

Gerard comió en un bar de carretera, cerca de Lliçà de Vall. Mientras tomaba el café decidió que, antes de ir a ver a Alejandro Paz, debía visitar a Lucrecia Vázquez. La pesada maquinaria policial la estaba cercando implacablemente, y tal vez resultase que ella era culpable. No podía desestimar esa posibilidad, aunque en su fuero interno le repugnaba. Sabía que ella era la sospechosa perfecta; una muchacha sin familia, sin nadie que la protegiese, y con un síndrome que provocaba desosiego y, las más de las veces, rechazo. Durante los dos días que permaneció alejado de la comisaría y ahogado en sus propias lamentaciones, la imagen de Lucrecia, tan vulnerable y humillada, le aguijoneaba la conciencia, le recordaba que con su estúpida actuación no la había protegido. Se había dejado llevar por un arrebato de ira, más propio de un gañán impulsivo y veinteañero que de un hombre cercano a los cuarenta y con muchos años de servicio a sus espaldas.

No obstante, no todo había sido tiempo perdido durante aquellos dos días. Buscó información del trastorno de Gilles de la Tourette en Google, y descubrió que los tics no eran más que la punta de un enorme iceberg. Gilles de la Tourette llevaba asociado con frecuencia otras alteraciones nerviosas de igual o mayor complejidad: TDAH (déficit de atención con hiperactividad) y, sobre todo, el terrible TOC (trastorno obsesivo-compulsivo). Cuando Gerard indagó acerca del segundo —el TDAH resultaba casi *cool* de tanto que estaba de moda— se encontró con un trastorno capaz de convertir la vida en un suplicio. Vueltas y más vueltas a la misma idea —o a los mismos actos—, de forma persistente y repetitiva, prolongándose durante horas a lo largo del día, generando un estado de angustia tal que el que lo padecía tenía que rendirse a ellas para intentar aliviar una tensión insoportable.

Y vuelta a empezar.

Gerard recordó *El aviador*, la película protagonizada por Leonardo

DiCaprio en la que el actor daba vida a Howard Hughes, un magnate excéntrico, atormentado y víctima de tantas manías que acabaron convirtiendo su existencia en un vía crucis. Dotado de gran talento y notable inteligencia, el trastorno obsesivo destruyó su vida.

¿Sufriría Lucrecia Vázquez ese infierno interior?

Gerard comprobó la dirección y aparcó el coche en una pequeña placeta del barrio de Sant Andreu del Palomar. Eran las tres y media de la tarde; los niños estaban en la escuela y en la plaza reinaba el silencio y la tranquilidad. Los mejores bancos estaban ocupados por ancianos venerables que dormitaban o leían algún diario gratuito. Lucía un sol tenue pero muy agradable, y Gerard estuvo tentado de sentarse durante unos minutos y disfrutar de aquellos momentos de quietud. Sin embargo, desestimó la posibilidad; no tenía tiempo que perder.

La finca donde vivía Lucrecia Vázquez era antigua pero bien conservada, un edificio de principios del siglo XX que ya había sufrido alguna que otra restauración, aunque conservaba su aspecto original. Al llamar al interfono, Lucrecia contestó casi al instante, como si lo estuviese esperando. Gerard entró en una portería pequeña, de solo cinco vecinos. Descubrió un ascensor minúsculo, de nueva construcción, encajado en el hueco de la escalera. Nada más entrar, se arrepintió de no haber subido por las escaleras. Con su más de metro noventa y notable envergadura, tuvo la sensación claustrofóbica de meterse dentro de un ataúd.

Salió al rellano lanzando un suspiro de alivio y se tropezó con la muchacha, que lo esperaba con la puerta abierta y una sonrisa maliciosa en los labios.

—Menuda lata de sardinas —dijo él, algo avergonzado.

—Hola, sargento.

Gerard asintió con la cabeza, y en aquel momento la idea preconcebida de joven indefensa y golpeada por la vida se hizo añicos. Ante él tenía una muchacha animosa y vivaz. Y aunque en las antípodas del estereotipo de mujer bella, a sus ojos, atractiva. Vestía una blusa blanca, inmaculada, tejanos y zapatillas deportivas. Llevaba el cabello húmedo, y al acercarse, él percibió un tenue olor a limpio y a fresco. Lucrecia le franqueó la entrada y con un gesto amable le invitó a entrar, mientras era consciente del brillo de aprobación en los ojos del policía. Por desgracia, aquel gesto amable, ponderado, casi femenino, se convirtió en un latigazo brusco de su brazo que obligó a Lucrecia a sujetárselo con la mano opuesta mientras su rostro se

crispaba en un rictus de amargura. Su pequeño instante de seducción había desaparecido. Si durante un brevísimo instante ella se sintió mínimamente atractiva, la violencia con que se desataban sus tics la retornaba a su patética realidad. Gerard la miró apenado, aunque en ese mismo instante una idea luminosa le cruzó la mente.

Era evidente que Lucrecia no podía controlar aquellos malditos tics.

¿Cómo se hubiera atrevido a exhibirse ante la cámara de seguridad de la editorial? Aquellos movimientos incontrolados la hubiesen delatado.

Recordó la imagen. Era alguien que caminaba con una pronunciada cojera, fingida o no. Estuvo frente al objetivo de la cámara más de un minuto, hasta desaparecer dentro del ascensor. Durante ese tiempo, no fue víctima del más leve espasmo, ni el más mínimo temblor.

Ella no podía ser.

En cuanto puso un pie en el interior del piso, Gerard pudo admirar un trocito de cielo que se podía ver desde un amplio ventanal en el fondo de la gran sala, que hacía las veces de comedor y cocina americana. Seguramente, Lucrecia había hecho derribar varios tabiques y convertido un pisito de poco más de cincuenta metros cuadrados en un apartamento luminoso y funcional. Gerard recorrió con la mirada la amplia estancia y descubrió la morada de alguien con buen gusto y muchas ganas de vivir.

—Tienes un piso precioso —murmuró.

Lucrecia lo miró de reojo. Una oleada de ira se había apoderado de su ánimo. Conocía la sensación y podía dominarla, pero no quiso.

—Lo sé —contestó con brusquedad—. ¿Quiere un café?

Gerard chasqueó la lengua.

—Lucrecia, tutéame.

—Vale, pero has venido a interrogarme. ¡Interrogarme! ¡Interrogarme! ¡Mierda! ¡Mierdaaaa!

Si ella había intentado aplacar sus demonios, ahora surgían con impetuosa violencia. Por más sobrecogedor que resultase aquel espectáculo, a Gerard le confirmaba que Lucrecia no podía ser la persona oculta bajo el pasamontañas. Se alegraba, y por ello sonrió condescendiente.

—Tranquila, Lucrecia —le rogó con voz suave—. Solo he venido a preguntarte cómo estás.

—¿No vas a interrogarme?

—Si te hace ilusión, sí, pero no he venido a eso.

Lucrecia lo miró durante unos segundos, desconcertada. El policía mostraba una enigmática sonrisa de Gioconda, totalmente imposible de interpretar. No parecía violento ni incómodo ante sus repentinos ataques de tics. De hecho, ella hubiera jurado que parecía más satisfecho que nunca.

—Estoy bien —contestó, resignada.

—¿Seguro?

Lucrecia asintió con vigor.

—Perdona que insista —prosiguió Gerard en tono formal—. No quiero traerte malos recuerdos a la memoria, pero creo que deberías denunciar a Manzano. Sé que no lo has hecho.

—No quiero perder el tiempo.

—No sería una pérdida de tiempo, te lo aseguro.

Lucrecia arrugó la nariz.

—Todos los polis habláis igual.

—¿Con quién me comparas, si se puede saber?

—Con Teresa Valls.

—¿Te trató bien? Le pedí que te cuidase, ya que yo no supe... o no pude hacerlo.

Lucrecia esbozó una beatífica sonrisa.

—Muy bien. Me trató tan bien que casi nos hemos hecho amigas.

Gerard la miró de reojo. Notaba en cada palabra de la muchacha un retintín burlón.

—La inspectora —prosiguió ella en el mismo tono—, que siente un sincero aprecio por mí, hasta me confesó que le habías hecho una sonrisa nueva a Manzano.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gerard, incapaz de dar crédito a lo que ella le decía.

—Sí, hombre, sí. Teresa me reveló, en plan colegui, que cuando te enfadas te conviertes en el dentista de Chuck Norris.

El chistecillo era malo, aunque en cualquier otro momento podría haberle hecho algo de gracia. Pero no ahora, y mucho menos proviniendo de una persona ajena a los *mossos*.

—Ella no debió decírtelo —replicó, sombrío—. No es algo que a ti te importe.

—¿Por qué no? Teresa Valls quería que yo supiera lo buena gente que sois todos. Y en especial tú, que llevas el caso del asesinato de Dana Green.

Gerard apretó las mandíbulas, reprimiendo las ganas de maldecir. La provocación de Lucrecia era totalmente intencionada. Con su actitud desafiante no buscaba sino acabar con su paciencia.

No iba a conseguirlo.

—Te veo muy nerviosa, ¿estás bien? —insistió, obviando sus ironías—. ¿Puedo ayudarte?

Lucrecia lo miró como si fuera tonto y dejó escapar una carcajada brusca, casi un ladrido.

—¿Qué pasa? ¿Te crees que no me doy cuenta de que vienes de poli guay a ver si me derrumbo y te confieso que soy la asesina? ¿Piensas que soy tonta?

Ahora Lucrecia estaba fuera de sí. Agitó los brazos como si fuesen aspas mientras lo imitaba.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —repitió, iracunda—. ¿Y qué coño te importa a ti? ¿Qué coño? ¡Coño, coño, coño!

Gerard la miró de hito en hito. Era evidente que Lucrecia Vázquez no confiaba en sus buenas intenciones.

—Estás muy alterada —concluyó.

—¿Y cómo quieres que esté? —Ella había aparcado las ironías—. ¡Dime! ¿Cómo quieres que esté? ¡He descubierto dos muertos y soy la principal sospechosa!

Las últimas palabras resonaron en la estancia, y durante unos segundos ambos permanecieron en silencio. Lucrecia se limitó a bajar la mirada y menear la cabeza mientras intentaba controlar su respiración agitada.

—Ese café... —murmuró Gerard al cabo de ese tiempo—. ¿Aún me lo sigues ofreciendo?

Lucrecia sonrió amargamente.

—Por supuesto. Qué le voy a negar a la autoridad.

—Prepáramelo, y dame otra oportunidad.

Ella entró en la cocina y sacó un paquete de café de un armario. Gerard tuvo tiempo de comprobar que, en su interior, todo estaba ordenado meticulosamente. A simple vista pudo apreciar una hilera de botes de vidrio etiquetados: harina, sal, azúcar... Nada que ver con Dana Green y sus alacenas repletas de bollería industrial.

—Yo... en fin, discúlpame —dijo Lucrecia mientras sacaba el portafiltro de la cafetera exprés—. Sé que haces tu trabajo.

—No te disculpes —murmuró Gerard comprensivo—. Estás nerviosa, tienes que estarlo.

—No sé, mi mundo se viene abajo. Un mundo que me ha costado mucho construir.

Gerard buscó alguna palabra amable, pero no halló más que los tópicos de siempre. Nada con que consolarla de verdad. Por suerte, ella pareció recuperar parte de su aplomo y le señaló una puerta lateral que conducía a otro cuarto.

—Si quieres, puedes salir a la terraza por el despacho. Podemos tomar allí el café.

Gerard asintió, aliviado, y obedeció. Nada más entrar en la estancia, comprobó que se trataba del lugar donde ella escribía. Desde allí las vistas eran aún más espléndidas, ya que aquel cuarto se abría al exterior por una gran puerta de dos hojas.

Sin embargo, no salió a la terraza de inmediato.

Las vistas eran fantásticas, pero a él le interesaba mucho más la habitación. Enseguida descubrió que no había ninguna foto, ni una sola. Ni presentaciones de libros —los negros literarios no asisten a los eventos— ni reuniones familiares. Lucrecia Vázquez no tenía padres ni hermanos. Y por lo que parecía, nada que celebrar.

Sobre una gran mesa de oficina había un monitor de ordenador encendido: una línea evolucionaba por el salvapantallas cambiando de color.

En una mesilla accesoria estaba la impresora, con varios folios sobre la boca de salida. Alrededor del teclado había varios libros: un diccionario de sinónimos y antónimos, la nueva *Ortografía de la lengua española* y tres novelas abiertas por alguna página y con varios párrafos subrayados con lápiz.

«Pequeña plagiadora», pensó Gerard divertido.

Durante unos instantes, estuvo tentado de levantar el último folio que reposaba en la impresora y leerlo; descubrir qué estaba escribiendo Lucrecia Vázquez. Se contuvo. No quería comportarse como un maldito fisgón. Fue una pena, porque si lo hubiera hecho, habría sido el primero en leer las últimas andanzas de Sam Fisher, su adorado héroe. Ahora que en la editorial corrían tiempos inciertos, un comité provisional había decidido que, hasta nueva orden, Lucrecia Vázquez iba a someter a horas extra al detective. La situación era muy complicada, y todos tenían que arrimar el hombro; Sam Fisher también.

Así que Gerard abandonó la idea de husmear en los folios recién impresos, y se dispuso a admirar la gran biblioteca que, de punta a punta, ocupaba la pared frente a la mesa. Tendría unos seis metros de largo, desde el suelo hasta el techo, y no quedaba ni un espacio vacío. Es más, en muchas de las estanterías, Lucrecia había apilado los libros en doble fila. Gerard observó los lomos y no descubrió ninguno de color rosa o de brillante fucsia: ni *highlanders*, ni vizcondes, ni vampiros. (Lo cierto es que hubo un tiempo en que Lucrecia compraba libros eróticos para documentarse, pero cuando dejó de ser Shayla Deveraux, acabaron todos en el contenedor de reciclaje.)

La curiosidad llevó a Gerard a leer algunos de los títulos y autores:

Follas Novas, Herba de aquí ou acolà, Deter o día cunha flor, Xente ao lonxe… Rosalía de Castro, Álvaro Cunqueiro, Luz Pozo, Eduardo Blanco.

La regenta, Nada, Poeta en Nueva York, Olvidado rey Gudú… Leopoldo Alas «Clarín», Carmen Laforet, Federico García Lorca, Ana María Matute.

La plaça del diamant, L'arrel i l'escorça, Mecanoscrit del segon origen, Solitud… Mercè Rodoreda, Miquel Martí i Pol, Manuel de Pedrolo, Caterina Albert.

Lucrecia Vázquez era una lectora empedernida y ecléctica, que disfrutaba de la poesía y la prosa en su lengua materna y sus dos lenguas de adopción.

Between the Acts, In Cold Blood, The Collected Poems, Hearts of Darkneess… Virginia Woolf, Truman Capote, Sylvia Plath, Joseph Conrad.

Lucrecia Vázquez era una lectora empedernida, ecléctica, que sabía inglés, y que disfrutaba leyendo en versión original, sin depender del talento literario del traductor. Había más de doscientos libros en la lengua de Shakespeare, así que no podía ser fruto de un ataque de esnobismo.

Impulsado por un interés creciente, Gerard prosiguió la lectura de títulos, y descubrió que Lucrecia no solo sabía inglés: *Mémoires d'une jeune fille rangée, Débat de Folie et d'Amour, Germinal, La Nausée…* Simone de Beauvoir, Louise Labé, Émile Zola, Jean-Paul Sartre.

También sabía francés.

Kinderlieder, Die Klavierspielerin, Atemschaukel, Die Verwandlung… Bertolt Brecht, Elfriede Jelinek, Herta Müller, Franz Kafka.

¿Alemán?

O Lucrecia Vázquez era una perturbada o su coeficiente intelectual estaba muy por encima de la media.

Gerard retrocedió sobre sus pasos y sacó la cabeza por el hueco de la puerta para descubrir a Lucrecia, que, víctima de uno de sus múltiples tics, luchaba por encajar el portafiltro del café sin conseguirlo. Estaba tan enfrascada en aquella actividad tan sencilla que no se dio cuenta de que él la observaba. Al final, Gerard la llamó con suavidad.

—Lucrecia…

Ella se volvió sobresaltada.

—Pensaba que estabas en la terraza —le dijo.

—Lo siento, pero he estado husmeando un poco en tu biblioteca.

Lucrecia sonrió beatífica.

—Era de esperar en un policía.

—Exacto —asintió él con vigor—. Soy un maldito sabueso que tiene una curiosidad muy poco profesional.

—¿Cuál?

—Tienes muchos libros en gallego, catalán, inglés, francés y alemán. Además de en castellano, por supuesto.

—Sí.

Gerard le hizo un gesto, invitándola a explayarse. Lucrecia meneó la cabeza con fuerza mientras ajustaba, por fin, el cacillo a la cafetera. Al ver que él esperaba la respuesta, respondió, aunque con evidente desgana.

—Eso solo quiere decir que entiendo esos idiomas.

—¿No son muchos? —preguntó él con ingenuidad.

—Para mí, no.

—Pero sí para un españolito medio. Estamos a la cola de Europa en el dominio de las lenguas extranjeras, y tú no solo dominas el inglés, sino dos idiomas más. Y uno de ellos es el alemán, casi nada. Así que yo me pregunto: ¿es que eres muy inteligente?

—¿Muy inteligente? —repitió Lucrecia como si no entendiera—. Digamos que no soy tonta.

—Quiero decir superdotada. ¿Cuál es tu coeficiente intelectual?

—Eso es tan íntimo como preguntarme la talla de sujetador.

—Pongamos una noventa.

—Qué amable, sargento. Soy plana como un lenguado. Pongamos una ochenta.

Gerard se encogió de hombros.

—Se me pasó la edad de valorar a las mujeres por su talla de sujetador. Contéstame: ¿eres superdotada?

Lucrecia se estremeció.

—No lo sé.

—Lucrecia, no me mientas.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Durante estos días he leído un poco acerca del síndrome de Gilles de la Tourette, y me he enterado de que, muchas veces, viene relacionado con un coeficiente intelectual importante.

—No te emociones, sargento. También viene relacionado con el déficit de atención y el trastorno obsesivo. ¿Eso no lo has leído?

—Sí, también lo he leído. ¿Eres superdotada? —insistió Gerard.

Lucrecia sonrió.

—Un poco.

—¿Cuánto de poco?

—Más que Hillary Clinton y menos que Stephen Hawking.

Gerard valoró aquella respuesta como evasiva. Lo obligaba a

consultar Google como un bobo, e intentar ubicar la inteligencia de Lucrecia Vázquez entre dos personajes cuya referencia le había parecido una exhibición de arrogancia. No iba a dejar pasar la oportunidad de recordárselo.

—Y si eres tan talentosa, ¿por qué no has hecho carrera política? —le preguntó, irónico—. Mejor aún, con la de idiomas que conoces, ¿por qué no trabajas de intérprete en la ONU?

Aquella sugerencia dejó a Lucrecia sin habla durante unos segundos. Al cabo de ese tiempo, dejó escapar una carcajada.

—No sería buena idea —repuso.

—¿Por qué no?

—¿Te imaginas que estuviese traduciendo, pongamos por caso, a Rajoy hablando con la Merkel, y se me escapase uno de mis tics? «Lo siento, querida Angela, pero no estoy de acuerdo en lo que respecta a las durísimas medidas de ajuste a las que nos obliga el puto Bundesbank, ¡puto, puto, puto!»

Gerard rio de buena gana.

—Es un riesgo.

Lucrecia asintió resignada mientras el café comenzaba a fluir, negro y aromático, por la boca del portafiltro.

—Así que eres superdotada —repuso Gerard acercándose—. ¿Y tienes TDAH?

Ella lanzó un silbido de admiración. Vaya, el sabueso estaba informado.

—Sí, también soy hiperactiva. Siempre estoy escribiendo, o leyendo o aprendiendo algo. Soy incapaz de estar en reposo con el cerebro apagado más de un minuto. ¿Te has dado cuenta de que no tengo televisión?

Gerard la miró sorprendido y negó.

—No la aguanto ni un instante —explicó la joven—. Me parece la peor manera de perder el tiempo.

—Sabia decisión —repuso él en tono magistral—. ¿Y eres obsesiva?

La pregunta había sido formulada como si tal cosa, pero Lucrecia puso los brazos en jarras y torció el gesto.

—¿Qué quieres saber? —le espetó—. ¿Si me gusta criar ratas y darles de comer carne humana?

Gerard la miró de hito en hito, ella le mantuvo la mirada desafiante. Al final, él cedió.

—De acuerdo —murmuró—. Me has ganado, Lucrecia. Me rindo.

23

Gerard salió a la terraza, ahora sin detenerse, y se acodó en el muro protector, dispuesto a disfrutar de las hermosas vistas. Desde allí dominaba gran parte del *skyline* de Barcelona, desde las torres Mapfre hasta el Tibidabo, pasando por la torre Agbar y las grúas de la Sagrada Familia. Lanzó un profundo suspiro, intentando relajarse. Conversar con Lucrecia Vázquez era un *tour de force* agotador, del que salía, indefectiblemente, derrotado. Se sintió exhausto y buscó asiento bajo una pérgola de teca. Fue entonces cuando descubrió, en un rincón de la terraza, un banco de madera con los pies de fundición y atornillado al suelo. Se levantó de un salto y su mirada se dirigió a los bancos de la placeta que había frente al edificio. En ese momento salía Lucrecia portando los cafés. Dejó la bandeja sobre la mesa de mármol e hizo un gesto de satisfacción: no había derramado ni una gota.

—Lucrecia...

Ella lo miró sonriente.

—Ese banco, ¿no es mobiliario urbano? —preguntó Gerard, señalándolo con el índice.

—No —negó ella con vigor—. Lo compré en IKEA.

—No te creo.

—Que sí, que sí. ¿Quieres ver la factura?

Gerard negó con la cabeza.

—Mejor, porque no la tengo —concluyó Lucrecia con una pícara sonrisa, y vertió el café en las tazas con bastante acierto.

—Eres una ladrona de bancos.

—Sí, pero de bancos para sentarse —replicó ella con una carcajada —. Es patético.

Gerard se encogió de hombros. ¿Qué le importaba a él? Tomó un sorbo de café y le pareció delicioso. Se recostó en la silla y una sensación cálida, de bienestar, se apoderó de su ánimo. Lo cierto es que se sentía cómodo en compañía de aquella muchacha. Se sentía cómodo, y no le hubiese importado pasar allí la tarde, dejar que

llegase el crepúsculo, que cayera la noche y comenzase a refrescar. Nada de eso le hubiese importado, pero Lucrecia Vázquez no lo hubiese entendido. Peor aún, no le habría creído. Ella estaba totalmente convencida de que él no era más que un policía en acto de servicio, un autómata programado para detenerla. Quizá tuviese razón, pero el bienestar existía, y esa sensación agradable de estar en buena compañía. Apuró el café y le vinieron unas ganas irresistibles de fumar.

—¿Te importa que fume? —le preguntó.

Lucrecia se levantó, y sin dar más explicaciones, le alargó un cenicero. Gerard sacó un paquete de Marlboro y se lo extendió, invitándola. Ella negó con vigor.

—Solo fumo marihuana —contestó, señalándole una planta semioculta en un rincón de la terraza.

Gerard se volvió bruscamente, para descubrir una frondosa *Cannabis sativa*, la más común de las variedades. Las hojas finas y alargadas, aserradas, y dispuestas en forma de abeto, en grupos de siete a nueve hojas.

—Bueno, no solo la fumo. También me hago infusiones... —prosiguió Lucrecia imperturbable— y pastelitos.

Gerard entornó los ojos. En aquel momento se sintió más que nunca un polizonte cuarentón.

—Lucrecia... —murmuró—. ¿Por qué me explicas estas cosas? ¿No ves que voy a tener que detenerte?

Ella lanzó una risa cantarina.

—No seas así, sargento. ¿Por fumar porros? ¡Todo el mundo fuma porros!

—Eso no es verdad —replicó Gerard—. Los deportistas de élite no fuman porros. Ni las monjas clarisas. Ni los políticos de derechas.

Lucrecia dejó escapar una carcajada.

—¿Y los Mossos d'Esquadra?

—Hay de todo.

—¿Y tú?

Gerard tardó unos segundos en responder.

—Yo no —respondió, obviando que, cuando era adolescente, no había hecho otra cosa.

—Bueno, no te pienses que soy una drogadicta. Lo cierto es que solo la consumo cuando estoy muy nerviosa...

—Que es muy a menudo.

—Sí, y más ahora, con la que está cayendo.

El ambiente se había tensado de repente, de nuevo volvían a la cruda realidad.

—Ten cuidado, Lucrecia.

—¿Qué prefieres? ¿Que me ponga morada de tranquilizantes?

Gerard negó con la cabeza.

—Si necesitas algo que te ayude a serenarte, no desapruebo un porro de tanto en tanto. Eso sí, si no te produce adicción.

—¿Y qué piensas, que el diazepam no la produce? Por lo menos, cuando te fumas un porro eres consciente de que estás haciendo algo malo. Las pastillas, en cambio, te las receta el médico y te las compras en la farmacia. Todo es legal, perfectamente reglamentario. Y cuando te quieres dar cuenta, controlan tu vida, te han convertido en un despojo.

—Veo que lo tienes muy claro.

—¿Claro? ¡Lo tengo clarísimo! Y no hablo solo de tranquilizantes. Piensa que, con todos los tics que tengo, ahora mismo podría ir dopada hasta los tuétanos. Cualquier psiquiatra me recetaría neurolépticos por un tubo. Para que te hagas una idea: mi cara estaría tan rígida que se me caerían las babas.

—¿Tan agresiva es esa medicación?

—Sí, y eso no es lo peor —prosiguió ella—. Mi cabeza iría muy lenta, y yo necesito estar ágil y aprovechar el *speed* que me genera la hiperactividad. Si tomase neurolépticos me convertiría en una planta. Por eso prefiero agobiar a los demás con mi presencia, y cuando no me soporto ni yo, me fumo un petardillo.

—De acuerdo, me has convencido —dijo Gerard—. Además, tengo que reconocer que no te he dicho toda la verdad.

—¿Respecto a qué?

—A los porros, por supuesto. Yo también necesito relajarme de tanto en tanto. Hay días que lo veo todo negro, que el mundo entero se me cae encima.

Lucrecia lo miró escrutadora.

—¿En serio? ¿No lo dirás para solidarizarte conmigo? —preguntó con voz temblorosa—. ¿No lo dirás porque te doy... lástima?

Gerard apretó las mandíbulas.

«Lástima.»

—Punto primero, Lucrecia —enumeró furioso, levantando el índice —. Tú no me das lástima.

Ella lo miró sin parpadear.

—Punto segundo: al principio lo he negado porque no he venido aquí a explicarte mi vida; he venido a interrogarte.

—Me alegro de que hables claro de una vez.

—No he acabado —la interrumpió Gerard—. ¿Puedo seguir?

Lucrecia asintió.

—Punto tercero: aunque vengo a interrogarte, me has invitado a café y estoy a gusto contigo. ¿Lo entiendes? Sí, es cierto que he venido a hacer un trabajo, pero tú podrías caerme como el puto culo —Gerard la miró desafiante—, y ni café ni hostias. Es más, si quisiera, ahora te podría estar friendo a preguntas en la comisaría. ¿Lo prefieres?

—No.

—Me lo imagino. ¿Sabes? No quiero hacerte pasar un mal rato. Creo que tienes el cupo completo.

—¿Me estás perdonando la vida? ¿Es eso?

—¡No, coño, no! —Gerard sacudió la cabeza furioso—. Te estoy diciendo que me importa cómo te sientes, aunque no olvido ni por un momento que puedes ser culpable. Sí, tal vez venga disfrazado de poli guay, como tú me llamas, pero lo hago con la intención de minimizar los efectos de un interrogatorio en toda regla.

Lucrecia parpadeó con furia. Estuvo a punto de soltar algún comentario sarcástico, pero se contuvo. Gerard Castillo era un policía, y hablaba como tal. Aun así, y eso era lo desconcertante, había en sus palabras una gran dosis de cercanía, de apoyo, casi de aprecio. Algo totalmente insospechado.

—Te lo agradezco.

—¿Lo entendiste, al fin? Intento ponerme en tu lugar, comprender tu comportamiento, cosa que no es nada fácil. Si permites que te lo diga de una manera amable, no eres una mujer corriente.

Lucrecia se encogió de hombros. Por mucho que le molestase reconocerlo, aquel maldito sabueso parecía un buen tipo. Y lo que era peor; sabía tratarla. En vez de hacer que se sintiera como un monstruo —lo habitual—, la elevaba a un grado superior. Por lo visto, ella formaba parte del selecto grupo de los *outsiders*.

—No, no soy una mujer corriente, como tú dices —respondió al cabo de unos segundos—. Y por desgracia, además de lo evidente, tengo accesos de ira. Supongo que ya te has dado cuenta.

Gerard la miró con fijeza, como si pretendiera analizarla.

—Sí, pero estoy seguro de que puedes controlarlos… si quieres. Los utilizas cuando te conviene.

Lucrecia se sonrojó.

—Es cierto.

—En fin, Lucrecia, no voy a negarte que eres la sospechosa perfecta. Y tú lo sabes. Pero pretendo ir un poco más allá. Sí, reconozco que te observo y te analizo, y que lo hago desde el punto de vista del policía. Aunque ese punto de vista siempre es subjetivo, porque yo no soy una máquina, solo soy un hombre.

Lucrecia apartó la vista, azorada. Gerard Castillo podría haber dicho que era una persona, un ser humano… Pero había dicho «hombre», con una connotación intensamente masculina.

—Yo creía que todos los polis erais *terminators* —bromeó ella, intentando sobreponerse a la turbación.

—Lamento desilusionarte. —Gerard puso el alma en aquellas dos palabras.

Lucrecia apuró su café de un trago y agitó la cabeza con furia. El comportamiento de Gerard Castillo la desorientaba, le traía un desagradable regusto a engaño. ¿Cómo podía sentir algún interés por ella? ¿Qué más le daba si estaba destrozada? No, todas aquellas atenciones respondían a una estrategia. ¿Qué pretendía? ¿Atraparla con la guardia baja?

—No perdamos el tiempo —le pidió bruscamente—. Ya que has dicho que vienes a interrogarme, hazlo. Pregúntame lo que quieras.

Gerard asintió con vigor.

—Pero antes quiero que me prepares otro café.

—De acuerdo —aceptó Lucrecia resignada.

—¿Tienes whisky?

—¿Tan penoso va a ser el interrogatorio?

—No, es que me gusta abusar de tu hospitalidad. ¿Tienes whisky?

—Sí.

—¿De qué marca?

—Macallan.

—Quiero un whisky.

—Si, *bwana* —respondió Lucrecia, con un pie ya dentro de la casa.

—Y una última cosa…

Lucrecia levantó una ceja interrogante. Después, la ceja decidió por su cuenta subir y bajar varias veces. Pero Gerard ya se había apercibido del gesto.

—Sí, Lucrecia, «eso» también me apetecería —concluyó imperturbable—. Pero, por ahora, me conformaré con que traigas hielo.

Lucrecia regresó pocos minutos después con una bandeja. La dejó sobre la mesa. Un café humeante, dos vasos de cristal tallado, una cubitera y la botella de Macallan dentro de su caja de cartón gris metalizado.

—Trabaja un poco —repuso ella—. Prepara los whiskies.

Gerard asintió, obediente.

Durante unos minutos, los dos permanecieron en silencio,

disfrutando de aquella tregua antes del combate. Gerard dispuso dos cubitos dentro de cada vaso, y un par de dedos de Macallan. Se tomó el café, encendió un nuevo cigarrillo. Se recostó en la silla y la señaló con el pitillo encendido.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Entonces, dime: ¿sabes quién ha matado a Dana Green?

Fue tan brusco que la pilló desprevenida. Lucrecia esperaba un interrogatorio suave, *in crescendo*, en el que Gerard se iría acercando lentamente a la pregunta estrella. Pero no, la había abordado sin preliminares. Fue por eso que su rostro se crispó en una mueca de dolor. Fue por eso que un recuerdo cruzó su memoria. El recuerdo de unas palabras, unas pocas frases escuchadas en su buzón de voz. Ella había intentando enterrarlas en el fondo de su subconsciente, sin éxito.

> Lo siento, princesa. Yo sé que sos inocente, pero hoy no puedo hacer nada por vos. Pase lo que pase, que sepás que se sabrá la verdad, toda la verdad.

Lucrecia vaciló una fracción de segundo, suficiente para que Gerard Castillo apreciase la sombra de la duda en sus ojos.

—No, no lo sé.

—Pero lo sospechas.

—No pienso inculpar a nadie, sargento.

—¿Ocultas algo? —le preguntó Gerard lanzando una profunda calada—. Eso te convertiría en cómplice.

—No oculto nada… importante. Y no soy cómplice de nada.

—Deja que lo valore yo.

Lucrecia negó de nuevo.

—Puedo estar equivocada. Es solo una… intuición.

Gerard aplastó la colilla en el cenicero y lanzó su último asalto. Fue a traición, de improviso. Y acertó de lleno.

—¿Sospechas de Alejandro Paz?

Ella intentó responder, pero su rostro se crispó en una mueca extraña. No pudo articular palabra.

Gerard la miró a los ojos, ella apartó la vista.

Lucrecia Vázquez no sabía mentir.

24

De cada mil hombres, novecientos noventa y nueve habrían visto en ella a una mujer fea, desgarbada y absolutamente carente de encanto.

Gerard Castillo, en cambio, veía a una joven inteligente y de hermosos ojos azules; una mujer atractiva que merecía la pena conocer.

¿Era realmente el único que se dejaba seducir por Lucrecia Vázquez, capaz de escuchar sus imperceptibles cantos de sirena?

Al final, hablaron de todo. Y sobre todo, habló ella. No de Alejandro Paz, no de asesinatos y asesinos, sino de sí misma. Al final se hizo de noche, y Lucrecia encendió un farolillo que iluminaba su rostro y hacía brillar sus ojos. Ella se puso un jersey grueso, le ofreció una manta. Gerard se levantó perezosamente y declinó la oferta. Debía irse.

Eran las siete y media de la tarde cuando se subió de nuevo al coche. En realidad, lo único que había sacado en claro era que Lucrecia Vázquez sospechaba de Alejandro Paz, pero no iba a delatarlo. Y para ello no necesitó nada más que una fracción de segundo. Todo lo demás fue porque quería saberlo. Porque le interesaba.

A él no le gustaba hablar de sí mismo, y Lucrecia no le preguntó absolutamente nada. Se limitó a dejarse llevar por el momento, a aceptar como sincero aquel interés que mostraba Gerard por su vida. Quizás, en el fondo, subyacía la posibilidad de que él intentase bucear en su pasado a la búsqueda de una infancia brutal que justificase una mente perturbada. La infancia brutal existía, y a un policía no le costaría nada descubrirlo, así que le ahorró el trabajo y se lo explicó ella misma. Sin dramatismos innecesarios, pero sin pretender minimizar el horror.

Para empezar, le confesó que, aunque no se alegraba de ser fea ni de tener Gilles de la Tourette, en sus circunstancias, eso la había

protegido de males mayores. Se había criado en centros de acogida, y su existencia, aunque fue terrible, aún pudo ser peor.

Sabía de compañeros suyos que habían acabado en la cárcel; otros, víctimas de las drogas o de la prostitución. A pesar de los esfuerzos de los educadores, por muy abnegados y cariñosos que fuesen, solo eran capaces de crear una falsa ilusión de hogar, de normalidad precaria que se rompía en añicos en cuando los niños llegaban a la adolescencia. La angustia existencial de la pubertad era para ellos un miedo muy real, la toma de conciencia definitiva de su desamparo.

Tenían razones más que suficientes para estar enfadados con el mundo.

Para Lucrecia, sin embargo, la certeza de su infortunio llegó mucho antes. Sus compañeros, allá adonde fuese, la señalaban como a un bicho raro, y la emprendían con ella. Le pegaban y la humillaban sin parar, tan fea y acaballada, tan llenita de tics. Ella se acostumbró a permanecer recluida, a autocastigarse. Era la única manera de subsistir. Vivía en un régimen de aislamiento, y en cuanto los cuidadores intentaban integrarla con los demás niños, ella volvía a insultar al primero que se le cruzaba por el camino y regresaba a su exilio voluntario. Así pasó varios años, todos los que duró su niñez. Aprendió sola a leer, como la Matilda de Roald Dahl. Al principio le ofrecieron cuentos, pero ella no los soportaba. «Eso es una mierda. No quiero rollos de cerditos, ni de caperucitas ni de lobos feroces.»

Tampoco le gustó Enid Blyton. Demasiadas tortitas con sirope de arce, demasiados sándwiches de pepino, demasiada cerveza de jengibre. (Además, los protagonistas eran unos niños insoportables y los malos, tontos de remate.) Con la primera novela con que Lucrecia disfrutó de verdad fue con *Moby Dick*, de Melville. Tenía poco más de ocho años, y su lectura resultaría difícil incluso para gran parte de los adultos. A *Moby Dick* le siguieron, por simpatía, *Robinson Crusoe* y *Los viajes de Gulliver*. Después, uno de sus educadores le descubrió Verne, Salgari y Dumas. Con ellos fue en globo, dio la vuelta al mundo, viajó a la India, descubrió tesoros, se batió en duelo... Para Lucrecia Vázquez, los libros eran su droga. Si no tenía libros, comenzaba a jurar y maldecir tan fuerte que todos temblaban de miedo. Convocaba al maligno con unos gritos tan desgarradores que aterrorizaba hasta el último de los habitantes del centro de acogida.

La llamaban la Niña Diabólica.

Quiere libros, que se los den. Pero que se calle.

Fuera de su confinamiento corría el alcohol y las drogas. Y los abusos sexuales. El mundo era brutal, y ella prefirió esconderse tras sus horribles tics, aislarse en su mundo.

Dickens, Stevenson, Austen, Brontë, Conan Doyle, Shelley, Poe, Christie…

Conforme se iba haciendo mayor se dio cuenta de que tenía gran facilidad para crear personajes e inventar historias. No obstante, era consciente de que debía formarse en todos los campos de la ciencia y no le resultó difícil: su mente era una máquina privilegiada que aprendía sin dificultad todas las enseñanzas. Tenía que ser como un papel secante y absorberlo todo. Después, cuando fuese mayor, ya decidiría lo que debería guardar y lo que debería tirar. Aun sin escolarizar, aprendió cálculo y geometría, física y química. Ortografía y morfosintaxis.

Cuando murió su madre, ya con catorce años, aceptó ser enviada a una escuela especial para alumnos con problemas de comportamiento. Allí, entre neuróticos y autistas, entre sicóticos y esquizofrénicos, encontró su lugar bajo el sol. A partir de entonces fue la tuerta en un país de ciegos. Conoció profesores que no se asustaban ante sus repentinos ataques de ira. Y sobre todo, se relacionó. Se volvió persona. Dejó de ser la Niña Diabólica y descubrió el placer de ayudar a los otros, de ser útil. E hizo el primer amigo de su vida: un niño autista con una inteligencia brillante para las matemáticas.

El tiempo pasó muy deprisa, y Lucrecia se encontró realizando las pruebas de acceso a la universidad. Aunque sacó unas notas excelentes en el examen de la selectividad, su expediente académico estaba lleno de irregularidades, y no pudo conseguir plaza. No se desanimó. Años después vino el trabajo en la Editorial Universo, y pudo apuntarse a estudiar Filología Hispánica por la UNED, mientras asistía a la Escuela Oficial de Idiomas para estudiar inglés y francés. Después aprendió alemán.

La suya era una historia de superación, veintisiete años muy vividos.

Por desgracia, ahora que comenzaba a recoger los frutos de tanto esfuerzo, la vida golpeaba duro de nuevo.

25

—¡Sargento!

Gerard apenas se había sentado al volante del coche. Había dejado el móvil en la guantera para no tener que estar continuamente atendiendo a las insistentes llamadas de Pau Serra, que, por lo visto, no podía vivir sin él.

—¿Qué te pasa?

—¡Le he llamado diez veces!

—¿Te has vuelto loco?

—Perdone, sargento, pero es que no le localizaba y tengo tantas noticias que contarle...

—Venga, di —le apremió Gerard lanzando un suspiro.

—La hermana de Soledad Montero ha estado en el Hospital General.

—¿Has podido hablar con ella?

—Sí, sargento. Le he tomado declaración en el mismo hospital.

—Estupendo. ¿Sigues allí?

—Sí, sargento. Yo contaba con que viniese a buscarme y por el camino le hacía un resumen de su declaración.

—Aún no he ido a ver a Alejandro Paz.

—¡Mejor, así le acompaño!

—No es necesario.

—Tengo más información, jefe. Y es muy jugosa.

—¿Respecto a qué?

—Los de delitos informáticos han rastreado la dirección IP de Ángel, ya sabe, el que le envió las amenazas a Soledad Montero.

—¿Y?

—Se trata de un local de ocio, un pub, un cibercafé o algo parecido.

Gerard se encogió de hombros.

—Pues a la mierda. Por ahí no hay nada que hacer.

—No se crea, jefe, porque aunque no es la dirección de un

particular, tenemos un radio de acción bastante limitado.

—¿Un radio de acción bastante limitado? —repitió Gerard sarcásticamente—. ¿Me estás hablando de dos o tres mil cibernautas?

—El local está ubicado en un pueblecito de Lugo que se llama Ouleiro. Y solo tiene novecientos habitantes censados.

—El usuario podría venir de fuera.

—Ouleiro está situado en lo alto de una montaña, y la única manera de acceder es a través de una carretera comarcal que parte de Lugo y que da vueltas y más vueltas a lo largo de sesenta kilómetros. Está alejado de todas las rutas turísticas, así que no recibe muchas visitas. Por si fuera poco, en Ouleiro siempre hace un frío de muerte.

—Vaya, que no podemos decir que Ouleiro sea Benidorm.

—No, no lo es —corroboró Serra con una carcajada.

—Incluso que el encargado del bareto debe conocer a los cuatro desgraciados que se dejan caer por su local.

—Como si fueran de su familia.

La mirada de Gerard se tornó brillante.

—Joder, Serra, te dejo solo una tarde y si me descuido, resuelves el caso.

El cabo dejó escapar una carcajada de satisfacción.

—Pues eso no es todo, sargento —le dijo—. Repasando los informes, he descubierto un dato en la biografía de Alejandro Paz que le interesará.

26

Esperanza Montero Molinero hacía años que no se hablaba con su hermana. Su último contacto lo habían tenido a través de sus respectivos abogados y fue para solucionar un litigio relacionado con la herencia. Como la única versión que se podía conseguir en aquel momento era la suya, en principio toda la culpa del distanciamiento entre las hermanas era de la muerta. Soledad Montero Molinero había sido, según palabras textuales de su hermana pequeña, «una cerda egoísta y manipuladora que hubiese matado a su madre si con ello hubiera sacado algún provecho».

Aquella opinión tan radical no se sustentaba solo en el comportamiento rastrero de Soledad Montero Molinero al impugnar el testamento de la madre, sino en toda una vida de desencuentros. Nunca habían tenido buena relación; Soledad era una mala persona, mentirosa, hipócrita y falsa hasta la médula, siempre intentando sacar provecho de todo y de todos. Vaya, que a ella no le extrañaba que tuviese enemigos y que alguien desease matarla. En definitiva; no le había llorado ni una sola lágrima.

Soledad ya era Dana Green cuando murió la madre. Su situación económica era por entonces muy desahogada, y además, apenas habían tenido contacto durante los últimos años. Como el único patrimonio con que contaba la madre era la casa donde había vivido hasta su muerte y que había compartido con su hija menor y su nieta, se la dejó en herencia a ambas, desheredando a su hija mayor. La casa se hallaba en Ourense, en una aldea recóndita llamada Ponte da Cerdeira, y había sido heredada a su vez de la abuela materna, ya muerta.

La vida había maltratado a Generosa Molinero Rial, la madre, dejándola sola y al cabo de la calle con cuarenta y cinco años y dos hijas. Su historia era triste, digna de un folletín lacrimógeno. Su

marido, el padre de Soledad y Esperanza, desapareció un buen día sin dejar ni una miserable nota de despedida. Por si fuera poco, unos días después llegó una notificación del banco anunciando que el piso estaba hipotecado. Como ella no podía hacer frente a la hipoteca, se lo embargaron. Por lo visto, al muy desgraciado no le importó dejar a su mujer y a sus dos hijas en la calle. La madre hizo las maletas y se fue a vivir a la casa de Ponte da Cerdeira, que llevaba muchos años cerrada. Solo la acompañaba su hija pequeña, ya que Soledad, que ya tenía dieciocho años, dijo que no iba con ellas, que no volvería a Ponte da Cerdeira ni muerta, y que ya se buscaría la vida en Barcelona, como así hizo.

Esperanza tampoco tuvo mucha suerte en la vida. Con veinte años se enamoró de un camionero, que resultó estar casado y que en cuanto supo que ella estaba embarazada desapareció sin dejar rastro. Esperanza pidió ayuda a su hermana, que ya se había forjado en Barcelona un nombre como escritora. Soledad, o Dana Green, nada quiso saber de ella, y dejó incluso de contestarle al teléfono. Años después, la madre, ya muy enferma, le legó a ella la casa de la aldea para que tuviera, al menos, un techo donde cobijarse.

Al conocer el contenido del testamento, Soledad Montero Molinero lo impugnó y reclamó la legítima, la parte proporcional de los bienes que le pertenecían por ley aunque su madre la hubiese desheredado. Los abogados llegaron a un acuerdo y Esperanza tuvo que asumir una hipoteca de ochenta mil euros, que era el dinero que le reclamaba su hermana por renunciar a la parte de la casa que le correspondía por ley. Esperanza sabía que su hermana Soledad no quería la casa, ya que odiaba Ponte da Cerdeira. ¿Por qué lo odiaba? Esperanza no sabía por qué, pero sí desde cuándo. Su hermana mayor pasó allí unos meses cuando tenía catorce años, al parecer para curarse de una extraña enfermedad. Ella no sabía de qué enfermedad se trataba, pero cuando volvió a Barcelona varios meses después, estaba aún más desmejorada y sufría unos dolores horribles. Esperanza no tenía ni idea de qué le había pasado a su hermana, ni le importaba. Seguramente era la misma maldad la que la estaba envenenando. Porque Soledad era mala, mala, mala.

¿Y a quién le había legado sus bienes aquella mala pécora? Sorpresa: Soledad Montero Molinero no había hecho testamento, así que ella era, como pariente más cercana, su heredera universal.

Durante unos segundos, el rostro de Esperanza Montero Molinero se iluminó con una sonrisa. A punto estuvo de perdonar a su hermana

mayor. A punto.

Lamentablemente, existía la posibilidad de que Soledad tuviese descendencia, ya que se sospechaba que durante aquellos meses que pasó en Ponte da Cerdeira, llevó a término un embarazo y trajo a un hijo al mundo. En ese caso, él sería su heredero.

¿Un hijo? ¡Esa idea era estúpida, disparatada! Esperanza Montero Molinero no había escuchado en su vida una tontería semejante. ¿Su hermana Soledad tenía un maldito hijo secreto que iba a heredar todos sus bienes?

¡Imposible!

Gerard escuchó con atención la declaración de Esperanza Montero que Serra había grabado. Aunque no resolvía ninguno de los interrogantes que rodeaban el asesinato, sí que perfilaba un poco más la personalidad de la muerta. Era evidente que Ponte da Cerdeira era el pueblo donde Soledad Montero se había escondido para ocultar su embarazo, así que ya tenían un punto de partida para buscar a ese niño. Si no había muerto, alguien lo habría llevado a un hospital, allí lo curaron de sus horribles heridas. Seguramente, después lo enviarían a algún orfanato de la zona. Si había quedado tan espantosamente mutilado, no sería difícil seguirle la pista.

—Olvidé decirle por teléfono que nos han enviado el histórico de llamadas del móvil de Dana Green —repuso Pau Serra.

—¿Y qué?

—Nada de nada —contestó el cabo—. Dana Green no hizo ni recibió ninguna llamada el día en que murió. Y de los días anteriores, tampoco hay llamadas significativas. Ella solo habló con Ramón Aparicio, cosa totalmente normal.

—Me lo imaginé —dijo Gerard mientras buscaba aparcamiento en los alrededores de la casa de Alejandro Paz—. Por cierto... ¿qué es lo que has descubierto del argentino?

—Nada nuevo —repuso el cabo meneando la cabeza—. He relacionado dos datos, pero ahora pienso que es una tontería.

—Deja que lo decida yo.

—Alejandro Paz también tiene treinta y cinco años.

Gerard asintió.

—Es verdad, ahora recuerdo que me lo dijiste.

—Pero no puede ser el hijo de Soledad Montero, sargento. Para empezar, es argentino.

—No sabemos si nació en Argentina, Serra. No tenemos su partida de nacimiento.

—Además, Alejandro Paz no está mutilado —prosiguió el cabo.

—Eso es cierto...

Durante unos minutos, los dos hombres se abandonaron a sus propios pensamientos. Cada uno de ellos intentaba encontrar el cabo de la madeja, sin conseguirlo. Al final fue Gerard quien rompió el silencio.

—Se nos escapa algún detalle —aseguró—. Estoy convencido de que, cuando lo descubramos, todo este embrollo tendrá sentido.

Pau Serra asintió.

—Lo que yo no puedo entender es cómo un tipo con la cara destrozada puede ir y venir sin que nadie lo vea —dijo.

—Es evidente que tiene un cómplice. Y ese cómplice tiene que ser alguno de la editorial.

—Lucrecia Vázquez o Alejandro Paz.

—Es posible.

—Pero ¿por qué? ¿Qué razón podrían tener estos dos para querer cargarse a la escritora y al editor? ¡A ambos los perjudica!

—Sobre todo a Lucrecia. Ella es la más perjudicada —repuso Gerard—. Además, tengo que decirte que, aunque no he conseguido que me confiese el porqué, estoy seguro de que ella sospecha de Alejandro Paz.

—Yo no me fiaría mucho de ella, sargento.

—No, ni yo tampoco. Sé que puede intentar manipularme. Pero el hecho de que intente dirigir mi mirada hacia Alejandro Paz quiere decir que pueden existir razones objetivas para que sospechemos de él.

—¿La coincidencia de edades puede ser una razón? —preguntó Pau Serra.

—Podría ser. Alejandro Paz tiene la misma edad que el hijo de Soledad Montero. Tal vez fueron compañeros de escuela. Amigos. Amantes. Yo qué sé.

—La única razón que tenemos para asegurar que el hijo de Soledad Montero tiene treinta y cinco años es porque lo dice en el manuscrito.

—Serra, no te olvides de la foto del guateque.

El cabo meneó la cabeza con gesto tozudo.

—Pues yo sigo pensando que es una casualidad.

Gerard detuvo el coche en doble fila e inició la maniobra de aparcamiento. Había tenido suerte al descubrir una plaza libre a pocos metros de la vivienda del argentino. Paró el motor y salió al exterior.

—Yo no pienso que sea una casualidad —concluyó—. Cuando se

trata de coincidencias y sospechosos, el azar no existe.

27

Alejandro Paz vivía en el Passeig de la Bonanova, en el barrio de Pedralbes. Podría deducirse que la vida sonreía al escritor, por lo menos en el plano profesional. Si tuviese un trabajo precario y formase parte del común de los mortales en tiempos de crisis, no podría comprarse un piso en la zona alta de Barcelona. Seguramente viviría en La Verneda, o en Nou Barris, en un bloque de doscientos vecinos. Con toda seguridad, en los bajos del bloque se habría instalado un paquistaní que vendería pan las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, al lado del cual se colocaría un ecuatoriano que abriría un locutorio al lado del Bar Pepe, que ahora es regentado por unos chinos que mantienen al cocinero andaluz que sigue haciendo las patatas bravas igual de explosivas. Pero no. Alejandro Paz tenía una profesión calificada como liberal, bien considerada socialmente —digan lo que digan—, y sus libros se vendían como rosquillas. Por eso vivía en el Passeig de la Bonanova, en donde los bajos eran aparcamientos repletos de BMW y Mercedes.

El inmueble era de nueva construcción, lo que implicaba también que era feo de solemnidad, con esas líneas que se suponen vanguardistas y que parecen sacadas de una película de ciencia ficción de serie B. La fachada estaba recubierta de mármol negro, seguramente noruego —seguramente carísimo—, y salpicada de ventanucos estrechos y alargados. Por si aquello no fuese suficiente, el inmueble estaba encajado entre dos edificios de comienzos del siglo XX de arquitectura modernista. Una demostración palmaria de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Al acercarse a la portería vieron que el interfono incluía videocámara.

—No sé yo si el argentino se alegrará de vernos —dijo Pau Serra.

—Ya te digo yo que no —murmuró Gerard apretando el timbre con energía.

Al cabo de dos minutos esperando respuesta decidieron que o

Alejandro Paz no estaba en casa o que, aunque estuviese, no tenía la intención de abrir la puerta. El sargento miró a un lado y otro de la calle, y después de comprobar que estaba desierta, sacó una tarjeta de crédito de su cartera. La introdujo en el resquicio que dejaba la puerta con el marco.

—¡Sargento! —exclamó Pau Serra escandalizado—. ¿Qué va a hacer?

—¿Quieres dejar de chillar, idiota? —susurró Gerard mientras deslizaba la tarjeta por la ranura vertical.

—¿Va... a forzar la puerta?

Gerard chasqueó la lengua a modo de respuesta. Inclinó y empujó la tarjeta durante unos segundos hasta conseguir abrirla.

—Se gastan una pasta en mármol importado y después no ponen una puerta de bloqueo —masculló—. ¿Tú lo entiendes, Serra?

Sin esperar respuesta, entró en el vestíbulo. Tras él, el cabo se había quedado inmóvil, con la boca abierta. Gerard se volvió y se encogió de hombros, impaciente.

—¿Entras o te quedas ahí pasmado?

Pau Serra tardó unos segundos en reaccionar. Entró, cerró la puerta con sumo cuidado y lo siguió. Ambos subieron sigilosamente por las escaleras hasta llegar a la tercera planta. En cada rellano había dos viviendas. Frente al piso donde vivía el argentino brillaba una placa en la puerta que anunciaba un bufete de abogados. Tenían suerte. Eran las nueve de la noche, así que era de esperar que el despacho estuviera vacío.

—¿Llamamos al timbre?

—Eres idiota, Serra —gruñó Gerard. Y con descaro, pegó la oreja a la puerta.

—¿Qué se oye?

—Gemidos. Ah, ah, ah...

—¿En serio? —preguntó Serra con los ojillos brillantes.

Gerard negó con la cabeza mientras lanzaba un bufido de resignación. Su subalterno no tenía remedio, siempre dispuesto a creérselo todo. No obstante, en aquel momento su mayor problema era la puerta blindada que tenía ante él. La observó, calculando su resistencia. Si estaba cerrada con llave, lo tenía complicado. Estaba rodeada de un marco metálico, y eso solo podía indicar una cosa: puntos de anclaje. Sería mucho más difícil de abrir que la de la entrada al edificio, aunque no imposible. Además, su pericia era notable. De tanto tratar con palanqueros, mangantes y chorizos algo se le había quedado pegado de su sabiduría. Después de manipular la tarjeta arriba y abajo, de buscar el punto exacto para presionar el

pestillo, descubrió con sorpresa que no estaba cerrada con llave. Consiguió abrirla con relativa facilidad. La empujó con suavidad mientras le lanzaba a su subalterno una sonrisilla de suficiencia. Por desgracia, la sonrisa se le heló en la boca casi al momento. Una vaharada nauseabunda fluyó del interior de la vivienda. Le hizo un gesto a Pau Serra para que se mantuviese inmóvil, y el muchacho dejó incluso de respirar. Ambos escucharon el ruido ahogado de cientos de patas que corrían presurosas por el parquet. De repente se escucharon unos chillidos agudos.

Ratas.

Los dos hombres se miraron a los ojos.

—No… puede… ser —balbució Pau Serra.

Gerard apretó los dientes, y sus mandíbulas se marcaron con fuerza en sus mejillas. Estiró la mano, buscando a tientas el interruptor de la luz, consciente de lo que iba a encontrar.

Decenas de ratas.

Y el olor insoportable a podredumbre, a muerte, a sangre coagulada.

28

El cadáver estaba irreconocible. Se hallaba en el dormitorio, tumbado sobre la cama, con las piernas y los brazos extendidos. En realidad, ya solo era un esqueleto, no había quedado ni un gramo de carne adherido a los huesos. Las ratas habían trabajado con ahínco, seguramente habían dispuesto de varios días para dejar los huesos mondos, y ahora campaban frenéticas por la casa buscando más alimento. También habían practicado el canibalismo, se atacaban con furia; aquí y allá se veían bolas de pelo ensangrentado y mezcladas con excrementos. Atenazadas por el hambre, las ratas se mordían entre ellas y devoraban a las más débiles, a las que no podían defenderse. En cuanto Gerard entró por la puerta se acercaron ansiosas, y tuvo que apartarlas a patadas para llegar hasta el dormitorio.

Aunque la imagen era dantesca, el olor era lo peor. Gerard se limitó a lanzar una mirada al cadáver e intentar deducir si aquel esqueleto podía pertenecer a Alejandro Paz. Por la altura y la constitución quizá lo fuera, aunque lo tendrían que determinar los forenses. Ya nada quedaba del escritor, ni el más mínimo resto de humanidad. Abandonó el cuarto y cruzó el pasillo con rapidez, consciente de que en cualquier momento las ratas podrían emprenderla a mordiscos con él. Salió al rellano, donde lo estaba esperando Pau Serra, blanco como el papel.

—Lo siento, jefe, pero no soy capaz... de entrar —balbució el cabo.

—Déjalo, Serra —replicó Gerard cerrando la puerta mientras se sacaba el teléfono móvil del bolsillo del pantalón—. Y ahora escúchame, que es importante.

El cabo asintió con lentitud.

—Tenemos que buscar una explicación que justifique nuestra presencia aquí. Supongo que lo entiendes.

Pau Serra cerró los ojos y lanzó un profundo suspiro. Intentaba controlar las náuseas.

—Sí.

—Exacto —repuso Gerard maquinando sobre la marcha alguna teoría plausible—. Bien, diremos que vinimos a ver a Alejandro Paz, y que un vecino cualquiera nos abrió la puerta. Y que al llegar aquí olimos a fiambre y avisamos a nuestros compañeros, ¿sí?

El cabo se encogió de hombros.

—No se lo creerá nadie, sargento.

—¿Y qué prefieres? ¿Que diga que he forzado la puerta?

El color volvió de repente al rostro de Pau Serra.

—Jefe, ¿por quién me toma?

Gerard sonrió. Por lo menos, el cabo no era ningún chivato.

—Bien, llamaré a los gilipollas de la Central. Este caso tampoco va a ser para nosotros. Confiemos en la buena predisposición de Teresa Valls para pasarnos información.

—Una cosa, sargento... —murmuró Pau Serra mientras Gerard llamaba por teléfono—. ¿Ha podido ver el cadáver?

—Sí.

—¿Es Alejandro Paz?

—Supongo.

—¿Está tan mal como... Soledad... Montero? —preguntó con un hilito de voz.

—¿Quieres entrar a verlo, Serra?

—No creo... que... deba.

—Pues deja de preguntar. Y sí, imagino que es Alejandro Paz —replicó Gerard escuchando los tonos de la llamada—. ¿Quién podría ser, si no?

—Entonces, él no es el asesino..., ni tampoco es un amigo del hijo de Soledad Montero..., ni tampoco...

Gerard asintió. Por alguna oscura fatalidad, cada vez que sospechaba de alguien, ese alguien aparecía asesinado... ¿Quién sería el siguiente?

Su mente respondió a la pregunta al mismo tiempo que escuchó una voz al otro lado del teléfono.

—Sí, soy el sargento Castillo...

Tras aquella llamada, los dos policías bajaron al vestíbulo. Gerard se mantuvo silencioso, intentando asimilar la magnitud de aquel macabro descubrimiento. Volvía a estar en un callejón sin salida.

Alejandro Paz también había sido asesinado. Si hasta ahora tenía una hipótesis para explicar la muerte de Soledad Montero y Ramón Aparicio, su teoría se había desbaratado con aquel último crimen. ¿Y

si en realidad aquellas muertes no tenían nada que ver con ese supuesto hijo de Soledad Montero? ¿Y si todo era una gran mentira?

¿Y si se trataba de un repugnante plan ideado por una inteligencia perversa?

Por una mente privilegiada pero enferma...

Lucrecia Vázquez había sufrido lo indecible durante su infancia, ella misma se lo explicó. Vivió recluida durante años, sin recibir cariño de nadie, acompañada únicamente por un libro y una imaginación desbordante. ¿Y si había enloquecido? Tenía talento, eso era innegable. ¿Y si lo estaba utilizando para idear aquellos crímenes repugnantes? ¿Y si había escrito ella aquella horrible historia del niño abandonado al nacer, devorado por las ratas?

Pero el hijo existía. Soledad Montero había estado embarazada.

Y también existían las coincidencias genéticas en la muestra recogida en Santa Creu, que demostraban que allí había estado el hijo de Soledad Montero.

Gerard sacudió la cabeza. Si en algún momento había tenido la sensación de que la maraña de hechos empezaba a organizarse en algún orden, en alguna concatenación sensata, aquella muerte había desbaratado todas sus teorías.

No tenía ninguna certeza, solo la seguridad de que Lucrecia Vázquez estaba implicada en aquellos crímenes.

Soledad Montero, Ramón Aparicio y ahora Alejandro Paz.

De algo estaba seguro Gerard Castillo, aunque no tuviese ninguna prueba para demostrarlo. Y esa seguridad le provocó un estremecimiento, muy a su pesar.

O Lucrecia Vázquez era la asesina, o sería la próxima víctima.

Cuando vio las luces destellantes a lo lejos, acercándose por el Passeig de la Bonanova, regresó de nuevo a la realidad. A los pocos segundos pudo distinguir más de cinco vehículos policiales. Los coches patrulla se detuvieron en la puerta, y bajaron varios *mossos d'esquadra* que acordonaron la zona con rapidez. Gerard los observó mientras cerraban la calle con cinta balizadora y fue entonces cuando se acordó de llamar a su superior. Todavía no habían sonado ni dos tonos, que el inspector Vilalta contestó al teléfono con voz fúnebre, sin saludar siquiera.

—Castillo, acabo de recibir una llamada de la Central.

—Sí, Vilalta, verás...

—¿Dónde estás? Te buscan.

—Ya lo sé, les he llamado yo —respondió Gerard—. Serra y yo

hemos encontrado el cadáver de Alejandro Paz.

—¿Alejandro Paz ha muerto? ¡No tenía ni idea!

—Sí, y comido por las ratas.

—¡Dios!

—Lo que oyes, Vilalta. Por cierto, ya te llamaré luego. He avisado para que...

—¡Castillo, escúchame! —le interrumpió el inspector—. ¡Tengo que darte una mala noticia!

Gerard vio cómo del interior de un coche oscuro bajaban cuatro hombres y se acercaban a él. El inspector Manzano, el intendente Serra y dos tipos que, aunque no conocía de nada, supo de inmediato quiénes eran.

Entonces entendió lo que Vilalta quería decirle.

Aquella era la mala noticia.

Los dos agentes de Asuntos Internos anunciaron a Gerardo de Arteaga Castillo que había sido suspendido de empleo y sueldo por agresión a un superior. Por ello le retiraban el arma y la credencial, y le informaban de que se llevaría a cabo la investigación necesaria para determinar si era responsable de los hechos denunciados. Ante la mirada de horror de Pau Serra, Gerard se desprendió de la pistola y de la placa y se la dio a los dos agentes, mientras Manzano dejaba escapar una repugnante sonrisa que dejaba al descubierto un ridículo hueco en su encía superior. Gerard lo miró largamente, pero no dijo ni una palabra. Los dos agentes de Asuntos Internos le soltaron una parrafada que hablaba de expedientes disciplinarios y de funcionarios sancionados. Él escuchó sin inmutarse, y aceptó obediente la medida cautelar. Nada podía hacer más que acatar la suspensión. Lo único que le dolió fue el gesto despectivo del intendente Serra, que, como quien espanta una mosca, conminó a su propio hijo a desparecer.

—Y tú vete a perseguir chaperos, que es para lo único que sirves.

Por un segundo, Gerard valoró la posibilidad de practicarle una endodoncia traumática —ya no iba de uno—, pero se contuvo. Una cosa era quedarse sin empleo, y otra muy distinta ir a parar a la cárcel. Su mirada, además, se fijó en el equipo de Científica que había traspasado el cordón policial y se dirigía a la entrada del edificio. Con ellos venía el médico forense.

No reconoció a nadie. Por lo visto, Teresa Valls y Jaime Aguilar habían sido apartados del caso, seguramente gracias a las malas artes del intendente Serra.

Mierda.

29

La rata hundió sus incisivos con avidez. De inmediato, el ojo se tiñó de rojo. El intenso azul del iris se tornó lila y finalmente parduzco. La herida abierta comenzó a sangrar con abundancia, atrayendo a las demás ratas, que se lanzaron ansiosas a disputar el jugoso botín. Entre chillidos agudos estiraron del párpado hasta rasgarlo, buscando la manera de dejar el globo ocular al descubierto. Porfiaron hasta conseguir extraer el ojo de su cavidad, únicamente unido por unos músculos retorcidos. Todas mordieron a la vez con fuerza, desgarrando la esclerótica, que se rajó de parte a parte. Del interior del ojo manó un humor espeso como la resina, que las ratas devoraron con fruición...

Gerard se despertó sobresaltado. Encendió la luz y miró la hora en el reloj.

Las dos y media de la madrugada.

Respiró hondo.

Su corazón latía desbocado, y sentía un dolor sordo en las sienes. Saltó de la cama y se paseó por la habitación, intentando controlar la angustia. La imagen era tan nítida y espeluznante que no conseguía apartarla de su memoria. Tenía, además, la horrible sensación de que no se trataba de una simple pesadilla, el resultado de una mala digestión. Era un sueño premonitorio.

Tras unos minutos, en los cuales no consiguió tranquilizarse, sino todo lo contrario, se vistió con rapidez y salió a la calle. Había cogido las llaves del coche sin pensar, así que su subconsciente ya había decidido qué iba a hacer. Sentado frente al volante, pensó en llamarla por teléfono, pero se contuvo. Quería verla, necesitaba verla. Sorprenderla. Mirarla a los ojos y descubrir si se enfrentaba a una asesina o a una víctima. Sabía que corría el peligro de ser engañado,

pero no le importaba. Ya no actuaba como policía; no estaba sujeto a una investigación que lo obligaba a actuar con objetividad, cosa que no había hecho en ningún momento. Era consciente de que su comportamiento no había sido correcto, pero justamente en aquel momento no debía rendir cuentas a nadie más que a sí mismo. Alguna ventaja le tenía que reportar haber sido suspendido de empleo y sueldo.

Gerard golpeó el volante con la mano, intentando liberar la rabia y la impotencia que sentía.

Era un estúpido.

Aunque ahora no tuviese en su poder la placa de policía, no podía esquivar su responsabilidad. Lo sabía. No había dejado de ser un policía, tan solo había dejado de cobrar por ello.

Se puso el cinturón de seguridad y arrancó el motor.

Cruzó el peaje de Sant Celoni y su pie apretó el acelerador hasta que la aguja del velocímetro marcó ciento ochenta. En aquel momento ansiaba infringir todas las leyes, códigos y reglamentos posibles. Era una reacción pueril, digna de un imbécil rematado, y lo sabía.

Respiró hondo y redujo la velocidad.

De nada serviría convertirse en un peligro público, en un descerebrado al volante. Ya había cometido suficientes equivocaciones en un solo día. El que tenía que estar expedientado era Manzano, pero el muy cabrón tenía la gran suerte de haberse tropezado con él, que era un memo. No podía ir por el mundo como un Harry *el Sucio* cualquiera; un justiciero de pacotilla. Aquello solo funcionaba en las películas. Le había saltado dos dientes a un hijo de puta y ahora pagaba las consecuencias. Que fuera un hijo de puta era lo de menos. Lo de más es que era inspector.

Claro, que tal vez… no le cayesen más que un par de meses de sanción.

Gilipollas.

El recuerdo de Lucrecia, en la editorial, esposada al asiento y con los pantalones mojados le hizo rechinar los dientes. Ahora ella tendría que enfrentarse de nuevo al maldito inspector Manzano, que tendría carta blanca para cometer todo tipo de abusos, amparado por el intendente Serra. Menudo par de buitres. Además, no solo se habían librado de él, sino también de Teresa Valls.

El mundo era un jodido lugar.

La autopista estaba desierta a aquellas horas, y aún faltaban unos minutos para las cuatro de la madrugada cuando llegó a Barcelona. A la altura de La Trinitat, tomó la Ronda de Dalt y la abandonó en la salida de Sant Andreu. Tardó diez minutos más en llegar hasta la placeta donde vivía Lucrecia Vázquez, y allí pudo aparcar el coche. Salió al exterior e inspiró profundamente mientras alzaba la mirada y descubría una luz que provenía de su piso.

Estaba despierta.

Un solo y breve timbrazo fue suficiente para que ella contestase. Cuando la vio, esperándolo en el rellano, le impresionó el cambio que había sufrido en unas pocas horas. Estaba tensa y su rostro se crispaba en una mueca brusca, dolorosa, de terrible sufrimiento.

—Manzano ha estado aquí —le anunció.

Gerard llegó hasta ella y la observó en silencio. Lucrecia le devolvió una mirada iracunda.

—Es un cabrón —aseguró—. Todos lo sois.

Gerard no pensaba rebatirlo. Es más, casi estuvo tentado de darle la razón. Pero se limitó a proseguir, imperturbable.

—¿Qué te ha dicho?

—Que me presente mañana en comisaría, que me tomaran declaración. Y que no se me ocurra hacer ninguna tontería.

—¿De qué tipo?

—No lo sé. —Lucrecia agitó los brazos—. ¿Llevarle unas cuantas ratas hambrientas para que se lo coman? ¡Mierda, mierda, mierda!

El exabrupto resonó en el rellano y Gerard le hizo un gesto para que entrasen dentro del apartamento. Ella se negó.

—No quiero que entres, ya estoy harta de policías. Además, sé que te han sancionado, así que ni siquiera tienes derecho a preguntarme nada.

—No, no tengo derecho.

Durante unos segundos, ella lo apuntó con un dedo amenazador, que después se agitó con furia.

—¿Tú también crees que he matado a Alejandro?

Gerard la miró, sombrío.

—¿Por qué me lo preguntas? —le espetó—. Si no tengo derecho a interrogarte, tampoco lo tienes tú. Estamos en igualdad de condiciones.

Lucrecia se estremeció de furia y golpeó los puños entre sí.

—Lo sé. Pero ¿lo crees? ¿lo crees? ¿lo crees?

—¿Me preguntas si creo que eres una psicópata asesina? —Gerard se encogió de hombros—. ¿Y por qué no? Mírate. —Ahora fue cruel, todo lo cruel que no había sido antes—. La pinta de loca la tienes

toda.

Lucrecia lanzó un bufido y el brazo se disparó como un resorte. No fue un tic, fue una bofetada sonora, que Gerard recibió sin inmutarse. Ella lo miró desafiante durante unos segundos, esperando recibir otro tanto. O más. Era lo que le había sucedido siempre, toda la vida. Pero Gerard no se movió. Se limitó a mantenerle la mirada, con la mejilla enrojecida. Lucrecia se volvió bruscamente, dispuesta a entrar en el piso y cerrarle la puerta en las narices, pero Gerard fue más rápido. La tomó del brazo y la atrajo con fuerza hacia él.

—Basta de juegos, Lucrecia —masculló—. Si quieres que te ayude, tienes que decírmelo todo. Todo. O te dejo tirada y ya te las apañarás con el hijo de puta de Manzano.

Lucrecia parpadeó y su rostro se crispó de nuevo. La ira había cedido, y daba paso a una emoción mucho más intensa y dolorosa. Los ojos se le llenaron de lágrimas que ella ya no pudo contener.

—Tengo miedo —murmuró.

Gerard tragó saliva. Aquella era la auténtica bofetada, certera como un disparo en la nuca. Su sospecha estaba confirmada, y con ella, la opresión sorda del horror.

—¿De qué? —preguntó, aunque conocía de sobra la respuesta.

—De ser la siguiente.

Gerard asintió con lentitud. Tardó unos segundos en contestar, en sincerarse.

—Por eso estoy aquí —dijo.

—¿Tú también... lo piensas?

—Es una posibilidad —contestó Gerard maldiciéndose a sí mismo por su estúpida respuesta.

—Es una posibilidad... —repitió Lucrecia, como hipnotizada.

—En realidad, no tengo nada claro —rectificó Gerard—. Quería venir a verte y he venido, eso es todo.

—Yo... te lo agradezco.

—Pero quiero que seas sincera conmigo, que me expliques todo lo que me has ocultado hasta ahora. Si tengo que ayudarte, necesito confiar en ti.

Lucrecia se pasó el dorso de la mano por el rostro y se secó las lágrimas. Luego hizo un leve gesto con la mano, invitándolo a entrar. Nada más cerrar la puerta, comenzó a hablar.

—Pensé que Ramón Aparicio había tenido algo que ver con la muerte de Dana Green. Y fue asesinado —confesó—. Y más tarde pensé lo mismo de Alejandro...

Gerard asintió.

—¿Por qué desconfiabas de Ramón Aparicio? —le preguntó.

—Nunca me lo dijo, pero sé que él odiaba a Dana. —Lucrecia se dejó caer en un sofá—. Estaba como preso en su red, totalmente sometido a sus antojos. Dana Green hacía y deshacía en la editorial, y Ramón obedecía como un corderito, cuando ella era una mujer inculta y zafia, incapaz de escribir dos líneas. Todos lo sabíamos, y no podíamos entender por qué Ramón se desvivió por crearle un nombre y una carrera literaria. —Lucrecia tomó aliento—. Yo siempre pensé que Dana sabía algo de la vida de Ramón Aparicio que, si lo explicaba, lo hubiera destrozado por completo.

—No ibas mal encaminada —repuso Gerard—. ¿Y Alejandro? ¿Por qué sospechaste de él?

Lucrecia asintió con vigor varias veces, como si se estuviese dando ánimos a sí misma. Entonces, con decisión, se levantó del sofá y fue en busca del teléfono móvil. Gerard la miró extrañado.

—El día en que murió Ramón… —Lucrecia manipuló el teléfono, buscando los mensajes guardados en el buzón de voz—. Yo estaba en la editorial, ya lo sabes… y Alejandro tenía una entrevista en la televisión.

Gerard enarcó una ceja, interesado.

—Cuando salió de los estudios me llamó por teléfono —prosiguió —. Ni siquiera me enteré. Al día siguiente, cuando salí del hospital, descubrí su mensaje en el buzón de voz.

—¿Y?

Lucrecia le ofreció el teléfono.

—Escúchalo.

Gerard obedeció, intrigado. De inmediato oyó la voz almibarada al argentino. El mensaje era tan breve que en una primera audición no llegó a asimilarlo del todo. Lo escuchó dos veces más.

«Lo siento, princesa. Yo sé que sos inocente, pero hoy no puedo hacer nada por vos. Pase lo que pase, que sepás que se sabrá la verdad, toda la verdad.»

Gerard le devolvió el móvil con un gesto de asentimiento. Estaba convencido de que ambos habían interpretado de igual forma las palabras del argentino.

—¿Tienes más mensajes? —le preguntó.

—No. —Lucrecia tardó unos segundos en proseguir—. Es más, me sorprendió que tuviese mi número de teléfono. Yo no recordaba habérselo dado, y, en todo caso, no me había llamado nunca.

Durante unos instantes, ambos permanecieron en silencio. Fue Gerard quien lo rompió, poniéndole voz a sus pensamientos.

—Antes de ir al programa, Alejandro ya sabía que Ramón Aparicio estaba muerto. Y sabía quién lo había matado —aseguró—. Si no lo

hizo él mismo.

—Eso pensé.

—¿Y por qué no quisiste explicármelo?

—Podía ser una sospecha sin fundamento —confesó Lucrecia—. Alejandro siempre hablaba así, utilizando palabras grandilocuentes. Presumía de tener un sexto sentido, de percibir las energías negativas y todas esas cosas. No era fácil tomárselo en serio.

—En este caso, sí. Aquí sabía lo que decía.

—Pero... él no pudo matar a Ramón Aparicio.

—¿Por qué no?

—Es evidente que él no era el asesino. Ha sido su última víctima.

—No es evidente, Lucrecia. Nada es evidente. Y en todo caso, si no era el asesino, es muy posible que lo conociese y confiara en él. Al escucharle no he notado inquietud en su voz. Estaba tranquilo.

—Eso es cierto —concedió ella—. Por la hora en que me envió el mensaje deduzco que acababa de salir del programa. Si fue allí donde supo de la muerte de Ramón, no le había afectado gran cosa.

—¿Viste las imágenes? Yo no he tenido tiempo.

Lucrecia asintió.

—¿Y qué te pareció?

—No me atrevería a afirmarlo con seguridad. Parece que sufre un ataque de nervios, e incluso llega a desplomarse y tienen que llamar a un médico. Pero yo sé que Alejandro era un actor convincente. En las presentaciones de sus libros se vendía como un gurú de la autoestima sin el más mínimo sentido del pudor o del ridículo. No era más que una interpretación estudiada para vender más libros.

—Así que pudo fingir el ataque de nervios.

—Sí.

—Estoy seguro de que Alejandro sabía que Ramón Aparicio estaba muerto —aseguró Gerard—. O lo mató él o ayudó al asesino a hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué razón podía tener Alejandro Paz para matar a Ramón? No lo entiendo. —Lucrecia meneó la cabeza, angustiada—. Y si ayudó al asesino..., ¿quién podría ser?

Gerard no contestó. Por ahora él era el único que hacía las preguntas.

—Es posible que fuese alguien muy cercano —repuso—. ¿Qué sabías de su vida?

Lucrecia negó con la cabeza.

—¿Y de sus orígenes? —insistió Gerard—. ¿Sabes si nació en Argentina?

Lucrecia volvió a negar.

—Tienes que entenderlo —se disculpó ella—. A mí no me apetecía

explicar nada de mí, ni de mi pasado, así que siempre esquivé cualquier acercamiento con Alejandro o con cualquier otra persona de la editorial. Me tenían por un bicho raro, pero eso no me importaba.

—A pesar de eso me hablaste muy bien de Alejandro Paz. Creo que dijiste que era tu protector o algo parecido —apuntó Gerard—. ¿Cómo podías apreciarlo tanto si no lo conocías de nada?

—Es difícil de explicar. —Lucrecia suspiró—. Desde el primer momento en que entré en la editorial, yo noté que él quería ayudarme. No sé... Es muy extraño, pero tengo la sensación de que él sí que me conocía a mí.

Gerard se pasó las manos por el rostro, en un gesto de cansancio.

—¿Te conocía? —repitió—. ¿De qué?

—No lo sé. Nunca quise hablar de ello. Alejandro me protegía, y eso me bastaba.

—Sé que piensas algo, dilo.

Lucrecia chasqueó la lengua.

—Es una estupidez. Verás, yo he estado en muchos centros de acogida. Tal vez...

—Coincidisteis en alguno de ellos.

—Lo pensé, pero no es posible, Alejandro era argentino.

—Alejandro había vivido en Argentina, pero no sé si nació allí. No hemos conseguido su partida de nacimiento.

De nuevo, el silencio se adueñó de ambos. Tal vez pasaran solo unos segundos, o tal vez fueron unos minutos. El sonido irritante de un despertador los sobresaltó.

—Mierda, ya son las cinco —gruñó Lucrecia mientras se levantaba de un salto y se dirigía a la habitación a parar la alarma. Por alguna razón, se demoró en el cuarto, y Gerard se recostó en el sofá y cerró los ojos, abandonándose a un estado de pesada somnolencia. Cuando abrió los ojos de nuevo, le sobresaltó ver a Lucrecia ante él con un envío de Correos en las manos.

—Ayer recibí este paquete —le dijo.

Gerard lo miró y la miró a ella, alternativamente. Estaba aturdido y tardó unos instantes en reaccionar.

—¿Qué es? —preguntó con voz ronca—. ¿Por qué me lo enseñas ahora?

—Lo tenía guardado. Perdona.

Con pesadez, Gerard se reincorporó y tomó el paquete de manos de la muchacha. Apartó el envoltorio de papel de embalar y sacó de su interior un manuscrito encuadernado. Al leer el título y el nombre del autor, el sopor desapareció de repente.

RATAS

—Dime qué es esto, Lucrecia. —Su voz sonó acerada, fría.

—Sabía que desconfiarías de mí —se lamentó ella—. Lo sabía. Pasé toda la tarde pensando en enseñártelo, pero imaginé que eso no haría más que complicar las cosas...

—¿Qué es? —repitió Gerard, impaciente.

—¿Recuerdas la sinopsis que te llevé a comisaría?

—Sí.

—Es el manuscrito completo.

—¡Maldita sea! ¡Lo has escrito tú!

—No, juro que yo no lo he escrito.

—¿Y por qué lleva tu nombre?

Lucrecia negó con la cabeza.

—¿Por qué te lo han enviado? —insistió Gerard—. ¡Explícamelo!

Lucrecia negó una y otra vez.

—No lo sé, no lo sé, ¡no lo sé!

—¿Quién te lo ha enviado? ¿Tampoco lo sabes?

—No.

Gerard observó el trozo de papel arrugado y adherido al papel de embalar en el que el remitente escribía el nombre y dirección de Lucrecia. La letra era muy tosca e insegura, propia de una persona sin estudios.

—Desde luego, el que escribió el manuscrito no fue quien te lo envió.

Lucrecia asintió.

—Yo también llegué a esa conclusión, pero nada más. Como puedes ver, es un envío anónimo. Lo único que puedes descubrir es la oficina desde donde fue remitido. Míralo —dijo Lucrecia mientras le mostraba la pegatina de Correos sobre el papel de embalar.

OULEIRO – LUGO

—¿De qué conoces Ouleiro? —le preguntó Gerard casi sin aliento.

—De nada —respondió Lucrecia encogiéndose de hombros—. Lo he buscado por internet y es un pueblecito perdido en lo alto de la montaña. No he estado en mi vida y no creo que conozca a nadie de allí.

—Tú eres gallega —murmuró Gerard mecánicamente.

—¿Y qué? —Lucrecia agitó las manos con furia—. ¿Y qué? ¿Y qué?

Gerard le hizo un gesto para que se apaciguase.

Ouleiro...

Estaba convencido de que ella no conocía al misterioso remitente,

y de que le estaba diciendo la verdad. Además, ahora tenía una pieza del puzle, y no era una pieza cualquiera. Había conseguido una parte del personaje central; ese personaje anónimo que se esfumaba como aire, pero del cual comenzaba a intuir el perfil.

Ángel y el remitente de aquel envío eran la misma persona.

—Tranquilízate —le dijo Gerard, hojeando el manuscrito—. Dime, ¿lo has leído?

—Sí.

—Explícame.

—Desarrolla la sinopsis —respondió Lucrecia, lacónica—. Ya sabes, la historia de un niño abandonado al nacer, que fue devorado por las ratas y se convirtió en un asesino.

—¿Cómo acaba?

—No tiene final.

Gerard tragó saliva.

—¿Se supone que tienes que escribirlo tú? —le preguntó.

Lucrecia ocultó el rostro entre las manos y negó con vigor.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé...

En un gesto instintivo, él le acarició el cabello.

—Lo siento, Lucrecia —murmuró—. Es todo tan complicado...

Al cabo de unos instantes, ella levantó la mirada. Suspiró varias veces, intentando tranquilizarse.

—Te diré algo, es lo único de lo cual estoy convencida.

Gerard la animó con un gesto.

—Verás... Sé que Alejandro Paz no escribía sus manuales de autoayuda.

No era lo que esperaba, pero Gerard ocultó su decepción.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenía un negro literario.

—¿Por qué lo sabes? ¿Él te lo dijo?

—No era necesario. Cuando conoces en persona a un escritor, y le has oído hablar, le identificas en sus escritos. Yo sabía que Alejandro no podía ser el autor de sus obras. Él era incapaz de hablar castellano, por mucho que se esforzase. Sus construcciones gramaticales eran las propias de un argentino.

—¿Y eso qué tiene que ver con el manuscrito? —le preguntó, impaciente.

Lucrecia tragó saliva.

—Reconozco el estilo.

—¿A qué te refieres?

—Este manuscrito está escrito por la misma persona que le escribió todas sus obras.

—A ver si lo entiendo. ¿Me estás diciendo que está escrito por el negro de Alejandro Paz?

—Sí.

—¿Y por qué crees que te lo ha enviado?

—Supongo que… Alejandro se lo pidió.

—¿Con qué fin?

—Alejandro quería que yo consolidase mi carrera literaria con un buen título. —Lucrecia tragó saliva—. Esta obra está bien escrita, lo reconozco.

—¿Y por qué lo haría?

Ella tardó unos segundos en contestar.

—Tal vez quiso hacerme un regalo.

Gerard se llevó las manos a la cabeza mientras asentía amargamente.

—Escritores… —murmuró con desdén—. Estáis locos de remate.

—Pero… ¿me crees? —le preguntó Lucrecia, vacilante.

—Por supuesto —asintió Gerard, sombrío—. El argentino te legó un bonito regalo… póstumo.

30

Los impulsos son traicioneros. Rendirse a ellos convierte al ser humano en una marioneta incapaz de calibrar las posibles consecuencias de sus actos.

Eso debería saberlo un hombre de treinta y siete años.

Por desgracia, no era el caso de Gerard Castillo. Tiró el manuscrito sobre la mesa y señaló a Lucrecia con un dedo.

—Prepara la maleta —le ordenó—. Rápido.

Lucrecia respondió con una sacudida violenta de cabeza.

—¿Que qué? —atinó a preguntar.

—Que prepares lo imprescindible. Nos vamos de viaje ahora mismo.

—¿Adónde?

—A Ouleiro. Vamos a descubrir quién te ha enviado este manuscrito.

—¿Y tenemos que hacerlo... nosotros?

—¿Quién si no? ¿Manzano?

Lucrecia negó con vigor.

—No le pienso entregar el manuscrito a ese hijoputa.

—Entonces no hay más opciones. Tenemos que ir a Ouleiro.

—Ouleiro... Ouleiro... —Lucrecia repitió aquel nombre varias veces, valorando la posibilidad de acceder a la propuesta de Gerard. No estaba dispuesta a dejarse arrastrar tontamente a una aventura incierta sin estar segura de que era lo mejor para ella.

—No puedo —decidió.

—¿Por qué?

—Mañana tengo que ir a declarar a comisaría —dijo con poca convicción—. Ya lo sabes.

—No vayas —replicó Gerard—. No tienes por qué ir.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Puedo negarme?

—Y tanto. No es obligatorio declarar en comisaría. Solo en un

juzgado.

—¿Lo dices en serio? Quiero decir… ¿lo sabes con absoluta seguridad?

Gerard hizo una mueca despectiva.

—Si no lo sé yo, ¿quién lo sabe?

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó ella—. Pero ¿no me perjudicará?

—Todo lo contrario. Si vas a comisaría, te arriesgas a que Manzano te intimide para obtener una declaración —respondió Gerard—. Y no tienes obligación de acudir ni tampoco de declarar. Así que, ¡que se joda!

Lucrecia analizó su respuesta. La motivación que impulsaba a Gerard no era altruista, ni mucho menos. Tenía mucho más que ver con perjudicar al inspector que con ayudarla a ella.

—Dime la verdad —insistió—. ¿Por qué me aconsejas que no vaya? ¿Lo haces para putear a Manzano?

—Por supuesto. Tú no me importas lo más mínimo —replicó él con aspereza—. En realidad, lo que te conviene es ir mañana a comisaría. En cuanto llegues, Manzano te meterá en un cuartillo, los dos solitos —Gerard tomó aire y la señaló con un dedo—, ¡y te volverás a mear encima!

Como si la hubiese impulsado un muelle, Lucrecia saltó con la mano en alto.

—Tranquilízate. —Gerard la miró con cara de aburrimiento—. Y piénsalo bien, no te he dicho nada que no sea verdad.

Ella bajó la mano y se dejó caer en el sofá, mientras su rostro se crispaba en una mueca dolorosa. Durante unos segundos permaneció en silencio, intentando ahuyentar el amargo recuerdo de una agresión. La vergüenza, más que el sufrimiento físico, le aguijoneaba el pecho. Por lo menos, en eso Gerard llevaba razón. Manzano sabía cómo golpear sin causar lesiones, cómo humillar y salir impune. Aquel golpe en el bajo vientre la dejó sin respiración durante unos instantes, y cuando quiso darse cuenta, la orina resbalaba por sus piernas. Al mirarle a la cara y descubrir su sonrisa malévola deseó con todas sus fuerzas verlo muerto. Pero también sintió miedo.

—Dime por qué quieres ayudarme —musitó.

Gerard se armó de paciencia. No era fácil manejar a una persona que desconfiaba de toda la humanidad. Y aún menos intentar persuadirla de que él se movía impulsado por un sentimiento de justicia interior, por una conciencia propia e implacable que no podía eludir, más allá de su condición de policía. Tenía que ser práctico y convencerla con argumentos que ella pudiese creer, y eso implicaba

convertirse en un buitre interesado.

—Si te explicase que creo en tu inocencia y que me preocupa lo que pueda pasarte, te sonará a milonga, así que voy a ser jodidamente sincero y te voy a decir la verdad —murmuró—. Y la única verdad es que, aunque estoy apartado del caso, quiero resolverlo. Llámale orgullo herido, vanidad o como te dé la gana. Sé que puedo descubrir al asesino.

Lucrecia asintió, convencida.

—¿Y por qué quieres que vaya contigo? —le preguntó.

—Te necesito.

Ella le lanzó una mirada furtiva, entre sorprendida y asustada.

—¿Para qué?

Gerard lanzó un bufido de desesperación.

—Sé lo que piensas, Lucrecia, pero estás equivocada. No te quiero utilizar como cebo, ni mucho menos. Estoy convencido de que no eres la próxima víctima.

—¿Cómo puedes saberlo?

Gerard señaló el manuscrito.

—Estos crímenes no son la obra de un asesino en serie que elige a sus víctimas de forma aleatoria. No. Está llevando a cabo una venganza muy calculada, y tú te has cruzado en su camino. Digamos que eres una espectadora inevitable, dada tu proximidad con las víctimas. Pero aún hay más. Antes dijiste que tenías la sensación de que Alejandro Paz te conocía. Tal vez esa persona también te conoce.

—¿Y?

—Si nuestro asesino es una especie de vengador justiciero, seguro que considera que tiene que reparar el daño causado, tal y como te he dicho antes. Tu infancia fue terrible, Lucrecia, y quizás él quiera hacer justicia a su manera. Por eso te ha enviado el manuscrito.

—Así que, según tú, el negro literario de Alejandro Paz es el asesino.

—Sí, eso pienso.

—Lo que no entiendo es la relación que puede haber entre esa persona y Ramón Aparicio. Porque si él fue el asesino de Alejandro, también lo fue de Ramón…

—Tal vez.

—¿Y Dana?

Gerard se encogió de hombros. Lucrecia seguía haciendo preguntas y más preguntas, intentando comprender qué relación podía existir entre el posible asesino y sus tres víctimas.

—Alejandro Paz, Ramón Aparicio y Soledad Montero… —enumeró ella—. ¿Qué tienen en común, aparte de su trabajo en la editorial?

Nada les unía…

Gerard estuvo a punto de explicarle la relación entre Soledad Montero y el editor, pero se contuvo. Quizá más adelante. Miró el reloj del comedor y vio que ya eran casi las seis de la madrugada.

—Deja de darle vueltas y decídete, Lucrecia —la interrumpió, impaciente—. ¿Quieres venir conmigo a Ouleiro o prefieres ir a visitar a tu amigo?

—Yo… prefiero ir contigo.

Gerard asintió satisfecho.

—¿A qué hora te ha citado Manzano? —le preguntó.

—A las doce.

—Tenemos seis horas hasta entonces, más lo que necesite Manzano para conseguir del juez una orden de búsqueda y captura. Así que date prisa.

—¿Puede hacerlo?

—Puede hacerlo y lo hará.

Lucrecia se levantó de un salto. La decisión estaba tomada. Ya no le preocupaba que la persiguiese el cuerpo entero de los Mossos d'Esquadra. Estaba con Gerard, que era uno de ellos, y a él no parecía preocuparle estar al otro lado de la ley. Además, había decidido confiar en él.

—No tardo nada —dijo.

Y desapareció de su vista.

Mientras Lucrecia trasteaba en su dormitorio, Gerard leyó algunos fragmentos del manuscrito, con la esperanza de encontrar algún tipo de información oculta entre líneas. No obstante, lo único que halló fue una historia de ficción, con un lenguaje demasiado florido para ser una novela de misterio, llena de pesadas descripciones de cadáveres en descomposición, y cuyo paralelismo con la realidad era peregrino. Cansado y aburrido, cerró los ojos de nuevo, y fue entonces cuando escuchó el sonido de un teclado. Se levantó de un salto y al entrar en la habitación vio a Lucrecia frente a su ordenador, con un *pendrive* en la mano.

—¿Qué haces?

Lucrecia le lanzó una mirada de súplica.

—Necesito mis textos —musitó—. Es un segundo, de verdad.

—¿De qué hablas?

—No puedo dejar colgada a la editorial.

—¿Colgada? ¿A qué te refieres?

—Tengo que acabar la próxima entrega.

Ante la mirada de sorpresa de Gerard, Lucrecia eligió un archivo con un curioso nombre: Sam Fisher 30.12.2012.

—¿Sam Fisher 30.12.2012? —leyó, asombrado.

Lucrecia agitó las manos, fingiendo despreocupación.

—Treinta de diciembre es la fecha de entrega.

—Entrega, ¿de qué?

—Del manuscrito.

—¿Y Sam Fisher? ¿Quién es?

—El nombre del protagonista.

—¿Sam Fisher? —repitió, atónito—. ¿Te refieres a Sam Fisher de *La novia del muerto*? ¿De *La maldición de Dalilah*? ¿De *Dinero sucio*? ¿De *Todos los policías corruptos*?

—Eh... sí.

Gerard parpadeó, confuso.

—Abre el archivo —le ordenó con voz seca.

Lucrecia negó con la cabeza.

—No hace falta —rogó, implorante—. Yo... lo grabo en una memoria USB y me lo guardo. Es un momento. Mira...

—¡Abre el archivo!

—No puedo. Tengo un contrato firmado en el que me comprometo a ocultar mi identidad. ¿Lo entiendes?

—No, no lo entiendo —replicó Gerard—. ¡Enséñamelo!

Lucrecia lo miró a los ojos, se encogió de hombros y obedeció.

31

El aire era espeso, irrespirable.

Sam Fisher paseó su mirada gris acero por la estancia y calculó las posibilidades que tenía de salir vivo.

Ninguna.

No obstante, antes de morder el polvo se llevaría por delante a uno o dos hombres. Apretó con fuerza la culata y su dedo se ciñó en el gatillo mientras apuntaba alternativamente a los tres pistoleros que pretendían acabar con su vida.

De allí iba a salir más de uno con los pies por delante.

Los tres esbirros de Rubirosa lo sabían, ya que se movían de aquí para allá, intentando que Fischer no los eligiese en primer lugar. Morgan cambió de postura por enésima vez y Flanagan hizo otro tanto. Slatery apretó los dientes y enseñó las encías, sacudiéndose como un perro de presa.

Y de repente, Fisher apretó el gatillo…

Gerard no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. En aquella pantalla podía leer el duelo a muerte de Sam Fisher con los secuaces de Rubirosa, correspondiente a la siguiente entrega de las aventuras de su héroe. Un enfrentamiento que había estado temiendo y deseando durante las últimas dos entregas.

—Así que…, ¿tú eres Kevin Wilson?

Ella lo miró, respiró hondo y asintió lentamente. Casi sintió pena.

—No me lo puedo creer… —murmuró él.

Lucrecia conocía la respuesta, pero no pudo resistir la tentación de humillarlo.

—¿Decepcionado?

—No… Bueno, sí —confesó él.

—¿Por qué?

—Yo estaba convencido de que Kevin Wilson existía. Quiero decir, que era un hombre de verdad, un auténtico macho. Verás… Sam

Fisher no tiene sentimientos ni afectos. Solo actúa. Tiene el cerebro hueco, como Schwarzenegger. Además, hay acción a mansalva, fiambres a tutiplén y muchas rubias explosivas, tontas y cochinas. En fin, un paraíso para los tíos...

Lucrecia dejó escapar una carcajada.

—Claro, y tú te piensas que las mujeres solo sabemos escribir *fiction woman* y *chick-lit*...

Gerard no había entendido nada, pero asintió con cara triste.

—Bueno... sí...

—Pienses lo que pienses, me siento halagada —concluyó ella cerrando el archivo—. Y ahora, si quieres, ya nos podemos ir.

Gerard asintió cabizbajo. Cuando ya salían, esbozó una disculpa a regañadientes.

—Perdona por mis estúpidos recelos machistas —murmuró—. En realidad, eres muy buena. Entiendes perfectamente la psicología masculina.

—Y tú tienes una imagen estereotipada de las mujeres —contestó Lucrecia en un irritante tono magistral—. No todas somos unas ñoñas sentimentales y debiluchas.

—Seguramente —replicó Gerard con rapidez—. Por eso espero que tú me ayudarás a romper con esos arcaicos prejuicios.

La respuesta era irónica, pero encerraba también una latente promesa de futuro. Lucrecia la pasó por alto.

—De todos modos, gracias por lo de buena —respondió—. Aunque no me concederán el Nobel de Literatura por crear a Sam Fisher.

—Ya me lo imagino.

Ella lo miró con el ceño fruncido y puso los brazos en jarras. O aquel tipo era un cretino integral o, lo que era peor, le estaba tomando el pelo desde el principio.

—Oye, ¿a que me cargo a Sam Fisher?

Gerard sonrió malicioso.

—Mientras no te cargues a Morgan...

Lucrecia lo miró sorprendida.

—¿Te preocupa más Morgan que Sam Fisher?

—Pues sí, la verdad.

—¿Por qué?

—De pequeño tuve un hámster que se llamaba Morgan y le tenía mucho cariño —respondió Gerard con aplomo.

—¿Y?

—Tuvo una muerte horrible.

Lucrecia sacudió la cabeza con furia. Maldito polizonte, ahora le iba a preguntar cómo había muerto el puñetero hámster.

—¿Cómo murió *Morgan*?

—Un día lo dejé suelto por mi cuarto. —Gerard curvó los labios—. Mi padre entró y lo mató de un pisotón. Le salieron las tripas por la boca.

—Si quieres, en mi próxima novela me cargo a tu padre.

—Sí, por favor.

Lucrecia cerró la puerta de entrada y sonrió. Aquella conversación era surrealista, y la situación aún más. Perderse en disquisiciones sobre hámsteres y tripas con un *mosso d'esquadra* que le ofrecía escapar de la ley como unos Bonnie y Clyde cualesquiera... De repente, sintió unas ganas horribles de sacar la libretilla de notas y tomar unos apuntes. Se contuvo. Pensó en unas palabras clave y le vinieron a la mente:

Matar padres. *Atracar bancos.*

32

Cuando Gerard se detuvo por primera vez, ya eran las diez de la mañana y acababa de dejar atrás Zaragoza. Aparte de una horrible pesadez en los párpados, notaba un desfallecimiento creciente, un tremendo vacío en el estómago. Paró en un restaurante de carretera y miró con cierta rabia a Lucrecia, que arrebujada en el asiento del copiloto, había dormido durante todo el trayecto. Era curioso que ella, que era propietaria de un flamante Audi, se hubiese sentido tan cómoda en el asiento de su destartalado Renault Mégane como si fuese el lecho más confortable del mundo, una cama con baldaquín y sábanas de seda en el hotel Hilton.

La rabia, de inmediato, se transformó en un sentimiento dulce. Lucrecia respiraba con suavidad, la cabeza apoyada en el lateral del vehículo. No movía ni un solo músculo y él la observó con detenimiento. Así, dormida, sin crispar su rostro por culpa de los tics, le mostraba una expresión apacible, tierna, confiada. Su boca, siempre contraída en una mueca brusca, ahora estaba distendida, los labios levemente entreabiertos y sonrosados. Jugosos. Gerard disipó un lúbrico impulso y la despertó. Ella abrió los ojos y tardó unos segundos en orientarse; los malditos tics aún tardaron menos. Lucrecia meneó la cabeza en un vaivén brusco e hizo una mueca de dolor.

—Dios... —murmuró con voz espesa—. Mis cervicales..., qué jodida mierda... ¡Coño, coño, coño!

—¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —respondió ella contorsionándose como una serpiente—. ¡Que me he roto el cuello en este puto asiento! ¡Joder, joder, joder!

—No será para tanto.

—¿Que no será para tanto? ¿Que no será para tanto? ¿Que no será...?

—Vale, vale. Tranquila.

Gerard abrió la puerta del coche y salió al exterior, dispuesto a

estirar las piernas y a olvidar que unos segundos antes había deseado besar a aquella mujer que ahora parecía poseída por el mismo diablo.

—¿Desayunamos?

Lucrecia lo miró con un brillo implorante en los ojos. Él tenía que ser capaz de valorarla en su justa medida, aunque acabase de mostrarle lo peor de su repertorio. Gerard asintió, comprensivo. Ciertamente, si Lucrecia Vázquez no era una dulce damisela, tampoco era la choni de extrarradio que él había padecido unos minutos antes.

—Después, si quieres, conduzco yo —le propuso la joven antes de entrar al establecimiento. Gerard pensó que ni loco, pero que ya se lo diría al salir. No tenía ganas de amargarse el desayuno.

Comieron en silencio, uno frente al otro. Estaban hambrientos, y dieron buena cuenta del bocadillo de jamón ibérico. Después, con el café con leche, Lucrecia se pidió un cruasán «para acompañar», y Gerard la miró con aprobación. Ella era delgada por naturaleza, pero tenía un fantástico saque, cosa que le complacía. Para un hombre de su envergadura, comer con una mujer de espárrago y hoja de lechuga le asqueaba sobremanera. Pero Lucrecia comía con entusiasmo, como si aún estuviese creciendo, con buenas dentelladas de mujer sana y despreocupada. Y aunque no se dirigieron la palabra durante el desayuno, aparte de un «mmm, qué bueno», no fue por falta de confianza, sino todo lo contrario. Ninguno de los dos deseaba hablar, y no eran amantes de forzar la conversación con una cháchara inútil.

Cuando, de vuelta al coche, Lucrecia le pidió las llaves con un gesto y mirada de niña buena, Gerard aceptó sin pensárselo dos veces.

De algo hay que morir.

Fue entonces cuando descubrió que, frente al volante, igual que durmiendo, el síndrome de Gilles de la Tourette desaparecía. Lucrecia se ajustó el asiento con parsimonia, graduó el espejo retrovisor y arrancó el motor. Gerard intentó buscar alguna postura cómoda, pero estaba tenso como un perro guardián. No obstante, no tardó ni dos minutos en relajarse; Lucrecia era una conductora experta y muy tranquila, algo lenta para su gusto, pero suave con el cambio de marchas y los pedales. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el lateral del coche, como le había visto a ella hacer antes. Antes de dormirse fantaseó sexualmente; tenía el estómago lleno y le pesaban los párpados, su miembro retozó juguetón bajo los pantalones tejanos mientras su mente se abandonaba a un polvo pausado y cadencioso como el ruido del motor.

Gerard tuvo su ración de sueño profundo y reparador, y a él ni siquiera le dolió el cuello al despertarse. Estaba acostumbrado a dormir en el coche, en las largas noches de guardia vigilando a los malos. El runrún lo meció durante tres horas, y ya eran pasadas las dos de la tarde cuando Lucrecia decidió parar en Aranda de Duero.

Comieron en un mesón típico castellano con gruesas paredes, techos altos y abovedados y vigas de lagar. Ya que tenían que ir a Galicia, y el viaje era largo, por lo menos iban a disfrutar del trayecto. Uno frente al otro, en una sólida mesa hecha con trillos, decidieron tomarse la vida con gran seriedad.

Gerard se ocupó de elegir el menú: ensalada de cogollos y lechazo asado. Lucrecia le propuso beber agua por lo de la tasa de alcoholemia, y él se golpeó repetidas veces la sien con el índice, mientras le preguntaba si había perdido el juicio. Lucrecia se encogió de hombros, avergonzada, mientras él elegía un tinto de crianza de la Ribera del Duero. Estaban esperando el segundo plato cuando él notó que su teléfono móvil vibraba dentro del bolsillo del pantalón. Imaginaba quién era, y al mirar la pantallita hizo un gesto de disculpa a Lucrecia. Se levantó con pesadez y se alejó de la mesa unos metros.

—Serra, espero que no me jodas el lechazo.

—¡Sargento!

—¿No puedes vivir sin mí?

El cabo contestó a la pregunta con otra pregunta.

—¿Dónde está?

Gerard reprimió la impertinencia que estaba a punto de soltar y respondió filosóficamente.

—Por ahí.

—He ido a verle a casa y no le he encontrado. ¿Está en Madrid?

Gerard dejó escapar una carcajada. Madrid sería el último lugar adonde iría si anduviese buscando paz y serenidad.

—No.

—¿Entonces?

—Serra, ¿me estás interrogando?

Al otro lado, el cabo tardó unos segundos en contestar. Como si no supiese qué decir, o tal y como Gerard tuvo la sensación que sucedía, como si recibiese indicaciones.

—No, no... Es que estoy preocupado.

—Pues no te preocupes, que ya soy mayorcito. ¿Cuál es tu problema?

—Yo... quisiera saber dónde está.

—Estoy recorriendo la Península sin rumbo fijo —respondió Gerard intentando valorar el insólito interés de su subalterno por su

paradero geográfico—. Verás, quiero alejarme unos días del mundanal ruido y reflexionar acerca de mi vida... Supongo que lo entiendes.

Se hizo un silencio espeso, incómodo.

—Bueno, sargento, tómese un tiempo para reflexionar —concedió Serra al fin—, pero no deje de estar en contacto con nosotros. Vilalta está removiendo cielo y tierra para devolverle sus credenciales, y yo creo que lo conseguirá en un par de días. Una semana a lo sumo.

—No sé si me alegro.

—Sargento, no sea tan pesimista. Además, el caso se ha complicado todavía más, así que Vilalta está convencido de que usted volverá a la investigación. Hacen falta todos los efectivos posibles.

—¿Se ha complicado? ¿Por qué? —El brillo de interés en los ojos de Gerard no pasó desapercibido a Lucrecia, que lo observaba sin disimulo.

—Lucrecia Vázquez ha desaparecido.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Gerard—. ¿No estás apartado del caso?

—Bueno, sargento, ya sabe que tenemos amigos en la Central...

Gerard miró a la joven. Ella le devolvió la mirada. «Estáis hablando de mí.»

—Vaya, así que Lucrecia Vázquez ha desaparecido —repitió Gerard —. ¿No estarás equivocado?

—Estaba citada en comisaría con Manzano y no se presentó. El inspector consiguió una orden del juez para registrar su casa y vieron que había desaparecido su documentación y el teléfono móvil. Lo curioso es que su coche está en el garaje, y no ha intentado comprar un billete de tren o de avión.

—¿Han ordenado su búsqueda y captura?

—No.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Joder, pues para estar apartado del caso, sabes más que el propio Manzano —dijo Gerard, dejando escapar una carcajada nerviosa.

—¿Dónde cree que puede estar Lucrecia Vázquez, sargento? —preguntó Serra, que iba a tiro fijo.

—¿Cómo quieres que lo sepa? El mundo es muy grande.

—Sargento... —La voz del cabo sonaba suplicante.

—Serra, quiero olvidarme del caso y tú deberías hacer lo mismo. ¿Me oyes?

Serra tardó unos instantes en responder.

—Sí, sargento —contestó, resignado—. Entonces, ¿está bien?

—Estoy bien.

—¿Puedo darle un consejo?

Gerard lanzó un bufido. Aquello ya era lo último. Pau Serra ejerciendo de niñera por orden de otros. ¿Tal vez de Vilalta?

—Dame un consejo, Serra.

—A veces, si uno se implica demasiado, pierde la perspectiva.

—¿A qué te refieres, Serra?

—Tenga cuidado —contestó el cabo.

Y colgó.

Gerard volvió lentamente a la mesa, donde el lechazo se estaba enfriando en el plato. Lucrecia le lanzó una mirada interrogante.

—Me temo que tengo el teléfono intervenido —dijo Gerard nada más sentarse—. Y tú también.

Lucrecia se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? ¿Me buscan?

—No exactamente —contestó Gerard.

—¿Qué quieres decir?

—He subestimado a Manzano. Es un cabrón, pero no es tonto perdido.

—¿Puedes hablar más claro, Gerard?

—No te buscan, Lucrecia, porque no te han perdido. Y si tenías miedo de que te pasase algo, ahora puedo prometerte que estás más protegida que nunca.

—No te entiendo —gimió ella.

—Tenemos servicio de guardaespaldas gratuito, a cargo del Departament d’Interior.

Lucrecia meneó la cabeza, desesperada.

—Sigo sin entender —murmuró.

—Los Mossos nos han seguido desde Barcelona —concluyó Gerard, guiñándole un ojo.

33

El puerto de Pedrafita del Cebreiro los recibió con una tormenta eléctrica. El cielo se había cubierto con rapidez desde que dejaron Trabadelo, y ahora, a las siete de la tarde, se había convertido en una bóveda gris plomo, iluminada por relámpagos. Al llegar a la cima del puerto comenzó a llover con fuerza, y el agua formó una cortina espesa que el limpiaparabrisas casi no podía apartar. La visibilidad era tan reducida que Gerard abandonó la carretera en cuanto encontró un desvío. Como era una gasolinera aprovechó para repostar y, al pagar, le preguntó al cajero dónde podrían hacer noche. Un par de minutos después, un vehículo entró en la estación de servicio y se detuvo a unos diez metros de los depósitos. Gerard salió del edificio y después de lanzar una rápida mirada al vehículo, corrió bajo la lluvia hasta el coche.

—Me han dado la dirección de un hostal en Pedrafita —le dijo a Lucrecia nada más cerrar la puerta—. Creo que lo más sensato es ir allí.

Ella se limitó a asentir mientras no dejaba de observar el coche detenido a pocos metros a través del espejo retrovisor.

—Creo que son esos quienes nos siguen.

Gerard puso en marcha el motor.

—Sí, es posible —aceptó—. De todas formas, da lo mismo.

—¿Qué vas a hacer?

—Aceptar su compañía. Si tienen orden de seguirnos, dejaremos que lo hagan. No nos molestarán, sino todo lo contrario.

—Te veo muy resignado —repuso Lucrecia, desconfiada—. ¿Será que ya lo sabías?

Gerard dejó escapar un bufido y puso la palanca de cambio en punto muerto.

—No, no lo sabía —respondió—. Supongo que te han tenido vigilada desde el primer día, y este es el resultado.

—¿Lo sabes? ¿Te lo han dicho?

—Claramente, no. Pero ha sido fácil interpretarlo. —Gerard tomó aliento—. Es más, si te digo la verdad, he sido un imbécil al no imaginármelo antes.

La respuesta era contundente además de sincera, pero Lucrecia estaba demasiado inquieta para valorarla.

—¿Con quién hablabas en el restaurante? —le espetó—. ¿Con tu subalterno, el lerdo aquel que te acompañaba en el hospital?

Gerard no contestó.

—¿No eres un cebo? —insistió ella, cada vez más nerviosa—. Tal vez piensas que soy la asesina y que, pegándote a mí como una lapa, conseguirás arrancarme una confesión. —Ahora lo señaló con un dedo —. ¿Qué estarías dispuesto a hacer?

Gerard estuvo a punto de responder una impertinencia, pero se contuvo. Consideraba a Lucrecia Vázquez muy capaz de bajarse del coche en plena tormenta y desaparecer en la noche.

—Créeme —le dijo en tono sosegado— que si yo fuese un cebo, no te habría dicho que nos siguen.

Lucrecia lanzó un suspiro y se hundió en su asiento. Sabía que estaba siendo injusta con Gerard, pero no podía evitarlo. En realidad, la rabia ocultaba a duras penas un sentimiento muy distinto.

—Tengo que confiar en ti, no me queda más remedio —concedió de mala gana—. No, si al final tendré que alegrarme de llevar a medio destacamento de *mossos* pegado a mis talones.

Gerard arqueó una ceja.

—¿Es una ironía?

Ella lo miró de frente. Su actitud había cambiado con la misma rapidez con que su rostro se contraía.

—Tengo mucho miedo, eso es lo que me pasa —confesó—. Antes me dijiste que el asesino actúa por venganza y está matando a aquellos que él cree culpables, pero...

Gerard sintió el temor que le transmitía Lucrecia, casi pudo tocarlo. Tuvo la seguridad de que ella se imaginaba a sí misma víctima del asesino, agonizando en un terrible final. Tal vez, en su mente, esa imagen la atormentaba continuamente de forma obsesiva. La miró de reojo y sintió un deseo casi incontenible de abrazarla. Se contuvo. Miró al frente y dejó que su vista se perdiese en la noche. No iba a consolarla. Le convenía que ella se sintiese vulnerable y asustada, que buscase su protección. Que la implorase, que llegase a suplicarla.

Le convenía que ella sufriera.

Y eso implicaba comportarse con frialdad, impermeable a sus sentimientos.

Frío, objetivo. Y brutal.

—Tienes razón —repuso—. Si he aprendido alguna cosa durante mis años de oficio es que hay algo adictivo en la muerte. ¿Te refieres a eso?

Lucrecia intentó contestar, pero no lo consiguió. Tenía la boca seca.

—El asesinato es como el maltrato —prosiguió Gerard, con crueldad—. Después de la primera bofetada, las otras caen con facilidad…

Ella se recostó en el asiento y cerró los ojos.

—¿Qué quieres decir? —musitó.

—Que nuestro asesino le ha cogido el gusto a matar.

34

Soy un hijo de puta.

Se lo estuvo repitiendo mentalmente durante todo el trayecto. Aunque estaba pendiente de la conducción, bajo la intensa lluvia, podía imaginarla hundida en el asiento, encogida, casi paralizada. Ni siquiera los puñeteros tics se atrevían a distraerla de su sufrimiento.

Entraron en Pedrafita y se detuvieron frente a un letrero luminoso que anunciaba un hostal. Gerard bajó del coche y entró en el establecimiento sin cruzar ni una palabra con ella. Lucrecia lo observó mientras él hablaba con el recepcionista. Tras llegar a un acuerdo, Gerard se detuvo en la entrada y oteó a través de la lluvia. Después de unos instantes de vacilación, cruzó la calle con paso rápido, pero ante la mirada de sorpresa de Lucrecia, no se dirigió al coche, sino que se perdió en la oscuridad, unos veinte metros más allá. Ella se volvió, sobresaltada, para descubrir que se detenía frente a un vehículo estacionado en la acera opuesta.

Gerard golpeó con los nudillos en la ventanilla del conductor y fue entonces cuando recibió una sorpresa totalmente imprevista y agradable. Acababa de descubrir que no lo seguían dos *mossos d’esquadra* a las órdenes del inspector Manzano. De hecho, no lo perseguían dos *mossos*. Dentro del coche camuflado de la Policía Nacional, Gerard descubrió, atónito, un rostro rubicundo que llevaba seis años sin ver.

—¡Que me muera ahora mismo! —gritó Gerard bajo la lluvia—. ¡Carballeira!

Lucrecia observaba a los tres hombres con los que compartía mantel. El miedo y la desconfianza habían dado paso a una cálida sensación de bienestar; se sentía a salvo. Obediente y silenciosa, casi no pronunció ni una palabra durante toda la cena, limitándose a sacudir la cabeza y a agitarse con vigor mientras daba cuenta de su

ración, consciente de que Gerard la vigilaba por el rabillo del ojo. Liberada a sus tics, necesitaba dar rienda suelta a la tensión acumulada en los últimos días. Ahora disfrutaba del amparo de tres hombres que la arropaban como alabarderos de la guardia papal, sobrios e impermeables a sus aparatosos tics.

Además, le interesaba mucho descubrir la relación que había entre el tal Carballeira y Gerard. El afecto y complicidad entre ambos era evidente, a pesar de no tener en común ni edad, ni procedencia, ni manera de ser. El misterio quedó desvelado enseguida; supo que habían sido compañeros de trabajo en Madrid. Desgranaron algunas anécdotas de un pasado juntos en la comisaría de Chamartín, y aunque la amistad entre ambos era palpable, Lucrecia no consiguió saber por qué la vida los había separado después. Llevaban seis años sin verse, y ni siquiera se habían intercambiado una llamada telefónica. Sencillamente, cada uno había seguido su camino. No había rencor ni desconfianza en el reencuentro, así que el motivo no tenía nada que ver con una posible disputa.

Lucrecia no era la única que se mantenía silenciosa. El compañero de Carballeira, Pérez, era un manchego seco y requemado de poquísima palabra. Un tipo callado que parecía estar de vuelta de todo, y bien ocupado en la dificultosa tarea de sobrevivir. De hecho, casi toda la conversación la llevaban entre Carballeira y Gerard, que había pasado a ser Gerardiño.

—La semana pasada uno de vuestros capitostes nos pidió ayuda —dijo Carballeira—. Querían que les echáramos una mano, porque vuestro caso tiene ramificaciones aquí, en Galicia.

—No lo entiendo —murmuró Gerard, sorprendido—. ¿Y os hacen venir de Madrid?

Carballeira se encogió de hombros.

—¿De Madrid? ¿Quién viene de Madrid?

—Vosotros.

—Yo no.

—¿No estás en Madrid?

—Me volví a Galicia hace tres años —contestó Carballeira—. Cambiaron las cosas y pedí el traslado.

Aquel «cambiaron las cosas» no resultaba muy explícito, y más cuando provenía de una persona de la cual, a pesar de las horas que habían pasado juntos, Gerard no sabía absolutamente nada. Carballeira nunca quiso explicar por qué había acabado en Madrid, tan lejos de su Atlántico natal. No lo había hecho por gusto, desde

luego. Nadie abandona la tierra en que nació porque sí. En los primeros meses, Carballeira se mostró taciturno y amargado, y, además, la chulería de Gerard lo sacaba de sus casillas. Un día llegaron a las manos. Los hombres tienen, a veces, que resolver los conflictos de forma civilizada. Después de destrozarse mutuamente las narices y de sangrar como dos cerdos en San Martín, ninguno de los dos quiso acusar al otro. El expediente disciplinario tuvo para ellos el mismo significado que para unos recién casados un libro de familia.

A partir de entonces, amigos para siempre.

Cuando Gerard le confesó que su mujer le ponía los cuernos con su propio hermano y que se iba a Barcelona, Carballeira cabeceó con sentimiento. Que te vaya bien.

—¿Y entonces? —preguntó Gerard sin entender—. ¿Desde dónde nos venís siguiendo?

—Desde Pedrafita.

—¿Y antes?

—Hasta aquí se lo han manejado entre los Mossos y la Guardia Civil. Creo que incluso ha intervenido la Ertzaina. En fin, que sois muy populares.

Gerard hizo un gesto de disgusto. La popularidad no le interesaba, y aquella menos que ninguna.

—¿Y Pérez? ¿De dónde sale?

—De Monforte de Lemos, como yo.

—Pero... no es gallego.

—No, es de Albacete.

—¿Y qué hace aquí, en Monforte?

—Se casó con una gallega, el tío listo.

Pérez asintió y se dignó responder.

—Qué *carallo*.

Ya en el resopón, y al calor de un aguardiente de hierbas, Carballeira entró en materia.

—Fuimos a Ponte da Cerdeira y hablamos con la hermana de la muerta —explicó el gallego después de apurar su vaso—, pero no quiso colaborar.

—No creo que supiese gran cosa —apuntó Gerard ante la mirada curiosa de Lucrecia.

—Mala puta, decía, y no le arrancamos ni una palabra más a la muy *tola* —explicó Carballeira.

—Estuvo en Barcelona, pero lo único que le interesaba era pescar la herencia.

—Sí, y cuando supo que rondaba por ahí un hijo, y que no le tocaría ni un céntimo del pastel, acusó a la muerta de hacerle la última jugada desde el más allá. Chiflada perdida, ya te lo he dicho.

—¿Sabéis algo más?

—Hablamos con la gente del pueblo, para ver si recordaban algo de aquella época, pero nos estamos remontando a treinta y cinco años atrás. Los pocos que quedan son los más viejos, y el que no tiene alzhéimer está demente, que ya no queda nadie porque la juventud se va a las ciudades aunque se mueran de hambre. Ya no quieren coger una azada ni que los maten, y se echan a perder las tierras porque se las venden por cuatro chavos a un desgraciado que construye una macrodiscoteca, que en realidad es un mercadillo de drogas sintéticas de esas que ya no saben ni con qué se drogan...

—Carballeira, céntrate.

El gallego asintió con vigor.

—A Soledad Montero casi no la habían visto rondar por allí durante los meses que pasó en casa de su abuela. Prácticamente vivía encerrada. Dicen que era una cría gorda como un tonel y con cara de malas pulgas.

—Gorda y preñada.

Lucrecia se tragó su aguardiente y durante unos segundos respiró como un asmático en plena crisis, con el alcohol quemándole la tráquea. Carballeira la miró con escepticismo.

—¿Y tú eres gallega, rapaza?

—No es por el aguardiente, Carballeira —replicó ella al borde del ahogo pero muy digna—. Así que... ¡mierda! —Ahora aplaudió con furia—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Soledad Montero tuvo un hijo!

Carballeira se dirigió a Gerard, lanzándole a Lucrecia una mirada de desdén.

—¿Y tú de esta ya te fías?

—Lo justo y necesario.

—Tiene mala cara. ¿No le dará un telele?

—No, qué va. Es fuerte como un roble.

—¿Y seguro que no se droga?

—Joder, Carballeira.

El gallego se encogió de hombros, le hizo un gesto a un camarero indicándole otra ronda y prosiguió.

—Soledad Montero se fue a Barcelona y no regresó nunca más a Ponte da Cerdeira. Además, su abuela, que era una mujer muy querida en el pueblo, alegre y conversadora, después de la partida de su nieta

no volvió a ser la misma de antes. Se volvió muy reservada y no salía nunca de casa, solo para ir a la iglesia a confesarse.

—La mujer tendría mala conciencia.

—Falleció un año después, y aunque no trascendió el motivo de la muerte, en el pueblo se rumorea que se murió de pena.

—¿Y el cura ese? ¿Podríamos hablar con él?

—Está muerto.

—¿Y los hospitales? En el pueblo nadie sabe nada, pero si nació un niño y sobrevivió, tuvo que ir a parar a un hospital.

—¿Por qué? Tal vez Soledad Montero parió y entregó el niño a alguien. No tenemos ni idea de lo que pudo suceder.

—No fue así. Ese niño nació y ella lo abandonó. Lo atacaron las ratas y sobrevivió de milagro. Tuvo que ser atendido.

—No sé, Gerardiño. Si quieres, podemos investigar, pero date cuenta de que si hace treinta y cinco años de eso, va a costar encontrar información.

—El niño no pudo desaparecer.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Carballeira—. ¿Qué conseguiremos buscando al hijo de Soledad Montero?

Gerard lo miró y sonrió.

—Si buscáis al hijo de Soledad Montero, encontraréis al asesino.

35

Lucrecia se revolvió nerviosa en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Estiró el brazo y alcanzó el móvil. Miró la pantallita.

Las tres y media de la madrugada.

A menos de un metro de distancia, Gerard dormía plácidamente, a juzgar por el monótono ronquido que emitía al respirar. Sin embargo, no era aquel ruido el que la mantenía insomne, ni tampoco la presencia del hombre a su lado. Había aceptado de buen grado la propuesta del policía de compartir habitación; ya no era una cría y con él a su lado se sentía mucho más protegida.

Tenía miedo.

Y ahora, en la oscuridad, los fantasmas volvían a reaparecer. Sentía una sensación angustiosa de incertidumbre, de ser manejada por una poderosa mano negra que la conducía implacable a un destino fatal.

A una muerte atroz.

Recordó las palabras de Gerard: «Si buscáis al hijo de Soledad Montero, encontraréis al asesino.»

Hasta la muerte de Alejandro, todas las piezas encajaban en el puzle. Sabía quién había asesinado a Soledad Montero y por qué. Sabía quién había asesinado a Ramón Aparicio y por qué.

Pero ahora estaba desconcertada.

Soledad Montero merecía morir.

Ramón Aparicio merecía morir.

¿Alejandro merecía morir?

36

Ouleiro era una pequeña población cercana a Os Ancares. Después de cuarenta kilómetros de carretera sinuosa y asfaltado deficiente, Gerard descubrió con alivio que había llegado a su destino. Durante todo el trayecto no se había cruzado con un solo vehículo, ni un triste tractor, y tenía la sensación de que se había equivocado y que aquella carretera no conducía a ninguna parte. En el tramo final, la calzada se convirtió en un barrizal, provocado por la lluvia torrencial caída la noche anterior, y cuando ya estaba decidido a regresar, el camino se abrió en una gran explanada, al final de la cual descubrió el pueblo.

En total, no más de cincuenta casas dispuestas alrededor de una pequeña iglesia, ante la cual una plaza adoquinada representaba el centro de Ouleiro. El reloj de la torre señaló las diez de la mañana y, a continuación, empezó a marcar las horas a modo de saludo.

—Hemos llegado —anunció Gerard, despertando a Lucrecia.

Ella se desperezó en su asiento. Gerard la miró, curioso. Había dormido durante todo el trayecto, indiferente al ruido del motor al subir por las acusadas pendientes.

—¿No has descansado bien esta noche?

Ella se encogió de hombros, pero no contestó.

—¿Dónde están tus amigos? —preguntó a su vez, mirando a su alrededor—. ¿No han venido con nosotros?

—He llegado a un acuerdo con Carballeira.

Ahora fue ella la que deseó preguntarle en qué consistía ese acuerdo, pero supo que Gerard no iba a contestarle. En todo caso, se lo imaginaba.

Al salir del coche lo primero que notaron fue el frío seco, cortante. Aunque estaban a finales de noviembre, el termómetro no pasaba de los tres grados, mucho menos de lo que estaban acostumbrados. El aire, además, bufaba con fuerza, arrastrando las hojas secas a su paso. Tras los instantes iniciales, descubrieron que la desazón que ambos sentían no tenía solo que ver con la crudeza del clima, sino con la

falta de actividad. Ouleiro les pareció un pueblo fantasma, aunque enseguida tuvieron la desagradable sensación de ser observados. Los visillos de las ventanas se corrieron, las persianas se bajaron. Y los pocos habitantes que ocupaban la plaza a aquellas horas desaparecieron como por arte de magia.

Cruzaron la plaza, desierta, y vieron en el principio de una estrecha bocacalle el logo amarillo de Correos.

—Veo que aquí no les gustan mucho los forasteros —apuntó Gerard, mirando a su alrededor.

—Me temo que los que no les gustamos somos nosotros.

Al entrar en la estafeta de Correos, el único empleado que se encontraba dentro de la oficina los miró con la misma cara con que miraría a dos marcianos bajando de su nave espacial.

—¿Qué desean?

—Quisiera hacerle un par de preguntas —contestó Gerard con suavidad.

—¿Unas preguntas? —repitió el hombre visiblemente nervioso—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me quieren hacer unas preguntas? ¿Para qué? ¿Por qué yo?

Gerard se metió la mano en un bolsillo interior de la cazadora y mostró una brillante placa de policía. El hombre se encogió de hombros y se dejó caer en una silla, resignado.

—Quiero que responda —murmuró Gerard.

—Usted… dirá —dijo el empleado.

—Este paquete —Gerard puso sobre el mostrador el manuscrito envuelto en papel de embalar— fue enviado desde esta oficina de Correos.

El empleado ni siquiera lo miró.

—Sabía que me daría problemas —musitó, compungido.

Gerard lo miró sorprendido.

—¿Qué dice?

—Nada, cosas mías. Pregunte, pregunte usted.

—Quiero saber quién lo envió.

—¿Solo eso?

—¿Hay algo más que preguntar?

—No, claro que no.

—Entonces, responda.

—No puedo responder.

—¿Qué?

—Que no sé quién lo envió. Bueno, sí, pero no cuenta.

Gerard alzó una ceja.

—¿Está de broma?

—No, no. Entiéndame.
—¿Que entienda qué?
—Es que... el paquete lo envié yo.
—¿Usted envió el manuscrito?
—¿Manus... crito?
—El libro este. —Gerard alzó el paquete y lo balanceó ante sus ojos.
—Yo lo envié. Pero yo no lo traje.
—¿Qué quiere decir?
—Que lo único que hice fue prepararlo para su envío.
—¿Por orden de quién?
—No lo sé.
—¡A ver, hable claro de una puta vez o lo detengo por... por... gilipollas!
—Dejaron el libro en la puerta y me lo encontré por la mañana, al abrir la oficina.
—¿Y lo envió? ¿Así, sin más?
—No era un paquete bomba ni nada de eso. Lo miré bien. Era un libro. ¿Por qué no iba a enviarlo? Lo habían dejado en la puerta de la oficina y venía con una nota dentro de un sobre. En la nota llevaba escrito el nombre de una mujer y una dirección de Barcelona. Entendí que debía enviárselo a esa mujer.
—¿Y por qué lo entendió?
—Porque dentro del sobre también había un billete de cincuenta euros.
—¡Coño!
—Eso pensé yo. ¿Viene a reclamarme el cambio?
—¡No, joder!
—Ah, porque yo no he hecho nada malo. Solo obedecí.
Gerard lanzó un bufido de desesperación.
—¿Y la nota? ¿Aún la conserva?
—No.
—¿La tiró?
—Tampoco.
—¿Qué coño ha hecho con la puta nota? —preguntó Gerard desesperado.
—La envié.
—¿Qué?
El empleado señaló el trozo de papel adherido al envoltorio del manuscrito donde estaba escrito el nombre y dirección de Lucrecia.
—Esta es la nota.
Gerard miró al empleado con la boca abierta.

—¿Pegó la nota al papel de embalar? ¿Es esta?

—Eso es lo que le he dicho.

Gerard hizo un gesto de aprobación. Después de todo, tampoco le había ido tan mal. El empleado lo observó de soslayo y al final se decidió a hablar.

—¿Y el cambio? —preguntó indeciso—. ¿Qué hago?

—El cambio es para usted.

—Sobraron casi cuarenta euros.

—Pues que le aprovechen.

Gerard le hizo un leve gesto de despedida y giró sobre sus pasos, dispuesto a irse. Fue entonces cuando escuchó la voz del hombre a su espalda.

—El paquete tiene que ver con esa escritora que ha muerto en Barcelona, ¿verdad? —preguntó de improviso.

Gerard lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué lo dice?

—Por el título de la novela —respondió.

—¿Qué?

—*Ratas*. Ayer lo vi en la tele. A la escritora esa se la comieron las ratas.

Gerard no podía dar crédito a lo que escuchaba. ¿Ya había trascendido la noticia? ¿Y el secreto de sumario?

—En la tele se dicen muchas cosas.

El empleado asintió con vigor.

—Ya, ya, ya. Pero no me negará que es mucha casualidad.

—¿El qué?

—El título de la novela y esa escritora muerta. Y no solo eso.

—¿Qué más?

—Usted viene de Barcelona.

—¿Por qué lo sabe?

—Porque tiene acento catalán.

37

Después de dar una vuelta por el pueblo, en la que Gerard se dedicó a entrar en todos los bares y locales recreativos, eligió un café que tenía cuatro ordenadores nuevos en un rincón, tras un biombo. Lucrecia sabía que él buscaba algo concreto, aunque no intentó sonsacarle. Era evidente que Gerard no confiaba en ella. Por eso, resignada, aceptó sentarse a una mesa al lado de la ventana tal y como él le indicó. Gerard se acodó en la barra y el dueño del bar se acercó pausadamente, con desgana.

—¿Qué quiere?

Gerard tardó unos instantes en contestar.

—Dos cafés.

El hombre lo miró con recelo.

—¿Seguro?

Gerard dejó escapar una carcajada.

—¿Y a qué piensa que entramos en un bar? ¿A ver una película?

—La rapaza no sé, pero usted es policía.

Gerard asintió satisfecho. Bien, así, por lo menos, no era necesario enseñar la placa falsa.

—Los policías también toman café.

—Sí, pero no en Ouleiro. No les pilla de paso.

—Estoy fuera de servicio.

—Y un poco lejos de Barcelona, ¿no?

Gerard lo miró con los ojos entornados. Ahora iba a escuchar lo de su acento catalán. Por suerte, el hombre no comentó nada más, se giró sobre sí mismo y, dándole la espalda, procedió a preparar los cafés. Gerard aspiró con deleite el delicioso aroma de café recién molido, y moduló su voz al preguntar:

—¿De qué tiene miedo?

El dueño del bar encajó el cacillo en la máquina exprés y contestó sin girarse.

—No tengo miedo de nada, pero no me gusta la policía.

—Quiero hacerle un par de preguntas, nada que le perjudique.

—Tener un policía en el bar me perjudica.

—Entonces acabemos rápido.

El hombre llenó dos tazas de café y las dejó sobre la barra. Le lanzó a Gerard una mirada resignada.

—Diga.

—¿Quién utiliza estos ordenadores?

—Nadie.

—No mienta.

—Óigame, este es mi negocio. Si en el pueblo saben que yo voy explicando lo que pasa en mi bar, ya puedo cerrar y dedicarme a plantar berzas.

—Solo quiero saber quién tiene costumbre de venir por aquí.

—No pido nombres. Este es un local público.

—Ya lo sé —dijo Gerard armándose de paciencia—. Pero seguro que reconocerá las caras. No veo yo que el local tenga tanto tránsito.

—No se equivoque. A estas horas de la mañana no hay nadie, pero a partir de las ocho de la tarde mi local se llena de gente de Ouleiro y gente de fuera. Aquí viene todo dios y se toman un café o una cerveza o un ribeiro. Y como están a gusto, porque yo no soy charlatán ni chafardero, se van a los ordenadores a chatear o entran en las redes sociales y envían mensajes.

Gerard comprobó el dominio que tenía el hombre de los usos del ordenador. Era evidente que tenía un negocio próspero y rentable.

—¿Qué tipo de gente?

—De todo.

—Especifique.

—Se quedaría asombrado si lo viera, se lo aseguro. He visto solteronas devotas que parecen recién salidas de un convento de clausura y que chatean con sudamericanos y negros y marroquíes. También mujeres casadas que les ponen los cuernos a sus maridos. Y a sus maridos poniéndoles los cuernos con sus amigas. Y a las amigas citándose con el cura que chatea con el obispo. —El hombre tomó aliento—. También vienen los solitarios raros que se meten en páginas de putas y maricones y travestís y cada día prueban algo distinto a ver si descubren lo que más les gusta, si romper el culo o que se lo rompan. O las dos cosas a la vez.

Gerard estuvo a punto de aplaudir.

—Joder, pues para no ser chafardero, veo que está muy puesto en los gustos de sus clientes.

El hombre asintió con vigor.

—Los vigilo, ¿sabe? A mí me da lo mismo si la Celsa se acuesta con

el Ramón, si el Ramón se acuesta con el Primitivo, si el Primitivo se acuesta con su cabra o si se acuestan todos juntos. Pero no quiero líos con la pornografía infantil. Si pillo alguno metido en esa mierda, le corto los cojones, ¡se lo juro! Lo demás no me importa.

Gerard no pudo evitar una sonrisa. Aquellos ordenadores estaban más sobados que el coño de la Bernarda.

—Si yo le doy una fecha, ¿no podría hacer memoria? —insistió, aun convencido del fracaso.

—No.

—¿Seguro?

—Tómese su café y váyase. Aquí no encontrará lo que busca.

—Pero ¿sabe lo que busco?

El hombre meditó la respuesta.

—No, pero aquí no lo encontrará. Seguro.

Después de tomar los cafés cortesía de la casa —el dueño no quiso cobrar—, Gerard y Lucrecia salieron a la calle, uno al lado del otro, en completo silencio. Al cabo de unos minutos, fue ella quien habló.

—¿No me vas a explicar nada?

—No.

—No es justo.

—No es justo, ¿el qué?

—Me he sentido como una tonta en el bar, allí en un rincón, mientras tú hablabas con el dueño. Además, sin querer, he escuchado parte de la conversación.

Gerard se encogió de hombros.

—Mal hecho.

—Yo creo que me tratas mal —insistió.

Él se detuvo y la señaló con un dedo.

—¿Te recuerdo nuestra situación? —le espetó—. Tú eres una posible sospechosa y yo, aunque esté fuera de servicio, soy un policía.

—Pero... yo... pensé...

—No te confíes —sentenció Gerard—. Yo soy un policía y nunca dejo de serlo. Y siempre desconfío. Y de ti, aún más.

—¿Por qué?

—Sabes más de lo que explicas. Tienes que saber.

Lucrecia se encogió de hombros. El gesto se convirtió en un brusco tic que la obligó a estremecerse. Gerard esperó, paciente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella.

—Porque lo presiento.

—¿Lo presientes? Vaya, no me parece una observación muy

metódica.

—Orden y método, ¿verdad? —repuso Gerard haciendo un mohín de desdén—. Pero yo no soy Hércules Poirot. Yo solo soy un tipo sencillo que se guía por unas normas sencillas que le dicen que mientes.

—No miento.

—Ocultas, tergiversas, disimulas… encubres.

La última palabra le provocó a Lucrecia un violento acceso de coprolalia.

—¡Mierda puta! ¡Puta mierda! ¡Mierda puta! —graznó, enfurecida —. ¡De acuerdo! ¡De acuerdo, puta mierda!

—De acuerdo, ¿qué?

—Que tienes razón. Que no he sido completamente sincera contigo. ¡Mierda puta! —confesó, y tomó aliento—. Ayer no podía dormir por culpa de eso. ¡Puta mierda!

—Vaya —repuso Gerard sonriendo levemente—. Yo creí que no podías dormir por culpa de mi presencia masculina.

—Eso también —concedió Lucrecia tomando aliento—. Porque roncas como una locomotora.

Gerard la miró con los ojos entornados. Lucrecia asintió con vigor, dispuesta a explicar lo que le había quitado el sueño, pero en aquel momento él vio algo a lo lejos que atrajo toda su atención.

—¡Eh, tú! —gritó.

Y comenzó a correr.

Lucrecia se volvió sorprendida y lo único que vio fue a Gerard dirigiéndose al coche. El policía llegó hasta allí y, después de mirar en todas direcciones, sacó un papel del limpiaparabrisas.

—Se me ha escapado.

—¿Quién?

—Un chaval me ha dejado esta nota en el parabrisas y ha huido.

—¿Puedo verla?

Gerard dudó unos instantes, aunque al final se la enseñó.

Lucrecia reconoció al momento la letra tosca del paquete que le habían enviado. Estaba escrita por la misma persona, y, como en aquella, había una dirección escrita.

A VILLA DA PENA NEGRA
CORREDOIRA DOS DEMOS

38

Os vellos deuses, os poboadores das augas, do aire, os soterrados ananos, xigantes, mouros, trasnos, demos, meigas... Máis dun milleiro de seres diferentes que gozan de teren pousada no pazo do imaxinario.

Los bajos del Mégane rechinaron de nuevo. Gerard apretó los dientes y pisó el acelerador. No podía quedarse allí encallado, nadie vendría a buscarles. Si Ouleiro le había parecido el fin del mundo, aquel camino lo conducía directamente al más allá. En la misma oficina de Correos había pedido indicaciones para ir a A Villa da Pena Negra, y aunque el empleado lo miró asustado, se lo explicó sin dar más vueltas. A la pregunta de quién vivía allí, el empleado se encogió de hombros y respondió un no sé. Mentira. ¿Seguro? Seguro. Gerard comprendió que no le arrancaría nada más. El miedo brillaba en su mirada y le temblaba la voz. Inútil presionarle, y mucho menos con una placa falsa.

—Empiezo a pensar que es una encerrona —dijo Gerard mientras sacaba el teléfono móvil de su bolsillo y comprobaba que no tenía cobertura—. Joder, soy imbécil. Me siento como un asno detrás de una zanahoria.

Si esperaba una palabra de aliento, no la escuchó. Lucrecia iba ovillada a su lado, en el asiento. Él le lanzó una rápida mirada de soslayo.

—¿Y qué te pasa a ti ahora?

—Yo no hubiera venido.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Ese chaval nos ha dejado la nota para que vayamos a esa casa. ¿Qué quieres? ¿Que no vayamos?

Lucrecia agitó la cabeza con furia.

—Bueno... sí. ¡Sí, sí, sí! Lo que pasa es que el camino no me gusta.

Gerard se encogió de hombros.

—Ni a mí. Me está reventando los bajos del coche.

—No es por eso, sino por su significado...

—El significado, ¿de qué?

—*A corredoira dos demos* —musitó Lucrecia.

—¿Qué quiere decir?

—El camino de los demonios.

Gerard sonrió para sus adentros. Así que la licenciada en filología blablablá, políglota y de portentoso coeficiente intelectual era supersticiosa. Tal vez es que todos los gallegos, estudiados o no, creen que las meigas*,* haberlas, haylas.

—Bonito nombre —se limitó a decir.

El camino zigzagueaba entre una espesura de robles, castaños y alisos que no dejaban ver más que unos pocos metros al frente. Tras una rampa pronunciada, en la que las ruedas patinaron varias veces y el olor intenso de embrague quemado inundó el ambiente, Gerard detuvo el coche a un lado del sendero.

—Vamos a seguir andando —anunció—. Al final voy a embarrancar en cualquier socavón y a ver quién nos saca de aquí.

Lucrecia miró a su alrededor con un brillo de inquietud en sus ojos.

—No me gusta.

En un acto instintivo, Gerard se llevó la mano derecha al costado y palpó la Glock por encima de la ropa.

—¿Por qué? —preguntó, fingiendo despreocupación.

—No sé, la atmósfera es opresiva, casi irrespirable.

Gerard sonrió divertido. «Escritores», pensó.

—Ánimo, literata. A ver si caminando se te despeja un poco esa opresión opresiva.

Lucrecia le lanzó una mirada furibunda, aunque obedeció. Salieron del coche y comenzaron a andar. Cuando llevaban recorridos unos pocos metros, Gerard se volvió bruscamente, como si temiese descubrir in fraganti a una caterva de duendecillos robándole el coche. El Mégane seguía allí, pero el camino ascendió de nuevo y lo perdió de vista.

Durante unos quince o veinte minutos caminaron en silencio, el uno al lado del otro, alerta, escuchando con atención todos los sonidos del bosque, intentando descifrarlos. En el ánimo de Gerard bullía la indignación porque cada vez estaba más y más convencido de que en Ouleiro le habían engañado, y que aquella *corredoira* maldita no conducía a ninguna parte o, como mucho, al mismísimo infierno. En cambio, Lucrecia no estaba furiosa, sino intranquila, como si

presintiese un peligro cercano, una presencia maligna. Se volvió de repente y lanzó un gritito.

Gerard se volvió a su vez, buscó de nuevo la pistola, pero tras descubrir lo que había asustado a la joven, su mano resbaló por la cazadora y se relajó.

—Solo es un perro, Lucrecia.

A unos diez metros de ellos se detuvo en mitad del camino un can gris y escuálido. Los observaba inmóvil, con fijeza inquietante.

—Perdona, pensé que era un lobo.

—Tranquila.

Comenzaron a caminar de nuevo, el perro también.

—Nos sigue.

—Pues que nos siga.

Lucrecia caminaba sin dejar de mirar atrás. El perro no se acercó ni se alejó, mantuvo la distancia matemáticamente, como un mudo guardaespaldas. Cuando Gerard ya estaba casi convencido de que se habían perdido, el sendero concluyó en una explanada y al fondo pudieron ver una casa. Curiosamente, el perro no se detuvo, sino que avanzó silencioso, evanescente. Al llegar hasta ellos los evitó y, tras subir a un montículo, dio un rodeo y prosiguió su camino.

—Es de la casa, por eso nos seguía —aclaró Gerard.

—¿Por qué no ladra? Todos los perros ladran.

—No sé. —Gerard reemprendió la marcha—. Deja de preocuparte por el perro.

—Me da mal rollo —musitó Lucrecia—. ¿Has visto? Está tuerto.

Gerard asintió a regañadientes. Aunque pretendía quitarle importancia, lo cierto es que el aspecto del pobre can también le ponía nervioso. Era un animal flaco, de raza indefinida y pelaje gris plomo y tenía aspecto de haber sido brutalmente torturado. No solo por la cavidad ocular reseca y negra como una cueva, sino por la mirada fija y vacía de su único ojo, negrísimo. No solo le faltaba un ojo, sino que la cola le había sido cortada a ras y en el cuerpo tenía enormes calvas de antiguas heridas donde ya no había nacido el pelo. El can se detuvo unos metros más adelante, entorpeciendo el paso.

—No nos deja pasar.

Gerard se agachó y cogió un puñado de guijarros. Se los lanzó sin mucha fuerza, solo para asustarlo. Las piedrecillas impactaron en su huesudo lomo, pero el animal no emitió ni un leve ladrido, la más mínima queja. Tampoco se revolvió, agresivo. Se limitó a apartarse.

—Está acostumbrado al maltrato.

—Olvídate del perro, Lucrecia.

—¿Y si nos ataca?

—¿Por qué nos va a atacar?

—No sé, parece endemoniado.

—Sí, como el camino —repuso Gerard intentando mostrarse despreocupado. Lo cierto es que él también sentía una desagradable sensación de ahogo.

Al acercarse hasta la casa, vieron que estaba rodeada por un antiguo muro de piedra que había perdido su función, ya que estaba casi por completo derruido y cubierto de hierbajos y zarzas. Adheridas al muro quedaban algunas letras de azulejo que anunciaban la entrada: VIL DA PEN NGR. A Villa da Pena Negra. Al otro lado del muro lo que en su tiempo habría sido un jardín se había convertido en un campo de matorrales resecos y malas hierbas. Llegaron hasta una glorieta destartalada y se detuvieron a observar la construcción. Era una edificación de piedra oscura de comienzos del siglo pasado, de techos altos e inclinados. Grandes chimeneas emergían del tejado y sus múltiples ventanas estaban casi ocultas por la hiedra. Todas ellas estaban protegidas por postigos.

Gerard y Lucrecia cruzaron el jardín, hundiendo los pies entre la maleza. Ascendieron los tres escalones de piedra que conducían a la puerta principal, de madera con contrafuertes de hierro oxidado. No había timbre, sino una aldaba con forma de argolla suspendida de una cabeza de león. A pesar de los años transcurridos y de la dejadez absoluta en que se hallaba el edificio, era evidente que en su momento se trató de una casa señorial. En la puerta tampoco había buzón, así que no pudieron atisbar por él, pero Gerard descubrió una grieta entre dos tableros y al acercar el ojo pudo ver parte de un amplio y sombrío vestíbulo desprovisto por completo de mobiliario.

—Parece abandonada —dijo, apartándose.

—¿Quién podría vivir aquí? —murmuró Lucrecia.

—Ahora lo veremos —repuso Gerard mientras tomaba la argolla y golpeaba la aldaba con fuerza.

Pasaron dos o tres minutos y no se escuchó ni un sonido. Gerard llamó de nuevo y se acompañó de su voz.

—¿Hay alguien?

Cuando ya estaban a punto de desistir, oyeron unos pasos inseguros en el interior del vestíbulo. Escucharon el sonido de un cerrojo al descorrerse, y la puerta comenzó a abrirse. Lucrecia dio un salto hacia atrás y se llevó las manos a la boca, ahogando un chillido.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren?

Había abierto la puerta un anciano de unos ochenta años, encorvado y enjuto. Ciego. Sus pupilas se ocultaban bajo los párpados y mostraba dos córneas blancas y traslúcidas como piel de cebolla.

En aquel momento el perro tuerto apareció por entre la maleza y lanzando un aullido lastimero intentó entrar en la casa. El ciego le dio un certero golpe de bastón y el pobre can huyó de nuevo, asustado.

—¡Maldito perro! ¡Te voy a matar a palos!

—¿No es suyo? —preguntó Gerard irritado con la brutalidad del viejo—. Nos ha seguido hasta aquí.

—Es el perro de mi hijo, pero ahora él no está... ¿Qué quieren?

Gerard tardó unos instantes en reaccionar. Durante todo el camino había ensayado diferentes posibilidades de iniciar la conversación, pero acababan de brindársela en bandeja.

—Quisiéramos hablar con su hijo, por favor.

—¿Por qué? —preguntó el ciego enarbolando el bastón—. ¿Ha hecho algo malo?

—No. ¿Qué le hace suponer eso?

—¡Usted es policía!

En aquel momento, escucharon una voz de anciana en el interior de la casa, y un golpeteo de bastón que se acercaba.

—Manuel, ¿qué pasa?

—¡Unos policías han venido a vernos!

La mujer se acercó a la puerta, y pudieron descubrir que también era ciega. Sus pupilas, inertes, mantenían una insistente fijeza.

—Yo no soy policía —murmuró Lucrecia con suavidad—. Mi nombre es Lucrecia Vázquez Iglesias y soy escritora. Creo que su hijo me ha enviado un manuscrito y quisiera saber el porqué.

Gerard le lanzó una mirada furibunda. Con esa declaración, lo único que iba a conseguir era asustar a los ancianos y que se negasen a hablar con ellos.

Tenía razón en parte, ya que los dos viejos se quedaron petrificados. La anciana puso una mano en el brazo de su marido y acercándose a su oído le susurró unas palabras que todos pudieron escuchar.

—Es ella. Ha venido.

El anciano asintió con pesar.

—Pasen —dijo, y se hizo a un lado.

Gerard miró a Lucrecia, que le devolvió una mirada temerosa. Había acertado, pero ese mismo acierto la asustaba. No obstante, fue ella misma la que, con decisión, cruzó el umbral y entró en el sombrío vestíbulo. Gerard la siguió y el viejo cerró de nuevo la puerta, dejando la estancia en penumbra. Vieron una gran escalera al fondo del recibidor, y la anciana los invitó a subirla.

—Tenemos la planta baja muy abandonada porque no hacemos vida —se disculpó—. Vengan, iremos al primer piso.

Cruzaron el recibidor, vacío de muebles, con el suelo cubierto de polvo y las paredes festoneadas de telarañas que le daban un aspecto aún más remoto y olvidado. Subieron las escaleras escoltados por los dos ancianos. Los peldaños, de madera, crujieron a su paso, y Gerard temió que no soportasen sus más de noventa kilos de peso. Al llegar a la planta superior se encontraron con un pasillo cubierto por una alfombra descolorida que en su tiempo debió de ser de color cereza y ahora estaba casi comida por las polillas. La anciana abrió una puerta, que rechinó al abrirse, y les franqueó la entrada.

—Es el despacho de mi hijo —explicó—. Entren.

Lucrecia dio un paso adelante y empezó a aplaudir con furia.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Qué pasada! ¡Qué mierda!

A pesar de lo violento de su reacción, los dos ancianos sonrieron beatíficos, como si apreciasen como el más cortés de los halagos la brutalidad de los tics de Lucrecia. Incapaz de controlarse, ella dio rienda suelta a los espasmos y exabruptos.

—Lo siento, ¡mierda! —intentó disculparse—. ¡Lo siento!

La anciana se acercó a ella y, tomándola por un brazo, le buscó el rostro y se lo acarició cariñosamente. Lucrecia aceptó la caricia con profundo desagrado, apretando los dientes.

—Lucrecia, Lucrecia, *riquiña* —susurró la mujer—. Qué alegría conocerte.

Mientras tanto, Gerard admiró el contenido de aquella estancia. Una gran biblioteca ocupaba tres de las cuatro paredes de la enorme habitación. Miró los lomos y descubrió que todos los libros eran ediciones muy buenas y antiguas, con pinta de haber sido leídos muchas veces. Gabriel García Márquez, Ana María Matute, Jorge Luis Borges, Rosa Chacel, Miguel Delibes, Carmen Laforet...

Gerard dedujo que, así como Lucrecia era una lectora ecléctica que disfrutaba leyendo sin traducir a los autores cuyos idiomas entendía, el lector que había atesorado todos los tomos que poblaban aquella biblioteca no conocía más idioma que el castellano, pero era un profundo conocedor de los mejores autores españoles y latinoamericanos que había dado el siglo XX.

Lucrecia consiguió liberarse de la anciana, y siguió a Gerard, leyendo ávida todos los títulos. Él se cansó enseguida, y prosiguió su investigación, acercándose a una mesa de despacho. Presidiéndola había una gran pantalla de ordenador y una impresora láser. Al lado, cuatro libros apilados. Gerard leyó los títulos:

Crímenes bestiales, de Patricia Highsmith.
En las montañas de la locura, de H. P. Lovecraft.

El gato negro y otros cuentos de horror, de Edgar Allan Poe.
El entierro de las ratas, de Bram Stoker.

Interesante.

Los cuatro tomos tenían entre sus páginas multitud de trozos de papel que sobresalían, seguramente cada uno de ellos señalaba un párrafo o una escena que había interesado al escritor. Quizá los utilizaría para inspirarse o tal vez los tomaba prestados. Fuera lo que fuese, estaba disculpado. Había elegido a cuatro de los grandes de la literatura de misterio y terror.

Aquella biblioteca era la propia de un apasionado de la literatura. Gerard levantó la mirada y observó a Lucrecia que, con los ojos brillantes y la boca abierta, meneaba la cabeza con vigor al mismo ritmo que leía un título tras otro. Los dos ancianos esperaban en la entrada, pacientes. Eran ciegos, así que el placer que encerraban aquellos libros les estaba vetado.

Cuando Gerard volvió la mirada a la mesa descubrió un pequeño objeto. Lo cogió y lo miró con atención. Era una foto bellamente enmarcada. La calidad de la instantánea no hacía justicia al marco con que se la había protegido. Con ella en la mano se acercó a Lucrecia y se la mostró. Ella tardó unos segundos en reaccionar, tan absorta estaba en la contemplación de los libros de la biblioteca. Primero le devolvió una mirada de desdén: no quería ser molestada. Pero algo en los ojos de Gerard la inquietó y bajó la vista para observar la foto que él le mostraba. Sí, a pesar de los muchos años transcurridos, ella también reconoció a la niña de cinco años que miraba con el ceño fruncido a la cámara.

Tragó saliva y se llevó las manos al rostro.

—Soy yo —musitó con voz quebrada—. ¡Soy yo!

39

—Nos acusaron de querer adoptar un hijo para aprovecharnos de él —dijo la anciana con voz temblorosa—, para convertirlo en un criado...

La mujer se detuvo, incapaz de proseguir. Dos lágrimas temblaban en el párpado inferior de sus ojos ciegos, y resbalaron por sus mejillas. Su marido le tomó la mano y la acarició mientras asentía. Abatidos, se habían sentado en un pequeño sofá, dispuestos a hablar de su triste vida.

—Yo nací ciega —prosiguió la anciana—. Mi madre también lo era. Y seguramente, si hubiera tenido hijos, habrían nacido ciegos. Por eso, cuando conocí a Manuel, le dije que no quería tener hijos propios.

—En cambio, yo perdí la vista con veinte años —dijo el hombre—. En la flor de mi vida... Si no hubiera conocido a Generosa creo que me habría matado.

Ella le apretó la mano con amor.

—Algo bueno trajo la desgracia —musitó con voz dulce.

—Cuando nos casamos, sus padres nos regalaron esta casa, y también una buena cantidad de dinero —prosiguió el hombre, y lanzó una sonrisa cómplice—. Generosa era un buen partido.

Ella rio.

—Mis padres eran terratenientes.

—Eran los amos de Ouleiro.

—Yo soy hija única, y cuando mis padres murieron, me legaron todas sus propiedades. Por desgracia, después de morir Franco nos expropiaron todas las tierras y nos dieron cuatro duros a cambio. La maldita democracia esa que no respeta...

Gerard y Lucrecia se lanzaron una mirada rápida. No estaban allí para hablar de política.

—¿Cómo consiguieron adoptar a su hijo siendo los dos ciegos? —preguntó Lucrecia, intentando reconducir la conversación.

—Recibimos una carta del Hospicio de Cristo Rey. Alguien les

había hablado de nosotros y les habían dicho que estábamos dispuestos a adoptar sin poner condiciones...

Sorprendido, Gerard descubrió que, nada más escuchar el nombre de aquel orfanato, el rostro de Lucrecia se contrajo en una mueca de terrible padecimiento.

—¿Conocías ese hospicio, Lucrecia? —le preguntó.

—Maldito lugar —susurró ella a modo de respuesta.

Gerard le tocó el brazo, con suavidad.

—¿Estuviste allí?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Un año, el peor de mi vida. —Lucrecia tomó aliento—. Y mira que ha habido años malos.

Aquella respuesta tan contundente despertó la inquietud de los dos ancianos, que le dirigieron sus miradas muertas, implorantes.

—¿Os trataban muy mal? —le preguntaron a Lucrecia—. Nuestro Calixto jamás quiso explicar nada de aquel hospicio.

—Yo me pasé el año encerrada y solo tenía cinco años. Así que no puedo decir gran cosa de cómo les fue a los demás...

Gerard la miró a los ojos y supo que mentía. Lucrecia lo recordaba perfectamente. Sin embargo, agradeció que ella les ahorrase un sufrimiento que ahora era gratuito.

Durante unos instantes, un silencio espeso cubrió la estancia.

—¿No tienen una foto de su hijo? —preguntó Lucrecia, intentando recuperarse—. Tal vez, si lo viera, me acordaría de él...

—No, no tenemos ninguna foto.

—¿Y su DNI? —insistió Gerard—. ¿No lo tienen?

Los dos ancianos negaron lentamente.

—Calixto no tenía DNI —susurró la mujer—. La adopción fue ilegal, y no constaba en ningún registro.

—¿Cómo es posible?

—Verán... Calixto era... deforme. Lo mantuvimos alejado de la sociedad, para que no sufriera. En el hospicio nos dijeron que su aspecto no era humano —susurró la anciana—. Por eso nos lo ofrecieron a nosotros, que somos ciegos...

—¿Deforme? —preguntó Gerard con suavidad—. ¿De nacimiento?

—No, no. El pobrecito había nacido bien, pero su madre lo abandonó nada más parir y le mordieron las ratas. Al parecer, un vagabundo lo salvó cuando ya estaba casi muerto y lo llevó a un hospital. Eso es lo que nos dijeron. Tenía mordeduras por todo el cuerpo, le faltaba un ojo y parte de la cara. Cojeaba mucho. Pero era muy inteligente, ¡mucho! Aprendió a leer y a escribir él solo.

—¿Qué edad tenía cuando lo adoptaron?

—Doce años, pero era raquítico y parecía que tenía siete. Nuestro pequeño Calixto… ¿sabe cómo le llamaban? El Monstruo.

—A mí me llamaban la Niña Diabólica —apuntó Lucrecia—, porque tengo muchos tics y digo palabrotas sin parar.

Los dos ancianos sonrieron dulcemente.

—Calixto decía que eres muy inteligente y hermosa y que la gente es ciega, no como nosotros, sino con el corazón.

Lucrecia asintió sin convencimiento.

—Cómo me hubiera gustado conocerle —mintió con descaro—. Lo lamento mucho, pero yo no le recuerdo. Casi no vi a nadie durante el año que pasé en aquel hospicio.

—Él también vivía aislado, como tú —dijo la anciana—. Pobrecitos, sois dos almas gemelas.

—Dos almas gemelas —repitió Lucrecia, mecánicamente.

—¿Y a ti nadie quiso adoptarte? —preguntó la anciana.

—Yo tenía madre —explicó Lucrecia con amargura—. Por eso no podían adoptarme, solo acogerme. Aunque la verdad es que no me fue muy bien con las familias. Siempre me acababan devolviendo al centro.

—¿Por qué te dejó tu madre en un hospicio?

—Era prostituta —respondió Lucrecia.

—¿Aún vive?

—Qué va. Un chulo la mató de una paliza cuando yo tenía trece años.

—¿Y después qué pasó? ¿Nadie quiso adoptarte?

—Yo ya era muy mayor, y además, nadie quiere adoptar a una niña… defectuosa…

—*Riquiña…* —La mujer extendió los brazos y Lucrecia permitió que la abrazase de nuevo.

—¿Cómo consiguió mi foto su hijo? —preguntó ella con suavidad.

—¿Tu foto?

—Hay una foto mía sobre la mesa.

La anciana negó con la cabeza.

—Calixto no nos dijo nada, y nosotros no podíamos saberlo. ¿Estás enfadada?

—No, no, qué va. Me alegro mucho de que me tuviese… aprecio.

—Él decía que tú eras su Melibea, la luz de su vida. —La anciana levantó las manos al cielo—. No tienes que enfadarte con Calixto, porque él te adoraba.

Lucrecia se estremeció al escuchar la referencia literaria a la tragicomedia de Fernando de Rojas: *La Celestina.* En la obra, Calixto y

Melibea eran dos enamorados que al no poder soportar la oposición de sus familias a su amor, acababan suicidándose.

Malo.

La idea de ser adorada por un chiflado no le entusiasmaba, aunque le gustaba aún menos pensar que el chiflado era, además, un asesino.

—Me alegro de haberle supuesto un poco de consuelo —mintió Lucrecia sin convicción.

—Sí, fuiste su guía en la tormenta, ¿sabes? Calixto era un alma pura y sensible, pero había sufrido tanto... A veces se enfadaba y era un poco cruel. A nosotros jamás nos puso la mano encima, nunca nos maltrató, pero a sus perros... ¿Han visto a *Pachín*? Pues con los otros hizo igual. Calixto les sacaba los ojos... No podía evitarlo. Primero uno y luego el otro. Les iba quitando trocitos del cuerpo hasta que se morían. Animalitos... Tenía que hacerlo para liberarse, porque Calixto era un alma pura y sensible, sí. Pero había sufrido tanto...

Lucrecia y Gerard se miraron, horrorizados.

—¿Y Calixto, dónde está ahora? —preguntó Gerard.

—No lo sabemos —respondió el anciano—. Últimamente escribía más que nunca, día y noche sin parar. Nosotros le decíamos que iba a enfermar, pero él decía que ya estaba enfermo y no paraba de escribir, casi no comía...

—¿Estaba enfermo?

—Tomaba muchas pastillas, cada vez más. Decía que le ayudaban a seguir viviendo, pero nosotros creemos que le mataban poco a poco. Estaba perdiendo todo el pelo...

—¿Y cómo conseguía esas pastillas? —preguntó Gerard.

—Mercedes, la mujer que nos limpiaba la casa, nos ofreció a su hijo para hacer recados. Antoñito era un poco retrasado, pero no se asustó al ver a Calixto. Creo que se hicieron amigos y todo. Antoñito hacía todo lo que Calixto le mandaba... Le compraba las pastillas para el ánimo, le enviaba paquetes por correo...

Gerard intentó reconducir la conversación.

—Así que no saben adónde fue Calixto.

—No nos dijo nada. Él enviaba paquetes a Barcelona, y recibía mucho dinero a cambio. Con ese dinero se compraba libros y más libros y escribía sin parar. Le dio el último paquete a Antoñito y desapareció.

—¿Qué día se fue? —insistió Gerard—. ¿Lo recuerdan?

—Dentro de dos días hará un mes —contestó el anciano—. ¿Qué creen que puede haberle sucedido?

—Intentaremos descubrirlo —respondió Gerard—. Una última pregunta... ¿Les suena de algo el nombre de Alejandro Paz?

Los dos ancianos asintieron.

—Nosotros le llamábamos el argentino —dijo la mujer—. Sabemos que le encargaba novelas a Calixto y le pagaba muy bien. Una vez vino a vernos.

—¿Calixto y él no hablaban por teléfono?

—No tenemos teléfono.

—¿Y el ordenador? —preguntó Gerard—. ¿No tiene internet?

—¿In... ter... net?

—No tiene internet —concluyó Gerard—. Por cierto, ¿me dejarían encender el ordenador?

—¿Para qué?

—Me gustaría leer algo de lo que escribía su hijo.

—No sé si le gustaría a Calixto.

—Seguro que sí. A todos los escritores les encanta que les lean.

Los dos ancianos se encogieron de hombros. Antes de que hubiesen tomado una decisión, Gerard ya se había levantado y encendía el ordenador. La pantalla se iluminó de azul y se abrió una ventana. *Password.*

Mala suerte. Gerard volvió de nuevo a su asiento, impaciente.

—Su última novela, *Ratas*... ¿Era autobiográfica? —preguntó con brusquedad—. ¿Era la historia de su vida?

El rostro del anciano se descompuso.

—¿Qué quiere decir?

—La novela que le envió a Lucrecia se llama *Ratas*. ¿No lo sabían?

Los dos ancianos negaron con la cabeza, pero Gerard estaba decidido a insistir.

—En su novela, Calixto explica la historia de un hombre que ha sido mordido por las ratas y se convierte en un asesino en serie.

—¿En... un... asesino... en... serie?

—Sí, sí. Empieza a matar gente y no para. Primero les inyecta paralizante muscular, y cuando no pueden moverse, suelta unas ratas enormes que devoran a una persona entera en un pispás.

—¿Está loco?

—Les estoy explicando el argumento de la novela de su hijo.

—¡Miente!

—Lucrecia, díselo tú —replicó Gerard—. Anda, Melibea, que a ti te harán más caso.

Ella le devolvió una mirada envenenada que no lo desanimó.

—Por cierto, ¿saben cómo acaba la novela?

Ahora el viejo se había puesto de pie y levantaba el bastón, amenazador.

—¡Basta ya! —rugió—. ¿De qué acusa a mi pobre Calixto? ¿Ha

venido a mi casa a insultarme?

—No se enfade así, hombre. Yo solo estoy pensando que, a lo mejor, a Calixto, además de sacarles los ojos a los perros, le gustaba ver cómo se los comían las ratas...

La anciana se levantó también.

—¡Fuera de mi casa! —exclamó.

—Ya nos vamos, ya nos vamos... Una última cosa... No me han dejado que les explique que, en la novela de su hijo, el asesino acaba matando a sus padres también. Y, claro, a mí me ha dado por pensar que...

—¡Basta, basta! —gritó la anciana enloquecida—. ¡Satanás! ¡Lucifer!

—Me voy —dijo Gerard con voz calmosa—. Pero volveré. Se lo aseguro.

Y tomando la mano de Lucrecia, la obligó a cruzar el pasillo y a bajar las escaleras precipitadamente. Los dos viejos se quedaron en la planta superior lanzando insultos e imprecaciones, aunque ahora sus iras se dirigían a ella.

—¡Lucrecia, traidora! ¡Has venido con el diablo! ¡Has traído al demonio a casa de tu amado! ¡Mala mujer! ¡Pérfida! ¡Que caiga sobre ti todo el peso de la venganza! ¡Yo te maldigo! ¡Maldita seas!

Cuando alcanzaron la puerta de entrada, aún podían escuchar con claridad los gritos que profería la anciana, todos ellos dedicados a Lucrecia, que estaba más blanca que el papel. Salieron de la casa y atravesaron el descuidado jardín con rapidez, sin volver la vista atrás. Unos pocos metros más adelante vieron a *Pachín*, que estaba mirándolos con su ojo opaco. Llevaba un pequeño animal en la boca. Al acercarse vieron que era una cría de rata. Como si los estuviese esperando para comenzar el festín, cuando estaban solo a un par de metros le mordió la cabeza a la presa y estiró, despedazándola.

—Lucrecia, no mires —repuso Gerard, asustado ante el color pálido del rostro de la joven—. Y no hagas caso de lo que han dicho los viejos.

Ella tragó saliva, pero no fue capaz de articular palabra. Se dejó conducir por Gerard hasta el coche y, ya allí, se acurrucó en el asiento del copiloto, casi en posición fetal. Él arrancó el coche y, maniobrando con brusquedad, giró e inició el camino de regreso. Minutos después, comprobó en su teléfono móvil que ya tenía cobertura. Hizo una llamada.

—Carballeira, lo siento —se disculpó—. Estaba sin cobertura... Sí, sí... Tengo mucho que explicarte... Luego, luego... Hazme un favor... Necesito toda la información posible de un hospicio... Sí, después te

diré por qué… Hospicio de Huérfanos de Cristo Rey.

40

Veinte minutos después, cuando ya había recorrido el tramo más peligroso de carretera y la conducción se tornó sosegada, Gerard inició la conversación, consciente de que Lucrecia estaba furiosa. Y no lo hizo para tranquilizarla, sino todo lo contrario.

—Antes querías decirme algo —repuso con falsa despreocupación.

—Antes, ¿cuándo?

—Estábamos en Ouleiro, ¿recuerdas?

—Olvídalo. —Lucrecia cerró los ojos.

—No, no lo olvido. Tal vez sea importante. Eso tengo que decidirlo yo.

—¡Vete a la mierda!

Gerard sonrió seráficamente. Las mujeres, hasta las más inteligentes, no siempre eran capaces de controlar sus emociones.

—¿Estás enfadada? —preguntó malicioso.

—¿Que si estoy enfadada? —exclamó Lucrecia liberándose a sus tics—. ¡Me has utilizado! ¡Yo di la cara, dije quién era! ¡Si yo no hubiese dicho mi nombre, no habríamos entrado en aquella casa! ¡Casa! ¡Casa! ¡Casa!

—¿Y?

—¡Utilizaste ese cariño que me tienen para tenderles una trampa! ¡Ellos te abrieron su corazón y tú aprovechaste para martirizarlos!

—Es mi trabajo.

—¡Trabajo, trabajo! ¡Sin mí no lo habrías conseguido, pero no te importó lo más mínimo hacerme sentir mal!

Gerard tomó aliento.

—Tú también eres parte de mi trabajo, no lo olvides.

Ella se hundió en el asiento, humillada. Cerró los ojos y apretó las mandíbulas. Apenas consiguió controlarse.

—Además, has mentido. La novela no acaba así.

—Bah.

—Ahora deben de estar aterrorizados.

—Esos dos ancianos protegen a un sicótico —prosiguió Gerard implacable—. El tal Calixto tiene toda la pinta de ser el asesino.

—¿Y tenías que decírselo de esa manera? ¡Es su hijo!

—¿Por qué no? Es la verdad.

—La verdad, la verdad... ¿Tú cómo crees que se puede haber sentido ese pobre desgraciado? Abandonado al nacer, comido por las ratas, monstruoso, apartado de la sociedad...

—¿Lo estás disculpando?

—No te puedes ni imaginar lo que era el Hospicio de Cristo Rey... No puedes entenderlo. Era el horror..., pero el horror con mayúsculas. He pasado por seis centros de acogida y ninguno de ellos se parece a Cristo Rey. Aquello era un infierno.

—¿Me estás diciendo que salisteis de allí todos mal de la cabeza? ¿Tú también?

—Sí, yo también —contestó Lucrecia con brusquedad—. Todos. Era imposible salir cuerdo de aquella experiencia... En Cristo Rey el bien y el mal se difuminaban. La línea que separaba la cordura y la locura era muy fina...

—¿Os trataban tan mal? —preguntó Gerard suavizando el tono.

—Alguno de los supuestos cuidadores cometía abusos y humillaciones continuas... Solo te diré que había una celda de castigo en la que te encerraban completamente desnudo. No tenía ningún tipo de mueble. Ni una cama, ni una puñetera silla donde sentarte. Solo un orinal. Y si querías descansar, lo tenías que hacer sobre el suelo de piedra. Desnudo, imagínate. Yo fui a parar allí unas pocas horas, cuando mordí a uno de los vigilantes. Por suerte, como chillaba tanto e invocaba a Satanás y a todos los espíritus malignos que se me ocurrían, decidieron encerrarme en otro cuarto, y allí me quedé todo el tiempo que pasé en Cristo Rey. Tuve suerte, me cogieron miedo, creyeron que yo estaba endemoniada. Me trataron mal, pero menos. Y hasta me trajeron libros. —Lucrecia dejó escapar una risa amarga—. ¿Sabes? Me frotaba los ojos hasta que los tenía rojos. Si hasta aprendí a darle la vuelta a los párpados...

—¿Con cinco años?

—Sí. ¿Quieres que lo haga?

Gerard lanzó un suspiro.

—No es necesario.

—Daba un miedo de cojones. Lo sé porque nadie era capaz de mirarme a los ojos.

—Así que te libraste de ir a la celda de castigo, pero tuviste que vivir encerrada.

—Era lo que yo quería. No solo tenía que luchar contra los

cuidadores, sino contra los demás niños. Y no podía pasarme la vida asustándolos para que me dejasen en paz.

Gerard asintió, impresionado. Ella tenía razón, era incapaz de imaginar tanto horror. ¿Cuántos de aquellos pobres niños se habían vuelto locos? ¿Cuantos habrían desarrollado demencias?

—Lamento que fuera tan duro, pero si así pudiste sobrevivir…

—Por desgracia, como mi cuarto estaba al lado de la celda de castigo, durante todo el año oí los llantos y los lamentos de los pobres que iban a parar allí encerrados. Y otras cosas…

—¿Qué otras cosas?

—Prefiero no decirlo. Al fin y al cabo, yo no lo vi con mis propios ojos. Solo lo escuché.

Gerard tomó aliento.

—¿Estás hablando de abusos sexuales? —preguntó con suavidad.

Aquellas últimas palabras provocaron en Lucrecia una reacción inmediata. Su rostro se crispó en una mueca de sufrimiento, como si las palabras pronunciadas por Gerard le hubieran causado un dolor insoportable.

—Olvídate del hospicio —repuso Lucrecia agitando las manos—. No quiero recordarlo.

—Tal vez sea imprescindible.

—¿Imprescindible? ¡Y una mierda!

Lucrecia agitó la cabeza con furia, acompañando su negativa. Gerard la miró de soslayo y dejó de insistir. Lo único que conseguiría era ponerla aún más nerviosa.

—Como tú quieras —aceptó.

Durante unos minutos, ambos permanecieron en silencio. Fue Lucrecia quien lo rompió, impulsada quizá por la mala conciencia. Tal vez para compensarle.

—Si quieres, te puedo explicar lo que iba a decirte antes.

Gerard no apartó la mirada del frente.

—Habla.

—Es referente a Alejandro Paz.

—¿Qué sabes de Alejandro Paz?

Lucrecia respiró con ansia, como si acabase de salir a flote de una larga inmersión. Y no se perdió en prolegómenos.

—Que fue él quien mató a Soledad Montero. Y a Ramón Aparicio también.

—¿Qué? —Gerard casi dio un volantazo.

—Que Alejandro Paz es el asesino.

—¿Lo dices así, con toda seguridad?

—Sí, porque lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Estabas allí?

—No.

—¿Cómo puedes saberlo, entonces?

—¡También sé que en Cristo Rey violaban a los niños y tampoco lo vi! ¡Tampoco lo vi! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Gerard redujo la velocidad y detuvo el coche en un pequeño descampado.

—A ver, tranquilízate.

Lucrecia cerró los ojos y respiró profundamente.

—Estoy tranquila —mintió.

—Explícame.

—Alejandro Paz mató a Soledad porque ella lo obligó a hacer cosas que él no quería. Y Ramón consintió.

—¿Qué cosas?

—Sexo.

—¿Sexo? ¿Alejandro Paz y Soledad Montero? —repitió Gerard sorprendido—. ¡Pero si él era homosexual!

Lucrecia abrió los ojos y lo miró.

—Más razón todavía para querer matarla.

—¿Por qué lo crees? ¿Lo viste?

—No lo vi, pero lo escuché. Un día, en la editorial oí una conversación entre Ramón y Alejandro. El pobre Alejandro le rogaba a Ramón que intercediese por él, que lo ayudase a convencer a Soledad de que dejase de perseguirlo. Ramón se rio y le dijo que por ahí habían pasado todos y que la gorda, cuando se ponía, no lo hacía nada mal. Oí cómo Alejandro lloraba, y cuando Ramón se burló de él, Alejandro... juró que morirían todos...

—¿Cómo has podido callarte esta información hasta ahora? —le preguntó Gerard furioso—. ¡Te convierte en encubridora!

Lucrecia se encogió de hombros.

—No me importa —dijo con desdén—. Y si Alejandro siguiera vivo, yo seguiría callada.

—Eres una estúpida, Lucrecia. Completamente estúpida.

—Puedes seguir insultándome, si quieres.

—No es solo por eso. ¿No entiendes que si hubieses hablado, tal vez hubieras evitado el asesinato de Ramón Aparicio?

Lucrecia recibió aquellas palabras como una bofetada. Durante unos minutos, permaneció en silencio, intentando valorar el alcance de tal afirmación. Al cabo de ese tiempo, se rindió a la realidad; nunca lo sabría.

—No pude acusarle —musitó—. No pude.

Gerard recordó las pestañas en el escenario del crimen. Pertenecían a una persona que tomaba grandes cantidades de imipramina. Los padres de Calixto habían reconocido que tomaba antidepresivos. Y no solo eso, el ADN demostró que las pestañas coincidían en un número muy elevado de marcadores genéticos; Calixto era el hijo de Soledad Montero. Estuvo en el escenario del crimen. Tal vez había recibido ayuda de Alejandro Paz, pero de este no se encontró ninguna muestra. ¿Y si estaba equivocado y Alejandro no había intervenido? En un momento de furia cualquiera podía amenazar con matar a alguien, pero eso no lo convertía en asesino.

¿Y si todo era mentira?

¿Y si no había sido Alejandro quien había ayudado a Calixto, sino su amada... Melibea? ¿O ambos?

«En Cristo Rey el bien y el mal se difuminaban. La línea que separaba la cordura y la locura era muy fina...»

—Perdona, no debí insultarte —se disculpó Gerard—. Además, aunque acusases a Alejandro, nada sabías de Calixto... Porque nada sabías de él, ¿no?

—Nada.

—Supongo que has deducido, igual que yo, que Alejandro y Calixto se unieron para matar a Soledad y, tal vez, a Ramón?

—Lo imagino —repuso ella—. De la misma manera que supongo que Calixto es el hijo que Soledad abandonó nada más nacer.

—Hay una cosa que no entiendo —concluyó Gerard—. ¿Cómo se pondrían en contacto Alejandro Paz y Calixto?

Lucrecia se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Dónde se conocieron? Calixto vivió en el hospicio desde su nacimiento hasta ser adoptado. Y después permaneció recluido en casa de sus padres hasta que un buen día desapareció. No tenía teléfono ni internet, prácticamente no existía para la sociedad.

—Es un misterio —apuntó Lucrecia en tono neutro.

—Por otro lado, Alejandro Paz era argentino. Sé que se casó con una tinerfeña para conseguir el permiso de residencia, y solo hace diez años que vive en Barcelona.

—¿Está casado? No lo sabía.

—Se divorció.

—Ah.

—A lo que vamos —prosiguió Gerard, sin quitarle el ojo a Lucrecia, que se mantenía extrañamente inmóvil, como aplastada en su asiento—. ¿Cómo se pusieron Calixto y Alejandro Paz en contacto?

—Ni idea.

—Es evidente que alguien les ayudó. Alguien que creyó que podían tener intereses en común. —Gerard la miró de reojo antes de concluir —: Y yo me pregunto: ¿quién?

41

Poco después de comer en la pensión de Pedrafita, llegaron Carballeira y Pérez. El murciano se quedó a cargo de Lucrecia, que agradeció la posibilidad de quedarse en su habitación escribiendo y en una compañía tan silenciosa. La mañana había sido muy tensa, y ella ansiaba evadirse frente a la pantalla del ordenador, dando vida a las nuevas aventuras de Sam Fisher. Pérez se sentó en un sofá, se puso un solo auricular que iba conectado a un enorme aparato de radio Sanyo de intenso color naranja, cruzó los brazos, se despatarró y cerró los ojos, dispuesto a pasar en aquella postura las próximas tres o cuatro horas de su vida. Lucrecia lo miró de reojo, y al comprobar que el policía no tenía la menor intención de fisgar ni de hablar con ella, encendió el ordenador y abrió el archivo donde tenía su último texto. Leyó las últimas páginas, intentando cogerle el pulso al capítulo. Corrigió algunas frases. Las volvió a leer; menuda mierda. Si Raymond Chandler y Dashiell Hammett levantaran la cabeza... Pasaron los minutos, y aunque luchó denodadamente por concentrarse en las peripecias de su bordelínico héroe y crear un producto digno, todos sus intentos generaron unos resultados infumables. Maldito Rubirosa, malditos esbirros, maldito Sam Fisher.

Maldito mundo.

Lucrecia mató y remató sin piedad, con gran lujo de detalles, recreándose en la descripción minuciosa de sesos desparramados y vísceras desperdigadas. «Gore, gore, gore», pensó. Tecleó con furia, y suprimió de igual manera, asqueada. Se liberó a sus tics, lanzó retahílas de palabrotas y miró al murciano de soslayo: seguía con los ojos cerrados. Se levantó, caminó por el cuarto. Se volvió a sentar, frente al ordenador, aunque sabía que era inútil; la sensación de ahogo aumentaba cada vez más, y le entraron unas ganas irresistibles de huir, de salir corriendo y no parar hasta que su cerebro se hubiera convertido en pulpa, en una masa inútil y vacía.

Hasta que su mente dejase de recordar.

Recordar…

El Hospicio de Huérfanos de Cristo Rey.

El infierno.

Con el paso de los años comprendió qué sucedía en la celda de castigo. Y el horror, la sensación de impotencia, de maldad humana no disminuyó. Cada palabra escuchada se tornó en su mente en una imagen insoportable, se grabó a fuego en su memoria y a duras penas conseguía mantenerla oculta en su subconsciente.

«No, por favor… Duele mucho…»

«No…»

«Cállate o te pasarás aquí toda la semana. Muy bien, así, de cuatro patas, quieto, así, así…»

«No…»

«Oh… Oh…»

Sollozos y gemidos ahogados. Golpes secos, cachetes, resoplidos y llantos.

Lucrecia gritaba enloquecida, ahogando los lamentos y los jadeos que escuchaba en la estancia contigua. Aunque no podía verlo, y a pesar de sus pocos años, sabía que tras el tabique ocurrían cosas espantosas, actos repugnantes que causaban un dolor insoportable a los niños y el placer nauseabundo de sus verdugos. Su infantil imaginación fabuló con extrañas conversiones en monstruos, en serpientes reptantes y escurridizas, en posesiones lascivas… Gritaba e invocaba al demonio inútilmente, porque el demonio se hallaba en la habitación de al lado.

Ella maldecía, histérica. El verdugo amenazaba con cortarle la lengua. El pobre niño deforme, roído por las ratas, apretaba los dientes y consentía la brutal sodomización sin emitir ni un lamento, ni el más leve quejido. Sabía que si él gritaba, Lucrecia gritaría más aún. Y el demonio le cortaría la lengua. Al cabo de unos minutos, Lucrecia se serenaba y dejaba de gritar, para pegar el oído a la pared. Ya no oía lamentos, solo escuchaba el jadeo del hombre, su monserga entrecortada e infernal y el entrechocar de carne contra carne.

Lucrecia se cubrió el rostro con las manos y se abandonó a un llanto frenético, angustioso.

Recordaba.

«Así, quieto, muy bien, engendro… Oh, eres el mejor… No te gires, no quiero verte la cara… Te mataré si me miras… Monstruo… Oh… oh… oh… No me mires…»

42

—¿Qué has averiguado del Hospicio de Cristo Rey?

—Poco y malo —contestó Carballeira contrito.

—¿Podemos ir a visitarlo, al menos?

—Ya no existe. El edificio se derribó hace diez años y en su lugar se construyó un centro comercial.

—¿Y la documentación?

—Se quemó en un incendio, cinco años antes.

—¡Pero qué mierda! —exclamó Gerard, furioso—. ¿Me estás diciendo que no tenemos nada? ¿Nada de nada?

—Un nombre, si te sirve de algo. El del director del centro.

—¿Cómo es posible que hayas conseguido tan poca información?

Carballeira se arrellanó en el asiento del Mégane.

—El incendio arrasó las oficinas.

—Qué oportuno, joder.

—Es evidente que fue intencionado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque fue justo después de que se interpusiera una denuncia anónima por anomalías en las adopciones...

—¿Se investigó?

—He recabado toda la información posible y, aunque se investigó, el caso fue cerrado por falta de pruebas. En aquellos tiempos aún no estaban los documentos informatizados, así que el fuego se llevó por delante toda la información. Se tomó declaración a los empleados, pero ninguno de ellos sabía nada. Vaya, que habían sufrido un extraño y colectivo ataque de amnesia.

—¿Y los niños adoptados? ¿Y los padres?

—Como la denuncia era anónima, no se pudo encontrar a nadie que reconociese que su hijo provenía del Hospicio de Cristo Rey. Supongo que tenían miedo de haber cometido una ilegalidad, y que cayera sobre ellos el peso de la justicia.

—¿Y el director? ¿Sabes dónde podemos encontrarlo?

Carballeira asintió.

—Vive en una casa aislada en las proximidades de Sarria. No está lejos. Si quieres, podemos ir a verlo...

Gerard arrancó el motor del coche.

—Después de quince años no creo que sirva de mucho, pero vamos a apretarle las clavijas al tipo ese —murmuró—. A ver si canta.

—No te pases, Gerardiño, que ya te has metido en bastantes líos últimamente.

A la altura de Becerrea abandonaron la carretera nacional que discurría paralela al río Navia. Tomaron una vía secundaria. Unos quince kilómetros más tarde, Carballeira le indicó un camino de tierra que se internaba en los montes de Albela. Al primer crujido de los bajos contra el suelo del camino, Gerard lanzó un juramento y redujo a segunda.

—Voy a partir el coche por el medio —rezongó.

Carballeira sonrió compasivo y después de pedir permiso con un leve gesto, encendió un Ducados y le ofreció a Gerard, que negó con la cabeza.

—¿Cómo te ha ido por Barcelona? —preguntó el gallego de improviso.

Gerard le lanzó una mirada de soslayo.

—Regular, solo regular —contestó.

Carballeira aspiró con deleite el humo del tabaco negro y esperó. Sabía que si le daba su tiempo, Gerard le acabaría abriendo un poquito su corazón.

—Pensé que sería más fácil comenzar de nuevo —dijo Gerard al cabo de unos instantes—. Pero han pasado seis años y lo único que he hecho ha sido trabajar y trabajar. Mi vida está en punto muerto.

—Eso me ha parecido.

—¿Qué te ha parecido?

—¿Por qué no vuelves a Madrid?

Gerard estaba acostumbrado a Carballeira y a su diálogo de besugos, así que contestó paciente.

—No volveré nunca a Madrid.

—Entonces no estás tan mal.

—Regular, solo regular —repitió Gerard con una sonrisa.

—¿Y la chica?

—¿La chica? ¿Qué chica?

—Lucrecia.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Qué piensas?

Gerard se encogió de hombros.

—A veces me parece que es una pobre desgraciada y otras creo que es un cerebro a la sombra que me maneja como quiere.

—No te fíes de ella.

—¿Por qué? ¿Sabes algo? Sé que estás en contacto con los Mossos de Barcelona.

—No sé nada. Tus compañeros son muy tacaños... en información —contestó Carballeira con retranca—. Pero la susodicha es gallega, ¿no?

—Sí.

—Pues es suficiente razón para no fiarse de ella —dijo Carballeira —. Además, sospechosa o no, no deja de ser una hembra joven.

Gerard hizo un gesto de desdén.

—¿Adónde quieres ir a parar, Carballeira?

—¿Alguna vez te follaste a una sospechosa?

—No, nunca.

—*Mintireiro.*

Gerard dejó escapar una carcajada.

—Bueno, una... ¿dos?

Ahora reían ambos.

—Pues ahora andas bien cerca.

—¿Por qué lo dices?

El gallego se estiró el párpado inferior con un dedo. «Te veo.»

—Pobre muchacha —dijo—. Mira que tiene una enfermedad aparatosa, el baile de San Vito ese... y para rematar, guapa no es... ¡Pero a ti te gusta!

La descripción que Carballeira había hecho de Lucrecia Vázquez no estaba alejada de la realidad, y ni siquiera había sido ofensiva, sino cariñosa. Además, Gerard no podía negar la atracción que sentía por la muchacha, una atracción que ni él mismo podía explicarse, amante de las bellas mujeres como cualquiera. Pero no tenía ganas de enfrascarse en una introspección de sus sentimientos y mucho menos tratándose de una joven implicada en un caso de asesinato. No, no quería hablar, así que cualquier excusa hubiera sido válida para distraer a Carballeira. Tras unos minutos en silencio, apareció ante ellos un monumento de piedra coronado por una cruz. Estaba en un cruce de caminos y resultaba algo inquietante. Le resultó sorprendente y lo señaló, intentando desviar una conversación que derivaba hacia terrenos pantanosos.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un *cruceiro* —contestó Carballeira haciendo una casi

imperceptible señal de la cruz.

—Es una cruz un poco extraña.

—No representa a Cristo crucificado, sino que rememora la crucifixión. Santifica el lugar donde se asienta y combate el mal.

—¿Qué tipo de mal?

—La peste, el hambre... Protege de la Santa Compaña...

Gerard observó a su compañero para descubrir en sus ojos un brillo de respeto reverencial.

—¿Qué es la Santa Compaña?

—La procesión de almas en pena que vagan eternamente —susurró el gallego.

Gerard detuvo el coche al pie del monumento y lo observó con aprensión. Sentía una desagradable sensación de inquietud.

—Mira, ¿ves esas marcas? —señaló Carballeira, mostrándole unas pequeñas cruces grabadas en el fuste.

Gerard asintió.

—Sirven para identificar a los *anxeliños,* niños que morían sin haber sido bautizados y por ello no podían entrar en el camposanto, ya que no eran cristianos. Quedaban en el limbo de los justos y sus familias los enterraban aquí, al pie del *cruceiro*.

—¿Aquí hay niños enterrados?

—Tres, por lo que veo.

—Pues que descansen en paz —remató Gerard fingiendo despreocupación—. Y ahora, ¿adónde vamos?

Carballeira le indicó el sendero que se adentraba en un bosque de robles, a su izquierda. Una pequeña placa sujeta a un poste indicaba su destino:

ALTO DA ROGUEIRA

—Este es el camino —dijo el gallego—. Si mis indicaciones son correctas, encontraremos la casa a unos dos kilómetros.

Gerard obedeció y arrancó el motor. Tras cinco minutos de conducción por el sendero encontró un estrecho puente que atravesaba un arroyo.

—¿Y ahora, qué?

Carballeira le señaló una *corredoira* empinada que ascendía hacia el monte.

—Ve por ahí —dijo, y lanzó una carcajada—. Ah, y por cierto, la próxima vez, te recomiendo que vengas con un Land Rover o un Patrol o lo que sea. Un coche con un par de cojones, vamos.

Sus últimas palabras coincidieron con un golpe seco en los bajos del Mégane. Gerard puso primera y las ruedas patinaron, atufando el

ambiente a neumático quemado. Cuando ya estaba a punto de desistir, el coche dio un brinco y ascendió la pendiente. Unos pocos metros más allá el camino se tornó algo más llano y, en el fondo, pudieron divisar la silueta de una casa.

—Aparcaré aquí —anunció Gerard secándose el sudor con el dorso de la mano.

Bajaron del coche y comenzaron a caminar, uno al lado del otro, en silencio. Gerard inspiró profundamente. No entendía el porqué, pero la sensación de ahogo aumentaba por momentos y le irritaba: él se creía libre de supersticiones y manías, pero notaba una desagradable pesadez en el ambiente. Llegaron hasta la entrada de la finca y hallaron la cancela abierta. Por el suelo, paralelo al sendero que conducía a la casa, vieron un cable de acero. Carballeira lo señaló.

—Cuidado con el perro.

Avanzaron lentamente, alerta, siguiendo el cable con la vista. Se trataba de una guía por la que podía moverse un can sujeto por la correa, probablemente grande como un mastín. Así que era de esperar que en cualquier momento apareciera ladrando amenazador y dispuesto a lanzarles buenas dentelladas si se ponían a tiro. No fue así. Llegaron hasta la entrada de la vivienda sin que apareciese ser vivo alguno.

La casa era una tosca construcción de piedra grisácea, de dos plantas, con el techo a dos aguas de tejas desportilladas. Las ventanas de madera se hallaban en pésimas condiciones y algunos vidrios estaban rotos. Tenía todo el aspecto de estar abandonada.

—Creo que te has equivocado, Carballeira —repuso Gerard—. Aquí no vive nadie.

Aún no había acabado la frase cuando escuchó un aullido lastimero, agonizante. El cable giraba a la izquierda y penetraba en el interior de una caseta de madera. Los dos policías se acercaron hasta allí y descubrieron en su interior un enorme perro que yacía moribundo. Estaba ligado al cable por una vasta cadena que le había infligido dolorosas heridas en el cuello. Era evidente que el can había estirado con fuerza intentando liberarse del collar que lo mantenía prisionero y a través del sucio pelaje marrón se podía ver un ruedo de sangre seca. De la boca le colgaba la lengua ennegrecida. Dentro del cubículo, lleno de suciedad, solo había un cazo de aluminio vacío. Ni agua ni comida.

—Pobre bestia —murmuró Carballeira furioso—. Se está muriendo de sed.

Gerard le hizo un gesto de la mano para que le diesen una vuelta a la casa, y en la parte posterior hallaron más muestras del terrible

abandono. Había un gallinero sucio y pestilente, y en su interior, esparcidas por el suelo, yacían muertas las gallinas, casi desplumadas y cosidas a picotazos. Se habían matado entre ellas. Un gallo moribundo, en un rincón, intentó por instinto lanzar su canto, y ese sobresfuerzo fue el último de su vida. Dobló el cuello y su cabeza cayó pesadamente sobre el suelo polvoriento.

—*Fillo da gran puta* —graznó Carballeira encolerizado—. Abandonar así a los animales, que también son criaturas del Señor…

Gerard le hizo un gesto con la mano, para que se calmase.

—Venga, entremos en la casa.

—No hay nadie —replicó Carballeira—. Estos animales llevan solos cuatro o cinco días.

—Entremos, de todas formas —insistió Gerard dirigiéndose a la entrada—. A ver si encontramos un poco de agua para darle al perro.

Carballeira accedió. Cruzaron al lado del pobre can, que los miró con los ojos vidriosos, y empujaron la puerta principal, que estaba entreabierta. En su interior reinaba una siniestra penumbra, la poca luz entraba a través de los sucios cristales de los ventanucos. Apenas había muebles: una tosca mesa de madera y dos sillas. Al fondo, una cocina económica. Gerard buscó un recipiente y lo llenó de agua. En un minuto estaba de vuelta con el cazo vacío. Lo llenó de nuevo y volvió a salir. Al regresar, se puso a rebuscar en las alacenas y se maldijo a sí mismo al no encontrar nada para darle de comer.

—Cuando nos vayamos, nos lo llevamos a la Protectora de Animales —dijo Carballeira—. A ver si lo salvan.

Gerard asintió mientras recorría la estancia y descubría unas escaleras al fondo del comedor que conducían al piso superior.

—¿Hay alguien aquí? —gritó.

Silencio.

—Subamos arriba —decidió.

Nada más comenzar a ascender por la tosca escalera notaron un intenso olor a orines y excrementos. Carballeira arrugó la nariz.

—*Me cago na cona moura* —murmuró—. *Cheira que nin dios.*

Conforme ascendían, el aire se tornaba aún más nauseabundo e irrespirable.

—Ahí arriba hay un muerto —susurró Carballeira entre los dedos de la mano que le tapaba la boca y la nariz.

Gerard asintió con la cabeza mientras subía el último peldaño y se enfrentaba al espectáculo más espeluznante que había visto en su vida.

La planta superior constaba de una única estancia con las paredes inclinadas a modo de buhardilla. Solo tenía un ventanuco y la luz que

iluminaba la habitación era mínima. Y aun así, pudo percibir la escena en todos sus detalles. En medio del cuarto había un viejo camastro sobre el que estaba tumbado un hombre desnudo, con los brazos y piernas extendidos y atados con cuerdas a las cuatro patas de la cama, en una posición que podría recordar al Hombre de Vitruvio, aunque ahí, en la posición de sus extremidades, concluía la semejanza. No se trataba de una bella imagen ajustada a los cánones del equilibrio ideal del genio Da Vinci. El hombre tumbado sobre la cama tendría unos sesenta años y, aunque era muy grueso, la piel estaba agrietada y colgaba como un viejo pergamino debido a la falta de hidratación. Sobre el abdomen tenía una jaula sujeta con cinta aislante y sin fondo, y dentro de ella había una enorme rata que ahora dormía en un lecho sanguinolento de vísceras y heces.

—Dios... Dios...

Gerard y Carballeira se acercaron lentamente.

—¿Está muerto?

—Supongo que sí, aunque tardó mucho en morir —balbució Gerard señalando la enorme charca diarreosa y reseca bajo las nalgas del hombre, que se extendía sobre la colcha raída.

Un enorme lecho de mierda.

—Nunca... había visto nada igual —murmuró Carballeira.

—Yo tampoco —dijo Gerard.

El hombre había sido torturado de manera bestial, diabólica. Durante días, la rata cautiva dentro de la jaula habría intentando buscar un camino para escapar de su encierro, y también alimento. Había devorado parte del vientre del hombre y sus órganos sexuales, bebiendo su sangre, socavando su cuerpo poco a poco, defecando y orinando sobre la herida y dejándole los intestinos al descubierto.

Los dos policías observaron en silencio la terrible escena, paralizados por el horror. Una mosca grande y negra voló hasta colarse dentro de la jaula. Se posó sobre la rata, que se removió nerviosa, aunque siguió durmiendo.

—Mira —susurró Carballeira, señalando un álbum de fotos al pie de la cama—. ¿Qué coño hace esto aquí?

43

El gallego tomó el álbum entre sus manos y lo abrió por la primera página. Gerard se llevó la mano a la frente en un gesto instintivo mientras Carballeira le enseñaba las fotos.

—No puede ser...

Las instantáneas estaban tomadas desde un punto fijo. En todas ellas se mostraba la misma estancia, un cuarto desprovisto de mobiliario. En todas ellas salían niños completamente desnudos, con el horror escrito en sus caritas, intentando proteger su desnudez. Solos, desamparados.

Indefensos.

Gerard recordó de inmediato las palabras de Lucrecia:

> «En el Hospicio de Cristo Rey había una celda de castigo en la que te encerraban completamente desnudo. No tenía ningún tipo de mueble. Ni una cama, ni una puñetera silla donde sentarte. Solo un orinal...»

Como si la humillación no fuera suficiente, como si el horror no tuviese fin, Domingo Losantos fotografiaba a los niños dentro de la celda de castigo.

Gerard liberó un profundo suspiro, que quedó interrumpido por una visión espantosa que lo dejó sin respiración. En una de las fotos aparecía un niño de unos doce años con el rostro carcomido. Solo tenía un ojo. En el lugar del otro había una cavidad amorfa, reseca y ennegrecida. Mostraba los dientes en una mueca brutal, ausente de labios. Tampoco tenía nariz. Su cuerpo estaba cosido a mordeduras.

—Es Calixto... —susurró—. Dios Santo, es monstruoso...

—Pobre criatura —repuso Carballeira—. Tener que vivir así, con este rostro...

—Y no solo eso. Míralo, está desnudo y completamente desnutrido. Qué tormento de vida —dijo Gerard, sobrecogido—. ¿Quién no se

volvería loco en esas condiciones?

—Loco pero inteligente. Porque este álbum ha sido dejado aquí a conciencia —murmuró Carballeira señalando al hombre amarrado a la cama—. Calixto lo ha torturado hasta la muerte, y ha querido que supiésemos por qué. Así que ha dejado bien a la vista la prueba más espantosa de los abusos que se cometieron en aquel hospicio.

Gerard asintió, y con la mano le indicó que siguiera pasando páginas. Resultaba aterrador, pero necesitaba proseguir. Si Lucrecia había pasado un tiempo en aquella celda, mucho se temía que saldría en alguna fotografía.

Una instantánea tras otra, soportaron el horror de ver niños y niñas de diversas edades. Todos desnudos, todos aterrados.

Carballeira pasó otra página y se detuvo. Miró a Gerard, este le devolvió la mirada.

En la foto podía verse a una niña de unos cinco años. Aunque la imagen estaba desenfocada —seguramente la niña no paraba de moverse— y tenía el rostro deformado en una terrible mueca, la reconocieron al instante.

—Lucrecia Vázquez —murmuró Carballeira.

Gerard asintió.

Calixto y Lucrecia...

Él, deforme, con el rostro destrozado a mordeduras. Ella, deforme, con el rostro contraído en un gesto brutal.

Dos pobres desgraciados. Dos víctimas.

¿Dos asesinos?

Lucrecia no había colaborado en la tortura y muerte de aquel hombre, así que no podía ser la asesina.

Pero ¿encubridora?

Mientras la mente de Gerard trabajaba a toda velocidad, Carballeira pasaba mecánicamente las páginas de aquel espeluznante álbum de fotos. Unos treinta niños aparecían desnudos en las instantáneas, todos ellos enseñando sus órganos sexuales infantiles o sus culitos marcados a moratones. Era espantoso. Infernal. Gerard levantó una mano y obligó a Carballeira a detenerse.

—Si quieres, lo dejamos —susurró el gallego.

—No es eso —dijo Gerard tragando saliva—. Es que... he reconocido a otro niño.

Lo dijo señalándole a un muchacho que miraba a la cámara con los ojos enrojecidos. Su cuerpo escuálido mostraba los primeros indicios del paso a la adolescencia.

—Es Alejandro Paz... —murmuró.

—¿Alejandro Paz no era el argentino? —preguntó Carballeira.

Antes de que Gerard pudiese responder, la rata empezó a removerse en su repugnante lecho, y después de apartar con las patas unos barullos de pelo y excrementos, comenzó a devorar frenética las entrañas del hombre sujeto a la cama. Carballeira y Gerard miraron la escena con repugnancia, y el último masculló una brutal sentencia que se heló en su boca.

—Se lo merece el muy… hijo… de…

El hombre amarrado a la cama entreabrió los ojos y lanzó un gemido agónico.

—¡Dios santo! —jadeó Carballeira—. ¡Está vivo!

44

Gerard observó con atención el trasiego de policías que entraban y salían de la casa con sus bolsitas llenas de hallazgos y haciendo fotos desde todos los ángulos. Se mantuvo en un discreto segundo plano, aguardando la visita de Carballeira que, de tanto en tanto, se acercaba y le ponía al corriente de los últimos acontecimientos. No obstante, no necesitó que el gallego le informase de que el hombre había muerto: vio salir a dos enfermeros que transportaban una camilla con un cuerpo envuelto en una funda hermética y plateada, cerrada con cremallera. También vio a los de la Protectora de Animales que trasladaban al pobre can al interior de una furgoneta.

—Joder —dijo Carballeira, apareciendo de pronto—. Qué trabajo ha dado el cabrón.

Gerard lo miró enarcando una ceja, expectante.

—Le quitaron la rata e intentaron despegarlo de la colcha, pero era imposible, así que el personal sanitario accedió a llevárselo con la colcha y todo, aunque al final no hizo falta —explicó el gallego—. Se murió.

—Los de la Científica aplaudirían, supongo. Mira que si tienen que analizar la manta con el tipo encima, se hubieran cagado también, pero de gusto.

—Eres un animal.

—Soy un animal —aceptó Gerard encogiéndose de hombros—. Por cierto, ¿el viejo dijo algo antes de espicharla?

—Farfulló una especie de letanía como si pidiese perdón. Yo le señalé la foto de Calixto para ver si lo acusaba, pero el tío puso los ojos en blanco y la palmó.

—Lo has matado tú, Carballeira —dijo Gerard dejando escapar una carcajada—. ¿Y me llamas animal a mí?

—A tomar por culo —dijo el gallego mientras se alejaba de nuevo. Se detuvo y lo señaló con el índice—. Por cierto, ahora vendrá a verte el perro gordo. Así que sé bueno.

Gerard se encogió de hombros. Los perros gordos lo traían sin cuidado.

—¿Sabes cuántos días llevaba el tío amarrado a la cama? —preguntó.

—Los de la Científica hablan de unas cuarenta y ocho horas.

—Pues fueron las cuarenta y ocho horas más felices de su vida.

Unos minutos más tarde, Carballeira regresó acompañado de un hombre corpulento, de unos cincuenta y tantos, vestido con una gabardina oscura que le confería un aire aún más recio y que contrastaba con su pelo completamente blanco. Al llegar hasta Gerard lo miró con unos ojos astutos de zorro viejo y resabiado.

—Comisario Boeiro —se presentó.

Gerard le estrechó la mano, una mano fuerte y áspera. Supo que no debía irse con tonterías.

—Sargento Castillo de los Mossos d'Esquadra. Pero estoy fuera de servicio.

—Ya lo sé.

—Carballeira ya le habrá dicho...

—Dígamelo usted —le interrumpió el comisario.

—Aunque no tengo placa, sigo siendo policía.

—Supongo.

—Y puedo ayudarles.

—Eso espero. Aunque por ahora, más que ayuda, ha sido un estorbo.

Gerard miró a Boeiro de través, que le devolvió una mirada inescrutable. El comisario tenía una expresión neutra, hierática. Con seguridad ponía la misma cara para descerrajar un tiro que para tomarse un albariño.

—¿Qué puede decirme? —preguntó Boeiro, tras el duelo de miradas.

—La solución del caso está aquí, en Galicia.

—¿Está seguro?

—Completamente. Es más, estoy convencido que el asesino es una persona que estuvo interna en el Hospicio de Cristo Rey...

—Si se refiere a Calixto Muiños Teixeira —le interrumpió de nuevo el comisario—, sepa que hemos dictado orden de búsqueda y captura. Y para que no se nos escape, hemos proporcionado su foto a la televisión. Esta noche saldrá en las noticias de las nueve.

Gerard lo miró estupefacto.

—¿La foto del álbum? —preguntó estúpidamente—. ¿Esa en la que

sale desnudo?

—No sea tonto, por Dios —masculló Boeiro—. La hemos recortado y solo sale su cara. ¿Usted cree que hace falta algo más para reconocerlo?

Gerard negó con la cabeza.

—Lo siento.

—Tenemos también la orden de registro de la casa de sus padres, Manuel Muiños y Generosa Teixeira —prosiguió el comisario—. Por lo visto, el tal Calixto tenía unos entretenimientos un poco macabros, relacionados con torturas a animales y tal. Quién sabe, quizá también tenía un criadero de ratas hambrientas.

—¿Creen que es el único asesino?

—Está implicado en los crímenes, sin lugar a dudas. No obstante, he visto su foto y estará usted de acuerdo conmigo en que es una persona que, con semejante aspecto físico, tiene que permanecer escondida en alguna parte. Y eso implica que necesita ayuda.

Gerard lanzó un vistazo a Carballeira, que asintió. «Explícale todo lo que sepas», le dijo con la mirada.

—He conocido a otro de los niños —apuntó Gerard—. Es la tercera víctima, Alejandro Paz, ya sabe, el escritor de autoayuda argentino. Creo que fue él su cómplice. Hasta verlo en el álbum no podía imaginar cómo habían podido conocerse, ya que Alejandro Paz había entrado en España con documentación falsa que decía que nació en Mar del Plata. Con toda seguridad, Alejandro Paz no es su verdadero nombre... El caso es que ahora sé que fue adoptado, y que pasó sus primeros años en el Hospicio de Cristo Rey. Allí fue donde conoció a Calixto... y a Lucrecia Vázquez. Supongo que, a pesar del paso de los años y de la distancia, Alejandro y Calixto mantuvieron el contacto, que se tornó más estrecho cuando Alejandro volvió a España, ya que Calixto se convirtió incluso en su negro literario. Por desgracia, si todos los documentos del hospicio se han perdido, lo único que tenemos son estas fotos...

El comisario Boeiro lo escuchaba con atención, y lo animó a proseguir.

—El caso es que Alejandro Paz volvió a España y, en algún momento, ambos planearon el asesinato de Soledad Montero. Los dos tenían sus propias razones: Calixto era el hijo que ella había abandonado al nacer, y Alejandro estaba sometido a su apetito sexual... La idea de que muriese devorada por ratas fue una forma de impartir justicia, supongo. La ley del talión: ojo por ojo y diente por diente.

—Estoy de acuerdo —murmuró el comisario—. Prosiga.

—Hasta aquí todas las piezas encajan bastante bien —dijo—. Entiendo las razones que llevaron a asesinar a Soledad Montero. Lo que no sé es de qué forma intervino Ramón Aparicio en esa muerte. Quizá fue cómplice del asesinato, ya que les prestó su propia casa para cometer el crimen. ¿Quería deshacerse de ella o no tenía ni idea de lo que iba a pasar?

—Ramón Aparicio es el editor, ¿no? —preguntó el comisario un poco agobiado por lo enrevesado de la historia.

—Exacto. Fuese cómplice o no, Alejandro Paz tenía sus propias razones para desear la muerte de Ramón Aparicio, ya que él sabía del acoso a que lo sometía Soledad Montero y no le quiso ayudar. Él mismo había sucumbido a ese acoso.

—¿Soledad Montero se acostaba con Ramón Aparicio y también quería acostarse con Alejandro Paz? —preguntó Boeiro sorprendido.

—Sí, y eso que el pobre Alejandro Paz era homosexual.

—¡La virgen! ¡Esto es peor que *Falcon Crest*!

Gerard ahogó una carcajada. Si aquello sorprendía al comisario, las próximas revelaciones lo iban a dejar sin habla.

—De hecho, si Soledad Montero era la madre de Calixto, Ramón Aparicio era el padre.

—¿Qué me dice?

—Sí, sí —respondió Gerard con aplomo—. Hay pruebas concluyentes de que ambos eran los padres de Calixto. Y lo que es peor, de que ahora se seguían acostando juntos.

Boeiro alzó una ceja.

—¿Qué quiere decir con «pruebas concluyentes»?

—Grabaciones en vídeo de sus actos sexuales.

—¿Usted las ha visto?

—Sí.

—¿Y?

—Soledad Montero era una fiera en la cama —concluyó Castillo, sonriente.

Durante unos instantes, Boeiro intentó poner orden en sus pensamientos.

—Conocemos al fin el móvil de los asesinatos, ¿no? —preguntó—. Perdone mi confusión, Castillo, pero llevo diez años al mando de la Brigada de Investigación Criminal y en todo ese tiempo me he tropezado con muchos cadáveres, no se vaya a creer que Galicia es un edén, pero aparte de ajustes de cuentas entre narcotraficantes, mujeres muertas por violencia de género, como se dice ahora, y peleas entre

bandas, poco más tengo que contarle. En fin, que este caso me viene un poco grande. Por lo enrevesado de la historia, pero más que nada por lo del *modus operandi*, ¿sabe? —Boeiro dejó escapar una sonrisilla sarcástica—. No sé, yo pensé que estas cosas solo pasaban en América. ¿Allí, en Barcelona, están acostumbrados a estas escabechinas raras?

—Ni hablar; en Barcelona nos matamos a tiros como en todos lados —respondió Gerard con impaciencia—. Por cierto, si me permite que retome mi exposición, le diré que lo que no sé, ni entiendo, es por qué Calixto asesinó a Alejandro.

—Eso no puede asegurarse —intervino el comisario con gesto cansado—. He recibido los informes de los últimos avances, y a la espera de nuevos resultados, lo único que sabemos es que no hay restos de paralizante muscular en el cadáver de Alejandro Paz. De hecho, no se sabe de qué murió.

Gerard lo miró de hito en hito.

—Comisario, yo vi el cadáver. No necesito un informe forense para asegurarle que se lo comieron las ratas.

—Se lo comieron, sí. Pero ¿lo mataron? Me temo que el estado del cadáver no permite asegurar el motivo de la muerte con precisión —concluyó el comisario—. Si no fue con paralizante muscular, como en el caso de Soledad Montero... En fin, los de Toxicología trabajarán de firme a ver qué descubren. Mientras tanto, quiero que mañana vengan a comisaría.

—¿Vengan?

—Lucrecia Vázquez y usted.

—¿Para qué?

—Quiero que ella vea las fotos.

—¿Las fotos de los niños desnudos? —preguntó Gerard horrorizado—. ¡Es una crueldad terrible!

—E inevitable —sentenció el comisario dando por concluida la conversación—. Mañana los espero a las diez. No falten. Verá, no quiero amenazarle, pero yo no les recomiendo que me desobedezcan.

45

—Domingo Losantos Villalba, natural de Santiago de Compostela. Sesenta y tres años, soltero. Licenciado en Teología y número uno de su promoción. —Carballeira tomó aliento—. En fin, un hijo de puta titulado, y ya se sabe que esos son los peores.

Gerard asintió con gesto ausente. No podía quitarse de la cabeza la idea de ver a Lucrecia descubriéndose a sí misma en una foto que la transportaría brutalmente a un pasado que nadie querría recordar, a un momento terrible de su infancia. Aquella visión sería, sin lugar a dudas, un trago amarguísimo para la joven y que, según el comisario, resultaba inevitable. Tendría que reconocerse con cinco años, desnuda, con el rostro crispado por el terror. Y por si no fuese suficiente, estaba seguro de que el comisario la estaría mirando fijamente, acechándola con aquella mirada fría de serpiente. Y no le ahorraría el trago de tener que identificar a Alejandro Paz y a Calixto Muiños, a los que aseguraba no haber reconocido con anterioridad.

Gerard meneó la cabeza.

Tal vez Calixto había matado a Alejandro en un arrebato de celos. Él era un monstruo, y quizás, en su mente enloquecida, creía que el argentino rivalizaba por el amor de su amada Melibea...

¿Y Lucrecia? ¿Qué razón podía tener para desear la muerte de todos ellos?

—Gerardiño, escúchame... —Carballeira le dio un golpecito en el hombro—. Escúchame y deja de pensar en Lucrecia.

Gerard le lanzó una mirada de soslayo mientras conducía.

—Lo siento —se disculpó—. Es que me parece aberrante hacerla pasar por semejante trago. Hasta que no se demuestre lo contrario, Lucrecia no es más que una víctima del monstruo ese, el tal Losantos.

—Tienes razón —concedió Carballeira—. Pero tienes que entender... Solo la tenemos a ella. Las fotos muestran niños anónimos,

sin nombres ni apellidos. Alejandro Paz está muerto y Calixto Muiños, desaparecido. ¿Adónde vamos a buscar?

—¿Qué pretende Boeiro?

—Sacarse una espina que lleva clavada.

Gerard lo miró interrogante.

—El comisario no te lo ha dicho, pero el caso del Hospicio de Cristo Rey le fue encomendado a él. Ya sabes que se tuvo que cerrar por falta de pruebas.

—Vaya, así que se trata de una cuestión de orgullo herido.

—No, ni hablar. Se trata de justicia. Todos los que trabajaron con Domingo Losantos en el hospicio sabían lo que estaba ocurriendo en la celda de castigo. Tenían que saberlo. Él está muerto, pero los que consintieron y fueron cómplices de los abusos están vivos y siguen libres. Por las fotos hemos contado unos treinta niños, pero pueden ser muchos más. ¿Acaso no merecen que se haga justicia?

—Si el comisario no tiene ningún problema en que la foto de Calixto Muiños salga por antena, que haga lo mismo con Domingo Losantos. Que ponga las dos fotos juntas, y un número de teléfono bajo cada una de ellas. Todos los que fueron violados por Domingo Losantos que llamen al número de teléfono tal. Y todos los que hayan visto por la calle al pobre Calixto Muiños que llamen al número de teléfono cual. ¿Quién dijo que la televisión no tenía voluntad de servicio público?

A pesar del evidente tono sarcástico de Gerard, Carballeira asintió.

—Se hará, se hará.

—Pero también hay que apretarle las tuercas a Lucrecia Vázquez, ¿no?

—Sí.

—Entonces no intentes engañarme, Carballeira. Dime que queréis machacarla a ver si confiesa.

El gallego asintió con lentitud.

—No tenemos ninguna prueba contra ella, pero hemos conseguido unos informes psiquiátricos que no le son muy favorables...

—¿A qué te refieres?

—¿Sabes que Lucrecia Vázquez ha pasado por muchos centros de acogida?

—Sí.

—Eso no es bueno para la mente.

—¿Estás diciendo que está loca solo porque tuvo una infancia terrible?

—No, Gerardo. A mí tampoco me gusta pensar así, pero parece que Lucrecia es una persona muy complicada emocionalmente. Y una

niñez tan terrible pudo disparar ciertos desajustes...

—Déjate de eufemismos y habla claro. ¿Qué sabes de ella?

—He leído un informe del último orfanato, cuando ya tenía catorce años —repuso Carballeira—. Dice que tiene un coeficiente intelectual de ciento cincuenta.

—Ya lo sé, es superdotada.

—Superdotada con desórdenes comórbidos.

—¿Comórbidos? —Gerard arrugó la nariz—. ¿Qué es eso?

Carballeira le dedicó una sonrisa comprensiva.

—No te preocupes, nosotros también hemos tenido que recurrir a un comecocos para que nos tradujera el maldito informe, porque no entendíamos nada de nada... —El gallego tomó aliento—. El caso es que Lucrecia Vázquez sufre un trastorno de Gilles de la Tourette asociado a otros trastornos menos aparentes pero mucho más graves.

—Sé que es hiperactiva. ¿Eso es grave?

—También es obsesiva.

—Ella lo negó cuando se lo pregunté.

—Te mintió.

Gerard tardó unos segundos en contestar.

—Aunque lo fuera, la obsesión no es locura.

—No, no lo es. Pero no ayuda. Y más si no está medicada, como es su caso. En el informe se afirma que Lucrecia no acepta la medicación y se muestra muy desafiante, con facilidad para sufrir arranques de ira. Se asegura que, en un arranque de esos, sería incontrolable.

Habían llegado frente al hostal, en Pedrafita. Gerard paró el motor y se recostó en el asiento, lanzando un profundo suspiro.

—Esto me supera, Carballeira. Yo no soy psiquiatra, y no entiendo nada de locos, pero Lucrecia me parece una buena chica, de verdad...

El gallego asintió con vigor.

—Lo sé, Gerardo, lo sé. Y si quieres que te diga la verdad, yo también creo que Lucrecia es inocente, pero...

—Es inevitable —remató Gerard.

—Lo es.

—¿Estás de acuerdo con Boeiro?

—Sí, lo estoy. Pero soy consciente de que le haremos pasar un mal rato a Lucrecia.

—Resignación, entonces —concluyó Gerard a modo de despedida —. Venga, hasta mañana.

Carballeira negó con la cabeza.

—Ni hablar —dijo—. No os voy dejar solos esta noche.

Gerard dejó escapar una carcajada brusca.

—¿Qué piensas que vamos a hacer? ¿Fugarnos a Portugal?

—No lo sé, pero no quiero dejarte en la estacada. Venid a cenar a mi casa.

—No me parece buena idea. Tengo que explicarle a Lucrecia que mañana debemos ir a comisaría. En fin, no creo que…

—Haré queimada y pillaremos una buena. El comisario no dijo nada de beber alcohol.

—Carballeira, no estamos para queimadas.

—Déjate de remilgos, Gerardiño. Pillarla siempre es buena idea. Además, con el resacón, Lucrecia encontrará las fotos menos agresivas, seguro.

Gerard asintió lentamente.

—De acuerdo, iremos a tu casa y beberemos como esponjas.

—Así me gusta.

—Por cierto… ¿Vives solo? No sé nada de tu vida.

—No vivo solo.

—¿Mujer? ¿Hijos?

—Tuve mujer y tengo un hijo.

—Joder, Carballeira. No sé a qué viene tanto misterio.

—Ven a casa y lo descubrirás.

46

Gerard abrió la puerta de la habitación y se encontró a Pérez con aspecto de haber echado raíces, y a Lucrecia mirando la televisión. No obstante, cuando pasó al lado del policía, este le lanzó una mirada furtiva que lo puso alerta. No, el murciano parecía dormido, pero en realidad estaba inquieto por alguna circunstancia. En cuanto Gerard dirigió la mirada a la pantalla de la televisión, lo entendió.

Lucrecia parecía hipnotizada mirando una escena brutal, aunque más surrealista que espeluznante, en la que unos zombis la emprendían a bocados con unos pobres humanos. ¿Eso era lo que le gustaba? ¿La carnicería sangrienta?

Sin decir ni una palabra, Gerard le apagó la televisión. Lucrecia se levantó de un salto, sorprendida.

—¿Qué pasa?

—¿Qué mierda miras?

—*The Walking Dead* —replicó ella—. ¡Es una serie buenísima!

—¿Buenísima? ¿Zombis comiendo humanos?

—¡Sí, buenísima!

—¿Estás loca o qué?

Lucrecia apretó las mandíbulas y sus ojos se llenaron de lágrimas. Intentó reaccionar, pero una sacudida brutal de sus hombros se lo impidió. Tardó varios segundos en recuperar el control y solo entonces fue capaz de responder.

—¿Qué quieres que mire? *¿Granjero busca esposa?*

Gerard tragó saliva. Como en un flash le vino a la mente la imagen de Rick Grimes, el policía originario de Kentucky —con su sombrero vaquero— y protagonista de la serie. Fue entonces cuando recordó que, meses atrás, él mismo se había bajado aquella serie de internet, mucho antes de que la emitiesen en España. Y no le pareció ninguna locura. Como mucho, una gamberrada.

—Lo siento, estoy un poco nervioso —murmuró, y volviéndose al murciano le hizo un gesto—. Por favor, Pérez, ¿puedes dejarnos solos?

El policía se incorporó con lentitud y, después de quitarse el auricular del oído y de apagar su aparato de radio, se marchó sin articular palabra.

—Siéntate —le pidió Gerard a Lucrecia dejando escapar un suspiro —. Hay varias cosas que debo explicarte y ninguna es buena.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó ella sin dejar de sacudir los hombros.

—Ahora te explico, pero antes te haré una pregunta, y quiero que me contestes la verdad.

Un brillo de inquietud iluminó las pupilas de la joven.

—Siempre digo la verdad.

—No.

Lucrecia sacudió la cabeza.

—¿En qué te he mentido?

—Me dijiste que no eras obsesiva.

Ella se levantó de la silla y se paseó nerviosa por la habitación.

—¿Cómo lo sabes?

—Te hicieron un estudio psicológico cuando tenías catorce años. No creo que hayas mejorado mucho.

—¿Con catorce años? ¿Dónde?

—En el ultimo hospicio en que estuviste. ¿No lo recuerdas?

—Mierda, mierda, mierda... ¡Mierda! —exclamó Lucrecia fuera de sí—. ¿Y qué, si soy obsesiva?

—Eso pienso yo —respondió Gerard suavemente—. Porque cuando te lo pregunté, lo negaste.

—¿Qué hubiera ganado?

—Mi confianza.

Lucrecia hizo una mueca de desdén y no dejó de pasearse por el cuarto como un león enjaulado.

—¿Cuáles son tus obsesiones? —preguntó Gerard siguiéndola con la mirada—. Ya veo que no te lavas las manos continuamente, ni te preocupa pisar las juntas de las baldosas, ni ordenas botecitos de jabón.

—Eso son compulsiones —puntualizó Lucrecia.

—Gracias por la aclaración —replicó Gerard—. Entiendo que tu tema lo tienes ahí dentro escondido. —Ahora se dio golpecitos en la frente con el dedo índice—. ¿Qué ideas te vienen a la mente?

Lucrecia se detuvo frente a la ventana y vio cómo Carballeira y Pérez hablaban delante de la entrada del hostal.

—Mira, tus amigos —murmuró—. Seguro que me están poniendo a caldo.

Gerard se levantó de un salto, y tomándola por el brazo la obligó a

girarse bruscamente.

—¡Contesta, Lucrecia! —exclamó con rabia.

Ella le mantuvo la mirada desafiante mientras sentía los dedos del hombre hundiéndose en su brazo. Gerard respiraba con fuerza y la ira se reflejaba en sus ojos, en la tensión de sus mandíbulas.

—¿Qué pasa si no quiero contestar? —le preguntó ella—. ¿Me pegarás?

Aquella pregunta fue para Gerard como la picadura de una tarántula. Le soltó el brazo y se alejó de ella.

—No te voy a pegar, aunque parece que lo desees.

Ella agitó la cabeza con vigor.

—Eso no es cierto.

—Sí que es cierto. Si yo te pegase, lo utilizarías de excusa para no responder.

—Menuda gilipollez.

Gerard hizo un gesto despectivo y se sentó pesadamente en el sofá que Pérez había ocupado antes. Cerró los ojos e intentó tranquilizarse.

«Un día de estos la mataré», pensó.

Lucrecia lo observó durante unos segundos, como esperando su reacción, pero él se mantuvo inmóvil y silencioso. Fue entonces cuando ella se sentó en la cama, cerca de él, y le tocó la rodilla con suavidad. Gerard entreabrió los ojos.

—Que te parta un rayo, Lucrecia —murmuró. Y volvió a cerrar los ojos. Ella le golpeó con más fuerza la rodilla.

—Escúchame.

—¿Qué quieres?

—Te diré lo que me obsesiona, pero no lo utilices contra mí.

—Haré lo que me dé la gana.

Lucrecia puso los brazos en jarras y lanzó un bufido.

—¡Eres imposible! ¡Imposible! ¡Imposible!

Luego volvió a pasearse por el cuarto, lanzando improperios y gruñidos.

—Bueno, ¿qué? —la increpó Gerard.

Lucrecia se detuvo y lo señaló con un dedo.

—¿Sabes qué me obsesiona? ¿Lo sabes? ¿Lo sabes?

Aún lo repitió varias veces más. Gerard la miró con aparente expresión de aburrimiento.

—Estoy obsesionada con las muertes violentas —confesó, al fin.

47

El hombre que les abrió la puerta no tendría más de treinta y cinco años. No obstante, era demasiado mayor para ser el hijo. Gerard dio un paso atrás y, en un gesto instintivo, comprobó el número de piso sobre el marco de la puerta. No, no se había equivocado. Fue entonces cuando descubrió que no sabía su nombre de pila.

—Hummm... ¿Carballeira vive aquí? —preguntó torpemente.

El hombre sonrió y con un gesto amable les invitó a entrar.

—¡Xosé Manuel! ¡Tus amigos! —exclamó.

Del interior del piso apareció Carballeira secándose las manos en un paño de cocina y envuelto en un halo de olores caseros y deliciosos.

—No me ha dado tiempo de hacer caldo gallego, pero creo que sabré compensaros —se disculpó.

—Huele a grelos —repuso Lucrecia husmeando como un sabueso— y a *chourizos* de Baralla.

—Y a ternera y a pimientos de Padrón.

—*Uns pican e outros non* —remató Lucrecia agitando los brazos con alegría. Nadie en su sano juicio sería capaz de resistirse al chascarrillo, por eso Carballeira sonrió condescendiente.

Mientras Lucrecia se mostraba expansiva y dispuesta a disfrutar de la velada, Gerard seguía plantado en el vestíbulo, tieso como un espantapájaros. El hombre joven le dio dos sonoros besos a la muchacha y le extendió la mano a Gerard, que se la estrechó después de mirarlo tontamente. Se presentó como Suso, amigo de Xosé Manuel.

—Os dejo solos, que sé que tenéis mucho de que hablar —dijo—. Yo aprovecho para ir a ver a mi hermana.

Carballeira le despidió con una sonrisa y Lucrecia fue la única que consiguió articular un adiós antes de que Suso desapareciese. Durante unos instantes, Carballeira y Gerard se miraron a los ojos, sin proferir palabra. Fue Gerard quien rompió el silencio.

—Suso es tu… —Gerard no halló la palabra adecuada. Por suerte, Carballeira asintió con vigor.

—Suso es mi pareja. Dile mi novio, si quieres —apuntó—. Pensamos casarnos, así que pronto será mi marido.

Silencio.

—Joder, tío —replicó Gerard pasándose la mano por la frente—. Y yo que pensé que eras un pedazo gallego con dos cojones.

Lucrecia lo miró horrorizada.

—¿Qué tienen que ver los cojones con la orientación sexual? —le recriminó, furiosa—. ¿Qué pasa, que solo los hetero son valientes?

Gerard negó con lentitud, avergonzado. Sin embargo, cuando ella se disponía a acusarlo de homofóbico y retrógrado, Carballeira respondió despreocupado.

—Aquí, el amigo Gerardiño —dijo, golpeándole el hombro—, es buen chico, pero un poco corto de miras.

Gerard se golpeó la frente con vigor.

—Vale, soy un asno —se disculpó—. Acepta mis disculpas y dame algo de beber. Absenta o algo así.

Carballeira dejó escapar una carcajada.

—Confórmate con un albariño fresco.

Gerard aceptó con agrado y con un gesto invitó a Lucrecia a pasar al comedor. Se retrasó levemente y miró a su amigo con gesto contrito. Durante unos segundos no supo qué decir.

—Lo siento, Carballeira. Me has dejado un poco… —murmuró, tenso—. ¿Fue por esto que te fuiste a Madrid?

—Acababa de conocer a Suso y pensé que si ponía tierra de por medio… Pero no. El paso del tiempo solo vino a confirmar que yo, en fin…

—¿Y tu mujer? —preguntó Gerard—. Porque estabas casado, ¿no?

—Le confesé lo que pasaba y pidió la separación. Yo intenté hacerle comprender… Fue imposible. Además, puso a mi hijo en contra.

—¿Y ahora?

—Sigue sin hablarme.

—En fin —murmuró Gerard—. Y yo que pensaba que mi vida era complicada.

—Pues ya ves que no, Gerardiño —contestó el gallego—. Pero no hablemos más de este tema. Venga, vamos a reunirnos con Lucrecia.

Además de sus virtudes policiales, Carballeira era un cocinero de primera, que como todo gallego de bien, no dejaba de ofrecer comida

hasta que no estaba totalmente seguro de que sus invitados estaban a punto de estallar como castañas.

Tras comprobar —con insistentes ofrecimientos— que Gerard y Lucrecia no eran capaces de ingerir un bocado más, los invitó a pasar al salón. Los dos se levantaron pesadamente, y se dejaron caer allá donde el gallego les indicó, en dos confortables butacas que rodeaban una chimenea que, previamente, había encendido y cuya leña se había consumido en unas brasas.

Carballeira se sentó en un taburete bajo, frente a la lumbre, y colocó sobre un trípode un recipiente de barro cocido. Vació un litro de aguardiente y puso unas cucharadas de azúcar, corteza de limón y granos de café. Comenzó a removerlo y le plantó fuego. El alcohol del aguardiente ardió con un brillo hipnótico.

—No te puedo dar absenta —le dijo a Gerard—. Pero quemaré poco el aguardiente, para que te temple los nervios.

—¿Nervios?

—Hoy te he puesto un poco nervioso. ¿No?

Gerard se encogió de hombros.

—Estoy tranquilo —respondió, arrellanándose con despreocupación en la butaca—. Ya me he hecho a la idea de que eres maricón.

Antes de que Lucrecia tuviese tiempo de reñirle por segunda vez, Carballeira le había sacudido con el atizador, a lo que Gerard contestó con un aullido lastimero.

—¡Mira que te pego un estacazo! —le amenazó entre risas.

Gerard siguió aullando, aunque ahora reía. Se dirigió a Lucrecia.

—¿Sabes que el bestia este le pegó un puñetazo en la cabeza a una vaca y la volvió loca?

—Es que no obedecía —contestó el gallego en tono filosófico.

Aquella respuesta provocó en Gerard un arranque de risa algo exagerado.

—¿Te acuerdas cuando...?

Durante los siguientes minutos, Carballeira hizo una exhibición del poder del macho, como si fuese preciso demostrar a su amigo del alma que seguía siendo muy hombre. O sea, un animal.

Lucrecia los miró resignada. Al parecer, la amistad entre aquellos dos se fundamentaba en una complicidad bastante tosca; un guion entresacado de *Resacón en las Vegas*.

—Lucrecia es una gallega de tercera —repuso Carballeira para fastidiarla—. Seguro que ni siquiera conoce *o conxuro da queimada*.

—Sí que lo sé.

—¿Seguro? ¡Pues venga! ¡A cantar!

—Me da vergüenza.

—Dile que te lo recite en alemán —intervino Gerard, frotándose el brazo dolorido por el golpe—. O en inglés. O en latín. Seguro que sabe latín.

Carballeira la miró con desdén.

—Vaya mierda de gallega… —refunfuñó, sin dejar de remover la queimada.

Tras un leve titubeo, Lucrecia se lanzó con un gallego vacilante.

—Mouchos, coruxas, sapos e bruxas. Demos, trasgos e diaños, espritos das nevoadas veigas. Corvos, pintigas e meigas, feitizos das menciñeiras…

Lucrecia prosiguió, cada vez con más soltura y ayudada por Carballeira.

—… eiquí e agora, facede cos espritos dos amigos que estean fóra, participen con nós desta queimada.

Las llamas se tornaron de color azulado y Carballeira removió la mezcla hasta que, cuando consideró que estaba en su punto, la apagó.

—Y ahora a beber —dijo mientras llenaba un cazo de queimada y lo vertía en unos cuencos de barro. Lucrecia tomó el suyo, y en el preciso instante en que el gallego le escanciaba la bebida, un estremecimiento la sacudió con violencia y casi toda la queimada cayó al suelo. Ella la miró con resignación.

—Carballeira, ¿no tendrás una chinita para hacerme un porrete? —le preguntó—. Yo me colocaré igual y no te ensuciaré el piso.

El gallego le arrebató el cuenco de la mano y le trajo de la cocina un vaso largo de tubo.

—Bebe y no digas mariconadas, rapaza —le contestó Carballeira llenando el vaso con dos dedos de queimada.

Ella lo miró de través, aún no se había dado por vencida.

—No es solo por el estropicio, es que mi hígado es muy finolis.

—¿El hígado? —preguntó Carballeira mientras se bebía la queimada de un solo trago—. ¿Qué *carallo* es el hígado?

48

Conforme iba transcurriendo la velada —y el nivel de alcohol iba descendiendo en el puchero y aumentando en la sangre— el ambiente se fue relajando. Aparte de la vaca loca, Carballeira les regaló infinidad de anécdotas de su infancia en una aldea de Lugo, todas cortadas con el mismo patrón. Gerard rio con ganas las ocurrencias de su compañero, dispuesto a mostrarse como el más energúmeno de entre todos los nacidos en tierra galaica. A Lucrecia le chirriaba tanta batallita cafre, aunque aguantó estoicamente. Se limitó a beber y escuchar, consciente de que Carballeira le lanzaba, de tanto en tanto, miradas furtivas.

En algún momento, dejó de explicar historietas y comenzó a rememorar los acontecimientos del día que tocaba a su fin. Lo hizo con suavidad, pero Lucrecia se sintió incómoda de inmediato, casi engañada. Miró a Gerard y también vio el desconcierto en su rostro.

—Carballeira, deja eso —le reprochó Gerard.

El gallego se revolvió nervioso en su taburete. «A por todas.»

—¿Le has explicado a Lucrecia cómo ha muerto Domingo Losantos? —le preguntó.

Gerard abrió los ojos como platos y le lanzó una mirada de reproche.

—Joder, tío, no me parece el momento.

—Ya lo sé, pero no podemos pasarnos la noche esquivándolo, ¿no? —insistió el gallego—. Mañana se lo explicará Boeiro, así que es mejor que lo sepa por nosotros.

Lucrecia miró a los dos hombres, alternativamente.

—¿Se lo comieron las ratas? —preguntó.

—Las ratas, no. La rata —contestó Carballeira—. ¿Quieres explicárselo tú, Gerardiño?

Gerard negó con la cabeza. Tal vez Carballeira tuviese razón, pero se sentía manipulado. ¿Y si, al fin y al cabo, aquella cena no había sido un acto de buena voluntad?

Cuando Carballeira explicó con todo lujo de detalles la tortura hasta la muerte de Domingo Losantos, Gerard tuvo la certeza de que el gallego pensaba sacar un rédito de la queimada. ¿Dónde acababa el hombre y comenzaba el policía? Y lo que era peor, ¿dónde acababa el amigo y comenzaba el policía?

¿Hasta qué punto Carballeira desconfiaba incluso de él?

A pesar de la profusión de detalles con que el gallego adornó el espeluznante relato, Lucrecia escuchó sin proferir ni un insulto, algo tan habitual en ella. Es como si se contuviera a propósito. Si Carballeira esperaba hallar una reacción evidente en la joven, fue del todo imposible separar el grano de la paja. Bajo los efectos del alcohol y víctima de los tics, Lucrecia escuchó el relato atroz de la rata devorando el abdomen de Domingo Losantos con la misma aparente frialdad con que escucharía el informe meteorológico. Movimientos convulsos sin más; ni lágrimas, ni vengativas palabras de satisfacción, ni la menor expresión de inquietud. Si conocía la noticia por primera vez, o si ya la sabía de antemano, era un secreto que se guardaba para sí misma, ya que se mantuvo silenciosa y no hizo ningún comentario.

Al acabar, Carballeira la miró expectante, esperando una respuesta que no llegó.

—Estás entre amigos, rapaza —la instigó, impaciente—. Puedes decir lo que quieras. Domingo Losantos era un cabrón, así que lo normal es que te alegres de su muerte.

Lucrecia negó con furia mientras se abandonaba a los violentos espasmos de sus hombros. Necesitaba liberar la tensión acumulada. Después, cuando pudo responder, demostró que la queimada no se le había subido a la cabeza, ni mucho menos.

—Domingo Losantos era un cabrón —repitió, mirando a Gerard por el rabillo del ojo—. Eso es verdad.

Carballeira le hizo un gesto, instándola a proseguir.

—Pero yo no estoy entre amigos —sentenció—. Estoy entre policías.

—Claro que somos policías —apuntó Carballeira, conciliador—. Pero no dejamos de ser personas. Y por encima de todo, queremos protegerte.

—Ya.

Carballeira la miró sorprendido.

—¿Piensas que Gerardiño y yo no somos amigos, que todo lo que has visto es una farsa?

—Vosotros sois amigos, sí. Aunque no míos.

—De acuerdo. Te conozco de hace dos días. —Ahora señaló a Gerard—. Y él, poco más que yo. Pero los dos hemos apostado por tu

inocencia.

Lucrecia chasqueó la lengua con desdén.

—Y una mierda.

Gerard arrugó el ceño mientras Carballeira la señalaba con el índice.

—Lucrecia Vázquez, ¿tú crees que te he traído a mi casa para intentar sonsacarte?

Ella asintió con vigor antes de responder.

—Al principio pensé que era una cenita de amigos, pero de eso nada. Los pimientitos, el cordero que estaba de puta madre, *o conxuro*, la queimada... Todo este amor caído del cielo, todos estos desvelos para impresionar a la pobre huérfana que tiene pinta de pirada... ¡Sí, coño, sí! ¡Es todo un jodido paripé para que hable! ¡Hable, hable, hable! ¡Jodido, jodido, jodido!

De vuelta a Pedrafita del Cebreiro desde Becerrea —donde vivía Carballeira—, Gerard y Lucrecia hicieron todo el recorrido en absoluto silencio, treinta kilómetros de densa hostilidad. Él se sentía dolido por partida doble. Con Carballeira, porque lo había utilizado sin confesarle sus verdaderas intenciones. Y con ella, por la frialdad con que era capaz de comportarse, siempre afilando el cuchillo y dispuesta a clavarlo. Al detener el coche, frente al hostal, no hizo ningún gesto de bajarse, y ella se quitó el cinturón y se recostó en el asiento, lanzando un bufido.

—Venga, suelta el sermón —le espetó Lucrecia, impaciente—, que mañana me espera un día jodido. ¡Muy, muy, muy jodido!

Gerard negó con lentitud.

—Carballeira no invita a todo el mundo a su casa —dijo—. Le has ofendido con tus comentarios hirientes y tu falta de confianza.

Lucrecia lo miró de través, con una media sonrisa en los labios. Como parecía que Gerard hablaba en serio, optó por no burlarse.

—Lo sien... ¡to! ¡Siento, siento, siento!

—Él te ha acogido de corazón.

—¡De acuerdo! ¡Soy una mala bestia! —Lucrecia hizo un gesto de hastío—. Pero yo necesito algo más que una queimada para confesar los crímenes que no he cometido.

—No los has cometido, de acuerdo —apuntó Gerard—. Pero tú sabías que Domingo Losantos iba a morir. Lo sabías de antemano.

—Oye, oye, oye. —Lucrecia lo señaló con un dedo—. ¿No estábamos hablando del pobre Carballeira y de sus desvelos por apadrinarme?

—De pobre Carballeira nada —replicó Gerard—. Y sí, reconozco que a mí también me ha colado un gol.

—Me ha emborrachado para ver si cantaba, ¿sí o no?

—Supongo —aceptó Gerard, impaciente—. Así que, canta: ¿sabías que Losantos iba a morir?

—¿Y cómo querías que lo supiera? —Ella lo miró con desdén—. ¿Lo vi en mi bola de cristal?

—No seas desagradable y contesta. Estoy harto de que juegues conmigo al gato y al ratón. Creo que me merezco algo de sinceridad por tu parte.

—¡Yo no te he pedido nada! ¡Nunca!

Gerard golpeó el volante con furia. Con Lucrecia, ni por las buenas ni por las malas. Ni con ironías ni con indirectas. Ni apelando a sus buenas intenciones ni comportándose como un cabrón. Lucrecia era impermeable.

—¡Lo sé! ¡No me has pedido nada! —exclamó—. ¡Pero estoy aquí, a tu lado! ¿Es que no lo ves, maldita sea?

Lucrecia arrugó el ceño y lo señaló con un dedo.

—A mi lado, a mi lado —repitió—. ¡Ya veo que estás a mi lado, sí! ¡Vigilándome como un maldito polizonte, husmeando hasta el último de mis tics, a ver si uno me delata!

—¡No te estoy vigilando!

—¡Sí que me vigilas!

—Bueno, sí, pero no es el único motivo… —Gerard intentó guardar las palabras en el fondo de su subconsciente, pero la queimada le estaba produciendo el mismo efecto que el suero de la verdad—. En realidad, te tengo cierto aprecio…

—Y una mierda.

—Es cierto.

—Bah. —Lucrecia hizo un gesto despectivo—. Además, tanto que presumes de que estás a mi lado y de que no te ofrezco nada… Fíjate; te he contado mi vida y milagros, y eso es más de lo que tú has hecho conmigo.

Gerard dejó escapar una amarga carcajada.

—No hay nada interesante que explicar.

—Será que no quieres explicarme nada.

Durante unos segundos, él permaneció en silencio.

—Tengo treinta y siete años.

—Genial, te faltan tres para los cuarenta.

—¿Qué quieres saber? —dijo Gerard de improviso—. ¿Que fui un estudiante mediocre? ¿Que no he ido a la universidad? ¿Que mi hermano mayor es un cerebrín y una eminencia, como dice mi padre,

que también dice que yo soy un cacho de carne con ojos? ¿Que mi padre, además de cariñoso, el muy cabrón es falangista? ¿Que mi hermano, además de eminente, también es falangista? ¿Que me birló la mujer? ¿Que hui de Madrid como un cobarde porque no podía soportarlo? ¿Que soy un pobre policía sin talento ni ambición? —Gerard tomó aliento—. ¿Aún no te has dado cuenta de que soy un mierda?

Lucrecia tardó unos segundos en contestar.

—No quería decir eso. Bueno...

—Como ves, estoy tan solo como tú.

—Tienes familia.

Gerard negó con vigor.

—Con familias como la mía casi es mejor ser huérfano —sentenció.

Lucrecia meneó la cabeza, furiosa consigo misma.

—No es esto lo que pretendía. Lo siento, lo siento mucho. El alcohol no me ha sentado bien.

—Da igual —concluyó Gerard con gesto sereno, como si se hubiese aliviado—. No importa. Lo que importa es que estoy aquí.

—Te veo.

—No estoy hablando en sentido literal, joder.

—Lo siento.

—Deja de decir que lo sientes, porque no sientes nada, Lucrecia. Estás metida en tu puto cascarón y no piensas salir de ahí aunque todo se derrumbe a tu alrededor.

—No es fácil...

Durante unos segundos, ambos permanecieron en silencio.

—Habla —dijo Gerard de improviso.

—No es fácil —repitió ella.

—Habla.

Silencio.

—Si alguien merecía morir, ese era Domingo Losantos —murmuró Lucrecia con un hilo de voz.

—¿Lo sabías?

—Lo imaginaba.

—¿Por qué?

—Si fue Calixto, si realmente Calixto es el asesino, entonces... Domingo Losantos no podía quedar impune.

—¿Y Alejandro Paz? ¿Merecía morir?

—No, no...

—Júrame que no sabes nada de Calixto. Júrame que no tienes ninguna relación con él, que no sabes dónde está.

La queimada le estaba jugando una mala pasada a Gerard, que era

incapaz de controlar el impulso irrefrenable e infantil de obligarla a tranquilizar su conciencia. Ni que fuese con mentiras.

Jamás, en todos sus años de oficio, se había sentido tan estúpidamente vulnerable.

—Júrame que no tienes nada que ver con las muertes.

Ella agitó la cabeza con furia.

—No me creerás.

—Júramelo —insistió él con terquedad.

—Te lo juro. Soy inocente —dijo ella, mirándolo a los ojos.

Gerard le mantuvo la mirada. Después, en un impulso repentino, alargó la mano y le acarició una mejilla. Fue un gesto suave pero cargado de significado; ella lo supo al instante. No se movió. Aceptó la caricia de Gerard, su mano rozándole la mejilla y bajando hasta su cuello. Él la obligó a acercarse, con lentitud, como si quisiera darle tiempo a comprender cuál era su intención. Otorgándole la posibilidad de alejarse, de rechazarlo. No fue así. Lucrecia obedeció sin parpadear, como hipnotizada. En el último instante, Gerard tuvo un fugaz pensamiento sensato, la certeza de que estaba a punto de cometer un grave error. Debía detenerse, pero era incapaz. Cuando sintió la boca de Lucrecia rozando la suya notó que ella entreabría los labios, dispuesta a recibirle. Se acabó el control. Casi la arrancó del asiento, atrapándola entre sus brazos, y la besó como si necesitase su aliento para seguir vivo. Fue un beso brusco y angustioso, a golpe de adrenalina y de furia contenida. De supervivencia.

Gerard liberó a Lucrecia y la miró a los ojos. Ella aceptó. Bajaron del coche sin mediar palabra y entraron en el hostal, uno al lado del otro, como dos sombras.

Alguien, que se había mantenido oculto en la oscuridad, esperó unos minutos. Después, arrancó el motor y se alejó.

Había tomado una decisión.

Y esa decisión implicaba una muerte más.

49

—No creo en Dios.

Gerard se despertó sobresaltado, bañado en sudor y con la sensación de que volaba boca abajo en un caza ultrasónico. El dolor en las sienes era insoportable, y fugazmente pensó en lanzarse de cabeza contra la pared hasta que el cráneo se le fracturara por las fontanelas y el encéfalo pudiese brotar por las fisuras, como la clara manando de la cáscara resquebrajada de un huevo.

Maldita resaca.

Gerard alargó el brazo y buscó a tientas a Lucrecia. Le acarició el cabello con torpeza, pero ella no se movió. A juzgar por el sonido de su respiración rítmica y acompasada, dormía profundamente. Plácidamente. Lucrecia no era humana. Tal vez estaba en coma. Y tal vez, y por suerte para ella, el alcohol no le afectaba, acostumbrada como estaba a la marihuana. Y lo que resultaba increíble era que, después de todo lo que había sucedido, Lucrecia pudiese conciliar el sueño, pero así era. Era una mujer insensible, extraña. Fea pero guapa. Demasiado inteligente para él. Demasiado. Y no tenía resaca. Él no tenía esa suerte; su cabeza se había convertido en un campo de aviación, pero eso no era lo peor. Lo peor era lo que pensaba de sí mismo, de su coeficiente intelectual.

Era el patán más grande del mundo, el idiota más completo; un imbécil integral. Un gañán australopiteco. Cuando ella le dijo que no creía en Dios, no entendió nada, impresionado aún por la intensidad de los acontecimientos. Acababan de hacer el amor —por llamarlo de alguna manera— y él estaba aún abrumado por lo que había descubierto. Rebobinó en cámara lenta sus recuerdos, y evocó el momento en que llegaron a la habitación. Se quitaron la ropa a tirones, como alimañas ansiosas por liberarse, y cayeron desnudos sobre la cama. No hubo preliminares, ni promesas de amor eterno. Ni tan solo unas palabras dulces. Él se tendió sobre ella y la penetró sin

miramientos, empujado por la urgencia del deseo y un oscuro placer que lo incitaba a tratarla con violencia, a mostrarle que ella era frágil entre sus brazos, bajo su cuerpo. El himen cedió ante el brusco asalto y ella dejó escapar un grito.

Lucrecia era virgen.

Gerard se detuvo, respirando con dificultad.

—Sigue —le instó ella—. ¡Sigue!

Él obedeció. Lucrecia no disfrutó, pero no pareció importarle. Era como si desease sentir dolor, como si creyera merecerlo. Gerard jamás había desflorado a una mujer, y tropezarse a aquellas alturas con una doncella era lo último que esperaba, más aún con el comportamiento que ella había mostrado. Lucrecia no le pidió ternura, ni le rogó delicadeza. Le clavó las uñas en la espalda y lo jaleó como si fuese un semental. Y él obedeció. Cuando acabó, se dejó caer a un lado, sudoroso, y se mantuvo inmóvil durante unos minutos, intentando recuperar el aliento. Al cabo de ese tiempo intentó acariciarla, iniciar una disculpa. Ella le apartó la mano con brusquedad y se giró, dándole la espalda. Fue entonces cuando lo dijo:

—No creo en Dios.

Maldito imbécil, ahora lo entendía.

Todos los juramentos que él le había obligado a hacer, en su patético y desmañado intento por conseguir que Lucrecia le abriese el corazón, por confiar plenamente, no habían significado nada. Para ella, jurar no tenía ningún significado, era palabrería hueca. Tal vez todo lo que hacía y decía Lucrecia era producto de una psique enferma, de una poderosa inteligencia empujada al abismo, al deseo de dar y sentir dolor, de vivir en un precipicio de maldad y mentiras…

La misma pregunta, una y otra vez:

¿Lucrecia Vázquez era culpable?

Mientras la mente de Gerard trabajaba enfebrecida, víctima de los efluvios del alcohol y de una sensación de inseguridad creciente, el teléfono móvil de Lucrecia se iluminó en la oscuridad. Dio dos destellos y después se apagó. Gerard comprendió que, aunque lo tenía en silencio, ella acababa de recibir un mensaje. Miró la hora en su reloj de pulsera, eran las cuatro de la madrugada.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, vio que Lucrecia se incorporaba con sumo cuidado, procurando no despertarle. Gerard intentó controlar su respiración desbocada y hacerse el dormido. Con los ojos entornados vio que cogía el teléfono móvil, y con el mismo sigilo con que se había levantado, entraba en el lavabo y cerraba la

puerta tras ella. Como impulsado por un resorte, Gerard se levantó de un salto y abrió la puerta, enfrentándose a Lucrecia, que levantaba la vista de la pantallita del móvil y lo miraba con el horror grabado en sus ojos.

—¿Quién te ha enviado un mensaje?

Lucrecia negó con vigor mientras, en un gesto instintivo, intentaba esconder el teléfono. Gerard la tomó del brazo y se lo arrebató de la mano.

—No, por favor… —musitó ella—. No debes leerlo…

Gerard abrió el último mensaje recibido, que venía bajo un número de teléfono desconocido. Lo leyó con rapidez.

> Mata a Gerardo Castillo y ven a casa. Tenemos que huir. Calixto.

Gerard lo releyó varias veces, como si no diera crédito a lo que veían sus ojos, como si no pudiera creerlo. Cada vez levantaba la vista y miraba a Lucrecia. Ella mantenía la mirada baja y los brazos cruzados sobre el pecho intentando ocultar su desnudez.

O protegerse de su ataque.

El primer impulso fue golpearla. Consciente de que la ira lo cegaba, la empujó con todas sus fuerzas contra la pared, como si quisiera alejarla de sí mismo. Ella cayó sobre el bidet como un fardo y se golpeó en la espalda antes de resbalar hasta el suelo. No profirió ni un lamento.

—¡Maldita zorra mentirosa! —rugió Gerard dando rienda suelta a la furia—. ¿Cómo has conseguido engañarme? ¿Cómo he podido estar tan ciego?

Fuera de sí, le lanzó el teléfono móvil y le golpeó en la cara. La mejilla enrojeció al instante, la misma mejilla que él había recorrido con sus labios unas horas antes. Lucrecia se encogió en posición fetal; no lloró ni pidió compasión, no intentó convencerle inútilmente de su inocencia. Se limitó a esperar los golpes. Era evidente que estaba acostumbrada a recibirlos. Y sabía que, en aquel momento, era inútil pedir clemencia.

—¡Seré imbécil! ¡El imbécil más grande del mundo! —le gritó él—. ¡Y pensar que me he enamorado de ti como un gilipollas! ¡De ti, que eres una maldita asesina loca! ¡Dime! ¿Cómo pensabas matarme? ¡Contesta! ¿Cómo pensabas asesinarme?

Gerard la siguió increpando, vomitando toda su rabia sin conseguir que ella respondiese.

—¡Habla! —rugió, enloquecido—. ¡Di cómo pensabas matarme!

Ella siguió sin contestar.

De repente, Gerard dejó de gritarle, recogió el móvil y salió del lavabo. Lucrecia levantó la mirada levemente, pero no se movió. Sorprendida, vio que él regresaba con unas esposas. Gerard la puso de pie con brusquedad y la obligó a inclinarse sobre la pica del lavabo. Ella no ofreció ninguna resistencia.

—¡No te quejarás! —exclamó, mientras cerraba una esposa alrededor de su muñeca izquierda y la otra al desagüe del lavabo—. ¡Yo no soy Manzano! ¡No voy a permitir que te mees encima!

Tras inmovilizarla, volvió al cuarto y comenzó a vestirse con precipitación.

Lucrecia intentó acomodarse a la posición, que era ridícula e humillante. Estaba inclinada sobre el lavabo en una postura muy forzada, y completamente desnuda. Se puso de rodillas, observando a Gerard.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó con un hilo de voz.

Gerard levantó la cabeza y la miró con odio, aunque su vista se detuvo en el terrible moratón que le hinchaba la mejilla.

—Voy a ir a ver a tu amante —le soltó—. ¡Menuda sorpresa se va a llevar! ¡Y tú tranquila, que Carballeira te sacará de aquí para llevarte directa a la cárcel!

—No vayas —murmuró Lucrecia.

Gerard acabó de vestirse y se escondió la Glock en el interior de la camisa.

—Voy a ir y voy a matar al puto Calixto de los cojones —le contestó con desprecio—. ¡Lo mataré, maldita sea, lo mataré!

Lucrecia se estremeció, víctima de los tics, y tardó unos segundos en hablar. La voz brotó temblorosa de su boca.

—No vayas, es una trampa.

—Cállate ya —le espetó él mirándola con asco—. Cállate, que no quiero oírte nunca más en mi vida.

Gerard salió de la habitación dando un portazo y Lucrecia se mantuvo inmóvil, silenciosa, únicamente liberada a un brusco giro de su cabeza. No profirió ni una sola queja, ni un lamento. Totalmente concentrada, pocos minutos después escuchó el motor de un vehículo al arrancar y alejarse. Entonces, se sentó en el suelo y con la mano derecha comenzó a tantear las juntas de la tubería de desagüe.

50

—Voy armado.

—¿Estás loco o qué? ¿De dónde has sacado la pistola?

—No sé si estoy loco, pero imbécil no soy. ¿Qué quieres, que me presente en casa del perturbado ese con las manos en los bolsillos?

—¡Lo que tienes que hacer es esperarme! —gritó Carballeira—. ¡En una hora estoy ahí!

—¡En una hora el hijoputa ha desaparecido, en cuanto se dé cuenta de que Lucrecia no va a acudir a la cita! ¿No entiendes que tengo que atraparlo ahora?

—¡Te lo prohíbo, Gerard! ¡Ni se te ocurra acercarte tú solo!

Gerard cortó la llamada. Puso el móvil en silencio y se lo guardó en el bolsillo.

En aquel momento llegaba frente al cruce que conducía hasta la casa. La oscuridad era absoluta, pero no hacía ni veinticuatro horas que había estado allí, así que recordaba perfectamente que el camino era una senda de cabras. Encendió las luces largas, redujo la marcha y apretó los dientes un segundo antes de escuchar el crujido de los bajos del coche contra el suelo.

Ni veinticuatro horas... El día más largo de su vida. Por suerte, los efectos del alcohol habían desaparecido, o la tensión era tan intensa que no los apreciaba. Avanzó lentamente, con las manos crispadas en el volante, intentando esquivar los cascotes más afilados que cubrían la pista. Saltaban contra los bajos y contra la carrocería, produciendo un repiqueteo continuo, una suerte de lluvia de piedras. Además, el camino zigzagueaba, ascendía y descendía continuamente, convirtiendo la conducción en un esfuerzo agotador. Minutos después, Gerard halló la rampa donde se había detenido la mañana anterior, aunque ahora prosiguió la ruta sabiendo que ya había recorrido la mayor parte del trayecto. Cinco minutos después descubrió la explanada, al fondo de la cual estaba la casa. Y pudo verla, ya que por entre los postigos de las ventanas del piso superior se colaba algo de

luz. Miró la hora en el reloj: las cinco de la madrugada.

Calixto estaba esperando a Lucrecia.

Aparcó el coche y nada más salir al exterior se llevó el primer sobresalto: el perro tuerto lo estaba observando desde lo alto de una loma, totalmente inmóvil y silencioso. Gerard le lanzó con rabia un puñado de guijarros. Alguno le alcanzó, pero el can se limitó a apartarse un poco. De buen grado lo hubiese matado de un tiro, pero no era cuestión de alertar a Calixto Muiños, así que le lanzó una mirada de odio y una salva de portentosos juramentos. El tono fiero que utilizó debió de ser mucho más convincente que el impacto de las piedras, porque *Pachin* desapareció en el bosque dejando escapar un aullido lastimero. Gerard comenzó a caminar en dirección a la casa, y conforme se acercaba vio un vehículo bastante grande aparcado frente a la puerta de entrada. Cuando llegó hasta allí comprobó que se trataba de una gran furgoneta y fue entonces cuando fue consciente de que era una auténtica calamidad, un inútil rematado: ni siquiera llevaba una triste linterna. Con la escasa luz del teléfono móvil intentó otear en su interior, pero descubrió que los vidrios de la cabina estaban tintados y la parte posterior no tenía ventanillas. Buscó alguna indicación en la carrocería de la furgoneta; no llevaba ningún tipo de identificación comercial. La matrícula era bastante nueva, el vehículo no tendría más de tres meses. Dio la vuelta e intentó abrir las puertas posteriores, pero estaban cerradas con llave. Meneó la cabeza y prosiguió el camino; registrar el interior de la furgoneta sería trabajo de Carballeira, aunque él sabía muy bien qué se había transportado en su interior.

Al llegar a la puerta de entrada, comprobó que estaba levemente entreabierta. La empujó y pasó al interior del vestíbulo. Un olor desagradable a podredumbre le llegó de inmediato. Cerró la puerta y empuñó la Glock. Sus ojos se adaptaron a la penumbra, rota por la leve luz que provenía de la planta superior. Gerard cruzó el desolado recibidor y comenzó a subir las escaleras que conducían al primer piso. En cuanto puso el pie en el primer peldaño crujió bajo su peso y se maldijo de nuevo por su torpeza. Con cuidado ascendió escalón a escalón, sin dejar de apuntar con la pistola. Llegó a la planta superior sin escuchar el más leve sonido, más que el producido por sus propias pisadas. Se detuvo en mitad del pasillo y descubrió que la luz provenía de un cuarto que se hallaba al final del corredor, una estancia que no había visto antes. Caminó con sigilo, paso a paso, cruzando por delante de la biblioteca, que se hallaba a oscuras, y se acercó

lentamente a la habitación iluminada. La puerta estaba entornada, y solo dejaba ver unos centímetros de su interior. Aun así, en cuando Gerard estuvo cerca intuyó lo que hallaría. Su mano se ciñó con fuerza a la empuñadura de la Glock y empujó la puerta con el pie. Entró. Respiró con fuerza y su mirada recorrió la estancia. Se encontraba en el interior de un mísero cuarto, amueblado con una vieja cómoda desvencijada y tres sillas de diferentes modelos. La cama, con un cabezal ricamente tallado y comida por la carcoma resultaba ridícula, grotesca, fuera de lugar. Y sobre ella, ofreciendo un espectáculo espeluznante, yacían rígidos y evidentemente muertos los dos ancianos.

Gerard se acercó con lentitud y observó sus rostros inexpresivos, sus miradas vacías, la lengua sobresaliendo de sus bocas. Habían muerto de asfixia.

Gerard tragó saliva.

Calixto había matado a sus padres.

Salió del cuarto y retrocedió sobre sus pasos sintiendo que el corazón le martilleaba en el pecho. Cuando comenzó a bajar las escaleras, notó que el olor nauseabundo que había percibido en el vestíbulo se apreciaba ahora mucho más. Entró en la cocina, el hedor era cada vez más intenso y lo condujo hasta una puerta que parecía conducir a la despensa. La abrió y una vaharada pestilente le golpeó en las fosas nasales. Intentó escudriñar en la oscuridad, pero no consiguió más que ver unas escaleras de piedra que parecían descender hacia un sótano. Buscó inútilmente un interruptor de la luz, y cuando ya estaba a punto de desistir, sintió un intenso pinchazo en el cuello, como la picadura de una avispa. En un gesto instintivo se llevó la mano a la zona irritada, y se arrancó un pequeño dardo. Lo observó. En la penumbra le pareció semejante al dardo lanzado por una pistola Taser, aunque no había recibido ninguna descarga eléctrica. Solo había sentido el pinchazo de una aguja.

Casi de inmediato, una luz intensa, fluorescente, iluminó la estancia. Alguien había accionado el interruptor de la luz. Gerard miró a su alrededor, pero no descubrió a nadie. Frente a él vio el inicio de una escalera de piedra que conducía al sótano. Era consciente de que se estaba metiendo de lleno en la boca del lobo, pero ya no era tiempo de volverse atrás. Apretó la empuñadura de la Glock y comenzó a bajar los escalones.

Sin darse cuenta aún de que su movilidad estaba mermando por momentos, descendió con cautela hasta llegar a la planta inferior. Fue entonces cuando comprendió que había caído en una trampa mortal.

El sótano era un habitáculo excavado en la roca viva, sin ningún

tipo de ventilación. Apiladas unas sobre otras había no menos de veinte jaulas llenas de ratas que chillaban ansiosas y se mordían entre sí, espoleadas por el hambre.

Gerard abrió la boca y ya no pudo cerrarla. Miró aterrorizado su mano derecha que, falta de tono muscular, dejaba resbalar la pistola, que caía al suelo. El sonido metálico del arma contra la piedra resonó en la cueva y enervó aún más las ratas, que chillaron frenéticas. Gerard se recostó contra una pared, buscando apoyo, consciente de que ya no podía huir, de que no tenía fuerzas para subir las escaleras. El paralizante muscular estaba inmovilizando todo su cuerpo con rapidez terrorífica, presionando su pecho, convirtiendo cada inspiración en un esfuerzo titánico.

Iba a morir.

Fue entonces cuando lo vio surgir de entre las sombras, sonriente.

—Sos un forro, gilastro, el poli más boludo de todo el mundo, ¿lo sabés?

Gerard descubrió a Alejandro Paz. El argentino caminó hacia él, con un brillo enloquecido bailándole en los ojos.

—¿Te hacés cuenta que serés morfa para ratas?

Gerard intentó controlar el pánico.

—¿Mor... fa?

—Comida —explicó Alejandro Paz.

—¿Y Calix... to?

—Calixto está muerto, boludo.

Gerard dejó escapar un leve gemido.

—¿Mu... er... to?

—Sí, en mi casa. Lo habéis confundido conmigo —dijo el argentino sonriente—. Aunque no me extraña. Éramos hermanos gemelos.

—¿Her... ma... nos?

—Sí, poli gilastro, sí. ¡Sorpresa!

Gerard lo miró con una expresión estúpida en el rostro, los músculos faciales ya casi paralizados. Las piernas dejaron de sostenerle y resbaló con la espalda pegada a la pared hasta caer sentado. A pesar de eso, consiguió articular algunas palabras.

—Hermanos...

Alejandro Paz asintió con vigor, divertido.

—Sí, poli, sí. Resulta que Soledad Montero no tuvo un hijo, sino dos. Mi pobre hermanito, que quedó deforme de nacimiento, y yo, que tuve más suerte. Tanta suerte que estoy aquí para verte morir, poli manguero.

—¿Ma... tas... te a tu her... ma... no? —preguntó Gerard con voz vacilante. Sabía que su única oportunidad era que Carballeira

consiguiese encontrarlo antes de que muriese asfixiado, o peor aún, devorado por las ratas. Sabía que el argentino disfrutaba viéndolo agonizar, y él tenía que alargar el espectáculo de su sufrimiento.

—No maté a Calixto —respondió Alejandro Paz—. Él solito se murió de pena. Era un poco pendejo, ¿sabés? Toda su vida esperando a ver morir a su mamá, y cuando lo ve, no lo puede soportar. ¿Vos lo entendés?

—¿Ma... tás... teis a So... le... dad...?

Alejandro Paz hizo un gesto de reconocimiento.

—Veo que tenés cojones, papafrita, no como la puta de mi mamá, que chilló como una cerda en cuanto vio a Calixto... ¿Por qué gritás, le pregunté? Si es tu hijo, si tú misma debiste de ver cómo se lo comían las ratas. La muy puta chilló y chilló, y a mí me divertía tanto que la mantuve viva toda la noche. Fue tan divertido... —Alejandro Paz lanzó un suspiro—. ¿Sabés que la muy guarra me había llevado allí, a casa de Ramón, para que la cogiera? ¡La cacho puta ni siquiera sabía que yo era su hijo! —Alejandro Paz sonrió recordando la espeluznante escena—. La diversión duró muchas horas, pero al final Calixto me pidió que la matara... Le inyectamos paralizante, el mismo que te está dejando sin aliento, pero a ella le soltamos las ratas mucho antes. ¡Cómo la mordieron, las jodidas! Se le subieron como locas y ya la tenían medio devorada cuando se murió... ¡Linda muerte! Yo reía, pero Calixto lloraba, ¿sabés? Yo no maté a mi hermano, se mató él solito con sus pastillas de loco... ¡Pero quedaba mucho trabajo que hacer! Así que cuando lo encontré muerto en la cama, hice que se lo comieran las ratas, para que tardasen unos días en identificarle, en darse cuenta de que el cadáver no era yo... Inteligente, ¿verdad?

Gerard asintió levemente.

—¿Y Ra... món? —balbució.

—Fui a verle la misma noche en que murió Calixto y lo maté. ¿Qué? ¿Salí guapo en las cámaras? Seguro que me visteis miles de veces... —Alejandro lo miró con mirada de enajenado—. ¡Ramón Aparicio también se lo merecía! ¡Todos se lo merecían, todos merecían morir y yo los maté a todos! ¡Hice justicia! ¡Baté la justa!

—¿Y... Lo... san... tos?

Aejandro tomó aliento.

—¿Lo viste, poli manguero? ¡Con él hice un trabajo de artesanía! ¡Digno de Stephen King, de Lovecraft, de Poe! —El argentino chasqueó la lengua—. ¿Viste el *book* de fotos del hijoputa? ¿Sabés que el muy maricón nos enculó a todos? ¡Y sobre todo al pobre Calixto! Pero tuvo tiempo de arrepentirse el joputa... ¡Menudo invento lo de la tortura de la rata! ¡Sabés que la crearon los chinos! ¡Qué pelotudos!

Alejandro Paz se detuvo ante Gerard y lo miró, como un mago esperando los aplausos de su público. Por desgracia, él ya casi no podía ni respirar. Hizo un último esfuerzo titánico.

—Lu... cre... cia —gimió.

Alejandro abrió los brazos y miró al techo.

—Lucrecia, ¡oh, la dulce Lucrecia! ¡Aunque fea como un demonio, la más bella entre las bellas! —Ahora el argentino lo señaló con un dedo—. ¿Sabés que fue la única a quien no enculó Losantos! ¡Le tenía miedo el joputa! ¡Decía que estaba endemoniada!

Gerard hizo un ruido agónico. Moría.

—Lucrecia —murmuró Alejandro Paz—, qué lista...

El iris de los ojos de Gerard comenzó teñirse de puntitos rojos. El argentino lo miró con desprecio.

—Se acabó, poli, basta de chamuyo —repuso, y se volvió hacia las ratas—. ¡Chicas, os traigo chatarra!

Alejandro se dirigió a las jaulas y empezó a abrirlas. Gerard escuchó aterrorizado el sonido chirriante de las puertecillas metálicas. El sonido del horror. El argentino se acercó de nuevo y le dijo adiós con la mano.

—Lo siento, amigo, pero no me voy a quedar a verte. Que lo sufras mucho, poli gilastro.

Alejandro Paz desapareció del campo visual de Gerard, que, paralizado, vio cómo las ratas comenzaban a salir de las jaulas. En menos de un minuto, unas treinta ratas hambrientas habían salido de su encierro y husmeaban ávidas en busca de comida. Durante unos instantes avanzaron inseguras, pero cuando la primera de ellas alcanzó el pie de Gerard, todas se agolparon a su alrededor. Mordisquearon el cuero del zapato y comenzaron a ascender por la pernera del pantalón. Alcanzaron sus manos, inertes. Husmearon los dedos paralizados e hincaron los incisivos en las yemas hasta tropezar con el hueso. Había poca grasa. Las más hambrientas escalaron por su cuerpo buscando la carne más jugosa y descubierta de su rostro, mientras las más pequeñas se conformaban hundiendo los incisivos en sus piernas, que, a través del pantalón vaquero, comenzaron a sangrar por docenas de heridas que tiñeron el azul de rojo oscuro.

Una rata enorme hincó sus uñas en el hombro y se colgó del labio. Lo mordió y el labio comenzó a sangrar abundantemente. Otra rata le disputó el bocado, las dos chillaron y cayeron sobre su abdomen, arrastrando a varias ratas más. Volvieron de nuevo a trepar por su camisa, clavándole las uñas en el pecho. Casi desvanecido, pero aún consciente, Gerard sintió unos dientes hundiéndose en sus mejillas mientras un hocico ansioso se abría y mostraba unos incisivos

amarillentos y afilados como agujas que se acercaban a su ojo derecho.

Quiero morir. Morir ya. Ya. Morir. Morir. Morir.

La rata que estaba a punto de devorarle el ojo fue brutalmente arrancada de su rostro y proyectada contra la pared. Se estampó con un ruido seco y resbaló reventada al suelo, donde fue inmediatamente devorada por otras. Fue entonces cuando Gerard vio a Lucrecia, que gritaba como una posesa y le arrancaba las ratas del cuerpo como si fuesen sanguijuelas, lanzándolas con furia contra la pared. A una de ellas, la que ya le había devorado parte de la mejilla y no soltaba el bocado, la sujetó por las dos mandíbulas y lanzó un grito aterrador.

Matarratas.

Lucrecia le desencajó el maxilar a la rata y le rompió los huesos. Siguió estirando, hasta rasgarle la carne y convertir la boca en un boquete del que surgió una enorme lengua. La lanzó a un rincón, y azuzó a las demás a devorarla. Sin embargo, una de las más grandes, ansiosa de un botín mayor, le saltó al brazo y le hundió los incisivos. Lucrecia se la sacudió con furia. Como no pudo desprenderse de ella, la mordió brutalmente en el lomo, hasta que la reventó, y sus órganos brotaron por las heridas como lava espesa. La lanzó con las demás, que se apresuraron a devorarla. Una vez que había conseguido liberar a Gerard de todas las ratas, Lucrecia se lanzó a una especie de baile demoníaco de pisotones y patadas, con el que consiguió alejarlas. Entre chillidos y mordiscos, las ratas fueron apartándose mientras se disputaban los cadáveres despedazados y las vísceras sangrantes.

—¡Matarratas! ¡Matarratas! —chilló Lucrecia, arrinconándolas contra las jaulas. Algunas entraron en su interior, y otras huyeron despavoridas, buscando una salida.

Ella dejó de gritar y tomó aliento.

—Matarratas, matarratas… —susurró, agitando la cabeza convulsivamente.

Se inclinó sobre Gerard, y con dedos temblorosos le abrió la boca y hurgó en su lengua, rígida como una piedra.

—Mierda, mierda, mierda…

Echó a Gerard en el suelo y palpándole el ensangrentado cuello buscó un punto débil en su garganta.

—Mierda, mierda, ¡matarratas!

Sacó una pequeña navaja y miró a Gerard, que al borde de la

muerte, le rogó con la mirada inyectada en sangre que le dejase morir. Estaba sometido, totalmente inmóvil, a un paroxismo de dolor insoportable. Solo quería morir. Morir de una vez. Morir.

Lucrecia negó con vigor mientras agitaba las esposas que le colgaban de la muñeca izquierda.

—¡No! —gritó—. ¡No, mierda, no! ¡Matarratas!

Decidida, le hundió la hoja en el cuello, atravesándole la tráquea.

51

Carballeira recorrió lentamente el pasillo que lo conducía a la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital de Santa Isabel de Lugo. Habían pasado dos días desde entonces, cuarenta y ocho horas en las cuales recordó infinidad de veces aquella escena, el momento preciso en el que creyó entrar en el corazón del infierno.

—No puedo parar.

Lucrecia lo dijo sin alterarse, sin mirarle siquiera. Él la apuntó con su arma, y estuvo a punto de disparar, pero la imagen era tan aterradora que hubiera errado con facilidad. Un segundo después supo que no estaba presenciando a una asesina llevando a cabo un horrendo crimen.

Estaba sentada sobre su estómago, oprimiéndole el pecho con las dos manos, una sobre la otra. No dejaba de contar, y había incluido la frase en su recuento obsesivo. Uno, dos, no puedo parar, uno, dos, uno, dos...

Al acercarse, no fue el rostro ensangrentado e irreconocible de Gerard lo que más impresionó a Carballeira. Tampoco sus ropas convertidas en jirones sobre un cuerpo que imaginaba destrozado. Ni la sangre ni las vísceras que cubrían el suelo; una repulsiva alfombra de despojos orgánicos. Tampoco el hedor insoportable.

Lo que más impresionó a Carballeira fue el tubito de plástico transparente que Gerard tenía clavado en la garganta por el que entraba y salía el aire de sus pulmones. Era la caña de un bolígrafo Bic.

—... no puede respirar, uno, dos, ambulancia, uno, dos, ambulancia, uno, dos...

Carballeira no reaccionaba.

—... uno, dos, ¡ambulancia, coño!, uno, dos, uno, dos, ¡se muere, cojones!, uno, dos...

Carballeira obedeció como un autómata y exigió una UVI móvil que se presentó a los veinte minutos acompañada de varias dotaciones

de policía. El exterior de la finca se convirtió en un parque temático de luces destellantes y uniformes de todos los colores. Cuando el médico de Emergencias llegó portando un equipo de respiración asistida, se limitó a pronunciar un único y sentido: «*carallo*, menuda traqueotomía de urgencia». Lucrecia dejó de presionarle el pecho a Gerard en el preciso instante en que supo que le había salvado la vida. Se incorporó, y casi de inmediato, fue detenida por dos policías que la sacaron del sótano en volandas. No se resistió, no dijo nada. Se limitó a lanzar una última mirada a Gerard, que, entubado e inconsciente, se aferraba al hilo de vida que ella había luchado hasta el agotamiento por mantener.

Cuando Carballeira llegó a la entrada de la UCI vio a cuatro personas apostadas frente al cristal de la habitación de Gerard. No las conocía, pero sabía que venían de Barcelona. Formaban un grupo dispar, aunque compartían el tufillo a policías y algo que lo enterneció: idéntica expresión de padecimiento en sus rostros. No era para menos; el aspecto de Gerard era sobrecogedor. Tenía el cuerpo totalmente cubierto por vendas, estaba inconsciente y conectado a una máquina que controlaba sus constantes vitales.

—Soy Xosé Manuel Carballeira, sargento de policía —dijo, alargando la mano al visitante de mayor edad. Tomó aliento—. Y amigo personal de Gerardo.

—Jaime Aguilar —repuso el hombre, y le estrechó la mano—. Soy forense y también amigo. —Ahora presentó a los demás—. La inspectora Teresa Valls, el inspector jefe Xavier Vilalta y...

—Todos somos amigos de Gerard —le interrumpió Vilalta con gesto apesadumbrado—. Y podríamos haber venido treinta, pero no ha podido ser.

Carballeira asintió con una leve sonrisa en los labios.

—Gerardo tiene muchos amigos en Barcelona —murmuró.

—Sí —respondió Vilalta, y señaló al miembro más joven del grupo, un muchacho de poco más de veinte años—. Y el chico es casi su ahijado, el cabo Serra.

Pau Serra dejó escapar un gemido agónico y se lanzó a los brazos de Carballeira, que se vio obligado a abrazarlo a su vez y darle unas palmaditas de consuelo en la espalda.

—No hemos podido hablar con el médico de guardia —repuso impaciente Teresa Valls, interrumpiendo el paternal abrazo—. ¿Qué puede decirnos?

Carballeira sonrió. Bien, no solo las gallegas eran de armas tomar,

por lo visto las catalanas también. Se giró hacia el cristal y señaló a Gerard, que yacía inconsciente y ajeno a la preocupación de sus compañeros.

—Gerardo está bien dentro de lo que cabe.

Teresa Valls lo miró con el ceño fruncido.

—Xosé Manuel, ¿qué quiere decir eso de «dentro de lo que cabe»? ¿Se salvará?

—Supongo...

—¿Supone? —repitió Teresa Valls arrugando el ceño—. ¿Qué *cony* quiere decir que «supone»?

—Bueno, yo no soy médico, pero creo que no temen por su vida, aunque...

—Yo sí que soy médico —replicó Jaime Aguilar—. ¡Hable claro, por favor, y díganos lo que sabe!

—Gerardo recibió más de cien mordeduras de rata y eso le ha producido una gran infección que están tratando con antibióticos. También tiene graves lesiones en la tráquea por culpa de una traqueotomía de urgencia...

—¿Traqueotomía? —repitió Jaime Aguilar, sorprendido—. ¿Por qué?

—Alejandro Paz le inyectó paralizante muscular, y Gerardo no podía respirar... Lucrecia Vázquez le atravesó el cuello con la caña de un bolígrafo mientras le hacía un masaje cardíaco a la espera de que llegase una ambulancia... —Carballeira observó cómo los rostros de todos expresaban una absoluta estupefacción. Al final, meneó la cabeza, decaído—. En fin, creo que lo mejor es que se alojen en mi casa y se lo explique con tranquilidad. Imagino que hay muchas cosas que desconocen. Cosas difíciles de entender y aún más difíciles de creer... Vengan, no sirve de nada estar aquí. Gerardo está inconsciente y hasta mañana a las once no podemos hablar con el médico.

—¿Los cuatro en su casa? No queremos molestar —dijo Vilalta—. Buscaremos un hotel.

—Ni hablar, no lo permitiré —negó Carballeira con vigor—. Ustedes son amigos de Gerardo, no irán a un hotel.

—Somos muchos —dijo Vilalta.

—Tengo sitio para todos —insistió Carballeira.

—Bueno, si quiere —repuso Jaime Aguilar—, la inspectora y yo podemos compartir cama.

Pau Serra y Vilalta lo miraron horrorizados. Teresa Valls lo va a matar, pensaron. Pero ella no lo mató.

—Estamos casados —se dignó contestar.

52

Carballeira no hizo queimada. No había pensado en ello, y aún no lo sabía, pero no volvería a hacer queimada nunca más en su vida. Por suerte, tenía otros recursos. Reunió, eso sí, a sus comensales alrededor de la cálida lumbre de su chimenea, igual que había hecho con Gerard y Lucrecia, y les obsequió con un vasito de orujo casero de hierbas. Cuando todos se sintieron más relajados, conscientes de que lo único que podían hacer por Gerard era tranquilizarse y esperar, la conversación fluyó hacia las circunstancias tan peculiares de aquel caso que, si no completamente resuelto, sí que había sido solucionado en su mayor parte.

—Poner la foto de Domingo Losantos en televisión fue un auténtico éxito —apuntó Carballeira—. Por ahora llevamos ya quince personas que estuvieron en el Hospicio de Cristo Rey y que están dispuestas a declarar que sufrieron abusos y, lo más importante, a permitir que interroguemos a sus padres. Todos fueron adoptados de forma ilegal, así que sus progenitores deberán explicar cómo consiguieron a los niños; si los compraron y qué pagaron por ellos. Eso nos permitirá destapar una red de adopción ilegal en la cual no solo estaba implicado Domingo Losantos, sino varios de sus empleados.

—Además, es posible que los mayores recuerden a Alejandro y a Calixto —apuntó Teresa Valls.

—Seguramente.

—Por cierto, os informo de que Alejandro Paz no es su nombre auténtico —explicó Vilalta, y señaló a Serra—. En realidad, se llama Ángel Valdez Duarte.

—¿Cómo lo habéis descubierto? —preguntó Carballeira.

—Localizamos a sus padres adoptivos en Argentina.

—¿Cómo lo hicisteis? —preguntó Jaime Aguilar admirado—. ¡Es como buscar una aguja en un pajar!

Vilalta dejó escapar una sonrisa cómplice.

—Nos copiamos de nuestros compañeros gallegos.

—¿Qué quieres decir?

—Acudimos a Telefe, un canal privado de máxima audiencia en Argentina, y pedimos que pasasen la noticia en sus informativos.

—¿Y aceptaron?

—Tenemos algunos pleitos pendientes. Se avinieron a razones con facilidad.

—¿Y qué pasó? —preguntó Teresa Valls.

—En la noticia se informó que Alejandro Paz había fallecido sin dejar familia y buscábamos familiares que se hiciesen cargo de su fortuna.

—Genial —exclamó Teresa Valls dejando escapar una carcajada—. Debieron de aparecer como cien mil posibles padres.

—Cierto —respondió Vilalta—. Por suerte, las autoridades argentinas nos ayudaron, y de entre los miles de candidatos aparecieron los verdaderos padres, que pudieron demostrar que Alejandro era su hijo.

—Si no hubiera herencia de por medio...

—No habrían dicho ni pío, seguro —apuntó Vilalta—. Nos explicaron que a Alejandro lo habían adoptado en el Hospicio de Cristo Rey y que les salió bastante barato, casi un saldo. Pensaron que era porque ya tenía doce años, pero es que el niño iba con sorpresa. Nada más llegar a Argentina descubrieron que tenía un carácter muy violento. Cuando intentaron devolverlo al hospicio, les dijeron que nanay de la China. Así que se quedaron con la criatura. Al parecer, durante los años que vivió con ellos, no más de cinco, se dedicó a robarles dinero que se gastaba en jaranas y en drogas. Los padres reconocen que Ángel no estaba muy bien de la cabeza, que tenía crisis depresivas y a veces hablaba de suicidarse. En fin, que no podía con su alma ni con sus recuerdos. Fuera lo que fuese, un buen día, cuando ya les había robado todo el dinero que les quedaba, Ángel desapareció y ya no le vieron más el pelo. —Vilalta se encogió de hombros—. Ni ganas, claro. No supieron nada más de él durante todos estos años hasta que apareció su foto en la televisión. Y así supieron que había muerto.

Vilalta tomó aliento, y al ver que todos lo observaban muy atentos prosiguió con el relato.

—En cuanto descubrimos el nombre real de Alejandro Paz nos pusimos en contacto con las autoridades. Supimos que ingresó en la cárcel con dieciocho años por un delito de tenencia y tráfico de drogas. Y que allí se convirtió en el muñeco sexual de media

penitenciaría.

—¿Y eso cómo lo saben? —preguntó Jaime Aguilar horrorizado.

—Me dijeron que habían hablado con un recluso.

—¿Uno que se lo follaba? —preguntó el cabo Serra, morboso.

Vilalta le lanzó una mirada de reproche y Pau Serra se sonrojó de inmediato.

—Según esta fuente, parece ser que Ángel Valdez no lo llevó del todo mal, porque enseguida se convirtió en el novio de un jefe de los narcos que tenía una perpetua y que vivía mejor dentro de la cárcel que fuera. Dejó de pasar de mano en mano. En cuanto cumplió condena, Ángel Valdez llegó a Tenerife con pasaporte falso, ya convertido en Alejandro Paz. Allí se buscó una pobre desgraciada que quisiera casarse con él para conseguir el permiso de residencia. Vivió en Santa Cruz y, ya divorciado, viajó a Barcelona y apareció en la Editorial Universo hace diez años.

—A partir de aquí ya conocemos su historia, ¿no? —preguntó Jaime Aguilar.

—No mucho —confesó Vilalta—. No tenemos ni idea de cómo consiguió saber que Soledad Montero era su madre. Tampoco tenemos ninguna prueba de que mantuviese contacto con su hermano, pero es evidente que así fue, ya que Calixto fue su negro literario durante todos los años que Alejandro publicó en la Editorial Universo sus obras de autoayuda. Estos son algunos de los misterios que están sin resolver.

—Y que Alejandro Paz no va a ayudar a desentrañar.

—Desde luego que no.

—Lo que me fastidia es que nos retirasen del caso —repuso Teresa Valls con el ceño fruncido—. He podido leer el informe de la Científica y desde el primer momento yo me hubiese dado cuenta de que el cadáver no podía pertenecer a Alejandro Paz.

—¿Por qué? —preguntó Vilalta curioso.

—No apareció pelo.

El inspector jefe alzó una ceja, expectante.

—Las ratas no comen pelo, Vilalta —explicó Teresa Valls—. Y en el piso de Alejandro Paz no apareció la hermosa cabellera que tenía el argentino. Así que eso solo podía indicar que el cadáver correspondía a un hombre calvo.

—¿Calixto era calvo?

—Se había quedado calvo por un exceso de antidepresivos. Después, Jaime tuvo acceso al informe forense y se supo que el cadáver correspondía a un hombre de unos treinta y cinco años que había muerto por sobredosis de imipramina. Ahora están con las

pruebas de ADN, pero no hay que ser muy listo para imaginar que descubrirán que el cadáver corresponde a Calixto Muiños Teixeira.

—Así que no fue asesinato.

—No, Alejandro no mató a su hermano. Sencillamente, desfiguró el cadáver para que le diese tiempo de completar su venganza.

—Claro, le quedaba el plato fuerte: el director del hospicio, Domingo Losantos.

—Desde luego que fue un plato fuerte. La tortura que sufrió no se la deseo ni al peor de mis enemigos.

—No fue una bonita muerte, desde luego.

—Sin embargo, hay que reconocer que Losantos era un indeseable. Se han confirmado los abusos y también que se dedicó a vender niños como quien vende jamones.

—Es difícil de creer... —repuso Vilalta.

—No tanto —apuntó Carballeira—. Hace muy poco se destapó una red de robo de niños recién nacidos que había operado durante treinta años en España, desde los años sesenta hasta mil novecientos ochenta y nueve. Después del parto, a las madres se les decía que sus hijos habían nacido muertos, y los bebés eran vendidos al mejor postor. En la trama están implicados varios hospitales y unas cuantas monjitas, además de una red de funcionarios que realizaron el cambio legal de identidades.

—La realidad siempre supera la ficción —sentenció Jaime Aguilar con un suspiro.

Durante unos instantes, todos permanecieron en silencio.

—Es una pena que no consiguiesen salvar a Alejandro Paz —repuso Teresa Valls—. Quedan demasiados cabos sueltos...

—No creo que hubiera servido de mucho —apuntó Carballeira—. Estaba loco de remate.

—Tanto como para suicidarse inyectándose paralizante muscular, cuando él mismo había visto la muerte tan horrible que producía a sus víctimas.

—Sí, como al pobre Ramón Aparicio...

—¿Por qué lo mataría?

—Era su padre, y lo consideraba tan culpable como su madre de su abandono —apuntó Pau Serra—. Y no solo eso, Ramón Aparicio se rio de él cuando supo que Soledad Montero quería llevárselo a la cama... Si supiera que era su hijo...

Todos asintieron sobrecogidos.

—Menuda historia... —murmuró Carballeira—. Una niña de catorce años da a luz gemelos y los abandona al nacer. Uno de los pobres niños es atacado por ratas y queda deforme. Luego un mendigo

los lleva a la puerta de un hospital y cuando ya están curados los llevan a un orfanato. Permanecen en el hospicio doce años y sufren toda clase de vejaciones y abusos… Uno de ellos es vendido a unos argentinos y el otro a un matrimonio de ciegos. Los dos hermanos nunca pierden el contacto y de mayores maquinan una terrible venganza que incluye a la madre, al padre y al hombre que abusó de ambos en el hospicio…

—Y además cometen sus crímenes utilizando ratas —apuntó Pau Serra con mirada morbosa.

—Exacto. Y para ello, Calixto tenía en el sótano un laboratorio de tortura y se dedicaba a hacer experimentos con perros. Le gustaba ver cómo las ratas devoraban todo lo que se ponía a su paso. Vivía obsesionado.

—Seguramente, cuando Soledad comenzó a acosar a Alejandro, ambos planearon su asesinato —dijo Jaime Aguilar—. ¿Por qué no? Calixto ya estaba acostumbrado a ver cómo las ratas se comían a sus perros.

—Ver morir a su madre no le debió de gustar tanto. Recordad que se suicidó.

—Tal vez es que había cumplido su objetivo en la vida. Ya nada le retenía en este mundo.

—Y tanto que le quedaba un objetivo por cumplir: Domingo Losantos.

—Es igual, quedaba su hermano para completar la venganza. Y me temo que Alejandro Paz era el más loco de los dos.

Vilalta meneó la cabeza apesadumbrado.

—¿Qué nos hubiera pasado a nosotros si hubiésemos sufrido lo que padecieron estos dos? Abandonados al nacer, recluidos en un orfanato, sometidos a violaciones y humillaciones continuas. ¿Quién soportaría semejante vida sin volverse loco?

53

Durante unos instantes todos permanecieron en silencio, unidos por un mismo pensamiento, por la certeza de la fragilidad humana, la poca consistencia de los principios básicos ante una situación límite.

—¿Por qué Alejandro Paz mató a los padres de Calixto? —preguntó Pau Serra, retomando la conversación—. No le habían hecho nada malo.

—Tal vez fue un acto piadoso —respondió Carballeira—. ¿Quién se ocuparía de dos ancianos ciegos?

—Francamente, yo creo que se deshizo de ellos porque le molestaban —apuntó Vilalta con desdén—. Después de matar a tres personas, no creo que Alejandro Paz albergase grandes sentimientos altruistas.

Todos estuvieron de acuerdo.

—¿Y al sargento? —preguntó Pau Serra—. ¿Por qué Alejandro Paz quiso matar al sargento Castillo?

—Para librarse de él, supongo —respondió Vilalta.

—Estoy de acuerdo —aseveró Carballeira—. Es más, estoy seguro de que Lucrecia Vázquez lo tenía informado de cada paso que estaban dando para atraparle.

—¿Estás diciendo que Lucrecia Vázquez era su cómplice?

—Estoy convencido. Ella era, con mucho, la más inteligente de los tres. Tal vez no participó en ningún asesinato, pero es muy posible que fuese la mente pensante. Y si no lo fue, si no participó en los crímenes, estoy seguro de que, como mínimo, sabía que Soledad Montero, Ramón Aparicio y Domingo Losantos iban a morir. Y no hizo nada para evitarlo.

—¿Cómo puedes afirmar eso? —preguntó Teresa Valls.

—Mantenía un estrecho vínculo con Alejandro Paz y Calixto Muiños.

—No se ha podido demostrar. Su relación con Alejandro Paz era profesional; ella nunca confesó haberlo reconocido. Y con Calixto no

se sabe que se viesen ni que mantuviesen ningún tipo de correspondencia.

—Tampoco se ha podido demostrar esa relación entre Alejandro y Calixto, pero es evidente que ambos estuvieron presentes el día que Soledad Montero fue asesinada.

—Solo se encontraron restos biológicos de Calixto en el lugar del crimen.

—Es cierto, pero Soledad Montero no le habría permitido la entrada a Calixto. No lo conocía de nada, y su aspecto físico era monstruoso. Además, existen evidencias de que ella se había citado con Alejandro Paz, y era a él a quien vio por la mirilla antes de abrir la puerta. Y de la misma forma que no aparecieron evidencias biológicas de la presencia de Alejandro, tampoco las había de Lucrecia. Así que, ¿quién sabe? Ella no tiene coartada para esa noche.

—Descubrió el cadáver al día siguiente. Y se desmayó de la impresión.

—Cuando llegaron los servicios de emergencia estaba consciente. Pudo simular el desvanecimiento.

—Además, sufrió un ataque de ansiedad.

—No creo que le costase gran cosa fingirlo.

Pau Serra dejó escapar una risita mientras imitaba a Lucrecia Vázquez. No, no le costaría simular un ataque de cualquier tipo. De ansiedad. De epilepsia. De locura. Teresa Valls calló, derrotada, y Carballeira prosiguió.

—Tanto Alejandro Paz como Calixto beneficiaron todo lo que pudieron a Lucrecia Vázquez, eso está demostrado. El primero le abrió las puertas de la Editorial Universo, y el segundo le ofreció su manuscrito *Ratas* para que consiguiese triunfar en el mundo editorial; ella, que no pasaba de ser una escritora por encargo, una pobre desgraciada —repuso Carballeira—. Es evidente que entre los tres existía un vínculo que venía desde que estuvieron juntos en el Hospicio de Cristo Rey. Tal vez Lucrecia pudo indicar la forma de cometer los asesinatos y el modo de ejecución. ¿Por qué no? Sabía de la afición de Calixto por criar ratas. Pudo animarles. Pudo, incluso, trazar el plan.

—¿Es demostrable? —preguntó Vilalta, que había decidido tomar el relevo.

—Difícilmente. Hay que reconocer que Lucrecia Vázquez es muy lista. No ha dejado tras ella ni la menor prueba incriminatoria.

—Si no hay pruebas... Entonces, ¿cómo pueden acusarla?

—Reconozco que no hay pruebas —repuso Carballeira lanzando un bufido—. Sin embargo, estoy convencido de que Lucrecia Vázquez es

cómplice de los asesinatos.

Teresa Valls meneó la cabeza, disconforme.

—Xosé Manuel, no cuadra —dijo—. Ella le salvó la vida a Gerard, ¿no?

—Sí.

—Una cómplice de tres asesinatos salvando vidas. Un poco extraño, ¿no?

—No tenía nada contra él.

Teresa Valls meneó la cabeza con vigor.

—Claro que tenía algo contra él.

—¿Qué? —exclamó Carballeira—. ¡Gerardo perdió su placa por defenderla y la protegió en todo momento! ¡Era su salvavidas!

—Gerard no perdió la placa por culpa de Lucrecia —murmuró Teresa, tozuda.

—¿Qué quieres decir?

—Xosé Manuel, tú mismo nos has explicado antes que Lucrecia presentaba un hematoma en la mejilla izquierda que, según ella, fue producido de manera accidental.

—¿Y?

—¡Todos sabemos qué pasó!

—¡Teresa! —exclamó Jaime Aguilar, incómodo.

—Dejadme hablar, por favor —repuso ella con suavidad—. Ya sé que Gerard está al borde de la muerte, pero también sabemos que tiene problemas para controlar sus arrebatos de cólera. Estaba suspendido de empleo y sueldo por saltarle los dientes a Manzano.

Los tres hombres callaron.

—Al ver el mensaje en el móvil, Gerard perdió los nervios y golpeó a Lucrecia.

—Teresa…

—¡Lo hizo! —insistió Teresa—. La golpeó y la esposó al desagüe del lavabo. Tuvo que ser una situación brutal, humillante. ¿Y qué hizo ella a continuación?

La inspectora paseó la mirada por los rostros de los tres hombres. Todos bajaron la vista.

—¡Desenroscó la cañería y robó un coche a punta de navaja! ¿Y para qué? ¿Para huir? ¡No! ¡Lo hizo para salvar la vida al mismo hombre que acababa de golpearla y humillarla! ¡Y lo hizo aunque sabía que perdía la única oportunidad que tenía de huir!

Carballeira tardó unos segundos en responder. Cuando habló, su voz temblaba:

—Teresa, no quiero que acuses a Gerardo de pegar a Lucrecia. Ella dijo que se había golpeado sin querer contra la pica del lavabo. ¿Por

qué piensas que no fue así?

Ella negó con vigor.

—Xosé Manuel, escúchame. Sé que Gerard es un buen tipo, un policía íntegro y muy responsable, pero a veces no se controla. No lo estoy juzgando, que quede bien claro, porque en un momento dado, todos actuamos mal, todos cometemos errores. —Teresa Valls tomó aliento—. Sin embargo, tú juzgas a Lucrecia y no tienes pruebas.

—Tienes razón, no lo niego —aceptó Carballeira.

—Ni siquiera el SMS es una prueba —intervino Teresa—. Lo envió Alejandro para que Gerard sospechase de Lucrecia.

—¿Y si lo tramaron entre los dos? Lucrecia conocía a Gerardo, sabía que él iría directo a la trampa.

—¿Para qué quería conducirlo a una trampa? ¿Para salvarlo después? —exclamó Teresa—. ¡No tiene ningún sentido!

Carballeira asintió a regañadientes.

—Tienes razón, pero permíteme que te cuente algo —explicó—. La noche en que todo ocurrió…, ella estuvo aquí con Gerardo. Yo los invité a cenar a los dos. Al día siguiente, Lucrecia tenía que presentarse en comisaría para ver unas fotos muy desagradables y me compadecí de ella. En fin, es tan fea y tiene esos tics tan aparatosos…

—¡Eso no importa! —exclamó Teresa, indignada.

—Sí que importa. Yo creí que Lucrecia Vázquez era una pobre desgraciada. Sin embargo, al conocerla comprendí que esa imagen era falsa. En realidad, Lucrecia Vázquez es una mujer dura que controla sus emociones y no deja traslucir absolutamente nada de lo que piensa y siente. Me di cuenta de que estaba ante una mujer fría y calculadora. En cambio, Gerardo…

—¿Qué pasa con él?

—Estaba completamente loco por ella. Lucrecia lo tenía hechizado.

Todos se lo quedaron mirando atónitos.

—Podéis creerme. Fea o no, Gerardo no veía más allá de los ojos de Lucrecia Vázquez. Ella lo manejaba a su antojo, como una marioneta. Y estoy convencido de que lo condujo a la muerte… —Carballeira tragó saliva— después de hacer el amor con él.

Pau Serra dejó escapar una exclamación.

—¿Mi sargento se folló a la Niña Diabólica? —preguntó entre hipos, aunque la mirada asesina de Teresa Valls hizo que se tragase las ganas de reír.

—Al registrar la habitación del hotel donde se alojaban vimos las camas deshechas y señales evidentes de que había habido sexo —murmuró Carballeira, obviando el descubrimiento de las manchas de sangre en las sábanas a las que al preguntar a Lucrecia Vázquez ella

respondió de manera brutal: «no hubo violencia, él me desvirgó».

—No tiene ningún sentido —murmuró Vilalta, pensativo—. Si quería matarlo, ¿por qué lo salvó?

Carballeira la miró durante unos instantes y finalmente se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Yo tampoco lo sé, aunque sigo creyendo que Lucrecia es inocente —susurró Teresa Valls—. Lo sigo creyendo a pesar de todo.

Carballeira apuró el vaso de orujo y lo miró al trasluz. Lucrecia había salvado a Gerard de una muerte segura. Era cierto. Por desgracia, él llevaba más de treinta años trabajando de policía. Demasiado tiempo para creer en la bondad humana.

—Nadie es inocente —sentenció—. Y Lucrecia Vázquez mucho menos.

54

Barcelona, abril de 2012

¿ENCUBRIDORA, CÓMPLICE O ASESINA?

El titular iba de menos a más, eso sí, obviando el principio de presunción de inocencia. También era cierto que se trataba de un artículo periodístico, y los periodistas no están para defender los derechos de los acusados, sino para vender periódicos. Así que, ajustándose a la máxima de que «la realidad no te estropee un gran titular», aquel sería un ejemplo perfecto en el manual del buen reportero: sonoro, contundente y absolutamente repugnante.

Gerard cerró el diario, lo dobló con cuidado y lo dejó sobre el asiento del copiloto, demorando su lectura. Sabía muy bien a quién se referían, pero se sentía incapaz de enfrentarse a una realidad —ni que fuese de forma sesgada— que había intentado eludir durante seis meses. Lo supo en su momento, y no quiso saber nada más: Lucrecia Vázquez fue detenida e ingresó en la cárcel en prisión preventiva a la espera de juicio. Por lo visto, ya había comenzado el proceso, pero para la opinión pública, o en todo caso para el cronista del diario, ella era culpable y debía ser condenada. Nadie se hacía eco de un sumario judicial lleno de irregularidades y de la ausencia de pruebas. Gerard imaginaba todo eso y mucho más, en un caso que había provocado gran alarma social, y que, como siempre, precisaba de un chivo expiatorio. Pero él no estaba en condiciones de ayudar a Lucrecia Vázquez, y tal vez ni siquiera quería hacerlo. La odiaba. Y no la odiaba porque hubiese intentado matarlo, sino porque le salvó la vida *in extremis*. Le debía una vida que durante mucho tiempo no le valió la pena vivir.

Gerard había descubierto el artículo hojeando el periódico, sentado en la sala de espera de la consulta del cirujano plástico. Se sobresaltó y alzó la mirada, descubriendo diez pares de ojos posados en su rostro

carcomido, convertido en un campo lunar. En cuanto paseó la vista por las caras de los curiosos, todos bajaron la mirada al instante, con una expresión de contenida satisfacción. En sus rostros se reflejaba la aplastante sentencia: «de todos nosotros, él es el que está peor».

Tras la visita, pasó por la recepción de la clínica para programar una quinta operación de cirugía reconstructiva. Con suerte, la última. Salió al exterior y caminó con lentitud hasta el aparcamiento. No tenía ninguna prisa por llegar a casa; nadie le esperaba. Era cierto también que él había elegido voluntariamente estar solo; al salir de la UCI recibió la visita de sus padres, que, como un dúo de plañideras a sueldo, se presentaron en el hospital de Lugo entre lamentos del padre y lipotimias de la madre. Eso sí, iban bien acompañados de un periodista dispuesto a cubrir la morbosa información y a sacar algunas fotos del pobre deforme. Los echó a gritos.

Gerard se sentó en el asiento del conductor, abrió el diario, leyó de nuevo el titular y, tras lanzar un bufido de desdén, volvió a cerrarlo. Ya lo leería en casa.

No es que no tuviese ni idea. De hecho, ya hacía días que había recibido la citación para acudir al juzgado a declarar como testigo. No había querido pensar mucho en ello, ya que sabía de antemano que su testimonio no ayudaría a Lucrecia, ni mucho menos.

No podía mentir.

Estaba totalmente convencido de que ella estaba implicada en aquellos asesinatos.

Tenía que estarlo.

Y de igual forma, estaba seguro de que Lucrecia no había planeado su muerte.

Le salvó la vida eliminando la única posibilidad que tenía de huir, con tal valor y determinación que no podía más que admirarla.

A pesar de todo.

Gerard se puso el cinturón de seguridad y lanzó una mirada furtiva al espejo retrovisor. Volvió a mirar, ahora con detenimiento. Tenía que reconocer que el cirujano había obrado un milagro con su rostro.

Fueron tiempos duros.

Cuando se vio por primera vez, tras pasar quince días en la UCI, quiso morir. Tuvieron que sedarlo durante varios días, solo pensaba en quitarse la vida. Le faltaba el labio superior, y su mejilla derecha casi había desaparecido, dejando un espantoso boquete a través del cual se veía parte de la encía. Por suerte —o por desgracia— sus ojos estaban intactos y podía comprobar que se había convertido en un monstruo.

Tras cuatro operaciones, el cirujano se inventó un labio superior y le reconstruyó la mejilla con carne de sus nalgas. «Ahora sí que tengo

cara de culo», dijo mordaz, al descubrir tras la tercera operación que ya no enseñaba la encía. Con la cuarta, el cirujano fue capaz de proporcionar movilidad a una mejilla rígida. Y aunque ahora seguían mirando a Gerard por la calle, ya no era un tipo monstruoso. Solo horrible. Se habría conformado, pero el cirujano quería perfilar algunos detalles, mejorar aún más su aspecto, conseguir la excelencia.

—Pues ya puestos, quiero parecerme a George Clooney —bromeó Gerard en la última visita.

El médico sonrió amablemente. Era un tipo sensato.

—Confórmate con parecerte a ti mismo.

Minutos después atravesaba la ciudad por la avenida Meridiana. A la altura del Nus de la Trinitat tomó la AP-7 y se colocó en el carril de la derecha. No sabía por qué razón, pero se había vuelto mucho más prudente. Tal vez fuese porque disfrutaba de la conducción, del calorcito que sentía en el brazo que reposaba sobre la ventanilla abierta. Al detenerse en la cola del peaje aprovechó para ponerse las gafas de sol y encender la radio. Escuchó un programa deportivo hasta llegar a su casa. Bajó del coche, cerró la puerta y saludó a su vecino octogenario que, tambaleante, paseaba un perrillo. Le explicó brevemente cómo le había ido la visita del médico mientras el perrillo le lamía las zapatillas e intentaba trepar por sus pantalones vaqueros. El vecino le dio unos cariñosos golpecitos en el brazo y prosiguió renqueante su paseo.

Durante seis años, aquel anciano había sido su vecino, puerta con puerta. Y durante todo ese tiempo Gerard no le ofreció más que un apresurado «buenos días», a pesar de que el hombre, ya viudo, ansiaba un poco de conversación. Ahora, Gerard disfrutaba de su cháchara repetitiva y de los lametones de su chucho.

Entró en el piso, dejó el periódico sobre la mesa del comedor, y tras subir las persianas y permitir que la claridad entrase a raudales en la estancia, se preparó un Chivas con mucho hielo. Después abrió el mueble del tocadiscos y eligió *In the Court of the Crimson King.*

Con primor de artesano, pasó la bayeta por la superficie del disco de vinilo y, a continuación, lo colocó en el plato giradiscos. Conocía de memoria el surco que lo conduciría, segundos después, a escuchar *Epitaph*, la canción más bonita y más triste del mundo.

Meses atrás no podía ni tan siquiera acertar con el disco en el plato; las puntas de sus dedos estaban descarnadas y no tenían tacto. Pero ahora había recuperado casi toda la sensibilidad y casi todas las uñas. Increíble.

Sí, durante aquellos meses la había odiado con toda su alma, pero ahora había dejado de hacerlo. Poco a poco, el cirujano fue reconstruyendo su rostro, devolviéndole la humanidad. Y con su rostro fue cediendo la depresión y los terribles dolores. Las heridas cicatrizaban y con las cicatrices regresaba de nuevo un sentimiento que había permanecido agazapado durante mucho tiempo. Gerard tomó un trago de whisky, respiró profundamente y, levantándose del sofá, se enfrentó a la lectura del artículo.

> Imposible conseguir mejor campaña publicitaria.
>
> Coincidiendo con el juicio del año, la Editorial Universo anuncia la publicación de *Ratas,* una novela negra que promete ser un best seller. Aunque aparece firmada por Dana Green y vendida como su obra póstuma, el nuevo director editorial ha confesado a los periodistas que su verdadera autora es Lucrecia Vázquez Iglesias, que se halla en la cárcel en prisión preventiva y se enfrenta a una condena que puede oscilar entre los tres y los treinta años, según si es declarada encubridora, cómplice o asesina de los horribles crímenes que sacudieron el país hace ya seis meses. Lucrecia Vázquez es la única acusada en «El caso de las ratas asesinas», tal y como la prensa bautizó la serie de monstruosos asesinatos que comenzaron con la muerte de Dana Green, la famosa escritora. Tras ella, uno tras otro, se cometieron varios asesinatos cada vez más espeluznantes, hasta concluir con la tortura de un sargento de los Mossos d'Esquadra.
>
> A pesar de quedar demostrado que fueron sus propios hijos —abandonados al nacer— los autores materiales de los asesinatos de Dana Green y de Ramón Aparicio, entre otros, ambos han fallecido. No obstante, la estrecha relación que Lucrecia Vázquez mantuvo con los dos hermanos desde los tiempos en los que los tres estuvieron internos en un orfanato hace pensar en su implicación en los crímenes. Poseedora de una gran inteligencia y también de una compleja personalidad, fue encarcelada para evitar el riesgo de fuga.
>
> ¿Encubridora, cómplice o asesina? Nadie duda de la culpabilidad de Lucrecia Vázquez Iglesias. Quizá sea por el inmoral oportunismo que muestra al publicar *Ratas*, aprovechando su notoriedad en los medios...

Gerard no lo sabía, pero los famosos medios se la tenían jurada porque, a pesar de haberle ofrecido ingentes cantidades de dinero por una entrevista, Lucrecia Vázquez se había negado en banda a hablar

para ningún diario ni canal de televisión, impidiéndole a la prensa amarilla la oportunidad de llenar páginas y páginas con sus jugosas declaraciones. Y a la televisión, carnaza para los *reality shows* de la tarde, en horario infantil.

> Tal vez sea por su aspecto. Sí, es políticamente incorrecto juzgar a Lucrecia Vázquez solo por su físico, pero su visión hace pensar en una mente torturada y retorcida, tanto como lo es su rostro a causa del síndrome de Gilles de la Tourette que padece, acompañado, según algunos especialistas consultados, de muchas y complejas enfermedades mentales.
>
> A pesar de padecer varios trastornos, Lucrecia Vázquez Iglesias es poseedora de una inteligencia brillante, que puede haber puesto al servicio de su propio provecho para salir bien parada de su encuentro con la justicia. En una maniobra digna de su talento, la acusada ha declarado en la primera sesión del juicio que se imaginaba que Alejandro Vázquez quería asesinar a Dana Green, aunque no sabía ni cómo ni cuándo. En su intervención también afirma que no conocía la relación de parentesco entre la madre y el hijo, y que ella se basa en el odio que Alejandro Paz sentía por Dana Green. Una vez muerta, no quiso acusarle porque no tenía ninguna prueba clara en su contra, y fue después del segundo asesinato —el del editor, Ramón Aparicio— cuando comenzó a valorar la posibilidad de denunciarle. Fue entonces cuando apareció un cadáver en la casa de Alejandro Paz que, inicialmente, la policía creyó que era el del escritor argentino. Aquello la confundió, haciéndole pensar que estaba equivocada en sus sospechas.
>
> Todo, según sus propias palabras.
>
> Según los expertos consultados, tal confesión conduciría a Lucrecia Vázquez a ser declarada, como mucho, encubridora de asesinato. Sería condenada a un máximo de tres años de cárcel, y después de haber cumplido seis meses de prisión preventiva, pasaría de inmediato a un régimen de tercer grado abierto.
>
> ¿Encubridora, cómplice o asesina? Solo Lucrecia Vázquez Iglesias lo sabe. No existen pruebas concluyentes que la acusen, así que lo único que podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, es que, sea cual sea su grado de culpabilidad, estamos ante una mujer muy inteligente.
>
> ¿Tal vez maquiavélica?

El artículo de opinión, por llamarlo de alguna manera, iba

acompañado de una fotografía a pie de página:

> Lucrecia Vázquez Iglesias en el momento de su llegada a la Audiencia Provincial de Barcelona.

En la instantánea podía verse a Lucrecia acompañada por dos *mossos* y rodeada de periodistas. No era fácil conseguir una buena foto de la muchacha y, por desgracia, en aquel preciso instante ella había torcido la boca mientras cerraba los ojos, como si quisiera protegerse de la andanada de flashes. Sin embargo, no fue ese gesto lo que sobrecogió a Gerard, ni la visión de las esposas que apresaban sus manos. Lo que lo dejó sin respiración fue descubrir la amplia blusa con que se vestía. Durante unos minutos, Gerard miró la foto como hipnotizado, intentando asimilar aquella brutal revelación. Finalmente, dejó el diario sobre la mesa y se sumió en un estado de aparente sopor. Pasó media hora, quizá más.

Al cabo de ese tiempo, Gerard se levantó, guardó el vinilo en su carpeta de cartón, apagó el tocadiscos y se dirigió al teléfono. Llamó a Información y pidió el número de teléfono de una prisión de mujeres en Barcelona. Lo apuntó en un papel y se lo quedó mirando un tiempo más. Meneó la cabeza con resignación y comenzó a marcar las cifras.

Con toda seguridad se estaba equivocando. Y eso, en sus condiciones de extrema fragilidad, aún convaleciente, no era aconsejable. Pero no equivocarse sería aún peor.

Debía hacerlo. Quería hacerlo.

Por desgracia, la vida no se espera a encontrarte en buena forma para hacerte subir a la carrera en un tren en marcha.

Eso era, un tren en marcha.

Después de unos tonos escuchó la voz de una funcionaria de prisiones.

—Centro Penitenciario de Mujeres de Barcelona. ¿Dígame?

Al escucharla, Gerard fue consciente de la cruda realidad. Lucrecia estaba en la puta cárcel. Toda su vida, desde la infancia, había sido un largo y tortuoso encierro. ¿Se lo merecía?

—Quiero pedir hora para una comunicación oral con Lucrecia Vázquez Iglesias —dijo.

Unos instantes de silencio, como si la empleada consultase algún documento.

—Totalmente imposible —respondió al cabo.

—¿Por qué?

—Ella se niega a hablar con los periodistas.

—Yo no soy ningún periodista.

—¿Ah, no? ¿Quién es, entonces? —preguntó, socarrona—. ¿Un familiar lejano?

—Digamos... que sí.

—No me mienta. Lucrecia Vázquez Iglesias no tiene familiares, ni lejanos ni cercanos.

—De acuerdo —aceptó Gerard—. Mi nombre es Gerardo de Arteaga Castillo, sargento de los Mossos d'Esquadra.

—Lo siento, sargento, pero eso no cambia las cosas.

—Dígale que quiero verla.

—Perdone, pero ya le he dicho que Lucrecia Vázquez Iglesias no quiere ver a nadie. ¿Por qué querría verle a usted?

Gerard tomó aliento antes de contestar.

—Porque soy el padre del hijo que espera.

Llegarás a tu destino aunque viajes muy despacio.

Barcelona, 18 de septiembre de 2011